CABRERA-MALO

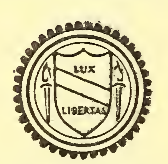


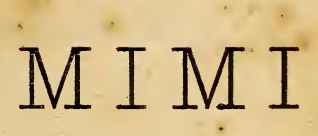

MIMÍ



NOVELA NACIONAL

CARACAS
TIPOGRAFIA EL PREGONERO
1898


LUX
LIBERTAS



MIMI

Obras del mismo autor

EN PRENSA

LA GUERRA! (Novela.)

EN PREPARACION

LA INTERNA. (Novela.)

INÉDITA

Comentarios al Código de Procedimiento Criminal de Venezuela . . . . 3 vol.

CABRERA - MALO





MIMI

NOVELA NACIONAL



CARACAS
TIPOGRAFIA EL PREGONERO
1898

Oblación.

*

A la memoria de mi eminente y llorado maestro, el ilustre pensador colombiano Doctor Diógenes A. Arrieta.

C. M.



......¡Exeat!

Amigos! Con dolores humanos hagamos libros criollos.

Rico es el venero; el ideal augusto; la obra, obra de jóvenes, obra patriótica: obra santa.

El invierno no ha pasado todavía. La voz de la tórtola aún no se escucha en el suelo. El tiempo de la canción no ha venido. Pero ¿qué hacer? Amemos nuestra angustia, y digamos á la Tristeza, como á la novia remisa, con palabras del Inmortal Voluptuoso:

......«Surge amica mea et veni!»

Hay en las sociedades modernas, como en las Theurgias Milenarias del Oriente Muerto, un mar tenebroso, un mar sin orillas, un vasto mar de lágrimas. ¿quién lo sondeará jamás? En la espantosa soledad, ¿qué Visionario gritará nunca la gran palabra: «¡Esperanza!»

Y diseminados en él hay escollos trágicos, arrecifes pérfidos, rompientes ignoradas que nadie denuncia, que

ningún práctico señala, que ninguna barca sorteó. Arriba...... la nada! Abajo...... la desesperación! Es lo Irremediable. Es lo Eterno. Es la Sombra.......

Almas pálidas, almas enfermas, almas dolientes lo surcan, atormentadas por la Ilusión, en pos de un reino ideal.

Las pobres almas!

En su cielo no hay constelaciones; la última racha desquebrajó el timón; su esperanza se ha ido; su fe está muerta y Dios...... ¡no oye!

Son las víctimas de la Ley. Los que sufren persecuciones por la justicia.

Los mártires!

Ah! Rompamos nuestros vasos de alabastro y antes que vender por los «treinta denarios y más,» el perfume preciosísimo, derramémoslo todo entero, con profusión que alarme á los mezquinos, sobre las plantas que sangran, sobre las frentes que irradian......

*

Desde la orilla, donde cantando aguardamos el esquife exaltemos el valor de los náufragos y hallen piedad en nuestros corazones el clamor de los agonizantes anónimos, de los grandes espíritus tristes que flotan entregados á los azares de la vida como el cadáver á las negras aventuras de la ola, y que aguardan todavía, todavía, un rayo de luz de estrellas;..... un átomo de aire;..... una migaja de Justicia...... una tierra de promisión......

¡La Inefable Quimera!......

VOTO

VERDAD! *En el principio tu nombre es: «Escándalo;» mas, luego, cuando triunfas, te dicen:* LUZ!

A la Obra, Amigos, Vamos á la Obra.

En la caldera de abominaciones, en las «entrañas infectas,» hundamos los brazos hasta el codo, y, como las brujas de Macbeth, los sacaremos llenos de revelaciones y de hechizos.

Hay muchos vendajes encubriendo lacerias mortales.

Arranquémoslos sin vacilación: hay desgarramientos piadosos. Y luego, cuando hayamos limpiado las úlceras, lancemos al infinito el tejo de Job..... ¡se hará estrella!

Disimular el mal ¿es curarlo? ¿Basta abrigar la llaga para hacerla desaparecer?

Una especie de complicidad inconsciente nos lleva á enmudecer ante la desgracia y á creer que, con apartar de ella la vista, ha dejado de existir y todos vivimos en Arcadia.

El Interés y el Miedo, he aquí los dos grandes móviles de este siglo, tan poco religioso, que no ha producido un Mahoma; tan poco filántropo que en él no florecen Conrados de Marbourg ni Torquemadas, uno siquiera de esos ilógicos que por sensibilidad, por caridad achicharraron hombres; pero tan sabio, que, al fin, ha descubierto la panacea contra todas las calamidades: EL SILENCIO!

Sí! Todas las bocas están mudas!

«Los corazones se han endurecido,» según la frase evángelica; «los oídos no oyen, los ojos no ven porque muchos tienen miedo de que sus ojos vean, de que sus oídos escuchen, de que sus corazones comprendan...... et convertantur et sanem eos.»

Lo que ocultan? Lo que niegan....? turpe es dícere.... turpe est dícere!

VOTO

La abominación invade ya el lindero temido del Profeta: el lugar santo!

Como el fariseo ciego muchos blanquean el sepulcro por fuera en vez de limpiarlo por dentro......

Y ay! el día en que mano osada eche á los perros los impuros huesos de muertos!

Como Myca dirán:

—«¡Yo he perdido mis Dioses, yo he perdido mis Dioses.»

Como el catecúmeno del Monte Athos darán voces tristes, gritando en la desolación:

—«¡Me han arrebatado mis dioses y no sé á cual adore!»

Y desgraciados, por haber visto la realidad, como la Casandra de Schiller nos rogarán así:

— «¡Devolvedme mi ceguera!»

No haya misericordia, sinembargo!

Se necesitan ya voluntades viriles que alcen los puños en la oscuridad y apostrofen al mal que acecha y mata en la tiniebla como el vampiro.

Delatores austeros. Jueces. Redentores!

Voces roncas, voces expiatorias que clamen en el desierto: LIBERTAD!..... IGUALDAD...... AMOR!

Oh! Las tres palabras inmensas que purifican los labios que las vierten como los ardientes carbones de Isaías!

Este libro no es libro de concupiscencias ni ha sido escrito para regalo de liviandades.

Es libro cruel. Y como el Gran Vargas Vila, yo tendría el derecho de decir á los tímidos, á los vacilantes, á los cobardes, á los que se doblan á todo viento de doctrina: ¡No lo leáis!

«¡Leedlo!» les digo sinembargo. «¡Leedlo!» les ruego. Leedlo!» les ordeno, en nombre de la extraña rebeldía»!

de una mujer humilde, que vivió según el corazón y sobre cuya sepultura crecen hoy los jaramagos amarillos, lloran los sauces y se enredan los salvajes cundiamores.....

El contagio de la fe es grande; y Cristo dijo que la fe transporta las montañas.

Pueda el soplo candente, el vaho fervoroso que se escapa de estas páginas, fecundar al fin, esos espíritus tocados de esterilidad, esas conciencias opacas muertas para las rebeliones, para el sacrificio, para la humanidad.

«¡Sursum !.....»

Este libro es libro doloroso, porque es libro humano: libro de carne y de sangre.

Es la historia de una desdicha de amor y viene á pedir justicia revelando un gran pesar, acaecido á dos almas entre las rosas, junto á las palmas, en el llano verde y romántico.

Es libro acusador. Y como todos los acusadores si sonríe, su sonrisa es irónica: efectismo oratorio y nada más. Creedlo.

En la gran contienda de los fuertes y de los débiles, mi libro es — yo lo proclamo — alegato vivido, desnudo, palpitante en favor de los últimos.

Juro haber dicho todo lo que era necesario decir!

Ahora mis adversarios tienen la palabra.....

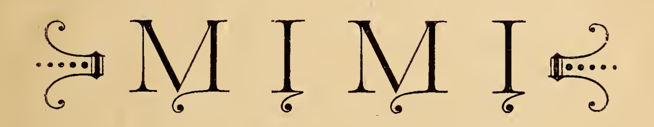
.....EXEAT!

Cabrera-Malo.

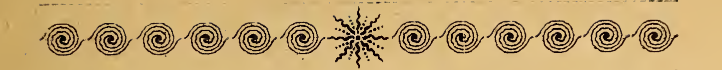
Caracas: 1898.

CABRERA-MALO





CARACAS - 1898



LIBRO I

MIMI

Mimí!...... ¡Mimí!...... —¡qué dulce nombre tienen tus dolientes hijas, pálido Murger! ¿Os acordáis, poetas silvestres de mi pueblo; cigarras enamoradas que cantáis ebrias de sol y de perfumes vírgenes, á la sombra de las altas palmeras rumorosas, en los ardientes mediodías de la pampa, de Mimí, sonrosada y frágil, toda luminosa y rítmica? De Mimí, os digo, que, á los quince años, acogía con sonrisas irónicas y *bah!* despreciativos, los que creíais vuestros más ardientes y primorosos versos: vuestros versos sensuales y cálidos; y quién, si la hablabáis de amor, os miraba indiferente, impasible, con la mirada vaga y enigmática de sus grandes ojos de pedrería, ó mordiendo distraída pétalos de rosa; después de lo cual se quedaba fría, escultural y augusta cual una viviente estrofa de Lecomte de Lisle?

Yo sí! Su nombre, su dulce y fugitivo nombre recuerda á mi musa enferma el día de sus primeros cantos: el día en que me trajo en su delantal blanco, sonreída y ruborosa, el primer manojo de flores tropicales: acacias purpúreas y blancas, claveles rojos y

pensativos alelíes, para élla, sí, para élla la que creías muerta por siempre para los ardores juveniles; para élla la ardorosa, la atormentada, la apasionada Mimí.

Fuego y nieve! Eso era. Sabedlo ahora ¡oh poetas! frescos y sanos muchachos que en la misma lira queríais cantar las glorias del milagroso patrono del pueblo y de Mimí, alma, luz y voluntad!

Sabedlo también, amigos: Mimí os detestaba. Pero, qué fríos y necios sois! os decían sus labios rojos y sensuales en su mohín delicioso!—Pero qué fríos y necios sois! querían deciros sus pupilas multicoloras que tenían del oro muerto de las filigranas exóticas, del pérfido azul de las ondas, del bronce de los camafeos babilónicos. Pero qué fríos sois! os decían los temblorosos globos de su ceno, duros y cándidos con la albura sonrosada de los mármoles pentélicos; pero inertes, insensibles, allá, en lo secreto del corpiño, siempre adornado con flores de la montaña, en las cuales vuestras estrofas melenudas y llorosas no se atrevieron á libar jamás.

Ah! pero estábais sordos y ciegos, canta que canta los éxtasis de vuestro devoto, por lo que, vuestras flores,—Mimí lo decía,—os resultaban de trapo y olían á incienso, caballeritos; por lo que vuestros versos, pulidos y acicalados según la manera del viejo y regañón maestro Hermosilla, eran dignos, por más que lo creyéseis unos vivos pecados mortales, de ser cantados en el harem por otros labios que no por los del Sultán..... Oh! los amores celestiales, los pálidos rayos de la luna, las calladas celosías, los ruiseñores de la arboleda. Se reía....! se reía al escucharos. Nunca pudo comprenderos.

¡Poetas de mi parroquia! que peináis vuestros versos con cosmético: una mañana en que Mimí venía del campo olorosa á verbena, con las mejillas sonrosadas y los cabellos empapados de rocío matinal, díjome:

—He pensado toda la noche en los enamorados celestiales, y no he podido adivinar cómo son..... ¿Sabes tú si son los mismos para quienes los ángeles traen

expresamente del cielo, en cesticas, los chicos que les nacen algunas veces?

Y después:

—Qué poetas! qué poetas! Beben su vino con agua, no pueden pasar las comidas picantes! Cómo me fastidian, ay! cómo me fastidian! Comprendes ahora por qué los odio?

Risitas ahogadas. Murmuramos.

Y tras un momento de silencio:

—No es toda la culpa mía! añadió. Yo necesito amar como las otras: ¡yo soy mujer! pero hé aquí que éllos son débiles y yo fuerte. Dime: ¿tú no sabes de algún poeta que sepa forjar estrofas viriles y cantos que enardezcan la sangre como el vino añejo y tengan olor de savias y calor de besos....?

Un día me vísteis de brazo con élla.

Veníamos del bosque añoso y húmedo, todo perfumado con el aroma rústico y violento de los guamachos en flor. Nos habíamos detenido pensativos junto á un arroyo, cuyas claras linfas desfloraban en su vuelo loco las libélulas en celo. Habíamos doblado un ramo de naranjo cuajado de azahares, en que anidaban dos pájaros: la hembra, delgada é incolora, alimentaba los polluelos, haciendo arqueos violentos—como atacada de náuseas; y el macho, potente, encendido, victorioso, cantaba, cantaba, en el copo de un guamo la canción de la vida fecunda, del amor fuerte y libre bajo la pompa del cielo, sobre las altas ramas que se balancean. Aspirábamos el fresco y virginal aroma de los azahares unido al acre olor de los nidos, y, cuando al fin, soltamos la rama llena de flores y de pájaros, una lluvia de pétalos anegó la desparcida cabellera de oro de Mimí, y algunos, se deslizaron por el descote de su traje y le cayeron en los redondos y erectos pechos.

Mimí reía con grandes aspavientos y mimos miedosos al sentir el cosquilleo que la producían los albos pétalos —Poeta! Poeta; si están vivas....! ¡Son abejas! decía. Y nerviosa, sobresaltada, introducía inútilmente la mano en el rebosado corpiño, por cuyas temblorosas gasas continuaban rodando siempre hasta el seno las blancas flores deshojadas.

—Si yo pudiera....!—la dije entonces.

Ella me miró. Una llama desconocida, un fulgor inesperado y salvaje cruzó por sus pupilas.

—No te atreverías, poeta; lo sé muy bien. Acaso eres tú mejor que los otros?

Y esta vez dejó vagar por sus labios la mueca de desdén que os ha enloquecido de dolor, amigos; y por los ojos, su eterna mirada insultante, como un reto; fría y aguda como la hoja del puñal.

—Te atreverías?—insistió sonriendo malignamente, mientras me envolvía de nuevo en su mirada inexpresiva y vidriosa de ídolo anamita:—Te atreverías?

Estaba muy cerca de mí. Su aliento fatigoso rozaba mis mejillas.

Y lo creeréis? Ante aquel seno hinchado y mórbido que se me ofrecía por la vez primera con todas las tentaciones de la virginidad, experimenté el temor religioso de los artistas de la Grecia pagana, el anonadamiento del creyente que temiera profanar con sus miradas las aras de su Dios. Quise estrecharla contra el pecho, en el delirio de mi amor besarla; gritarla muy alto que sí me atrevía, que yo era fuerte, mucho más fuerte que los otros, y...... ¡mis brazos permanecieron inmóviles y mis labios recojidos para el beso, murmuraron temblorosos: ¡IMPOSIBLE!

—Oh! yo lo sabía muy bien..... yo lo sabía muy bien —díjome moviendo amargamente la cabeza.—Todos sois iguales. No te acuerdas de Enriquito? Una noche, sin que él lo esperase, le ofrecí repentinamente un beso: para probarlo, sabes?; para ver si se atrevía, comprendes? Su tez morena, su pecho ancho y robusto, sus

fornidos brazos, todo aquel aspecto de joven dios altanero, me seducían, produciéndome no sé qué vaga y honda humillación, qué deseo íntimo é inconfesable de de ser asfixiada por él; y.... lo creerás? él, el único....

—Te besó, Mimí?

—Tonto!—continuó ella, torciéndome los ojos.—Me preguntó que sí lo llegaba á saber papá..... El muy cobarde! Después de todo, lo que yo siento es que acaso tomó en serio aquella chanza mía. Yo besar á nadie? Yo dejarme besar de uno de ustedes, que no conocen, por temor á nuestros papás, más besos que los comprados á peso de oro á las mujeres malas. ¡Ah! si yo fuera hombre!..... ¡si yo fuera hombre! Por eso, amo locamente á los gatos, á los gatos, que muerden y arañan sobre los tejados á las gatitas esquivas. Mi pobre Copelia! Al llegar á casa me la recordarás. Quiero curarla. Si tú la vieras! Esta mañana amaneció con una mordedura honda y sangrienta en la cabeza; debió reñir mucho tiempo; dentro de poco tendra gaticos; y lanzando una carcajada que resonó en el bosque solitario, como debió resonar en las campiñas de la Grecia mitológica, el *alalí* guerrero de Diana, virgen é invencible, me tomó bruscamente del brazo:

—Vamos, díjome impaciente, vamos, poeta; ya no hay esperanza! Y me arrastró de prisa por la ancha vereda orlada de musgo, bajo la sombra de los bucares rojos de flores, en cuyas copas inmóviles se oía la loca querella de los nidos cargados de pájaros.

Las dos!.... qué caluroso mediodía!

Ella, la primera, se tendió sobre el espeso tapiz de hojas secas que crugían con leves chasquidos metálicos, al peso de su cuerpo.

Un silencio vasto y solemne, el silencio medroso de los mediodías tropicales, interrumpido bruscamente con

los soplos llenos de rumores y fragancias tibias que bajaban de la montaña, nos oprimía, sumiéndonos en una especie de letargo muy dulce y muy sensual. Una calma profunda y abrumadora, parecía cernirse sobre las cosas y los seres, inmovilizándolos. Desmayados festones de enredaderas salvajes pendían sobre nuestras cabezas, escalaban por los troncos cubiertos de verdoyo, arrollábanse á los gajos secos, y formaban en loco entrelazamiento un dosel de verdura, tachonado con grandes é inquietos ramilletes de campanillas azules. Nos invadía el cansancio de aquella hora lánguida y vaporosa; gruesas gotas de sudor resbalaban por la frente pálida de Mimí ó se quedaban temblando, irisadas por algún furtivo rayo de sol, entre sus despeinados rizos de oro. Lanzaban los grillos bajo las piedras sus monótonos y ásperos chirridos, y en tanto sentíamos á nuestro alrededor una vasta é incesante palpitación de vida, el sordo germinar de los pimpollos nuevos y frescos, los penetrantes efluvios de las savias, las calientes emanaciones de las hojas verdes fermentándose en la humedad, y, juntándose á aquel desbordamiento de poderosa é incontenible vitalidad, al esfuerzo genesiáco de la grande alma de la naturaleza, una mortificante y torturadora ansiedad en nuestros pechos, un deseo vehemente de sumergirnos y disolvernos en el vasto océano del sér, de concluir para siempre con un beso la gran contienda, la eterna y misteriosa repulsión de los sexos.

Mimí seguía tendida cuán larga era sobre la alfombra de hojas marchitas. Ahora, su cabeza descansaba sobre sus brazos en perezosa lasitud; y en aquel abandono voluptuoso de todo su cuerpo, en aquel olvido de su personalidad, sobre el prominente busto, destacábanse con relieves vigorosos, en la tensión de la seda del corpiño, las dos puntas de su seno. Sus narices dilatadas y vibrantes aspiraban ansiosas las exhalaciones de las yerbas mústias y todos los olores selváticos, enervadores, que flotaban en el aire enardecido con el calor de los días paradisiácos. Respiraba con dificultad aquel vaho pesado y embriagador, y sus ojos entreabiertos, parecían perseguir en lo infinito del ensueño, alguna

blanca y lejana visión desprendida del seno de las cosas sin nombre, alguna rememoración fantástica y turbadora de esas que, en el aniquilamiento de la inconsciencia, surgen del fondo de la vida, como recuerdos mortificantes y dolorosos de existencias anteriores cuyos gustos se despiertan en nosotros bruscamente.....

—Mira....!—dijo muy quedo, yo he sido alguna vez enredadera! campanilla azul...! nube luminosa..! ave..! brisa..! no sé qué... no recuerdo bien en este instante; pero yo he sido algo de eso.... algo muy efímero y muy bello......

La crisis nerviosa comenzaba: la gran crisis que venía preparándose de mucho tiempo atrás.

Sentía entonces, me lo ha confesado después, amigos, un raro hormigueo en las espaldas, que se prolongaba hasta lo alto de la nuca; y subía, subía á turbarle el cerebro, propagándosele en seguida por todo el cuerpo, clavándole mil alfileres en la piel, á la manera de un baño eléctrico. Luego experimentaba la sensación de un vértigo, de una caída lenta y suave, algo así como el balanceo rítmico de unas enormes alas blancas. Toda su voluntad se deshacía gradualmente, y en aquel crepúsculo de su virginidad hosca y montaraz, sufría el desfallecimiento, la angustiosa espectativa del carácter que se rinde cansado de luchar, de la resolución enérgica que cede al fin á las brutalidades de las circunstancias y á las miserias del temperamento....

—Me han dicho que eres poeta. Canta, canta.... Quiero oirte.

Se había puesto en pie. Alta, delgada, con esa gracia serpentina y ondulosa de la *Ayesha* de Haggard, aparecía ante mis ojos más femenina, más mujer en aquella hora de dolor y de pasión. Una viva inquietud, una agonía cruel se reflejaba en su semblante. Tenía hojas secas enredadas en el vestido y en los cabellos. Me hablaba con voz acariciadora, la faz enrojecida, los labios sonrientes, los ojos húmedos y voluptuosamente adormecidos.....

—Yo te lo ruego, poeta, canta!

Y canté primero del misterio de las flores que se fecundan con rozamientos silenciosos en el secreto de los bosques, en el recato de los jardines; de las aves que aletean enamoradas, piando dulcemente, y que caen luego muertas de placer ó extenuadas y sin fuerza para volar al pie de los árboles; de las cópulas aéreas y fúlgidas de las mariposas, que ruedan después al seno de los cálices donde agonizan borrachas de néctar y de amor; y luego, de las ninfas que corren desnudas por los valles perseguidas de cerca por los velludos caprípedes; y de los sátiros que suspiran entristecidos ó soplan nerviosos y melancólicos sus flautas gemebundas á la sombra de los olivos verdes, junto á las fuentes donde triscan las jocundas ninfas que les enseñan para mortificarlos, las espaldas nacaradas y las caderas lácteas; y de las diosas antojadizas é infieles que quebrantan sus juramentos y abandonan el Empíreo por amor á los hijos de la tierra; y de Diana la inmaculada, la deidad siempre deseada y nunca poseída, la que asusta con sus apariciones á los montañeses cándidos, y se entrega al mortal querido, envuelta en el casto peinador de su luz pura y nostálgica, á las altas horas de la noche, en el silencio del sagrado bosque; y de Teócrito, el idilio, hice resonar en sus oídos; y evoqué las fiestas de Flora, la cortesana opulenta; y las no menos sagradas de los bosques de Dodona, y las rientes de Afrodita Cipria que celebrara en olímpicas estrofas inmortales la musa de la madre Grecia.

Y cuando cesó mi canto, ví con sorpresa que Mimí bostezaba.....

—Mimí, por Dios! ¿Para eso era que querías que te recitara versos? Para dormirte, como los niños?

—Nó; no es eso; mira: es que.... francamente.... ¡no está en mí! pero esos versos no me gustan ni un poquito. Yo no conozco á esos señores de quienes hablas; nunca he ido á Grecia, ni sé quien es ese Olimpio, ni he visto ninfas, ni sé cómo son los dioses ni quiero saberlo tampoco, gracias á la Virgen del Carmen. Canta cosas que yo comprenda: háblame de los amores de Pancho y de Josefita, de la gente de estos lugares, de

los joropos; cuéntame cuentos y recítame versos frescos como la sombra de los apamates y de los caujaros; himnos criollos que huelan á monte, á flores de tamarindo y á rosas de montaña, y décimas que lleguen al alma y la hablen de lo que úno siente y vé á cada rato en las calles y en las sabanas de su tierra. Pero de las cosas de esos jorungos? nó niño, no sigas. Nadie te está obligando. Cállate la boca si es que no sabes versos y cuentos de por aquí. Miren qué gracia! para eso yo cojo un libro y es mejor.....

—Gracias, Mimí.

—Guá! pero si es verdad. A mí me tienen ya acatarrada con las cosas de esos musiúes. Todos los días la misma cosa! Yo tengo deseos ya de oír algo nuevo. No sé por qué ustedes están más al corriente de lo que pasa en la luna y en el Olimpo que de lo que pasa en Barbacoas, y saben mejor cómo se enamoraba el pastor ese que nombraste, de la hipocritona Diana, que el modo cómo sedujo Juan Ramón, el peón de casa, á Mariquita, la lavandera, la vez aquella en que se puso á enamorarla por la empalizada de piñón de la quesera.

Avergonzado y temeroso de que Mimí se fuera disgustada conmigo, canté entonces de las montañas vírgenes y de la tierra desgarrada por el arado y herida por las coas prodigando flores nuevas y cosechas abundantes. Del sembrador enterrando en el surco nuevo el grano viejo. De las auroras húmedas en que los turupiales y los arrendajos se hartan de guayabas y cantan borrachos de aromas, en los racimos del cambural, en tanto que los azulejos picotean el seno purpurino de las granadas abiertas como joyeles de rubíes y en sus flores rojas beben miel los tucusos y liban las reinitas y las mariposas verdes de los pantanos. De las mañanas tibias en que las muchachas enamoradas se levantan á prender candela y restregándose los ojos llorosos suspiran por el amor ausente, por el desgraciado que se llevaron á la guerra ó por el ingrato que las olvidó para querer á otras más bonitas. De las mañanitas azules en que las vacas braman alrededor de las queseras llamando los becerros y se oye caer en las blancas ca-

masas, al són de las canciones de los ordeñadores, los espumantes chorros de leche y en el monte la algarabía de las gallinas que salen cacareando del nidal. De los mediodías olorosos y ardientes en que deslumbra el verdor de los conucos, se marchitan los cogollos, tórnanse grises las hojas de los árboles, se quejan en los charales las palomas montañeras, duérmense las brisas, los pájaros sestean, fingen cintas de plata las chorreras de las acequias de riego, y bajo las trojes de tara, sobre las pilas de maíz recién desgranado, en los chinchorros de moriche, roncan dormidos los sabaneros. De las tardes plácidas y tristes en que una á una regresan del pastoreo las amorosas y tardías vacas de leche, y en la hierba se revuelcan los muchachos, y á la orilla de los pozos se sientan, sobre las piedras del lavadero, á peinarse con agua del río, las indias que acaban de pilar ; y en que los peones, fatigados de la labor del día, se acuestan boca arriba, sobre las tapas de cuero á ver nacer las estrellas. Y de las noches cálidas en que á través de la paja de los ranchos se ven lucir las brasas de los fogones y sobre las pencas inmóviles de las palmas y de los chaguaramos, cuyas siluetas remedan grandes arañas muertas, brotan y se posan los luceros fingiendo un trémulo florecimiento luminoso. Y de las noches de luna, frescas y perfumadas, en que, sobre los patios de hormigón ó en los frentes de las casas bailan zapateando los llaneros, y dentro de los caneyes, á la vacilante luz de los candiles, se cuentan sus ternuras y se declaran sus amores, en rimas indolentes como la brisa aromosa de las matas y de las vegas ó lloran sus tristezas con las notas dolientes de los sauceles, de las paraulatas cuando anuncian los inviernos, y de las soisolas quejumbrosas.....

Y esta vez, cuando hube terminado, cayó roja de gozo entre mis brazos.

Te amo! me dijo lentamente...... te amo! porque eres fuerte, porque en verdad que eres poeta, y tu canto es noble y viril, amplio y libre cual mi idolatrada pampa americana. Te esperaba desde mucho tiempo ha. Para tí serán de hoy más mis sueños que

ninguna imagen de hombre ha profanado, y mis anhelos de virgen, y mis deseos que no esperaba ver realizados jamás. Jamás, sí! porque los hombres de mi tierra son débiles y yo soy fuerte; porque me río de sus pasiones que no inflaman las mejillas de las doncellas con las púrpuras del deseo ni sus ojos con la llama del amor.

Tenía al rededor de la frente una corona de hojas secas. En magnífico desorden caíale por los hombros el cabello y hablaba con dificultad; la mirada errabunda perdida, siempre perdida, en las lejanías de su obstinado ensueño.

Soy mujer—prosiguió. Ellos me creen de mármol.... Imbéciles! La culpa no es mía! no es! Pero, Manuelito, será cierto que soy de nieve y voy á disolverme? Amado mío, bésame. Tengo frío, tengo miedo! El bosque, está silencioso; en sus tallos duérmense las flores y las aves cantan en el nido la canción de los pichones! Ay! siento que se acerca la primavera. ¡Son las nupcias de la naturaleza y las nupcias de mi alma....

Calló su voz.

A lo lejos oíase el canto monótono de los grillos, las palpitaciones de la fronda fecundada, los susurros del arroyo que corría reflejando en sus obscuras aguas las trémulas sombras de los sauces y los primeros fulgores indecisos de los luceros de la tarde.

—Bésame: dijo estremeciéndose.

Un bucle de oro caía sobre sus ojos. Yo lo aparté cuidadoso para no deshacerlo entre mis manos, y en el medio de la frente, de aquella frente intocada y castísima la dí el primer beso de amor.

Un nuevo calofrío corrió por todos sus miembros.

Pero entonces tuvo una última rebelión, y mientras un relámpago de ira cruzaba por sus ojos más azules y más profundos que nunca:

—Cobarde!, murmuró: Cobarde! Bésame en los labios ó me marcho para siempre y te desprecio.

Y abrió los labios, y esta vez, la besé en la boca quemante y roja.... ¡la besé en la boca!

....

Caía la noche. Al través de los árboles de la gruta veíamos parpadear las tempranas luces del pueblo, y sobre las yerbas, junto al arroyo, entre la masa sombría de los sauces que cabeceaban silenciosos, emprendieron su fantástica ronda las luciérnagas. Los rápidos aleteos de los pájaros que se recogían para dormir entre las ramas, llenaban nuestras almas de terrores supersticiosos; oíamos entristecidos el canto melancólico de los pastores, el traqueteo acompasado de las carretas por los remotos caminos solitarios, y, de repente, todos los rumores cesaron, y el *Angelus* cundió grave y religioso por el aire en paz.

Y cuando nos separamos, Mimí llevaba rosas en los cabellos y en las mejillas.....

LIBRO II

EN MARCHA

Tres años después!

Son las doce.

Un sol de estío derrama torrentes de fuego y mares de luz sobre nosotros. El calor es asfixiante. Los raros charcos de agua tibia é insalubre que encontramos emergen rayos cegadores y, mirados á distancia, semejan espejos perdidos bajo el mezquino polvoriento follaje de los bravíos cujizales y de las rastreros ñaragatos. La sed, la espantosa sed de los llanos, que retuesta las entrañas y pone en las pupilas mirajes de vegas y de sombríos, exasperada hasta el delirio por la vista del agua, pero del agua que mata como veneno y que mis compañeros de viaje me han prohibido beber con amenaza de calenturas, reseca nuestras gargantas hasta el punto de que hablemos con dificultad y esputemos sangre. Marchamos en silencio, con las cabezas inclinadas, con los ojos cerrados para evitar la congestión, con los pañuelos de Madrás anudados, á manera de capuchas, sobre la frente, y bajas, muy bajas, hasta rozarnos los hombros las anchas alas de los sombreros *de pelos de guamas* cuyos barbiquejos de hiladilla hemos tenido que alargar. De lejos, de los confines de la sabana monótona y silenciosa, del fondo del arenal comparable á un lago de estaño en fusión, sobre el cual flota la

vaga, temblorosa silueta de alguna garza errante, ó se destacan vigorosas y distintas las *manchas* de ganado, alguna madrina de caballos salvajes rendidos por el calor y moribundos de sed ó las blanqueadas dispersas osamentas de las reses muertas en la última epidemia—llegan hasta nosotros, olorosas á quisandas maduras, á mastranto y á araguaneyes en flor, lijeras ráfagas de brisas que pasan por nuestros rostros dejándonos en la piel la sensación dolorosa de una desolladura ó la enervante y voluptuosa de una ducha de vapores perfumados.

Tres días de marcha, á través de caños pestilentes y de médanos, bajo un cielo inclemente, cuyo azul inexorable no ha empañado ni la más lijera nube de lluvia, han fatigado nuestras bestias de silla. Insensibles á la espuela, despeadas, amenazadas de tabardillo, los ojos vidriosos, el pescuezo horizontal y sin fuerzas siquiera para mover las orejas sobre las cuales se hartan de sangre las moscas carniceras y los tábanos hambrientos, han perdido sus primeros bríos y apenas si una furiosa chaparrada saca de sus cavilaciones á mi brioso caballo rucio y lo hace emprender una galucha floja, una trocha desconcertada y vacilante que concluye por agotarlo en breve y por hacerlo caer hincado de rodillas, mojado de sudor, resollando angustiosamente, sobre el enrojecido y humeante suelo de la pampa. A este paso los peones, mis compañeros que se ríen del percance y reprueban mi imprudencia de azotar una bestia cansada, imprudencia que no debo repetir, si es que quiero que no me cojan los nazarenos en el camino, me aseguran que tardaremos aún tres horas, tres largas horas, para llegar á mi pueblo..... á Santa Rosa.

Mis ojos deslumbrados buscan en vano un sitio de refugio, un árbol siquiera á cuya sombra guarecerme y sestear. Arenales y más arenales es cuanto diviso en muchas leguas. El horizonte sereno, purísimo, no indica lluvia en muchos días y la vejetación cada vez más rara, se reduce á cujíes miserables, á alguno que otro tunal pisoteado y mordido por los arreos de burros, cuyas melancólicas campanas resuenan en la soledad

como esquilones de agonía y á la ironía de algún espinozo cardón en flor! Nubes de mosquitos, como distantes humaredas, se elevan por momentos de las remotas hondonadas húmedas, de los pozos en cuyo fondo cenagoso, las sanguijuelas y los tembladores comienzan á morirse y germinan los miasmas de las fiebres y de las terribles disenterías. Cada nube de plaga que avanza, es saludada por mis peones con la voz de: *—ahí viene un vapor!* porque, en efecto, sobre el horizonte de color turquí, aquella mancha cambiante y amorfa parece el humo de algún trasatlántico invisible. De vez en cuando rasga el opresor ambiente el bramido silbante de algún toro en celo ó el relincho febril de los caballos padres; y cuando han cesado esos alertas apasionados y guerreros de la llanura, vuelve á reinar el silencio vasto y lúgubre, y úno se pregunta entonces qué formidable estupor sobrecogerá á los llanos y con qué desenlace terrible y anonadador finará ese pasmo inmenso de la tierra y de los cielos ...

—Mire, Dotol.

—Qué, Pancho?

—Ese güesero que está ahí mismito. Cuidado si se le trompieza el potrón.

A mi derecha, bajo un chaparro de ramas retorcidas como las hebras de un cable y de hojas amarillentas por la sequía, miré entonces un carapacho de res, en cuyos costillales quedaban adheridos todavía algunos filamentos de carne ennegrecida y maloliente. Dos zamuros ahitos, sin fuerzas para volar, miraban indiferentes aquellos despojos, mientras otros dos que se disputaban una piltrafa, reñían dando saltos y lanzándo *búcios!* roncos, entre las patas de nuestros caballos.

—Pancho, ¿como que nos hemos perdido? No veo el camino por ninguna parte.

—Cómo que nos hemos perdio? Los llaneros no nos perdemos nunca, porque tenemos como los políticos sabíos la brújula en las narices. Qué camino va usté á ver, Dotol, por Dios! si el camino en estos cachales es la dirección que uno coje, y las juellas se las lleva el viento ahí mismito.

—Pancho! y entonces, si éste es el camino ¿cómo vino esta res hasta aquí?

—Que cómo vino? Que cómo la vinieron dirá el niño más bien; porque esa, con toda seguridad se la pescoseó Tío Tigre en alguno de los corrales de Don Pepe, el dueño de La Fundación. Y fué anoche mismo, caray! Dotol ¡mire el juellero del endividuo por donde va..... ¡Y á hombre tibio que estará el lecherazo de Don Pepe, porque ya sabe, amigo, que él es capaz de dar primero su mujer, con ser su mujer más bonita que los mismos luceros del cielo, que una vaca vieja de sus corrales.

En ese momento se nos incorporó el muchacho sabanero que había ido á buscar agua.

—Y contimás ahora que la señora está enferma. Pú... más lijero la dá... dijo este último haciendo una mueca despreciativa.

—Entonces, Don Pepe se casó?

—Guá! sí, señó; y ya van á hacer pá once meses que el cura le puso el rejo y el Juez del Monificio le leyó en la sala de bandera la cartilla de los casáos, una cosa que dicen los muchachos de puallá y que es como un mismo lazo corredizo, porque cuando se lo zumban á úno encima es muy desaogáo.... y todo.... y después y que aprieta hasta que hace vé á los critianos centellitas.

—Sí, Dotol, agregó el otro sabanero; es eso que llaman.... cómo es, caracho?.... mire que no recordar.... caramba! si lo tengo en la punta de la lengua.... ¿no vé que el procurador del pueblo una vez que yo estuve para zumbarme al agua me lo nombró? ¿Cómo es que es, Pancho, ¿tú no te acuerdas?

—Qué me he de acordar, muchacho, si yo nunquita lo he sabío. Acaso yo soy leguleyo como tú?

—Ajá! ya se me vino: los artículos de los conyungues.

—Mire que este muchacho! Tanto pensar para salir con esa maricada. De las coyuntas será, birote!

—Bueno, de las coyuntas: es lo mismo.

—A pues, continuó Pancho, Don Pepe se casó hará ya para un año y por cierto que.....

Pancho bajó la voz y miró receloso al muchacho sabanero su ayudante:

—Y por cierto qué, Pancho?—le pregunté.

Pancho apuró el macho castaño y me dijo al oído:

—Guá! que la gente dice y que como que la señora no es feliz. No vé que Don Pepe es más viejo que el cacao de bollito? Pero la culpa la tiene ella: pá qué se casó con ese viejo, pues?

—Y contra quién se casó Don Pepe?

Pancho extendió la mano derecha hacia mí y me dijo con sarcasmo:

—Aistá! Miren el niño tan gracioso ¿por qué no me echas la babita aquí, mijito? Es decir, Dotol, agregó enseriándose, que usted se está haciendo el que no sabe quién es la mugé de Don Pepe.

—Pancho, no me burlo de tí. Es que realmente no sé de estas gentes de por aquí desde hace mucho tiempo.

—Dotol, por la Virgen de Parapara! Es decil que usté no sabe que fue con la niña Panchita; aquella que se iba á casar con usté, y que usté dejó palabriá cuando se jué pá las Caracas y que á estudiá pá Dotol?

—Con Panchita?, le pregunté aterrado. Con mi novia?

El pobre llanero clavó en mí una mirada de asombro, de ternura, de lástima.

—Dotol, dispénseme; pero yo creía que usté sabía eso. Vamos á ver: ¿desde cuando no le escribe la niña Mimí? Sus tiempos harán, caray; porque yo me acuerdo que cuando ya se venteaba eso del casorio de ella, yo cojí y le pregunté que si no había sabido de usté, porque su tío Antonio me había dicho que el niño y que estaba muy enfermo con los estudios, y ella me contestó que ni más había sabido de usté desde hacía una pila de meses. Entonces yo juí y se lo dije á Don Antonio, y él me dijo que me callara la boca y que no fuera á decirle nada á usté, porque usté era capaz de desesperarse y darse un tiro ó ponése á bebé aguardiente con los patiquines de la capitar.

—Pancho, no te burles de mí. Dime con franqueza, si es verdad eso. ¿Tú no te habrás equivocado con otros

—Esta sí que está buena! Ahora yo y que no vaya á conocer á la niña Mimí: una muchacha que estoy tratando desde que nació y que bastantes orinadas me echó, aunque me sea feo el decirlo. Sí es verdad, Dotol; sí es verdad! Yo no me juego con esas cosas. No vé que yo sé lo que es eso. Pero no se aflija, hombre, que eso le pasa á cualquiera. A mí me hicieron la mismita cosa ó.... ó pior.... pior....! y mire qué buen semblante tengo. ¿Usted no sabe tampoco que la condená Josefita se fué con el pasador de queso de *La Majada* nada más que porque el muy lambío andaba todo el día con un kepe que le quitó á un muerto en la pelea de Chaguaramas? Y eso que yo estaba siempre vista al santo y sabaneando la guaricha y priocupado todo el día en buscale buen pasto y hasta ya había tomado la determina de hablar con el cura de *El Socorro*.

—Es decí, generar, que la zamba lo volteó como tortuga con otro endividuo?—le preguntó el muchacho á quien todos desde niños conocíamos con el apodo de Taritare que le habían valido su agilidad y su bravura.

—No sea tan entrépito amigo. Busque su cuerda, busque su cuerda! La peseta no es de tres sino de dos. Perro, ¿quién te echó ese güeso? A usté quién lo manda, amigo, á metese en las cosas de los hombres, ni qué le va ni le viene con saber si á mí me voltearon ó no me voltearon? Vaya un hijo de su madre bien parejero, caray!

Taritare, avergonzado y mordiéndose los labios de rabia, detuvo el caballo y nos dejó avanzar.

—Pero, Dios mío, será posible?

—Cómo que si soy catire, Dotolcito? Y mire que yo le dije cosas á la endina. Me cansé de recordárselo; le pregunté que qué apuro tenía; le dije que por qué no aguardaba unos diítas más; pues por su tío Don Antonio yo había sabío que usted se ordenaba de médico en cualquier momento, y me habían dicho en Camaguán qne usted llegaba de una hora á otra, y tanto, que hasta traía unos gallos cabezones de los de Don Pedro Pablo Melo y una escopeta que le había regalado el niño Marianito Michelena. Ay, Dotol! le dije más cosas?

¡hasta le lloré; pero élla como si ná! Y cuantas veces le repicaba el asunto y le pedía por los güesos de su mamá que no lo fuera á dejá á usté por Don Pepe, porque usté era capaz de morirse de tristeza, se reía á carcajadas y me miraba con aquellos ojotes de vaca enferma y me decía.... y me decía...,

— Qué te decía, Pancho?

—Que no me metiera en sus cosas de ella, ¿que quién era yo? Y eso que cuando estaba chiquita yo la sacaba á pasiá en mi macho viejo y por la sabana y bastantes veces me orinó el pellón de la vaquera. Pero así son todas esas condenás..... Más ingratas y más desalmas! Lo pior era que muchas veces era ella misma la que me buscaba y que pá conversá de usté, y cuando yo le decía y le volvía á decir que usté la quería mucho y que el niño era inmejorable y sabía más que un libro, ella me ponía aquella manita sobre el hombro: y me salía con que:—«Mira Panchito, tú eres muy guapo y muy inteligente; pero de las cosas de las mujeres no sabes nada.» Yo ¿y que no sé ná de de las cosas de las mujeres? ¿Qué le parece? Como si yo fuera un niño de pecho! Como si yo no supiera que las cosas de ellas no son cosas ni son ná, sino picardía pura y maldad limpia pá martirizar los pobrecitos hombres. O si le parecía, me salía con una desvergüenza; con que usté era muy pobre y no podía casarse pronto, ó con que usté era muy enamorado y se la pasaba pelándole el diente á todas las que veía y quién sabe cuántas novias tendría en Caracas....

—Qué infamia; yo que en seis años que pasé en Caracas no le dije á ninguna mujer una flor siquiera, y me la pasaba en mi cuarto estudiando y pensando en ella: en ella nada más, Pancho, te lo juro por mi madre....

—Sí, niño, se lo creo; pero pretestos quiere la muerte. Y lo peor no es eso: sino que me salía con que ella sufría mucho soltera, y que ella no tenía vocación para monja.... Y cuando me contestaba esas cosas, mire, Dotol, no vaya á creer que son desfiguraciones mías, se le encendían los ojos y se ponía pálida como una muerta.

Y después me contaba que su táita no la dejaba á sol ni verea pá que tirara la pará con Don Pepe, y que al fin iba á tener qué tirala. Y yo entonces le preguntaba que si le gustaba el viejito, y ella haciendo una morisqueta de asco me decía que Dios le salvara el lugar; y que le diera un buen consejo, porque élla no sabía qué era lo que debía hacer. Y entonces yo cojí y le dije que se juyera con usted manque juera pobre; porque casase con viejo es lo mismo que tallarle el rabo al Diablo ó rezarle padrenuestro á la tarasca......

Apesar de mi angustia yo no pude reprimir una ruidosa carcajada.

—Niño, no se reiga, que la cosa no es de risa. Oiga pa que vea:

—A pues, cuando le dije asina, no hice náa más que decíselo, cuando me soltó esa trompá por la ráiz de la oreja que me hizo ve turbio. Después la niña se regó en la silla, y me gritó:—«Qué hombre tan sinvergüenza y tan recochino? Pero la culpa no la tiene él sino yo, que siendo una señorita me pongo á conversar con esa clase de gente. Bien me lo vive diciendo papá. Por quién me tomas tú, Pancho? tú crees que yo soy de esas mujeres que se van con cualquiera.»—Usté y que *cualquiera*, Dotol. Un niño que es la gloria de todos estos lugares, como lo vive proclamando su mismo tío Antonio. «Mira, siguió después diciendo, ahora por lo mismo no me caso con Manuel, por más que vaya á ser Dotol y too: no me caso y.... no me caso! Y no tengas cuidado que le voy á contar todas tus cosas á papá.»

—A mí qué, niña?, le contesté. Acaso su papá me va á pelar? Quién la manda á pedirme á mí consejos, pues? Lo que le digo á usted es que si quiere, vamos á hacer una apuestica: á que el mismo señor Cura con ser un santo varón si usté le consulta le contesta lo mismo que yo? Pero no quiso hacerlo. Y usted no sabe, Dotol? ¡á mí me está pareciendo que el culpable de que ella no se haya casado con usté, soy yo por esas mismas cosas; así es que.... dispénseme. Fue sin culpa....

Pancho bajó la cabeza como un reo y su voz se enterneció....

—No seas tonto mi buen Pancho. Qué vas á ser tú el culpable? No te dijo ella que yo era muy pobre...

—Sí, señor; y que Don Pepe era muy rico, por lo que su papá y la familia y que llevaban mucho gusto. ¿No vé que Don Pepe es el dueño de todo esto y tiene la morocota que se pica; mientras que allá en la casa dijeron, por un arriero que los vió, que usté no tenía en su cuarto sino una pila de libros escuadernaos y una partía de jierros mojosos que no cortan á naide?

—Tienen razón Pancho. Mimí es rica y Don Pepe mucho más. ¿Por qué se debía casar conmigo que soy pobre, y que apenas si, después de nueve años de abandono, vengo á reponer la fortuna de los viejos? ¿No crees que eso habría sido una injusticia, y que yo habría tenido bastante dignidad para no pedir en forma su mano, sino cuando mi porvenir se hubiera afirmado?

—Eso es lo mismo que yo decía. Pero, y entonces para qué se enamoró de élla, pues?

—Pancho! cuando la conocí yo era rico; tú lo sabes muy bien!

—Y por qué cuando supo su ruina no la dejó, pues?

—Y tú no sabes muy bien que por más de seis años que han pasado desde aquel día en que un pleito injusto, en que una temeridad de mi padre le hizo perder en costas y abogados casi todo su patrimonio y el de mi madre, yo no le he escrito á Mimí; no sé, no he querido saber más nada de ella, y que ni á tí mismo te pedía noticias de su casa? Tú crees que yo sea un canalla especulador de esos que tanto abundan? ¿Tú crees que yo vaya á enriquecerme á expensas del corazón, y que siquiera, siquiera, haya pasado por mi cabeza la idea de que Mimí podía traerme una fortuna! En aquellos días tristes en que ibas á Caracas á llevarme los pobres ahorros de mi madre, te pregunté una vez por Mimí? Respóndeme. Te encargué acaso una carta, un saludo, un recuerdo para ella? Por ventura sabía

yo ahora, en estos momentos, que se había casado hacía más de un año?

—Tiene razón, Dotol; pero yo siempre le decía cuando llegaba, que usté le mandaba á decir una partía de cosas y que no le escrebía porque estaba muy enfermo?

—Pancho, tú has hecho eso?

—Máteme niño! Usté tiene razón; pero yo lo hacía sin culpa y como era ella la que me preguntaba con tanto interés, yo creía que era que usté dejaba las memorias y los saludos de mi cuenta.

—Pancho, por Dios! no sabes el daño que me has hecho. Qué pensaría esa gente de mí?

—Pero Dotol; y no era público ese cebo de usté? Todo el mundo no sabía que ustedes estaban encariñados dende pequeñitos? Qué iban á decil? Y también: ¿no lo estuvo esperando la guaricha cinco años; sabiendo ya que ustedes estaban limpios de bola? ¿por qué no quiso esperáse un año más?

—Porque cinco y uno son seis, y seis es mucho, dije yo.

—Si es verdad también, pero no siempre. No vé?: yo tenía cinco mil pesos en onzas de oro y con cuarenta nudos. Después una vez en que juí Jefe Civil me gané mil pesos á fuerza de murtas, contribuciones y disponiendo del ganado marcado con jierro desconocido y del sin jierro. Tenía seis mil pesos según la cuenta. Pues usté sabe? Josefita, mi muchacha se jué con un camisa de mochila, que no tenía ni cinco, ni uno, ni nada. Convénzase, Dotol, usté sabrá mucho de medecinas, pero la custión no es de números sino de ganas... *Comprende vu mosié?* Porque, ah caramba! amigo, cuando á la mujer se le echa á perdé.... el cuerpo; y le come la cabeza...... es que ni con ensalme...... Pobrecita Josefita! Si usté supiera cómo se me pone el corazón cuando me acuerdo de ella! Yo lo considero á usté, porque yo mismo, que soy hombre y he pasado el trabajo hereje, sufro como naide.... Pero caracho! yo echo palante! A mí lo que me arde no es tanto que me haya dejado en esta soledá: es que otro hombre me ha-

ya creído.... Pero, ay amigo! si pasa por mi banda es que me lo zumbo en claro, es que le bebo la sangre. Y lo que es á Josefita.... también! ó digo.... nó, no le hago ná. Ni que yo juera tan cobarde! Lo que sí me entran ganas es de matarla á besos! y después que esté bien mataíta y naide la quiera, ni me la puedan quitar, echámele á llorale encima la sangre viva sobre el cadávre de su esqueleto....

Los encontrados deseos de Pancho; aquella complejidad de su pasión; sucesivamente feroz y magnánima; voluptuosamente homicida y egoísta, me alarmó.

—¿No se lo quiere pegar Dotolcito?

—Nó, Pancho, no tomo licor nunca. Agua sí quiero.

Y Pancho desató de los tientos de su cobija una tapara encabullada, y quitándole la tuza que le servía de tapa, me la ofreció. Era agua.

Enseguida se volvió del lado izquierdo, y desató una taparita igualmente encabullada. Contenía un famoso brandy que Chenel me había regalado al salir de Caracas.

—¡A su salú, Dotol!

—¡Por la tuya, Pancho!

Los dos bebíamos con avidez. Pancho ruidosamente. Cada trago de licor producía un sonoro glu-glu en su garganta.

De pronto comenzó á llorar y ello sin dejar de beber á pico de tapara, como es de estilo.

—Pancho, no bebas tanto que te vas á trancar.

—Yo lo decía! yo lo decía! La fortuna es que no me coje de sorpresa.

Y con el reverso de la cayosa mano, Pancho se enjugaba la boca y los ojos: la boca por cuyas cornisuras se le derramaba el brandy, los ojos de donde le manaban verdaderos torrentes de lágrimas.

—Por quién lloras, Pancho?

—Por esa condená, Dotol, ¿por quién más había de se?....

—Pero, vamos; tú no me has dicho por qué fue que Josefita se huyó con el otro. Me explico bien que una

rica deseche á un pobre.... ¡por eso!; ¡pero que una pobre deseche á un rico....!

—Pero Dotol! Ya yo no le dije á usté que la mugé es asina; que pá ella no hay ley ni ná, y que cuando se le mete una cosa entre cacho y quijá no le sale ni con parcho poroso?

—Sí, hombre, sí.

—Lo pior es que la muy alevosa, un día antes de irse me mandó á decir que juera esa noche por la palizá y que pá decime un secreto. A pues, yo me afeité y me puse como un clavo y cojí pallá; y cuando llegué y le puse la oreja.....¡mire, Dotol! cuando me acuerdo, es lo mismo que si me pusieran un temblador macho en la boca del estómago!: me pegó con aquella boca tan recolorá y tan bonita, y tan requeteolorosa á leche de jojoto, un beso chupao... aquí, Dotol... aquí! no vé este morado que tengo en el cachete?

Y Pancho acercó al mío su rostro atezado y huesudo; y me enseñó efectivamente, una mancha obscura, uno como surco hondo, labrado en su carrillo de bronce.

—Y cuánto tiempo hace que Josefita te dió ese beso?

—Diez meses veinte y seis días hacen á las diez de la noche de hoy. Pero manque hicieran diez años! tuavía tendría ese jierro cachapiao allí; porque ha de saber usté que, cuando ella me besó, yo me puse la mano en el lugar del chupón y salí corriendo pá mi rancho, y pá recuerdo me marqué con una cuchara caliente; ¿no vé que era el primero que me daba?

—Pancho!

—Como se lo estoy diciendo! Pero aquí viene lo bueno: cuando volví en la otra noche á decile que me contara otro secreto....

Pancho dió un pujido y volvió á llorar.

—Que te pasó, mingón?

—Ay....! que no la encontré..... que se había juido con otro.... que me dejó dicho que no la buscara más nunquita, porque ella había tomado la determina de casase con un melitar...... El arte del melitar! un hombre que tiene alma para robale un kepi á un muer-

to....; porque y que los melitares eran los que le gustaban más.... Ay, Dotol, Dotolito de mi corazón.... Sujéteme porque es que me estoy papeloneando en la silla como un músico, y me voy á caer del desmayo tan juerte que me ha dao ...

Yo lo sostuve como pude.

—Taritare, corre aquí: anda lijero!

El muchacho saltó de su caballo y llegó á tiempo para sostener en sus brazos á Pancho que se desplomó inerte de la silla.

—Ah tranca fea!—dijo Taritari—esta es de las que llaman, llorona. Niño Manuel, vamos á tener que quemale las patas, porque si nó no vuelve en su juicio. Y tan lejos la posá de *Cara e Cochino*, caray! y lo que pesa! Ah lavativa, niño Manuel! Pancho....! Panchoó... óó.... Panchoó... ó.... ¿qué tienes? Despiértate, hombre!

Pancho no daba señales de vida.

—Vamos á sangralo, Dotol.

Acababa yo de salir de la Universidad Central con un grado flamante de Doctor en Medicina y Cirugía, pero sin haber pasado nunca por los hospitales. Naturalmente, estaba cargado hasta la boca, como una escopeta, de teorías y de hipótesis médicas, de nombres de autores y de textos; pero no conocía otros enfermos que los de mis libros. El movimiento generoso que ha abierto las puertas de los hospitales á los estudiantes de medicina, gracias al entusiasmo científico de un puñado de jóvenes celebridades: los Rísquez, Razettis y Acostas, data del otro día nada más. En mis tiempos, y de ellos no han pasado muchos años,—lo digo con dolor,—yo no sé qué egoismo estúpido, que colusión de los viejos profesores, nos alejaba de la cabecera de los enfermos de verdad para sentarnos en el lecho de los enfermos teóricos, á quienes no llegábamos á conocer ni de nombre siquiera, porque los autores extranjeros nos servían sus apellidos con iniciales y suspensivos. *El caso M...... D...... El enfermo W......* Eso era todo! De ahí que las generaciones médicas surgidas entonces á la vida profesional se cruzaran de brazos

ante un dolor de estómago y para rectificar sus teorías y aprender á coser una herida ó á sondear una vagina, hayan tenido que marcharse á Europa.

Lo digo sin acritud pero con dolor: los viejos son terribles!

De todas las obstinaciones, de todos los egoismos, los más sombríos, los más implacables, son los de la ancianidad, presuntuosa é indocta.

Sentir que nos derrumbamos; oír que á nuestros mismos piés la tierra se hiende y cruje y que una avanzada de jóvenes, una legión de combatientes ardorosos, se adueña del campo, corona las alturas y proclama nuevos credos y nuevos símbolos, mientras que á nosotros la fuerza y la voluntad nos faltan para caminar hacia el prometido Canaán de la verdad! Escuchar á lo lejos los *¡hurras!* con que se celebra el triunfo del presente sobre el pasado y el advenimiento redentor de lo porvenir, sin que nuestros labios puedan vitorear al vencedor ni proclamar al vencido. Ver en el horizonte cómo avanza y se hincha la ola montante que ha de tragarnos; mirarse vencido, aniquilado, impotente, desdeñado y no poder ni exterminar á los invasores porque los invasores no se llaman A ni C, sino *Legión!:* como el Diablo de la Escritura; ni sofocar tampoco la insurrección, porque la insurrección es la verdad, que pisoteada, hace explosión y fulmina á los perpetuadores del error, á las embalsamadores de las cosas viejas, á los sacerdotes de la antigualla! Sentir que todo marcha, ruge, se extremece, se multiplica, engendra, crece y vuela, mientras que nosotros permanecemos estacionados, inertes, sin poder huir, sin poder gritar, abrazados á una sombra, inservibles, enclavados sobre nuestros recuerdos; ó abrazados á los dogmas descompuestos de los días muertos.... Oh! debe ser horrible; y uno justificaría de buen grado esas tentativas de destrucción y de anonadamiento de los viejos, si no fuera porque tal justificación es una blasfemia: es la condenación del progreso y la absolución del errror y la apoteosis del sepulcro!

Sí! Destruir el nido para purificar la ruina, es un crimen!

Maldecir el feto para exaltar la decrepitud, un atentado!

Loar las canas para deprimir la adolescencia, una infamia!

Hay ancianidades augustas como hay ruinas majestuosas.

Sea!

Pero es menester gritar muy alto que aquellas no son santas, ni éstas respetables.... ¡sino cuando no estorban!; cuando convienen en ser cosa decorativa y nada más. Cuando aceptan que no viven sino de las tolerancias del progreso; y cuando, por último, han renunciado á la victoria, á la glorificación, á la deificación y á la inmortalidad.

Y no es solamente de los hospitales de donde sistemáticamente nos alejan ellos.... ¡los viejos! Es de los Tribunales y de los Ateneos! Es de la Academia y de los Conservatorios! Es de la Prensa y del manejo de la cosa pública! De todo se han adueñado: todo lo explotan por fuero de heredad! De ellos los proventos y los honores: suyos el sueldo y el laurel! De ellos la infalibilidad! Suyos el incienso y los tributos.

Nuestro: lo que sobra; lo que no les place; lo que gustosamente quieren concedernos: una migaja de pan: la hez! Para consolarnos tienen una frase sacramental: nuestra inexperiencia; para sofocarnos: una palabra que es toda una consigna de guerra y una mentira: *Ateos!* Ateo el progreso, Santo Dios! Ateo ese testimonio de la religión eterna! ese ardiente sollozo que del seno de los siglos va á morir á los pies del Ideal! Atea! la Ciencia que salva; la luz que irradia, el alma que se eleva é ilumina, el corazón que se detiene ante todos los crímenes sociales: ante el leproso y la prostituta, ante el mendigo y el bastardo, ante el presidio y el matrimonio indisoluble, ante el proscripto y el hombre de color para compadecerlos y ampararlos. Ateo!, el corazón que se yergue altivo, indomable, austero,

ante esos prejuicios, ante esas tiranías, ante esos postulados, para condenarlos en nombre del cielo, en nombre de la justicia, en nombre de la civilización!

Ese grito:—Ateos!, ya lo he dicho: tiene todo el laconismo de una palabra marcial y el alcance de un *winchester*. Ateos! Ella significa en el pasado como en el presente: la ausencia de todo servilismo; el alejamiento de toda pandilla, la ruptura de todo vínculo; Bolívar, Washington, Monagas, Pasteur, Berthelot, Dumas hijo.... Ateos! Ateos Martí y Maceo! Ateo! Guzmán Blanco, consagrado al furor de las viejas por haber demolido todos los mamarrachos que afeaban las ciudadades y deprimían las conciencias libres; por haber decretado la Instrucción Pública!

Dios, para los viejos, es la decrepitud, es la sombra, es el convento, es la esclavitud, es la ignorancia! No acatarlos? impiedad! no humillarse ante éllos? heregía!

La juventud en concepto de estos truhanes, está manchada; es nefanda; necesita regenerarse! Dónde? en los seminarios, dicen! Pero, desgraciadamente nos envían á cada momento á los campos de batalla á bañarnos en la piscina de la sangre fratricida. Somos ignorantes. Sí! Pero abrid sus libros, pedidles sus inventos, analizad sus teorías! La obra de éllos es un rebuscamiento estéril de lo llamativo y de lo tintamarresque; es una afectación de método y un vano fantasma de ciencia: es una dialéctica presuntuosa y hueca que encubre mal la vaciedad, el caos, la nada del fondo; una pasión inexplicable por las ideas mal definidas que no tienen consistencia propia, solidez ni contornos, y que, apenas si se prestan á las amplificaciones vaporosas con las cuales seducen á sus parciales los otros viejos; ó á esos jovencitos prematuramente encanecidos que se pagan de sus bombos é hincan la rodilla en tierra, para que los unjan de *talentos* y de *esperanzas*, éstas ó aquéllas reputaciones embalsamadas. Los objetos más naturales de la labor intelectual los desconocen en absoluto ó de intento lo silencian. Los puntos de controversia son por éllos descuidados, como si no existieran. Para decirlo todo: en vez de

la verdadera instrucción que todo espíritu recto debe poseer, cualquiera que sea su creencia; en vez de las lecciones de cordura que en otros países fluyen de las cátedras de la verdadera experiencia y de la vejez honrada; en vez de esa calma profunda, de esa dulzura infinita de la sabiduría infalsificada y genuina.... ¿qué tienen? ¿qué nos ofrecen? Humo, andrajos de cementerios, teorías sociales y políticas falsas, esbozos de historias y filosofías artificiosamente fabricadas ó candorosamente mal entendidas; ¡vanidosa ostentación de saber humano cuya amplitud ficticia no oculta sino teorías vagas é ideas falsas.. .

Manfredo, Fausto, René: esos son los modelos, los prototipos que deberíamos imitar y que éllos nos aconsejan. Literatos llorones y sentimentales, sabios de etiqueta, nada más encuentran que puedan ejemplarizarnos. Como si esos pobres diablos que no emplearon su libertad sino en empresas vanas, en vanas soñaciones y en darse de cabezadas contra los imposibles en las esferas obscuras en que se perdían de intento, creyendo, ilusos, obrar y vivir, y que concluyeron desesperándose, pudiera ser nunca el ideal de una juventud en tierra americana insumisa y democrática. Aquí! donde los vientecillos de tormenta que una vez que otra atraviezan el Atlántico y los talentos seleccionados y robustos que regresan de París y de Bruselas nos vuelven el juicio, nos convencen de la vanidad de nuestras tareas y de la estupidez de nuestra pasividad y de nuestra inercia, ó nos curan de nuestro romanticismo de indios y de esclavos, para llevarnos á la vida práctica, al mundo real á no emplear nuestras fuerzas sino en cosas posibles, á conformarnos con lo que violentamente alcanzamos y no con lo que de lástima se nos otorga; y, por último, á enorgullecernos con esta perpétua victoria sobre un medio refractario y un sistema dominador, sin caer nunca en los tedios sombríos del libertino ó en las resignaciones crueles de los hombres del convento....

Los viejos! Repito que no ofendo la ancianidad ni ultrajo las canas. *Los viejos:* esa frase no significa los

decrépitos físicamente, ni debe evocar el recuerdo de los cuerpos encorvados, de los rostros cruzados de arrugas, de las conciencias vacilantes, de las manos trémulas, de la nieve que platea los cabellos y enfría el corazón.... No! *Los viejos*, es un sistema, es una época, es una tendencia, es una fórmula aquí imperante. Lo llamo así porque me place, porque el vocabulario es baldío; como pudiera muy bien llamarlo la tiranía de los inútiles, de los malos, de los usurpadores, de los fanáticos, cosas que después de todo son muy viejas y adecuadas también. *Los viejos* son: los que nos llaman malos discípulos después que éllos mismos nada han querido ni podido enseñarnos; los que nos dicen impíos, porque no comulgamos los sábados con éllos; y nos creen irreligiosos, porque no veneramos ni le tenemos miedo á la sayona ni á los espantos, ni creemos en que los muertos salgan; los que nos compadecen y nos juzgan desgraciados, porque afirman que no tenemos creencias, como si no pudiéramos encontrar en nosotros mismos y fuera de las asistencias de todo dogma los elementos ciertos de una convicción bastante pura y bastante honrada para llevar dignamente la vida: los que nos condenan á la adoración de las sombras y de los espectros, y nos imponen genuflexiones y nos piden la canonización para éllos y la deificación para sus opiniones médicas, literarias ó políticas, como si éstas fueran la última irrevocable palabra de la humanidad! Los que nos recriminan con amargura el haber nacido ayer; y se creen infalibles y magnánimos y doctos y patriotas, después que en sesenta años de prolongadas saturnales políticas y financieras, no han podido ofrecernos sino un peculio gravado de compromisos; una herencia cargada de deudas, una literatura de lágrimas y suspiros, una ciencia de curiosos que admite todavía el milagro; una historia desfigurada al intento de la pasión; y, para decirlo de una vez, una patria sin fronteras, indecisa, discutida, que no sabemos si amar como propia ó devolver como agena!

—Doctor! qué hay por fin—volvió á decirme Taritari.

—Pero, Taritari ¿y con qué lo sangramos? Yo no

he traído mi cartera de cirujía. Además, tengo para mí que los autores recomiendan en estos casos medios menos violentos. Y aunque tuviera aquí mis instrumentos, no me atrevería. El Profesor alemán Neusbann en sus lecciones de Ciencia Quirúrgica, dice que: una herida que se toque con dedos que no estén limpios en sentido quirúrgico, puede hacerse mortal. *Bergman*, asevera, que es necesario que todo el personal sanitario conozca las reglas antisépticas. *Bilrroth*, que no es un exagerado, nunca cree insistir lo bastante sobre el rigorismo de la antisepsia. *Spencer Wells*, de Londres, dice que hasta los espectadores de una operación deben vestirse de limpio. El profesor *Schröeder*, alemán, es tan extremoso que manda á sus ayudantes á desinfectarse las manos y los brazos con ácido fénico. Y, por último tú sabes muy bien que, en el formulario práctico de Terapéutica y Farmacia de Dujardín-Beaumets y P. Ivon, edición de 1896, al hablar de la antisepsia quirúrgica y de la desinfección prescriben vestidos limpios, lavado de manos y brazos; limpieza de uñas, jabón y cepillo, agua caliente, agua esterilizada y después agua sublimada.....

Taritari me miraba asombrado, y, cuando hube concluido mi disertación:

Doctor; por la casaca de Cristo, déjese de nombrar tantos musiúes y vamos á pegarle la sangría á Pancho, porque si nó, es que se nos despega como mango mauro.

—Has lo que quieras Taritari. Lo que soy yo no me meto en nada. Las cosas deben hacerse bien ó no hacerse.

Y Taritari, que hasta entonces permanecía con Pancho en los brazos, lo acostó sobre la arena y se alejó corriendo, como cien pasos de nosotros.

De pronto, como si hubiera encontrado lo que buscaba, se agachó. Desnudóse el brazo derecho, lo introdujo en un pozo que tenía una nata verde y espesa y.... dió un salto. Dos sanguijuelas hambrientas se habían adherido á su carne.

Al sentirse mordido, sacó el brazo fuera y se las arrancó con fuerza. Después vino adondé estábamos, con su pesca apuñada, y silbando un aire nacional.

—Qué es eso, Taritare?

—Sanjigüelas, Dotol.

Y mientras me contestaba, se apoderó de uno de los brazos de Pancho, arrollóle la manga, y dándole en la piel una lijera punzada con una espina de cují, aplicó los terribles bichos sobre las dos heridas, de donde brotaron dos goticas de sangre negra.

—Hay que esperar que prendan,—dijo después

Inmediatamente, le quitó las alpargatas; hizo un hoyo en el suelo con la punta de su chaparro é introdujo en él los pies del enfermo. Después lo cubrió con arena ardiente, y en cuclillas, silencioso, esperó.

Gracias á tan enérgico procedimiento, Pancho abrió los ojos á poco.

—Dónde estoy? Guá! Josefita! eres tú....?

Taritari al verlo resucitar se puso que no cabía en sí de gozo.

—No señor! y no soy Josefita ni siquiera Josefito. Yo soy el Dotol Taritari de la Universidá de Barbacoas, paque no se equivique.

Pancho hizo un gesto doloroso como si le hubieran arrancado una muela.

—Qué tranca—volvió á decir Taritari—cochinera! y de las despaperás....

—Josefita! Josefita. .. ¿dónde estamos?

—Y güelta con Josefita. Eso será con usté, Dotol, porque lo que soy yo no me llamo Josefita, sino Taritari, que digo, el Dotol Taritari.

Pancho repitió con voz llorosa:

—Josefita!

De repente se torció como un condenado, alzó el pecho, aquel pecho de toro, robusto y musculoso; y apoyándose en la cabeza y en los pies, como un contorcionista de circo, y llevándose la mano á los ojos, lanzó un grito; pero un grito largo: un sollozo que partía el alma:

—Ay, Dios mío! ¿Por qué me castigas asina? Yo que la quiero tanto; yo que no miraba sino por los ojos de élla; ni me la pasaba noche y día sino pensando la manera de complacerla. ¡Santísimo Sacramento! Virgen del Pilar! ¿Por qué no me matates de un centellazo más bien.

La desesperación de aquel hombre robusto, cuyas hazañas y trabajos en la sabana, en lucha con los peligros de la naturaleza, tenían algo de milagroso y de salvajemente sublime, me enterneció.

Así somos todos, pensé. Los riesgos, los infortunios, los casos fortúitos en que no aventuramos sino la vida, no logran abatirnos; y cuando nos avienen, marchamos á su encuentro con la sonrisa en los labios y el desprecio en el corazón. En los campos de batalla cada recluta es un veterano y cada soldado un héroe anónimo. La sangre derramada fermenta el valor en los pechos de nuestros compañeros, y de esa lavadura trágica surgen inmortales y gloriosos los grandes caudillos de nuestras guerras internacionales y domésticas! Todas las adversidades conjuradas, desde la pobreza hasta las persecuciones políticas, no logran hacer mella en nuestros caracteres. Cayendo aquí, levantándonos más allá, nos reponemos lo mismo de las angustias privadas que de las grandes calamidades nacionales; y así rehacemos nuestra fortuna personal como integramos pulgada á pulgada el indeciso, el discutido territorio de la Patria. Pero que no se nos hiera en el corazón! Que la traición de una mujer no nos haga maldecir la vida! Que los celos no nos apuñalen el pecho! Que entre la novia idolatrada y nuestros labios no se interponga nadie: ni hombre, ni fantasma, ni amor actual, ni recuerdo del olvidado, porque entonces todas nuestras fuerzas decaen, y como los niños, no sabemos otra cosa que llorar....

—Pancho! continué yo en voz alta: despiértate! consuélate!.... Vuelve en tí! Vuelve á ser lo que eras en aquellos días, idos para siempre, en que me sentabas en el pico de tu silla y corríamos locos, desatentados, por la pampa, de donde yo regresaba pálido por el

miedo y con un mareo luminoso en las pupilas! O en aquellas noches en que, meciéndonos en nuestros chinchorros me contabas *casos:* unos cuentos pavorosos de muertos y de sayonas que luego no me dejaban dormir. O mejor, sí: lo que me agradaba más; porque me daba deseos de imitarte y me hacía sentir una admiración muda: una hipnótica veneración revelada apenas cuando le hablaba de tí á mis padres y me hacía pedirles como premio de tus victorias sobre los tigres y las culebras, el puésto de mayordomo de los hatos para tí: la narración de tus proezas en los caños y en las sabanas de esta tierra amada del sol! Serénate: los hombres como tú no lloran; no deben llorar! No es verdad, entonces, que eres un héroe? Hay acaso en cincuenta leguas quién sepa hacer lo que tú? No es un hecho que más valiente que tú no es ni el toro acosado, ni más ágil el tigre, ni más generoso el león? ¿No sabes que mientras haya brazos fuertes y corazones indomables, habrá también mujeres que se les entreguen y que hagan para éllos de su vientre santuario y de sus gracias ofrenda?

—¡Josefita!.... ¡Josefita!....

En la desolación de aquella hora tórrida, sobre aquella arena reverberante y encendida, bajo aquel cielo de añil profundo, la invocación llorosa de Pancho, era como la voz de la humanidad atenaceada por el sexo, humillada, pisoteada, mordida por la carne, rendida al fin y clamando piedad en los inmemoriales combates del corazón. La mujer, la Eterna Vencida, la Eva Eterna, la Inefable Vengadora, se aparecía en aquellos momentos á mis ojos como la Divinidad feroz adorada de los fakires sobre un trono de calaveras y de entrañas viriles que manaban sangre! Y yo la veía venir de los cuatro puntos del horizonte, marchando á la conquista del mundo, transfigurada por la pasión ó idealizada por el martirio, armada de la vara de lirios simbólica ó de la espada de los combates; coronada de azahares ó de laureles; airosa y gentil como las palmas del desierto; ó lenta, tardía, demudada, con las caderas deformadas por la fecun-

didad y el vientre repleto con una nueva vida; pero siempre victoriosa, siempre gloriosa, siempre invicta. Ah! tras la abyección de Eva, tras las esterilidades de las bíblicas Jephtés, era el pasmo de la redención, la restauración del imperio perdido, la reconquista dolorosa de la tierra y del cielo! El vaso de ignominia lavado con lágrimas se convertía en vaso de eleción y de ungüentos místicos; la mujer, la hostia eterna, la madre del Pecado se engrandecía y se purificaba hasta ser digna de la formidable maternidad de un Dios. El porvenir habría de pertenecerle. A la grande y secular derrota debía suceder necesariamente la gran victoria, el triunfo decisivo de la *Madre*. Una á una, veía caer sus ligaduras, y desprenderse su alma, redimida y redentora como las alas del dorso de la oruga. Las leyes que la sofocaban en nombre de las conveniencias domésticas iban á ser derogadas por otras leyes más humanas y más sabias. Todo el mundo antiguo se desplomaba para dar cabida á todo el mundo nuevo: á un mundo reconstituido sobre la planta del amor y de la igualdad. Era como una aurora espléndida aquella redención final y visionaria! Y mientras llegaba, mientras radiaba sobre todas las voluntades hundidas en la sombra, perplejas por la indiferencia, amedrentadas por la fuerza; mientras la gran catástrofe incubaba sordamente en las entrañas de la sociedad actual, veía también á la mujer, á la víctima, caída, despreciada; pero alzándose obstinadamente del fondo de su humillación presente, sacudiendo desesperada los barrotes de hierro de las cárceles en que se la encierra para saciedad del hombre ó mayor gloria de Dios, del matrimonio y del convento; y, escapándose perseguida por sus guardianes, insurrecta y sublevada; ó fortalecida en su miseria, consolada en su *in pace*, resignada con su destino; pero rebelde siempre, siempre; mostrando de vez en cuando sus garras agudas y sonrosadas, asesinando con una mirada á su enemigo, matando despiadadamente á sus verdugos; y aún enamorada; es decir: esclava, apasionada y voluntaria, conservando siempre, como un último resto de la cólera original, en lo hondo de sus ternuras y de su subordinación, un

déjo de rencor, un sentimiento de venganza calculadora y fría, el recuerdo implacable de las viejas brutalidades en el fondo de las cavernas primitivas que tan bien traduce la frase del poeta: *nec tecum nec sine te!*

Un nuevo sollozo de Pancho me volvió á la realidad.

Entonces no pude más.

—Pancho!—le grité colérico.—Anda, no seas cobarde. Yo te creía más hombre; pero estoy viendo que me engañaba. Tú ves que á mí me han hecho lo mismo y que sinembargo no lloro. Es necesario ser fuerte, es necesario ser digno y la traición curar con el desdén....

—Hum! porque usté no quería á la niña Mimí.... caray! Si la hubiera querido.... estuviera peor que yo.

Tenía razón el bravo llanero. El amor debe ser como la locura, una cosa sensible para los extraños y nada más. El enfermo cree en su dolencia pocas veces y es sólo, cuando aquella hace crisis, cuando llega al estado de abolición de la voluntad y de la razón, que el enamorado en alguno de sus instantes lúcidos, probablemente conviene con los otros en la gravedad de su mal.

Pero al interrogarme, al recojerme en mí mismo comprendía que mi amor por Mimí era inmenso. Y que ahogado en los días de fatigas universitarias, por casi seis años de fatigas y de vigilias con las cuales aspiraba á merecer la mano de élla, y absorbentes hasta el punto de ignorar que se había casado con otro hombre; al acercarme á los lugares que habían sido testigos de nuestros juramentos; á los ríos, en cuyos remansos límpidos, como cristales, nos habíamos mirado tantas veces; á las matas, entre cuyos chaparrales nos besamcs en otro tiempo.... nos besamos hasta hacernos sangre los labios. ¡Al pensar que la había perdido irremediablemente y que en lo adelante no sería nunca mi primera novia sino.... la esposa de un viejo avaro! Que sobre las huellas de mis besos y entre las guedejas de sus cabellos se habría posado la boca libidinosa de un anciano, profanando así aquel cuerpo que no podía ser de otro sino exclusivamente mío; mancillando

aquella alma que en el despuntar de la adolescencia se me había entregado por siempre jamás.... Oh! Dios mío, comprendí que la quería como nunca, más que nunca, con la desesperación con que se aman los grandes imposibles y sentí que algo áspero y brutal me arañaba el pecho, me mordía el corazón y que de mis ojos iba á brotar también, como de los del pobre llanero, un doloroso raudal de lágrimas....

—Josefita.... ó digo : Taritari ¿ dónde estamos?

—Hombre! Don Pancho, no me confronte. Estamos en el Alto de Las Cocuizas y aquisito mismo está la casa de Carecochino.

—Entonces nos vamos á dormir allá; ya sabe, Dotol? Yo estoy muy cansado. Pasaremos allí la noche y saldremos con la fresca á desayunarnos en Santa Rosa. Ay! caramba! me duele todo el cuerpo como si me jueran dado una misma paliza.

—Don Pancho, y qué más paliza que esa que se pegó usté de ron?

—Dotol, adiós! Yo he bebido como pá rascame?

—Nó, hombre! qué va á haber bebido,—le dijo Taritari sonriendo.

—Y entonces, ¿qué fue eso pues?

—Tú no sabes que á mí me da un mal desde hace diez meses y veintiseis días completos.

—Ah! si es verdá, replicó Taritari. Yo como que me acuerdo ahora haber oído esa conversa entre los piones, y por cierto que decían que eso era brujería que le había echao á usté una zamba de El Carrizal.

—Te han dicho eso, Taritari?

—Como lo oye, Don Pancho! y hasta agregaban que eso se lo quitaba una curiosa con una sóla botijuela de yerbas.

—Dotol, ¿me habrán echado daño de verdá?—me preguntó Pancho aterrado.

—No hombre! Qué daños ni qué calabazas. Y si te lo han echado, te lo cura esa curiosa y ¡santas pascuas! Pero vámonos andando, porque la noche nos va á cojer aquí.

—Caramba, Dios mío! si será por eso que yo siento como que me canta un sapo en la barriga.

—Es lo seguro,—dijo Taritari—porque el otro día náa menos la curiosa de Santa Clara le sacó á un señor del estómago una partía de ranitas y hasta una partía de pelos de mugé. Y ¿usté no se acuerda que José Tomás, el guitarrero estuvo una pila de meses sin poder cojer la guitarra? Pues ¿qué cree usté que era? Nada: ¿qué iba á ser? un par de lagartijos, mirá, de este tamaño, que le habían metío en los sobacos. Yo los ví y usté sabe que yo no digo mentiras.

—No vengas con eso, muchacho. Yo como que voy á tener que ir casa de esa mujer á que me desanime no vaya á ser que por manos de tentación.

—Pancho, monta á caballo, hombre, para acabar de llegar lijero: mira que tengo muchos deseos de abrazar á los pobrecitos viejos que no veo hace ya para tres años.

—Y á la niña Mimí también, ¿no es verdad, Dotorito?

—Pancho, te voy á suplicar un servicio, hazme el favor de no mentarme nunca á esa señora. Con las señoras no se juega. Respeta las mujeres.

—Dispénseme niño y no tenga cuidado que no se la mentaré más nunquita.

Ayudado de Taritari que le tenía el caballo de diestra, Pancho se montó trabajosamente en el caballo y emprendimos nueva vez la marcha.

Toda nuestra anterior jovialidad se había desvanecido: todos mis planes de felicidad derrumbados. Henchido el corazón de orgullo, beodo de ternuras sofocadas el alma; ansiosa de ver á la que había sido el primer encanto de mi vida, á la extraña criatura que un día, cuando menos lo esperaba, en lo más ruidoso de nuestros juegos, me había rechazado súbitamente para decirme: —*yo quisiera que tú fueras Doctor;* y á cuyo deseo, reiterado después como imposición ineludible, había sacrificado yo las lágrimas de mi madre y casi toda mi fortuna, así regresaba á mi pueblo natal

sin saber, un momento antes de la imprudencia de Pancho, la terrible desgracia que me esperaba en el camino de mis sueños.

Y entonces, evocada por los lugares que ahora volvía á ver, recordaba aquella lluviosa mañana de invierno en que me despedí de todos los míos para ir á Caracas en pos de un grado, de un inútil grado científico. Veía otra vez á mi madre, vestida de negro, llorando en el umbral de la quesera: á mi padre serio, un poco pálido; pero imperturbable, escribiendo en mangas de camisa sobre la vieja mesa coja que le servía de escritorio las últimas cartas de recomendación; á mis hermanitos que se habían levantado desnudos y me seguían á todas partes tiritando de frío; y á Pancho, mi compañero de viaje, el más querido de los peones del hato, ensillando la mula vieja de la casa, porque apesar de mis alardes de ginete, mi madre no permitió que me ensillaran otra bestia, temerosa de que fuera á medio-matarme en el camino.

Era una mañana de invierno. La lluvia filtrándose por entre los techos de eneas de los pesebres dejaba caer grandes chorros de agua fría sobre los peones dormidos, que al sentirse mojados se levantaban á toda carrera, sacudiendo las cobijas y riéndose á carcajadas; y sobre las gallinas que comenzaban á tirarse del gallinero. Y mientras mi vaca *Lucero* rumiaba tranquilamente junto á nosotros y clavaba en mi madre sus grandes ojos melancólicos, como si élla también tomara parte en el duelo de la familia, y del fondo de la casa se exhalaba el vaho sano de la hierba recién cortada y de las camasas rebosadas de leche; volvía á ver á Mariquita, mi vieja cargadora, con los ojos colorados por el llanto y el insomnio, recomendándome, entre irritada y afectuosa, que me portara muy bien; que no fuera á enamorarme en Caracas; que tomara siempre la quinina para la fiebre; y que después, se alejaba con el pañuelo en los ojos á regañar ásperamente á los perros, á darle escobazos á aquellas *gallinas sinvergüenzas* que de puro malcriadas se la pasaban todo el santo día encima de la gente; á

apurar la cocinera para que acabara de pasar el café negro del niño y para regresar en seguida y colgarse á mis hombros, y quedarse mirándome fijamente, como queriéndose gravar mi imagen en su memoria y decirme luego llorando, que tal vez no la volvería á ver nunca.... nunca más!

Y Mimí? Ay! Mimí no venía como las otras vecinas á despedirme!

Inútilmente la buscaba con la vista en el desierto camino pantanoso, y me decía que tal vez la lluvia no la había permitido venir; pero cuando escampó.... también inútilmente la aguardé. La ventana al menos, ¿por qué no la abría? No sabía que yo estaba de viaje? No se acordaría ya de que era por élla, por darle el gusto, que me arrancaba á los míos y ¡pobre llanero! corría la eventualidad de morirme de nostalgia y de tristeza en una tierra extraña, lejos de todos los que amaba en algún desnudo cuarto de posada? O era que no me amaba ya?

Y recuerdo bien que cuando las bestias estuvieron ensilladas; cuando Pancho se descubría ante mi madre para oir de sus labios los encargos que le hacía de cuidarme mucho; de no permitir que su pobre muchachito fuera á pasar trabajos en el camino; cuando el reloj del comedor daba las cinco—la hora de la partida—y en la cascada campana de la iglesia, vibraba lento, espantoso, desgarrador, el toque de salutación; cuando me persuadí de que élla no venía y pensé que me iba á ir sin verla, sin decirle adiós!.... me acuerdo como si fuera ayer que sentí relajarse todas mis fuerzas, deshacerse mi voluntad, rompérseme en cien pedazos el corazón y que caí llorando, inconsolable, en los brazos de mi madre:

—Mamá! Mamá! yo no me voy ya! Yo no quiero irme; mamá! mamaíta de mi corazón!

Y mi madre contenía sus sollozos para no afligirme más y acariciando con sus fluidos dedos de hada mis cabellos, bien recuerdo que me dijo:

—No llores así, mi hijito! no llores más que me haces sufrir mucho.... Mira que yo estoy muy en-

ferma y esto me va á acabar de matar.... Si es que no quieres irte no te vayas. Tú sabes muy bien que es contra mi voluntad que te vas, y que si por mí fuera no te separarías nunca de mí.

Después, consolada con su resolución, llamó á Pancho:

—Pancho, desensilla las bestias que ya Manuelito no se vá....

Pancho salió dando saltos de alegría:

—Mariquita! Mariquita!—gritó ahogándose y zapateando como un niño.

—Qué es muchacho! Qué es? Jesús! el susto que me ha pegao el condenado hombre. Yo creía que era que al niño le había dado algo.

—Nó, vieja! no se asuste: es que el indiecito no se va ya pá esas Caracas que seiba.

—¿De verdad no se va? Tú no me dices mentira? Aguárdate ahí que voy á ver.... Manuelito, Manuelito es verdad que ya no te....

Pero al ver á mi padre no pudo terminar y se quedó pasmada en el dintel enjugándose las lágrimas con el delantal colorado.

Mi padre al entrar al aposento miró con severidad el grupo que formábamos abrazados mi madre y yo. Su sola mirada me reveló que estaba perdido.

—Oye, Elvira, tú y que mandaste desensillar las bestias.

Y mi madre, trémula de vergüenza y clavando en él una mirada de piedad, le contestó:

—Sí, Pérez, porque Manuelito dice que ya y que no se va.

—Y dime tú una cosa, Elvira. ¿Es Manuelito ó soy yo quien manda aquí? Es decir que aquí no se hace lo que yo mando, sino lo que á él se le antoja? Nó, señor; dejémonos de consentideras y de alcahueterías y alza arriba, Manuelito. ¡A caballo! Ya dieron las cinco y lo va á cojer el sol en el camino. Qué faltas de fundamentos son esos, señor?

En silencio me levanté á cumplir la orden paterna. Mariquita me siguió.

Ya á caballo, no tuve fuerzas para ir á darle el último adiós á mi pobre madre, que se había quedado en el aposento llorando.

—Adiós, mamá!.... Adiós papá!..... Adiós.... Carlitos.... Adiós José María.... adiós Mariquita, les grité.

—Yá no me dice adiós el niño, me dijo una voz desde la cocina.

—Sí, como nó. Adiós, Juana Pancha! Cuida mucho á Mamá....

Una vez más miré al camino para ver si llegaba Mimí. Nadie! el camino estaba solitario.

Desesperado ya de verlo, hinqué furioso los hijares de mi mula, y la mula vieja, de un salto, pasó el tranquero.

En mi casa redoblaron los sollozos.

Mi mismo padre se cubría la cara con un pañuelo para ocultar sus lágrimas.

Al doblar un recodo de árboles volví la cabeza para decirles adiós una vez más.

Desde ahí divisábamos la casa de Mimí.

Pancho me hizo observar que las ventanas estaban cerradas como si en ella no se hubieran levantado todavía. Pero al acercarnos más creí ver el cielo. Por una ventana entreabierta, Mimí, envuelta en una colcha de colores, nos miraba! Después me dijo adiós con la mano y.... yo loco, fuera de mí la envié un beso. Seis años habían pasado desde entónces y en seis años no había vuelto á verla sino una vez... en vacante; ni á besarla, sino una tarde.... en primavera!

Aquellos recuerdos! Ah! Mi adolescencia entera comparecía ante mis ojos en aquellos momentos de suprema desilusión: una adolescencia pura, fuerte y dichosa primero: triste, pensativa y precozmente enferma después. Los estudios habían marchitado mi rostro y la luz de kerosene de las casas de pensionistas de Caracas, devorado mis ojos. Dos cercos morados rodeaban mis párpados, y una dispepsia atroz me consumía el cuerpo y alma, Pero.... ¡era Doctor! Era lo que élla deseaba....! Benditos dolores que me permitían aspirar á su mano.... A su mano? Y no estaba

casada ya! Acaso había tenido voluntad para esperarme? ¿No me había traicionado? No me había alejado de sí? Mientras yo me entregaba á los libros con fiebre, con pasión, élla no se entregaba fríamente á un viejo?.... ¡á un viejo imbécil que había comprado á unos padres interesados y egoístas el cuerpo de élla á precio de oro, y que en aquella subasta de mi vida, de mi tesoro, de mi cielo, ni siquiera tal vez consultaron su voluntad? Pero ¿y si fue contra su gusto ese enlace sacrílego, ¿por qué no se resistió élla, porque no les pidió que no la casaran.... ¡por la Virgen del Carmen! ¡por María Santísima! por la Hostia Consagrada! Y si les suplicó así, y no la oyeron y si quebrantaron su altivez; si despreciaron sus lágrimas; si desatendieron sus quejas; ¿por qué no se torció los brazos de cólera?; ¿por qué no se irguió indignada?; ¡por qué no le gritó que élla era libre? ó nó.... que élla me pertenecía! Y, por último, cuando todo resultó inútil, cuando el gran crimen iba á perpetrarse? ¿por qué no mordió la mano que pagó sus gracias y abofeteó aquel rostro abotagado de lujurias y no pisoteó indignada á aquel viejo desmedrado y libertino, á aquel desecho humano, aterido por el frío de la muerte y la nieve de los años, cuando vino á calentarse en el mismo lecho de élla.... al rescoldo de su seno.... entre sus brazos mórbidos.... junto, muy junto á aquel cuerpo que era mío.... sí, mío! como era mía también el alma que lo animaba, el soplo divino que lo había convertido en una lira de mágicas sobrehumanas vibraciones que sólo yo sabía pulsar y que también yo sólo, estático, de rodillas, purificado por mi misma adoración, podría oír?

Ay! Cuánta distancia entre aquellos días de esperanza y éstos que me aguardan de desaliento y soledad! Cuánta distancia entre el joven feliz de ahora unos instantes, y el pobre viejo prematuro que he comenzado á ser, desde que Pancho, el buen amigo de mi infancia, sin saber lo que hacía, me dió la nueva fatal.... ¿Qué puedo esperar en lo adelante. En qué Dios puedo creer ahora? ¿A qué buena santa rezar todos los días y consagrar mis ambiciones? Si Mimí

está muerta! Muerta? Nó ¡Dios mío! La muerte es preferible! En el seno de la tumba al menos, se conservaría pura, y yo podría tener el consuelo de ir sin rubor á rezar sobre sus restos como sobre una reliquia santa! Pero en el ageno tálamo.... Ah! nunca! Como el Poeta, yo no habré de besar ni una orla siquiera de su manto. Huiré de élla y la maldeciré.... No! ¿por qué maldecirla?.... Si algún culpable existe, ese culpable soy yo....! ¡es mi pobreza! ¡es la sociedad actual que exije al hijo del proletario cubrir sus desnudeces con un harapo de talento—manto de irrisoria púrpura—como exije al hijo del rico disimular su ineptitud tras un billete de Banco! Pero élla? Nó, pobrecita! Ella es inocente: el alma me lo dice! y.... sinembargo, no la veré más, no tendré fuerzas para verla ni aún en la Eternidad. Y luego, yo no debo ultrajar la memoria de aquellos días benditos! Sobre las ruinas de mis ilusiones arrodíllese y llore el ángel del recuerdo y viva en mi corazón, como en un santuario, embalsamado con las lágrimas de mis ojos, puro, inviolado y absoluto el dolor primero del más grande, del más santo de los amores de mi vida.

Sí. Entre élla y yo se alza lo imposible! Se alza el deber.... se alza la gran barrera que en memoria de la que fue mi novia y de sus prístinos encantos yo no habré de franquear jamás. Huiré de aquí....! Me volveré á la Capital á buscar en vanos amoríos un remedo siquiera de la dicha que perdí, y así seré digno de aquel inmenso cariño de mi adolescencia y de mi propio martirio! El corazón humano no vive sino de renuncias y de sacrificios, y no es grande, sino cuando sangra!, cuando se humilla!, cuando besa contrito el leño en que lo crucifican! y como el pelícano da á devorar sus entrañas á sus propios hijos, los dolores! y como el *aleluya* de las montañas perfuma las manos que lo deshojan y las plantas que lo huellan....

En la tumba, arrullada con mis oraciones; ó en ageno tálamo nupcial, atormentada por el espectro del perjurio y la visión de mi espíritu desgreñado

y sollozante al borde de su lecho!.... Arrancada á mi amor por la muerte ó sustraída á mi adoración por el deber.... ¡lo mismo da! La he perdido! Eso es todo. Dios mío. Dios mío! En lo adelante, cuando el destino nos ponga frente á frente, fingiré no saber quien es, y seremos el uno al lado del otro dos extraños á quienes no les es dado conocerse nunca más. Eso, si no me marcho; si no huyo para siempre de estos lugares consagrados á las memorias del alma por la ventura de los primeros años y la melancolía de las cosas muertas. Y será lo que haré; porque yo no puedo vivir sin amarla, ni amarla sin echarle en cara su traición; porque mi amor de hoy es un crimen, es una ofensa contra el mismo ídolo, contra el mismo dolor que en el porvenir tendrá el único, el exclusivo y desolado culto de mi espíritu.... ¡Mimí! ¡Amor!... Descansa en paz....! Sí, alma, duerme.... Es de noche! Qué noche tan lúgubre! No se oye sino el graznido de las lechuzas. Hace frío.... cuánto tarda la aurora! ¿La aurora he dicho? Nó! hay noches que son eternas; hay noches que no la tienen. Corazón! pobre entraña; de hoy más no serás en mi pecho sino un colgajo sangriento.... Uno queda en paz contigo cuando ha amado mucho, mucho; y, cuando al fin, ha amortajado su esperanza en el mismo chal de oro y púrpura que el paganismo moribundo extendía sobre sus dioses muertos....

Un coro de alegres relinchos me asustó y me hizo volver á la vida real. Mi caballo rúsio había recobrado como por encanto su elegancia y su coraje ordinarios. Las orejas paradas, como si algo lo asombrase: el cuello arqueado, las blancas crines flotando al viento, pisaba un pasitrote largo y cadencioso que me consolaba de su detestable trocha anterior. Imitábanlo los caballos de Pancho y Taritari pidiendo rienda á sus ginetes con ese cabeceo febril y ese salto de las ancas que tanto afea á los caballos mochos. A lo lejos, detrás de una cortina de cujíes, más allá de una hacienda de café, cuyos bucarales estaban rojos de flores, les respondió otro coro de relinchos prolongados y agudos como de yeguas en celo, y desde

ese momento la marcha se hizo menos fatigosa, pues que nuestras cabalgaduras, esperanzadas por el descanso y el pesebre marchaban voluntarias.

—Gracias á Dios que vamos á llegar! Caramba con el caminito que es bien largo. Y á sol bravo, muchachos....

—Qué si está bravo? Yo por un trisito me redito, Dotol.

—Hombre, Pancho, se me ocurre una cosa, el dueño de esa posada es amigo de papá?

—Guá! niño? Qué si es? *Cara de Cochino*, un hombre tan honrado como ese? Basta que sea liberal de los de la guerra grande.

—Ese *Cara de Cochino* es aquel General Galea que era comisario la última vez que yo pasé por aquí?

—El mismo, niño; lo que tiene es que ahora no es ni chicha ni limoná.

—Entonces está bien; y, ¿sabes por qué te lo pregunté? Porque para llegar á una posada maluca vale más pasar de hilo para casa. ¿Tú crees que haya comida para nosotros y para esos animales?

—Yo sé, pues. Aunque á mí me parece que estarán escasones, porque es mucha la gentá que va para la fiesta de la Virgen: pero lo que es maíz no falta.

—Que te aproveche, Pancho.

—Gracias, Dotolcito.

—Y como que van á estar buenas las fiestas de este año.

—Así parece. Cuando yo salí de allá á buscarlo á usté estaban haciendo ya la gallera y parando las palizadas para los toros coliados. Por cierto que el Comisario me preguntó cuando me vió con el caballo rúsio de usté de diestro, que si se lo llevaban; y á mí me parece que él se lo va á pedi prestao pa coilá.

—En mi caballo? Ni al Presidente de la República que me lo pidiera se lo prestaría.

—Ni á mí, Dotol?

—No preguntes tonterías, Pancho. Tú sabes que ese caballo es más tuyo que mío.

—Muchas gracias, Dotol, por la flor.

—Y á propósito de fiesta, hombre, ¿y mis gallos, cómo estarán?

—Buenos. Cómo han de estar? El palo de gallos debió salir ayer escurito de Chaguaramas y así es que estará en *La Fundación* pasado mañana. ¿Usté no considera que el pión no viene haciendo sino media jornada para que no les dé virgüelas á los bichos? Y dígame, Dotol, ¿esos gallos son buenos? quiero decir: ¿dan con las espuelas? Se podrá jugar rial con franqueza á la pata suya?

—Sí, son regulares, Pancho. Pero de los seis que traigo, cuatro nada más son de flor: el talisayo, el canagüey, un gallinito papujo él, tres y seis, mal saco; pero un buen peleador; y sobre todos el marañón, *Mis amores*, el mejor gallo que conozco, buen peleador, espuelero, sereno como un maestro, y que al saltar, se puede dar libras á lepes. Es un soberano del redondel. Yo lo he visto en Maracay hacer cinco peleas de desafío en un mes. Cuando propuse comprárselo al General Alayón, éste me lo regaló....

—Y qué peso tiene?

—Tres y doce.

—Pues entonces lo que es ése pelea con el de Don Pepe; uno que llaman y que *Rey de Sabana*, y es un mismo zorro. Ah gallo bueno, Dotol! Mire que yo he dado por pegámelo: le he buscado gallos hasta en *El Guacimal;* pero los que le he echado se los ha lambido en los tiritos de aire. Yo estoy por robármelo para que se acabe la roncha que me tiene formada.

—No tengas cuidado, que ya vá á saber *Rey de Sabana* en qué palo se rascó el berraco.

—Y los otros dos son malucos?

—No te puedo decir ni si son buenos ni si son malos. Lo que te puedo afirmar es que al Doctor Eliseo Borjas y al Dr. Torres Cárdenas que son votos

en la materia, les parecieron excelentes: uno es cabezón muy bien cogido en una gallina de Evencio Pulgar y el otro puerto–riqueño. Tú vas á tener ocasión de saber lo que son, porque al llegar los topamos.

—Yo no sé Dotol—agregó Pancho;—pero mi corazón me está diciendo que vamos á ganá rial con juerza. ¿No vé que no hay dicho más verdadero que aquel de que, el que es desgraciado en el amor es afortunado en el juego?

—Hombre! de veras, Pancho, díjele sonriendo amargamente: ya lo sabes!

—Hum, Dotol! ya lo sabemos, decía el viejo Luna.

Serían las cinco y media de la tarde cuando nos detuvimos en la empalizada de piñón de la quesera.

El sol descendía hacia el ocaso, pero sus rayos trascendentes nos ofrecían el espectáculo incomparable de estas latitudes: los crepúsculos de sangre. Era, hacia occidente, como un río de escarlata, batiendo, contra rompientes de amatista, olas de esmeralda que se deshacían en una vaga neblina de oro; corriendo entre montañas de lapiz–lazuli coronadas de franjas purpúreas, y derramándose luego, sereno, majestuoso, infinito sobre su lecho de rubíes encendidos, como brasas. Nubes nacaradas, nubes color de rosa, volaban sobre el inviolado azul del cielo que se teñía de violetas pálido en sus confines. La atmósfera rarificada comenzaba á hacerse respirable, y al soplo cálido de la sabana sucedía ahora una especie de aliento perturbador y voluptuoso venido de los cafetales blancos de azahares y de las lagunas sobre cuya flotante vegetación se posaban grandes y bulliciosas bandadas de garzas y yaguazos. Era como una gama de perfumes. Primero, el olor triunfal de los nevados limoneros y de los guayabos florecidos; después, las peonías blancas, con sus exhalaciones de vértigo y de embriaguez opresora dominando la esencia indistinta y caprichosa de los quiripitíes de pétalos sonrosados como mejillas y de capullos redondos y apretados como senos de niñas. En seguida venían, las madreselvas, balanceando sus cálices repletos de miel y de esencias tibias, unién-

dose en una lejanía sensual y abandonada á las místicas emanaciones de los pebetes y de los pesguales, á las fragancias lánguidas de los urapes constelados de estrellas blancas sobre el fondo sedoso del follaje y á los aromas penetrantes y rústicos de los bucares rojos. Uno que otro lucero se enciende y lanza guiños áureos sobre el fondo gris perla del oriente que comienzan á invadir las delicadas medias tintas de la tarde. Dos ginetes semidesnudos persiguen entre el gamelotal onduloso una res alzada, y á su paso se levantan y corren los garzones, lanzando gritos de miedo. Toda la sabana se llena de mugidos lejanos. Una majestad suprema, inconsciente y expontánea poesía de la naturaleza, se desprende de todas las cosas: y en aquella hora de recogimiento y de universal melancolía, comprendo que algo ha muerto irremediablemente en mí: *algo* que no resucitará nunca.... ¡Pobre amor mío traicionado....! ¡Pobre juventud condenada á llorar eternamente una pasión imposible....!

CAPITULO II

La posada aquella era un rancho pajizo y vasto, sin más puerta que la de trancas del corral de ganados en cuyo centro estaba construido, ni más defensa que una arboleda contra el viento que lo zarandeaba de continuo.

Era alto y ancho; y su amo, un general de la guerra de los cinco años, lo había dividido con esteras, en dos compartimientos, de los cuales, uno servía de pulpería y el otro que daba á la sabana, y estaba en frente de la cocina y contiguo al pesebre de las bestias, oficiaba de posada, sin que éllo fuera obstáculo para que, ahí dentro tuviera en condición una cuerda de gallos de riña, ni para que á las veces, cuando le entraba en ganas ó llovía, amarrase en los horcones las vacas de ordeño ó los becerros mamantones á esperar el turno.

En sus paredes, fabricadas con hojas de riquirrique dobladas sobre varas de merecure, fuertemente atados con bejucos de cadena á los cuatro zoquetes esquineros, había pegado con almidón y espinas de cují, sin duda para vanidad propia y regocijo de los ojos de sus huéspedes, cromos de cigarrillos, etiquetas de Agua de Florida, marcas de fábricas de esas que traen las piezas de género, un anuncio de La Competidora, descolorido por el tiempo, algunas contra-

marcas de La Cubana y un número de *La Opinión Nacional* amarillenta é ilegible. En uño de los horcones centrales, y colgados á un gancho de hierro pendían dos rollos de zoga curtida y lustrosa, formándole marcos á una imagen de la Virgen del Carmen, patrona de todos los llaneros y á un retrato del General Crespo en traje de campaña, recortado sin duda del gran cuadro litografiado que ahora años, recién triunfada la revolución legalista, publicó Salvador Presas. Y en el otro horcón, forrado de periódicos, horcón que le servía de ropero, entre una blusa vieja y unos pantalones amarillos, lucía el machete de las campañas, una espada curva con vaina de patente que remataba en mota de cuero, y cinturón de seda encarnada con grandes borlas de estambre.

Sobre dos repisas enclavadas en los rincones, dos gatos de yeso con los bigotes pintados en la cara, parecían hacerle el tiro á los huéspedes. Tres daguerreotipos, obra de algún fotógrafo ambulante, colocados en triángulo, representaban, úno, el más antiguo, al General, con la espada atravesada sobre la nuca y las dos manos caídas sobre aquélla en actitud de espera; otro al mismo indivíduo en traje de autoridad, según el mismo me explicó más tarde, es decir, de blusa, franela y garrasí uña-de-pavo, con una pistola de dos cañones al cinto, y apoyándose en un nudoso chaparro de manteca; y el tercero, por último, al mismo General, de cuclillas, con un ancho sombrero de cogollo, y acariciando un gallo fino, de tanta fama en los llanos, como el pavero de Tosta García y el gallo pinto del Doctor Jelambi en Caracas. Era el famoso *Cuentas Claras*, que contaba veintiseis peleas de desafío y veintiseis muertes de abanico.

Frente al rancho había una mata de caruto y un platanar. Y á su izquierda, bajo la frondosa arboleda de merecures, de guamos y tapa-tapa, y distante del pesebre como quince varas, estaba el departamento de la familia del General, compuesta de Nepomucena, su mujer, llanera flacucha y gritona que siempre estaba embarazada, y de Nieves su hija, la pollona adorable

y fresca como un manojo de narcisos silvestres. Díez y seis años; ojos de árabe, ojos negros y tristes á ratos, á ratos vivarachos, luminosos y profundos, en los que parecía persistir la visión doliente de las sabanas asoleadas; morena, el tinte rosado é ideal de las flores de onoto en las mejillas redondas, dientes blancos, encaramados y menuditos como dientes de ratón; en la barba un hoyuelo que se le ahondaba cuando rompía á reír en una de aquellas juveniles risotadas suyas que el loro imitaba, con regocijo de los peones...! era Nieves la virgen de la pampa, la cándida flor del llano, el asunto obligado de los pensares y ensueños de los ganaderos ricos y de los pobres arrieros que durante el sesteo olvidaban las recuas y se quedaban embobados, de codos sobre los montones de enjalmas, mirándola con una tristeza.... con una tristeza....!

Era un si es no es cenceña de carnes; pero alta de pechos y fornida de cintura. Sus caderas, amplias y fuertes, sus brazos, rollizos y nervudos, y tanto que, poco ó nada durábanle los camisones de zaraza siempre deshilachados ó descosidos en la espalda y bajo los hombros, por lo que al andar era raro que no dejase ver, en su abandono casero, un poquito de aquellos sus pechos redondos y elásticos con tersura de duraznos jojotos, ó algo de su piel arrosquetada y olorosa.

El gallinero, dos varejones de maguey con siete ú ocho travesaños, estaba recostado en la pared norte del rancho, bajo el alero, del cual pendían amarrados con tiras de cuero crudo los cajones del palomar. La perrera estaba después, un poco retirada de los nidales, eso sí, porque la perra *Mariposa* había dado en comerse los huevos y mascarse vivos los pollitos, sin decir que desde su último parto tenía tan mal humor, que era una exposición, según decía la misma Nieves, acercarse al pajal á recojer las ñemas recién puestas para que no se las chupasen los querre-querres, ó á alumbrar los de las cluecas para ver si se habían tronado ó ayudar á salir los pollitos de la concha.

El General vivía de sus recuerdos y de sus hazañas

cien veces relatadas á los viajeros en las noches de posada. El sólo había matado más godos que todos los ejércitos liberales juntos! En Santa Inés era donde más frito se había visto, porque le habían tumbado dos caballos y hasta roto de un balazo la tarama del machete. Ah godos malos! Buenos con fuerza los liberales y guapos para entrar á la pelea! Esos sí que no se andaban con monerías ni le hacían fó al plomo. Y si no lo querían creer, que lo sacaran por él mismo que, en El Corozo, cuando ya iba á echarle mano por el pellejo del pescuezo á un jefezote de los de Rubín, le zamparon ese balazo en una canilla que del tiro se la quebraron, y de un machetazo le pusieron un quíncamo del lomo del garrací..... y, sinembargo, se lambió al zambo! Ah zambo alesnao, Santísimo Sacramento! El la estaba contando por un escapulario de la Virgen de las Mercedes que llevaba encima: que si nó.... camposanto y velorio.... ó digo, zamuro y agitera! Lo que tiene es que cuando él se vió con la paletilla menos y sintió aquel zarzuetazo en la chocozuela, fue que se le subió el apellido á la cabeza y se le compuso el cuerpo de verdad. Así es que, cuando el godito lo amagó con el machete, él le metió tapa con la izquierda y se chaseó; pero el otro dejó chorrear el plan y le desmontó la lanza, y por eso, cuando él se resolvió de puro cansado á tirarle un chicurazo de punta, lo que hizo fue marcarle un botuto morado en el jocico. Cuando él vió aquello se quedó haciéndose cruces, con aquel pellejo tan duro, y el otro, que era noble y no quería matar á un hombre desarmado, se cruzó de brazos.—¿Dónde está mi lanza, socio?—fue lo que le preguntó; y el otro le dijo como quien no quiere la cosa—yo sé, pues!—¡Cómo usted no va á saber, amigo! Búsquesela dentro del cuerpo. Qué la había de tener adentro, si la niña estaba muy quieta en el suelo, y coloradita como una misma lengua de toro! Entonces como pudo la recogió; la encabó, y todo eso con el hombre cruzado de brazos como si lo fueran á sacá á bailar! Pero en cuanto él se vió armado, le dijo, ¡párate zambo! y se le metió padentro, padentro; y el otro,

dando reculones, y tirándole de filo hasta que él mismo, no sabe cómo, en una arrasada que se dió, le pudo jincar la barriga y el zambo dió un salto patrás que ni panaque, y.... hasta agosto no hay mamones!... Ahí mismito vino el General Zamora y le dió las presillas de Comandante y lo mandó, contra su voluntad, para la impedimenta.

Si él, después que lo hizo General, Guzmán, á poquito del Tratado de Coche, se separó de la carrera, fue porque no quiso meterse en más nada, y en efecto, no se juera metío más nunca, si no juera sío porque cuando el Legalismo, el General Morín se empeñó con él para que lo acompañara á defender la Patria que Andueza se quería cojé pá él solito. En Villa de Cura, si no es por él no triunfan; esa es la verdad: no triunfan, como lo decía el mismo jorungo invidioso de Montacantina. ¿Y en Valencia, donde él estuvo animando la gente hasta que destruyeron y echaron los jierritos de escribí, los papeleros patalisas á la calle? Y en Puerto Cabello? no tomó él sólo dos trincheras? Hasta que cuando dentró la revolución á Caracas él cogió y se vino pá su tierra á vé su familia, que estaba pasando más trabajo que un borracho en un barrial; pero limpio, limpio de bola, como un talón de angelito, porque, eso sí, no le dieron un centavo pá cojé camino. Pero ya él se iba á meter en otra campaña. No faltara más! ni que lo llevaran amarrado por las narices! Paqué? Pá que otros mantequearan?

El General se daba un aire á Bismarck, sólo que era retaco y pelón. No era joven, porque frisaba en los cincuenta, pero cierta torpeza de maneras y cierta ingenuidad de procederes dábanle no sé qué aspecto de muchacho cándido que predisponía agradablemente en su favor. Cabezón, la nariz deprimida entre sus carrillos mofletudos, prominente la boca á la cual daban mayor relieve sus bigotes cortados al cepillo, sobre las cuales flotaba un vago reflejo de plata, las orejas bajas y gruesas disimuladas entre espesos pies-de-barbas, se le hubiera tomado por un imbécil, á

no ser porque sus ojos color de aceituna, redondos y plácidos, rebosaban por momentos luz, inteligencia y energía. Toda su fisonomía estaba en ese contraste de su rostro abotagado y de sus miradas luminosas, contraste que tan bien se armonizaba con sus ademanes bruscos, con su voz ronca y la candidez cuasi infantil de sus opiniones.

Vivía feliz, porque, gracias á Dios! no le faltaba nunca un plato de caraotas negras y su mascada de buen tabaco, entre los gallos finos y los perros de caza. Su única preocupación era la morcillera del gallo *tal* ó la cojera del perro *cual.* Pero había una nubecita negra en el azul de su dicha de veterano glorioso, una espinita molesta, una hendidura en su coraza; algo en sus destinos que le enternecía y lo hacía suspirar. Sus pecadillos de militar,—que otros calificaban de mortales pecadotes—dirán ustedes? Nó; acerca de eso él tenía su convicción formada:—no hay melitar que no sea ladrón, decía con su calma habitual: manque sea una gallina agena se ha comío! Nó; lo que á él lo preocupaba y lo hacía pasar malas noches era.... aquel apodo horrible, aquel *nombre* de *Cara de Cochino* que, por quitarse de encima, hubiera dado diez años de vida, su machete, regalo de Luciano Mendoza y hasta su mismo despacho de General firmado por el Mariscal Falcón! *Cara de Cochino....* ¿Usted sabe lo que es eso? Ese apodo era su obsesión, era su delirio. Temeroso de que lo tomara por una alusión, nadie de su familia ni extraño se permitía nombrar á los cochinos en su presencia, y cuando la conversación obligaba á hacerlo, hasta los mismos sabaneros se valían de largas y graciosos perífrasis.

Tenía un culto: la Federación! Fuera de esa idea qne en su inteligencia adquiría los contornos místicos de las cosas religiosas, nada existía para él en el mundo. Hablaba de ella con respeto, con un santo temor y de sus héroes, á los cuales mentaba, vinieran ó no al caso, decía que eran dignos de un trono de oro. A sus ojos era la Federación como el Dios, de quien Don Antonio Leocadio Guzmán era el profeta

y los bravos liberales, los mártires. Naturalmente, odiaba á los godos, y para él el mayor insulto era decirle oligarca. No probaba licor, decía para darse importancia que los venezolanos teníamos que aprender dos cosas: á mandar y á beber, porque no sabemos hacerlas sin abusar; y creía firmemente que para arreglar esta tierra no había más remedio que arrasar las haciendas de caña y no dejar ni un sólo godo vivo. Alcoholismo y Oligarquía! eran en su concepto las causas de nuestro incurable malestar nacional....

Cuando llegamos á la puerta de tranca estaba agachado, en calzoncillo y camisa, afilando una punta de machete. Su cabeza, recién tusada y grasienta, era enorme, y visto de perfil, la boca le sobresalía como una trompa de marrano.

Pancho fue el primero que se desmontó para sacar las trancas, y al verlo, lo saludó.

—Guá! ¿ qué hay *Cara de Cochino:* ó digo.... General Galea? Cómo está la gente de por aquí? Hay comía pá úno y pa las bestias. Y Nieves? Las cosas suyas! Mire y que poné *Nieves* una muchacha como esa, en vez de ponela Candelaria....

El General se sonrió de mala gana, y limpiándose las manos en los calzoncillos, le tendió la diestra á Pancho:

—Cómo está Don Pancho? Usté por aquí tan pronto? Pasen adelante, que no faltan unas cositas qué comer. Comía de pobre, eso sí.

—Pero, ¿ qué cositas son esas, Carecochino, hombre?

—Guá! Frijoles, ñemas fritas, topocho sancochao, un chigüirito y café.

—¡Virgen del Carmen! dije yo. Qué *menú* tan desaforado. Rodríguez Díaz no lo confecciona igual. Y ya sabe, caracho! que Rodríguez Díaz....

—Y ese joven, Don Pancho, ¿quién es? si se puede saber.

—El Dotol Pérez. Quién vá á ser? El hijo de mi compadre, que estaba en Caracas estudiando.

—El hijo del General Pérez? Caramba!—añadió alegrándose repentinamente—deme esos cinco, niño. Yo

soy muy amigo de su padre. Pero, ¡qué grande está! A Don Pancho ¿no es verdad?

—Y no es ná lo grande: lo adelantao que está. Usté sabe que es nada menos que Dotol ahí donde usté lo vé?

—No venga con eso, Don Pancho! Y Dotol de qué? Dotol de Leyes?

—Nó; de medecina, General.

—No hombre; no me tire. Qué vá á ser Dotol un niño que yo ví ayer asinita? Y el General indicaba con sus manos el tamaño de un niño.

—Y eso que tiene que vé que usté lo haya visto asinita, pues?

—Guá! que no tiene tiempo de saber pero ni la ó por lo redondita.

—Pues á la prueba me remito. Póngale una pata para que vea como se la corta en un zas-tras.

—No vengas con eso! De verdad? Déjame llamar á Pumucena y á Nieves pá que las recete.

—¿Y éllas están enfermas, General.

—Nó, hombre. Qué van á estar; pero por siacaso. Nunca es malo está recetao.

—A Pumucena, óóóó....! A Nieves, óóó....! Vengan acá.... óóó! paque vean al Dotolcito que ha llegáo de Caracas....óóó!....

—Usté llama á Nieves, General? Mírela adonde está prendía en el corte. Lo que es élla no pierde tiempo.

Al sentirse nombrar, Nieves que por la empalizada conversaba con su novio Taritari, volvió la cabeza ruborizada. Tenía los cabellos despeinados y sueltos sobre la espalda, y arrollado al cuerpo un bejuco de cazahito florecido de azul.

—Muchacha! qué haces ahí? Sal pacá, condená; que no te la pasas sino too el santo día detrás de ese hombre. Anda á saludá al niño.

Y Nieves, vacilante, sonreída, cubriéndose la cara, se acercó á mí y me dió la mano.

—Cómo está? fue todo lo que dijo.

-Sin novedad, Nieves. Y usted?

—Bien por lo conforme.

Pero sus ojos continuaban fijos en Taritari.

—Taritari—dije yo—apéate y desensilla esas bestias.

—Pero ya Nepomucena se había encargado de mi caballo; le soltó la sobrecincha y la cincha á la vaquera; recogió en un solo haz la cola del animal para sacar la grupera, y después se alejó llevándose la montura para el sillero, volviendo á poco con un cabestro.

Cara de Cochino nos condujo al interior de la casa.

De pronto se devolvió:

—Déjeme llamar esa muchacha que se ha quedado sola en el corral con el fulano Taritari.

Y agregó en alta voz:

—Nieves, Nieves?

Pero Nieves no contestó.

—Ah, juventud! Dotol, ésta que está bien perdía! En mi tiempo.... qué cosa tan distinta...! Nieves, ááá... Nieves, óóó....!

—Señor! ya voy para allá que estoy componiendo esta tranca—gritó la muchacha.

—Qué tranca ni qué tranca, muchacha. La tranca te la van á componer á tí si te descuidas. Anda lijero padentro, condená!

Caminando, y siempre viendo para el lugar donde Taritari, haciéndose el indiferente, desensillaba las bestias, la apasionada niña se nos reunió.

—Mira, Nieves; búscate un paño, una sábana y el catre grande.

—Catre? ¿para qué, General? dije yo. Yo duermo en mi chinchorro.

Ah! bueno, Dotol; es mucho mejor.

—Entonces, Nieves, anda vete á la quebrada á buscar una camasa de agua. O mira, déjalo; mejor es que no vayas.... Yo mandaré á un peón, porque el tigre muerde por lo lijero.

La malicia del viejo y el relámpago de alegría que brilló en los ojos de la niña, me hicieron decirle :

—Déjela que vaya, General; yo llamaré para acá á Taritari.

—Bueno, pues; anda y vente lijero: no te dilates: eso sí, porque si te dilatas....

El viejo escupió en el suelo.

—Escucha, Nieves; ya sabes: estás aquí antes de que se seque esa saliva. Dotol, ahora hágame usté el favor de llamame padentro á Taritari. Mire que la cosa apura.

Para complacerlo llamé al muchacho.

—Siéntese ahí, Taritari.

El sabanero me obedeció, y nosotros pasamos al segundo compartimiento.

—Este es su cuarto, me dijo enseñándome el rancho: confórmese por esta noche. Eche acá para colgarle el chinchorro.

En breve estuvo el chinchorro dispuesto. Me desabroché las polainas, se las entregué con mi bolsa y mi revólver al General, y después de prender un cigarro, me mecí.

Necesitaba silencio; pero el General se sentó en un butaque de cuero al lado mío, y prendió un capadare.

—Y cómo dejó eso por Caracas, Dotol? Qué dicen los goditos de allá?

—Bien, General; y los godos están tranquilos.

—Tranquilos? le parece á usté! Esa gente no se aquieta hasta que no sienten el machete en el pescuezo. Y cuénteme ¿qué dicen por alla de mí? ¿No les extraña mi silencio?

—No he sabido, General.

Mi respuesta pareció sorprender al General, que se rascó la cabeza, y clavando los ojos en el suelo, se quedó pensativo.

—Qué caray! dijo, dando un suspiro. Cuando me necesiten se acordarán de mí; lo mismo que la otra vez....

Y como si un pensamiento importuno lo molestase, continuó:

—Y aunque es diferente, Dotol, ¿usté no sabe que más vale llegar á tiempo que ser convidado.

—Por qué dice eso, General?

—Usté no sabe—dijo—que esta noche tenemos una reunioncita: un pequeño joropo de familia para celebrar el cumpleaños de Nievita que es mañana?

—Nó, nó lo sabía, General.

—Usté nos dispensará si lo molestamos; pero así como á las ocho va á tener qué mudarse. Yo le colgaré el chinchorro en el aposento de la familia.

—En el cuarto de Nieves, General?

—No, señor; en el de Pumucena.

—Santo Dios! Jesús me coja confesado; y aquí vá á ser el joropo?

—Sí, señor; y bueno que vá á estar, porque viene toda esa indiaá de «La Fundación» y de Santa Rosa á pasá un rato y á meniá las caderas. Las pobres, Dotol; eso es lo único que saben hacé las muchachas con tranquilidad. Y lo que les gusta! Se ponen colorás, y con la fatiga, olorosa á tasajo, y los ojos que los tienen negros como una cuenta de azabache, se les encienden que ni una candelá.... usté no ha visto bailar joropo nunca por aquí *á la llanera?*

—No, General; aquí nunca.

El General se estregó las manos de puro contento.

—Pues mire, Dotol; eso sí que es sabroso. No se acueste pa que vea. La gloria es una pendejá, y dispénseme la expresión, comparada con una zamba de por aquí sacando el.... cuerpo y culebriando las caderas, mientras que el arpista toca un gorpe y el cantador se vuelve una novedá.

—Y viene algún buen cantador, General?

—Uno, Dotol? Dos por mengua de úno!; y por cierto que están desafiados á cantar de malas: Picoeplata y Turupial. Ya usté verá.

—Y cómo están de parejas?

—Bien. Figúrese que yo no más he vendío doce pares de alpargata de color y cuatro liquiliques.

—Y aquí cabe tanta gente, General?

—Qué si caben! acaso son maromas. El joropo se baila apretaíto que es como es mejor.

Mi qué tal va sé la cosa, Dotol, que tenemos horneado un cochinito.... que digo: un cerdo.... quiero

decir: un puerquito, un lechoncito..... usté sabe lo que es eso; y vienen las hijas de ña María Antonia.

—Y qué tiene eso de extraño? Ellas no van á todos los joropos?

—Nó, Dotol; es que como son blancas no les gusta bailar sino con los ricos. Pero eso es ná : también viene la familia de Don Casimiro.

—Y esas también son melindrosas?

—Nó, Dotol; es que como son ricas no les gusta bailar sino con las blancas.

—Caray! Vaya una gente bien parejera, General.

—Amigo, así son las cosas. Ese es el mundo y nadie está conforme con lo que tiene. En fin, yo les agradezco que vengan á mi casa aunque sea á pasá un mal rato.

En ese instante Pancho hizo irrupción en la habitación. Me costó trabajo conocerlo. Estaba vestido de limpio con un famoso garrací uña de pavo y un liquilique con bordados negros en el cuello, en la pechera y en las faltriqueras y todo lleno de pliegues menudos á lo largo de la espalda. De uno de los ojales del liquilique á la faltriquera izquierda le colgaba una gruesa leontina de oro,

—Dotol, ¿ usté mandó á Taritari á algún mandao?

El Generel Galea se puso pálido.

—Taritari como que dice?—preguntó.—Taritari? Y sus grandes ojos se llenaban de asombro No está ahí Taritari? No venga con eso! Virgen del Carmen! La pistola! Déjeme ver! Dotol.... ¡á caray! si se fué.... ese hijo de su madre habrá cogío pá la quebrá. Y yo que me olvidé con la conversa de Nieves.... Dotol, permítame un momento..... buena tirá me ha dao: yo vuelvo ahoritica.... yo voy ahí mismito á la quebrá.

Y el General salió loco, despavorido de la habitación.

Pancho se reía escandalosamente, apretándose el vientre.

—Corra, General.... Corra! que la cosa apura; le gritaba al pobre viejo desde la puerta.

Lo que sucedía en la quebrada? Poca cosa!

Mientras el General y yo hablábamos de política y de joropo, Taritari que vió salir á Nieves con la camasa en la cabeza y balanceando tentadoramente las caderas, pensó que aquella habría llegado é ignorante de su arresto, estaría esperándolo, no pudo contenerse. «Manque me maten,» dijo; y levantándose paso á paso, volviendo la cara para cerciorarse de que no lo mirábamos, silbando bajito, ocultándose entre las matas de piñón y conteniendo el resuello, llegó á la empalizada que atravesó de un salto. Ya en la sabana, se juzgó libre y á todo correr se dirigió á la quebrada, á través de los matorrales, por entre los tartagales, saltando acequias y cortando recodos.

Cuando llegó á la quebrada encontró á Nieves tendida boca abajo, de codos sobre la yerba, con el rostro apoyado en las manos y mirando pensativa las aguas oscuras del pozo, en cuyo fondo flotaban, como cabelleras fantásticas, las amarillentas raíces de una mata de guamos, y temblaba el reflejo de un lucero; y cuyas dormidas ondas, llenas de flores de orore y de bucare, de vuelos de insecto y de sombras de pájaros. represaban arrancándole susurros cristalinos, entre las dos piedras verdosa del cauce, dos hojas dobladas de riquirrique....

—Nieves, le dijo acercándose, aquí estoy.

Nieves, asustada, se puso en pie.

—Ay! Juancito.... eres tú! Qué miedo me has dao, mi amor.... yo creía que era papá....

Después se puso repentinamente pálida, y para disimular su angustia, le dijo enseñándole las plantas de las manos :

—Caracho, Juancito! mira como tengo las manos, chico!

—Y eso ¿qué fue mi vida? Quién te echó esa gaita? Nunca me acabaste de contar.

—Qué quién? Quién había de ser sino el toro padrote de Don Belisario. Ay, caray! Juancito; mira : ¡me arde como si me juera quemao con un mismo tizón....

—Mardito sea el toro de Don Belisario y cuarenta leguas á la redonda por si hubiere algún maute esgaritao. Y ¿jué que te buscó con el cacho y tú lo manoteaste mi amor?

—Nó hombre. Lo que sucedió fue que.... ay Dios mío! me arde más! Perucho el de la pulpería cogió y soltó el toro, y yo pa que no jueran á regañalo....

—A quién? Al toro....

—Nó, hombre; á Perucho; cojí y me le pegué atrás, á punta de zoga; y ya lo iba á enredá en el corozo cuando.... el bicho me dió un templón y me despellejó todo el cuero de la cute.... Ay, Juancito! Juancito de mi alma! ¿qué me echo aquí, mijito? me arde mucho.

Taritari cogió las dos manos de la muchacha, y enternecido con el dolor, más fingido que verdadero de la inocente criatura, le dijo después de un momento de silencio:

—Echate cebolla.

—La viola: eso pica mucho!

—Entonces, échate manteca de cochino.

—Hum! si no hay por too esto hasta mañana que venga el indio que jué á «La Fundación.» Ay, Juancito! yo me voy á morir con toda seguridá de esto que tengo.

La muchacha se puso á mingonear.

—Jesús, mujer; aguantate! Qué diría la gente si te viera llorando por esa ñinguita?

—Sí. No vé que no eres tú....

—Adios! y tú no eres lo mismo que si juera yo? ¿Pá qué nos queremos entonces? Vaya pues, mira que me siento contigo, Nieves!

Ante aquella ingenua declaración, cesó el llanto de Nieves, y un resplandor jocundo iluminó sus garzos ojos.

—Nó, mi negro; yo te dije eso para probarte.

—Qué más probao que lo que me tienes. Tú crees que si yo no te quisiera estaría tirando aquí la pará que estoy tirando? Ajá, Nieves! ¿tú sabes lo que sería bueno? Que te embojotaras las manos con hojas

de riquirriqui fresquecitas. Vamonós á cojerlas á la quebrá arriba....

—Los dos solitos?

—Y qué tiene, pues? ¿A quién se ha comío la quebrá?

—Y si viene gente y nos encuentran y se defiguran alguna cosa mala?

Taritari le respondió angustiosamente, y bajando la voz:

—Qué se van á figurá, zoqueta. Echa palante.... pa algo semos novios: siquiera pa conversá solitos.... de lo que nos queremos!

Nieves se quedó pensativa mirando al suelo.

Como dos poma-rosas se le pusieron las mejillas; y mientras que con el dedo grande de su pie desnudo hacía un hoyuelo en la arena, le dijo:

Nó; yo no voy pal monte; cuando nos casemos sí; dime aquí mismo lo que tienes que decime.

—Zoqueta; anda lijero—le dijo Taritari anhelante, asiéndola del brazo.

—Nó, Juancho; por tu madre. Si tú me quieres, dejáme quieta. Yo no sé Dios mío! pero me moriría....

—Tú! Por qué me dices eso?.... No seas tan mala. Nieves; tan maluca.... Yo no te he dicho que me voy á casar contigo?.... Vamos, mi amor! Si no vas.... es.... porque no me quieres....! Vamos á ver. Aistá!

—Sí, como no! Si te quiero! Pero si tú me estimas un poquito no sigas con esas cosas! Por la Virgen de las Mercedes, te lo pido, Juan.

—Anda, anda, Nieves. Si no vas es que no me quieres.

—Juancho, te quiero: pero está dicho: no voy.

—Pero, Nieves, si á lo que vamos es á buscar los capullos de riquirrique.

—Paqué, Juancho; si ya el dolor se me quitó.

—Se te quitó....? Gracias á Dios; porque ese dolor tuyo me tenía el corazón entre dos cachas.

—Tan embustero! No vé que yo no te conozco.

—No lo creas, pues; pero es decí que nó vamos.

—Caray! que nó te estoy diciendo!

—Bueno, Nieves; y entonces, ¿cuándo me das un beso? Tenemos ya dos meses enamoráos y tuavía.... ni pa muestra!

—No seas tan grosero, Juancho!

—Grosero, porque te pido un beso? Tú crees que besase es algún pecao?

—Sí es y sí es; porque el padre Malpica de El Socorro me lo dijo.

—Vaya, pues; ni un beso.... Qué arte de enamoráos éstos.... Adiós, Nieves; yo me voy pa onde está mi caballo, que me deja más cuenta.

Nieves hizo el ademán de detenerlo, y su mirada se dulcificó repentinamente.

—Pero un beso, Juancho! es lo que tú quieres? Y qué gusto deja eso, mi amor? A qué puede sabé un beso, zoquete?

—Ay, Nieves! á cielo, á gloria, á lo que dice el Padre Cura que sabe la otra vida; á una cosa muy sabrosa, muy sabrosísima.

—Pero si yo no he besao á naide nunca.

—Mejor! Más sabroso te sabe; tú no te acuerdas de aquel gorpe que dice:

Dos besos tengo en el alma
Que no se apartan de mí,
El último de mi madre
Y el primero que te dí?

—Tú quieres aprobá lo que es un beso bien apretao y bien sonao.

—Sí! é pa vé, Juancho.

—Siéntate aquí conmigo.

Nieves lanzó una de sus alegres risotadas.

—Sentaos no; sentaos nó; paraos.

—Nó, mi amor; siéntate aquí conmigo. No te vá á pasá náa.

Nieves palideció; y recogiéndose las faldas con un movimiento de pudor, se sentó al lado de Juancho.

—Acuéstate sobre mis rodillas.

Nieves no tenía ya voluntad para resistir. Se acostó en la yerba perfumada y dejó caer la cabeza sobre las piernas de Taritari como sobre una almohada. Después, muda, temblorosa, inerte, cerró los ojos y, como todas las muchachas inexpertas, abrió la boca.

Taritari se inclinó sobre su rostro y la dió el primer beso,

—Ya está; ¿ya fue Juancito? dijo élla como si saliera de un sueño.

Sí; tú oíste, Nieves?

—Sí; pero muy pasito, dame otro.

Un nuevo beso ardiente y ruidoso resonó en la espesura.

Dos gonzalitos que dormitaban en las ramas, volaron asustados.

—Dios mío! como quema eso Juancho! Como quema! No será qne tú me has quemao con tu tabaco? Porque, mira—agregó con la vista extraviada y opaca como si delirara—siento una calor aquí!—y le enseñaba el pecho!—Casi lo mismito.... sí, lo mismito.... yo no te digo mentira, ¿no es verdad. mi negro? Casi lo mismito que si me jueran metío una brasa é candela por el conduto del corazón. Dame otro, Juancho.... otro....

Una lluvia de besos caía de los labios de Taritari sobre la boca de Nieves. Y eran besos en la frente apretados y silenciosos; y eran besos en la boca sordos y dilatados como si se bebieran la vida en éllas; y eran besos efímeros repetidos, quedos, en las orejas y en el hoyuelo de la barba y de la nuca y eran, por último, besos silenciosos, febriles, enloquecidos, entre los negros cabellos de élla.

De pronto, y como ahogándose, Taritari le dijo con voz que era un arrullo :

—Dime, mi amor, ¿se te quitó ya la quemaúra de las manos? Ay!.... Tú no sabes lo que eso me entristece!

—Sí, se me quitó; pero se me ha mudao paquí; pa los cachetes. Los tengo coloraos, no es verdad?

Lo que es á mí me parece que me echan chispas ¿Tú me quieres, no es verdá mi corazoncito? ¿Tú no me olvidarás nunquita con ninguna otra mujer?

Pero Taritari no pudo contestarle.

Depositó amorosamente la cabeza de la niña sobre la yerba; y de un salto se puso en pie; y azorado le dijo á Nieves en el oído:

—Nieves.... Nieves.... ahí viene el viejo.... corre.

Por los claros de un urapal florecido, Taritari veía al General que, á todo escape salía del rancho y corría por la vereda con dirección al matorral en que los dos se besaban.

Pero Nieves, mecida en las alas de su ensueño, arrullada por los besos del muchacho, no se movió.

—¡Nieves! ¡Por la Virgen del Carmen! Levantáte.... ¡dispiértate.... que tu padre te vá á encontra en el suelo!

Una sensación de frescura la volvió en sí. A través de sus pestañas, de sus párpados entrejuntos veía una forma humana.

Una frase persistente balbuceada por labios trémulos llegaba á sus oídos como plegaria lejana:

—Nieves! por la Virgen del Carmen, dispiértate!.... Me das miedo!

Al fin, Nieves, abrió dolorosamente los ojos. Taritari estaba ahí. Era él quien la llamaba.

Mortalmente pálido, arrodillado junto á élla, el pobre muchacho le rociaba la cara y las sienes con agua fría.

—Ay! Nieves;—dijo Taritari dando un suspiro—yo creía que te habías muerto....

Ella se sonrió dulcemente.

Se sentía dichosa, creyéndose amada, idolatrada querida entre todas las mujeres. Y apesar de su agudo sufrimiento, tan quebrantada se sentía por aquel éxtasis inaudito, por aquella revelación inesperada de las ternuras amorosas, que hubiera deseado quedarse así toda la vida, sin moverse, acostada sobre la yerba, mirando el cielo azul, abrazada á su quimera.

—Y papá? dijo al fin ¿y papá viene?

Sí, Nieves; ahí mismito está; ya llega: ¡míralo!

Un rumor de pasos y de ramas quebradas, se acercaba por momentos.

Nieves no pudo reprimir un movimiento de espanto, pero recayendo nueva vez en su delirio, volvió á decir:

—Nó, Juan.... ese no es papá; papá no puede venir tuavía! Oyes ese ruido? No te asustes, mi amor. Es el viento que pasa.... son los árboles.

—Tú sabes; continuó moviendo la cabeza de un lado á otro en la inquietud de su delirio—yo tuve una vez un sueño; tú estabas en Caracas.... un sueño muy bonito.... Fue una noche. Margarita mi prima vino un día á ver á mi mamá. Estaba oscuro y tuvo miedo de volverse. Apues, mamá le dijo que se quedara, y como no había más que una cama, nos acostamos juntas. Las dos rezamos, élla por su mamá y yo por tí. Después no nos dió sueño y nos pusimos á conversá callaítas la boca para que no nos oyeran papá y mamá. Y entonces élla me dijo en la oreja: «yo sé de quien tú estás enamorá, Nieves. «Y qué pechos tan bonitos tienes, prima. Los tienes «suaves, suavecitos y calientes. Son como dos botones «de rosa tus pechos, prima, como dos limones!» y me los acariciaba, y al cabo de un ratico me volvió á decir: «Cierra los ojos, yo soy Juancito!»—Tan zoqueta....! le dije yo:—«tú, Juancito?—acaso él es mujer «como tú?» Y élla me contestó: «Sí; yo soy tu novio, «cierra los ojos y verás.... ¿no es verdad que sí soy?» —Y Margarita me apretaba y me besaba.... y entonces tuve un escalofrío, y me dormí y soñé.... contigo, con que los dos nos besábamos y tú eras mío y yo tuya, en una casita hecha con cuatro horquetas y unas palmas.... casi un nido!

Ay! qué tarde es, Juancito. Ya estarán blancas las flores del apamate. La noche está clara y la yerba mojada. ¿Pa qué me has tráido aquí? Pa que te quiera? Así no era nuestro rancho. En él no daba la luna y mi traje blanco de novia estará todo manchado con el zumo verde del monte. En mis cabellos no hay azahares sino hojas secas y ramitas de yerbas;

mi espalda.... mi espalda.... ¿ no es verdad que la tengo toda sucia de tierra, Juancito?

Cuando Nieves despertó nuevamente y comenzaba á desperezarse, su padre estaba en pie ante élla y Taritari había desaparecido.

—Dónde está Taritari, Nieves? Apuesto á que estaba contigo?

—Conmigo, papá? Nó. Yo no sé dónde está él.

—Tú no me dices mentira, Nieves?

—Nó, papá; te juro que no estaba aquí.

El viejo suspiró como si le hubieran quitado una carga del corazón.

—Muchacha, dime una cosa: ¿á tí te mandé yo á dormir, ó á cojer una poca de agua. Háblame con franqueza.

—Sí, papaíto; pero era que yo tenía..... que yo tengo mucho sueño y me quedé dormida.

—Pobrecita mijita, ¿y tú te trasnochastes anoche?

—Ay! sí: yo tuve una partía de sueños más malos que no me dejaron pegá los ojos.

—No te duele la cabeza? no será que te vá á da fiebre?

—Sí, señor; me duele un poquito; pero no mucho.

El viejo bondadoso ayudó á Nieves á ponerse la camasa en la cabeza y juntos regresaron á la casa.

Cuando llegaron, Taritari, que se me había aparecido con la ropa empapada y lleno de barro desde la cabeza hasta los pies, estaba vestido de limpio y apoyado en uno de los horcones, con los pies cruzados, se cortaba las uñas de las manos con la punta de su cuchillo de cintura.

El viejo le lanzó una mirada escudriñadora que Taritari soportó impasible.

—Pero, hombre! Doctor, qué arte de sirviente tiene Ud.: lo manda á estarse en una parte y es lo mismo que si le entrara por una oreja y le saliera por la otra.

—Nó, General; fué que tuvo que irle á cortar yerba al caballo porque no hay malojo.

—Así fué le cosa?

—Sí, señor!

—Entonces, dispense amigo; yo creía que....

No hay de qué General,—le respondió el muchacho haciéndome un guiño de inteligencia.

El viejo volvió á decir:

—Ud. sabe Dotol que vá á tener que recetarme á Nieves.

—¿Y qué tiene Nieves? ¿está enferma?

—Que la veo como amodorraá y soñolienta. La pobrecita; ¿usté sabe que se había quedao dormía en la quebrá? y yo tengo miedo no vaya á ser una fiebrecita; déjeme traésela pa que la vea.

A poco regresó con Nieves de la mano.

—Qué modorra ni qué sueño! La muchacha estaba más despierta que yo.

Le tomé el pulso y le examiné la lengua.

—Hombre! efectivamente, General! Esta niña está enferma desde hace días; pero no es mayor cosa: una *calenturita.... una calenturita....*

Nieves me dirigió una mirada de inmensa gratitud.

Mi diagnóstico mentiroso, la había salvado de una cueriza.

Taritari miraba al General de medio lado, y cuando éste y la niña se marcharon á la cocina, le dijo entre dientes y aplazándole con la mano en señal de amenaza:

—No tengas cuidado, viejo; que lo que es esa mojada de hoy me la pagas.... ó me quito el nombre....

CAPITULO III

EL JOROPO

Dormía yo, postrado por las fatigas del día, cuando á las ocho de la noche el General me despertó dándome fuertes sacudidas en las cabulleras del chinchorro.

—Dotol! ¡alza arriba! que ya la gente está aquí y no esperamos sino por usté. Alza arriba!

Entre curiosos y asombrados, una multitud de llaneros se acercaron á la puerta de la pulpería, para mirar al extraño individuo á quien el posadero llamaba *Dotol;* y todavía, sin ponerme en pie, ni arreglarme el traje descompuesto, una á una, fueron entrando las parejas, y sentándose en los bancos, en los quicios de las puertas y en los cajones que á toda prisa les ofrecía el General Galea después de pasarles las manos para limpiarlos.

—Salud, señores!—les dije,—mientras doblaba el chinchorro, con el mal humor natural en quien es despertado bruscamente.

—Salud! me contestaron en coro.

Entonces reconocí entre los joroperos á un peón de mi casa.

—Guá! Domingo, ¿tú por aquí?—le dije tendiéndole la mano. ¿Cómo estás?

El peón se quitó el sombrero, y entre azorado y orgulloso, me respondió:

—Bien por lo que se aguanta, niño.

—En casa como que no saben que yo voy? porque no han venido á encontrarme! ¿Tú no les oíste decir nada?

—Nó, señor; pero sí como que escuché que usté, según la cuenta de las hornadas no llegaría hasta mañana entre gallos y media noche. Por cierto que allá van á tené un convite güeno de verdá. Han hecho la hallaca pendeja y el dulce de lechoza que se pica.

El arpista llegó después con el arpa envuelta en una colcha desteñida.

—Aquí está el arpista!

—Salud, capacheros!

—Salud! maestro Concho.

—Tiemple eso lijero, maestro; que las niñas tienen cosquilla en las alpargatas.

—Y lo que soy yo también.... ¡Arpa!

—Arrímate pallá, hombre; pa que se siente el arpisto.

—Guá y tú no tienes buen pecho!

—Siéntese, maestro Concho, aquí!

—Allá nó, maestro; aquí junto de mí que no está caliente el banco.

—Yo me siento donde me dé la gana, amigo.

A vé como no se sentara usté en un espinero. La fortuna....

—El maestro como que viene tibio esta noche. Con seguridá que se puso la cota de malla.

—Y le puso también cuerdas de jierro al estrumente....

—Oye Tordito: ¿y tú como que sigues con tu prospeto de cortale las cuerdas al arpa?

—Hum! mejor es que te dejes de está diciendo eso, que el maestro se pue difigurá que es de verdá.

—Lo que yo digo es, que antes de cortale las cuerdas del arpa me tienen que cortarme á mí las del pescuezo.

—Umjú.... Umjú! hay lo tiene, pues
—Costillón....
—¿Costillón? y tú? Brincaescoba....
—Déjense de estase poniendo nombre, señores; que esas son rutiqueces.

—Ay! qué fisno se ha puesto Mascavidrio! Y que rutiqueces! Tíramelo con soga, repunantón!
—Chist....
—Su madre pá el que mandó á callá.
—A Pica-Pica bien guachafitero es éste.
—Si yo no soy el del barullo, maestro Concho; es Zaperoco.

—Qué cuento de Zaperoco es ese? Yo me llamo José del Carmen Abad del Rosario de la Concepción del Santísimo Sacramento Pacheco; páque otro día no se equivique.
—Silencio, señores! Guarden el orden.
—Estos condenáos lo que están buscando es que no los güelban á convidá.

Un ruido insólito acogido con grandes carcajadas, sonó debajo de uno de los cajones.
Los llaneros se levantaron precipitadamente tapándose las narices, y todas las miradas se fijaron en una sola pareja, que se quedó sentada. La india estaba colorada como un tomate, y miraba á todas partes avergonzada.
—No te asustes, hombre; dí que juí yo....
—Pero si yo no he sío, exclamó la inocente.
—Eso es, estaniña. Dí asina paque crean que juí yo,—le respondió el indio.
—Pero, maestro Concho; si yo no he sío de verdá. Jué él.
—Sí, hombre; eso es: yo juí.
—Señores, pido registro!

—Misericordia! ¡Caramba! qué trabucazo! Yo creía que era el terromoto de Cúa; porque el rancho se estremeció!—dijo un viejo que se tapaba la cara con un pañuelo de Madrás.
—Tan cochinos; no reparan ni que hay gente de juera en el cuarto!

—Caray! esos condenáos no puen negá que son venezolanos!

—Me vas á dá una muestra de ese destrato pá cargalo en el sombrero, esteniño.

—Silencio, señores; silencio ó me voy.

—Y á quién le pilla el pollo?

—Vestidos de blanco, dengosos, mirando insolentemente á las mujeres, entraron en ese momento los dos cantadores: *Pico de Plata* y *Turupial.*

Eran los dos poetas rurales, los trovadores de la sabana, los Homeros de las proezas de la pampa.

Un silencio respetuoso siguió después.

—Cuál es *Pico de Plata?*—preguntó uno de los peones al oído del otro.

—Tú no lo conoces? Aquel más alto que está junto de Sandalia.

—Cuál, muchacho; que no lo veo?

—Aquel, hombre; que tiene las narices como un mesmo bojote de remedio. No lo ves tuavía?

—No lo veo entuavía.

—Pues, búscate unos anteojos de zuela, porque mira que si juera culebra te picaba.

—¿Aquel del liquilique blanco y de los escarpines azules?

—El mesmo!

—Buen hilo tiene el indio.

—Y no es ná; lo sabroso que canta.

—Sí; pero no es mejor que Turupial.

—Tú lo has oído?

—Yo nó; pero me parece....

—Caray! que ganas de omitir opinión por razón de gusto.

—No es mejor que Turupial, porque Turupial, tiene más espiración; pero tiene la voz más afiná. Eso lo dice todo el mundo.

—Qué van á sabé tú ni todo el mundo de esas cosas, hombre, ne sean tan parejeros.

—Lo que le digo es que sé más que usté, socio.

—Guá! Qué dice el catedrático? á qué no sabe lo que es un leco; vamos á hacé una apuestica?

—Yo no soy catedrático; pero lo que es de joropo compriendo. Es verdá Bachaco?

—Sí es verdá.... pá que te calles.

En ese momento entró el General Galea como un chuzo en la sala del joropo, y cojiéndome de un brazo y llevándome aparte, me dijo:

—Dotol, óigame una palabrita y dispense.

—Sí, General; estoy á sus órdenes.

Todos los llaneros se fijaron en nosotros y entonces, del grupo, salió une voz ronca y desconocida:

—Carecochino.....

El General se volvió hacia el grupo poniéndose pálido de rabia.

Pero en el grupo todos se hicieron los que conversaban de cosas indiferentes.

Apenas el General volvió la espalda cuando la misma voz repitió:

—Carecochino.

Por segunda vez el General volvió á mirar el grupo y quitándose el sombrero se rascó la cabeza y nada pudo descubrir.

—Vamonós pá juera, porque aquí no se pue ya ni conversá. Gente más sinvergüenza que estos canallas de poaquí, no la hay ni en Caracas, que es la tierra de la gente sinvergüenza. Ese debe sé algún godo. Ya está descubierto el pastel. Vamonós pá juera, Dotol; vamonós lijero....

El General puso una mano sobre mis hombros y nos dirijimos á la puerta del patio:

—Carecochino.

—Mire, caray! ahorita me tibio; y le echo más plan á esos...... lapidarios que lo que éllos valen. Tras que los convidan se ponen á echale lavativas al prójimo.

El General estaba furioso.

—Ande lijero, Dotol; salga pá juera que tengo que decile una cosa.

—Cuál será ella, General?

Y el General con voz suplicante me contestó:

—Mire, Dotol; que me llame pacá dentro á Taritari?

—Y qué le está haciendo Taritari?

—Dotol! que no me deja en paz un momento. Por ahí se la pasa registrándolo todo y andando parriba y pabajo como ratón arsenicáo, y cuando no le está haciendo el tiro al carato, porque ¡ah muchacho lambucio, Dotol! está detrás de Nieves, una muchacha, Dotol, que está enferma...... que tiene calentura...... considere.

—Hombre sí, General; voy á arreglar eso.

—Dispense eso, Dotol; pero hay cosas que materialmente no se pueden aguantá. Esa es una.

—Taritari, Taritari! grité.

Taritari salió de la cocina encendiendo un cigarro.

—No vé, Dotol? mire si es verdá la que le estoy diciendo—añadió el pobre viejo con voz insegura. Ahí lo tiene usté detrás del carato.... ó digo: nó, detrás de Nieves! Aguáitele si nó el camisón á la muchacha donde le reluce....

—Taritari....!

—Señor!

—Nieves....!

Nadie contestó.

Nieves salió avergonzada y mordiéndose las uñas.

—Pero, hombre ¿qué hacían ustedes en esa oscuridá metíos los dos solos?

Pumucena! Dónde estará Pumucena? Pá que le dé unos chinchorrazos á esta sinvergüenza, porque lo que soy yo no quiero ensuciame las manos.

—General; yo estaba prendiendo un tabaco en el fogón.

—Papá! tú sabes? yo juí pallá porque él me llamó y que paque le diera una candelita.

—Y tú de sacristana se la juites á dá, ¿no es verdá?

—Nó, papá; yo no le he dao ná; él mismo jué quien la cogió en el fogón.

—Aistá!

Yo no pude más y me eché á reír.

—No se reiga, Dotol, que el caso no es de risa.

—Tú quieres que te diga una cosa, Nieves?

Nieves no contestó.

—Pues mira: como te güelba á encontrá con Taritari es que..... te mato! Una niña como ésta, señor; que debía está puallá dentro recebiendo la gente en vez de está con ese....

—General; ese ajo es pá usté—le gritó Taritari arremangándose los puños y tirándose el sombrero para atrás.

—Espérateai, sinvergüenza!

Yo le eché mano á Taritari y me lo llevé.

—Taritari, es necesario que te aquietes.

—Dotol! Si ese viejo es el que tiene la casa prendía y á mí me tiene ya jarto. Yo no le he recostao un par de trompás en su punto, porque es el pae de Nieves. Pero ya me voy rebosando. El hijo de su mae se la pasa detrás de mí como si yo juera algún ladrón.

—Cállate, Taritari.

—Pero es que me la paga! Caray! que si me la paga! Como que me llamo Juancho Martínez....

El viejo General lo miraba cruzado de brazos.

—Qué muchacho este tan....

No pudo concluir.

Un alegre y cadencioso escobilleo resonó en ese momento en la casa de paja.

El joropo comenzaba.

El General soltó á Nieves; se desentendió de todo; y, en dos zancadas, llegó á la puerta del baile, zapateando al són del arpa y haciendo la rueda.

¿Quién no ha oído alguna vez un joropo: esa música y ese baile, febriles, apasionados, ardentísimos, en los cuales, como en un brasero, quema sus alas la musa de algún poeta silvestre ó se marchitan los azahares de alguna virgen de la sabana, rendida á la magia sobrenatural de aquellas cadencias, monótonas á veces, á veces desiguales y violentas; pero siempre armoniosas, siempre fatigosas, siempre temibles, aún para

los mismos hombres que se entregan á éllas hasta caer exánimes, nadie puede decir si de fatiga ó de voluptuosidad sobre el suelo de los ranchos?

El arpista aquel, el maestro Concho, era un prodigio. Sus hábiles dedos volaban sobre las cuerdas, entre los manojos de cintas de las clavijas: cintas azules, cintas verdes, cintas amarillas, como mariposas ebrías; y mientras el maraquero inclinaba de un lado la cabeza como queriendo cojer la cadencia, y las manos de los guitarristas, rápidas, invisibles, descoyuntadas, se movían con la velocidad de los ramales de una disciplina, produciendo un rumor sonoro y armoniosísimo como el zumbido de lejanos colmenares; ó, de repente se abatían, sobre las cuerdas, para romper en un punteo, lento, delicado, nervioso, que afinaba el zapateo y encendía los rostros de las parejas; mientras las indias cerraban lánguidamente los ojos y se les coloreaban las mejillas, tostadas por el sol, y era aquello un descaderamiento general, para decirlo de una vez, *Pico de Plata*, uno de los cantadores, se puso en pie; se quitó el sombrero, se amarró en la cabeza un pañuelo de madrás, y escupiendo hacia un lado, cantó el siguiente corrido:

Cinco de marzo en Valencia
De recuerdo memorable,
Fuiste el día adorable
De nuestra Revolución.
Allí la raza culpable
La sacamos su pilón,
Y siento no hubiera estao
En Valencia Juan Falcón
Para que hubiera mirao
Patriotismo y decisión,
Desinterés, buena fe,
Voluntariedá sobrante
Se veía en esa ocasión
Toos querían dir alante,
Los primeros en la acción,
Creyendo que se paraba
Ño Monagas el patón;

Cuando el cantador llegó á este punto, miré al General Galea. Su fisonomía estaba demudada...... ¡Decirle *patón* á Monagas! á un héroe de la guerra larga! á un hombre tan bueno! Tan requetebueno!

—General! Usté está escuchando, le dije al oído.

—Sí, señor; pero eso lo trae la consonancia. ¿No vé que arriba dijo arción? Pero qué cantador tan bueno; no le parece, Dotol? Si las cosas siguen como van, Turupial vá á tené que echá el resto.

—El que creo que vá á tener que echar el resto es usted General. Mire que el corrío ese es más godo que Don Valentín Espinal.

—No trabaje, Dotol! Usted cré que ese hombre vá á tené estómago pavení á cantá cantos godos á mi casa. Ni que tuviera oración. Déjeme escuchá pavé, porque lo que es á mí no me tiran de mano. La verdá es que eso de patón.... en fin.... déjeme escuchá.

El cantador decía:

Las campanas repicaban,
Valencia era un día de juicio,
Que hasta las mujeres mismas
Iban á pedir servicio.
Más de quinientos oficios
Ví despachar ese día,
Como cincuenta plumarios
La Gobernación tenía.
Sobraban postas, caballos,
Todo cuanto se ocurría
Valencia lo conseguía,
Sin duda mano divina
Nuestros pasos dirigía.
¡A Castelli, si te paras!
Ni á media ración alcanzas
Para la ambición que había.
Y ese sargento de Frías
Bufo, bruto y embustero
¿Qué se hizo su valentía
Y la de sus compañeros?

El cantador se detuvo para tomar aliento.

—Y ahora qué dice usté, General: es godo ó no es godo el corridito ese?

—Estese quieto, Dotol, hombre! Déjeme ponele atención al asunto, porque la verdá es que ya me vá pareciendo.... Pero, no tenga usté cuidao, que si resulta el cantador godo, el corrío de palos que yo le echo lo pone más liberal que el mismo Zamora.... Ese sí que era buen liberal, ¿no es verdá, Dotol?

—Sí, General; cómo no.

El cantador se cambió la mascada, y lanzando un leco agudísimo:

Si se paran les ofrezco,
Por lo más que estimo y quiero
Que en San Juan quedan los Morros
Y en San Carlo el Camarero,
Y en la misión del Baúl
Les aguardara un mosquero
Que no fuera un pueblo entero
Que le hacía la oposicion,
Dispuesto á morir primero
Dándole fuego al cañón,
Ese General Silvita
Que se pronunció en el llano.

—Qué Silvita es ese General? le pregunté yo.

—Yo no sé, Dotol; yo no lo conozco; porque junto conmigo no sirvió; pero jágame un favor ó ya vamos á tené que agarranos los dos: no me turrumpa, por su madre. Mire que yo estoy como perro con gusanos.

Que entró en la plaza del Pao
Con dos mil quinientos hombres
De los que mascan paraos.
Zambo viejo, si te paras
No alcanzas ni pá bocao.
No creas que el Cónsul te ampare
Porque tenga amores con tu hija

Según me han asegurao,
Que es enorme tu pecao
Y tu apelación al cielo.
Que te defienda ahora Arvelo,
Yusepe y Diego Alcalá,
Los Díaz y Aurrecoechea,
Esa gente, ¿ dónde está ?

Cuando el cantador repitió, como si la memoria le faltara:

Los Díaz y Aurrecoechea,
Esa gente, ¿ dónde está ?

y yo me volví hacia el General para llamarle la atención y calentarle la cola, el General había desaparecido.

—Para dónde cogió el General ? le pregunté á Taritari.

—Como que cogió pá la cocina, Dotol: yo no sé.

A poco regresó con los brazos cruzados por detrás y la mirada chispeante.

—Está oyendo, jefe ? le interrogué.

El General, amenazante, sombrío; pero tranquilo, se apoyó en una esquina de la puerta, y no me contestó una palabra. Se hubiera creído que iba á llorar.

Y en tanto Pico de Plata decía:

—Se reventó la correa
O se han chaseado patrás.

El General se encogió como un tigre que fuera á saltar.

Ahora es que se necesita
Que te paguen la amistá
Que tanto te demandaban
Cuando partían por mitá ;
Pero la verdá sea dicha
Qae estaba el manejo en boga.

El General murmuró siempre con la vista fija en el techo y sin parpadear :

—Guá! Eso que dice es verdá! En ese tiempo los godos cargaban hasta con las aldabas de las iglesias; y si no se llevaban la misma Casa del Señor era porque no podían sacarla en pilón ni les cabía en los bolsones.

Esa Virgen del Pilar
Se quemaba en esos días,
Una vez yo ví en la iglesia
Sesenta velas prendías
Y oí rezarle á una vieja
Cien oraciones seguías
Pidiendo en cada una de ellas
El exterminio de Frías.

En este momento el General se tiró el sombrero hacia la espalda; se escupió dos veces la mano derecha, con la cual asió un pardillo encabullado con dos motas de cerda, y fijando los ojos en el techo aguardó...

Y en fin necesitaría
Ser largo como un cordón....

El cantador no pudo concluir.

Una trompada del General lo había tirado de rollito al suelo.

—Párate—le decía escupiéndose las manos y anunciándole con el pardillo una punta de barriguero. Párate otra vez, godo del demonio, condenao, jijo de.... tu mae! Y forcejeaba rojo de cólera, maldiciente, entre los brazos de los que lo sujetaban.

Suélteme, caray! Abrase, *Pica-Pica*, porque le zumbo á usté también. Déjeme acabá de comeme á este renegao que viene casa de los federales á comeles la comía y á bebeles el carato para después salí insultándolos. Así son todos los godos. ¡Mardita sea su alma y la perra que lo embojotó! El viejo Guzmán que sabía más que Dios.... ¡más que Dios nó! Ave María Purísima! pero sí más que Juan Quintana. ¿No es verdá, Dotol? ¡Guá! qué si sabía más! Aistá quien puede decilo.... no se cansaba de empri-

milo en toítos los papeles. ¡Párese, amigo; que nosotros los federales semos tan nobles que no le tiramos á los hombres rendíos!

Pico de Plata oía todo este discurso en el suelo.

—Párese, caray! Sí, se lo pido por su madre! No me asujete, *Brinca–escoba* ó formo aquí una retreta de palo que no se escapa ni el Dotolcito.

—No le tire, General; no le tire, porque lo que hay con él hay conmigo!

El maestro Concho se había tapado con el arpa en un rincón, y las indias corrían despavoridas lanzando chillidos de miedo. Las maracas abandonadas por el maraquero, rodaban en el suelo de un lado para otro, y no se oía sino el cigarrón amenazador de todos los peones, que esgrimían sus lanzas y se preparaban para la lucha.

Dos candiles se apagaron.

Recogiéndose los fustanes, anhelante, armada de un chaparro, apareció en ese momento Nepomucena. Su rostro lívido y desencajado, sus miradas feroces de perro acosado, su estatura de sayona, contuvieron á los hombres, que se quedaron clavados en sus puéstos y el murmullo cesó.

—Vamos á vé. Qué pasa aquí?—dijo con voz cavernosa.

Taritari que hasta entonces permaneció cruzado de brazos viendo la brega, aprovechó el pánico para salirse al camino....

—Qué pasa aquí? repitió blandiendo el chaparro en la cara del primero que encontró.

—Nada, Pumucena, dijo el General con la misma voz temblona con que contestaría un niño sorprendido por el maestro.—Nada; que este endeviduo se puso á insultá á los liberales en mi casa, valiéndose de la ocasión, y yo le arrecosté una trompá. Está bien hecho ó no está bien hecho.... Vamos á vé! porque á mí me gustan mis cosas muy claras.

—Y quién es ese guaparrandón?—preguntó la vieja.

—E pá vele la carabina! agregó adelantándose hacia

el grupo de hombres aterrados y con el chaparro oculto en la espalda.

—Soy yo, misia Nepumucena! balbuceó el cantador incorporándose y sacudiéndose la ropa.

—Tú....?

La vieja lanzó una carcajada histérica.

—Tú, Pedro Pablo; y ¿desde cuándo te has metío á godo, muchacho. Tú crés que has ganao mucho con eso?

—Si yo no soy godo, misia Nepomucena!

Y añadió en són de queja y cruzándose de brazos:

—Usté cré, por la Virgen del Carmen, que pueda sé godo un hombre como yo que es zambo y que tiene que agradecele á los Monagas lo que tengo que agradecele?

—No: es que esa es la moda hoy! Poray hay mucho negrito ingrato echándolas de godos.

—Pues yo no tengo qué hacer con moda! Porque si yo canté ese corrío jué porque un señor de chiva larga que vino de Barbacoas, y que supo que yo venía á cantá paquí, me los enseñó, y me dijo que eran muy liberales y todo.

—Y ¿cómo es ese hombre, por si acaso pasa por mi banda? le preguntó Nepomucena.

—Alto él, trigueño....

La voz de la vieja se enterneció.

—El pobre *Picoeplata!* ¡Un muchacho tan liberal, Rufino! Y el piazo de trompá que le has metío...

—Yo no siento la trompá sino que me haigan creío godo; un oficial de Natividad Mendoza, como yo.

—Dale una sastifación, Rufino—volvió á decir la vieja en són de reproche.

—Sí, hombre; cómo nó!..... con el mayor placer: amigo, dispénseme. Picoeplata, sepa y entienda que á mí me duele más latrompá que á usté mismo, amigo; yo soy asina: qué se vá á jacé! No hacen nada más que jalame la cuerda, y pum.... reviento por cualquier parte. Esa es mi costumbre mía.

—Sí, hombre; que se arregle eso.

—Que no haiga sangre....

—Pero qué más quieres, Picoeplata? Ya el General te dió una satifación, chico....

Y la misma voz ronca anterior, repitió:

—Carecochino!

—Su madre al que jué, dijo el General.

—Qué se apreten las manos.

—Déjate de esas rutiqueces, Meregildo, que no pareces gente decente.

—Que se abracen.

—Sí, hombre; eso se arregla con un palo.

—Quién lo brinda?

—Guá! Quién vá á sé? el General; no le ves el litro en la mano.

—Carecochino!

—No, hombre; déjenme ir más bien pa juera y entonces le daré la mano, y si no la quiere, que no la coja; y cuando quiera que me salga. Yo ando escuro por todas partes y más sólo que un desertor.

—No seas rencoroso, Picoeplata.

—Sí, chico: que se acabe eso....

—Bueno; para estar en paz, que le suelte ahora *Turupial* un estampío á los godos.

—No, señores: mejor es que se acaben los corríos. A cantá otra cosa. La política es pá los papeleros. A vé Nieves; tráite un caratico pá esta gente que debe tené la garganta seca.

—De qué es el carato?

—De maíz con gengible. De qué vá á sé?

—Tú no quieres carato, Picoeplata?

—Yo no quiero carato ni ná. Déjeme á mí tranquilo.

—Y un palito de caña?

—Tampoco. Yo bebiera sangre....

—Ave María Purísima con el hombre!

Cuando Nieves se apareció con una camasa de carato en las manos y una flor en los labios, Taritari me llamó.

—Dotol, me dijo al oído; no beba ese carato, por la Virgen Santísima.

—Y eso por qué, indio?

—Porque nó. Se lo digo por su bien.

—Qué sé tengo, caramba!—guiñó el General.
—Tome un poco de carato—le respondió Taritari.
—Tráeme acá un poquito, muchacho.
Taritari llenó un cántaro y se lo ofreció.

—Ah! qué sabroso está; dijo el General. Y *Picoeplota* no bebe?

—Sí, General; ahora: tome usté primero.

—Bueno de verdá está el caratico!

—Péguese otro cántaro, General; que eso le refresca la sangre. Usté está mu enritao.

—Echa acá, pues, mijito.

Y en menos de nada el endiablado muchacho le hizo beber al General una tapara de aquel carato tentador que me había prohibido beber.

El arpista y los cantadores, el maraquero y la peonada, vaciaron en breve un barril.

—Y la ama del santo no bebe? qué es ésto? Anda, Nieves: tómate un poquito, que está de lo más bueno....

Nieves miró á Taritari como pidiéndole permiso; y éste con los ojos, le hizo un gesto que significaba: caca!....

—No, Sandalia; yo no bebo. Yo estoy enferma; yo tengo.... calentura.... me lo dijo el Dotol.

—Calentura de pollo, zoqueta. Eso no te hace daño. Dí más bien que Taritari te dijo que no.

—Bueno, pues. Será comó usté dice.... ¿y qué se vá á hacé?

El arpista se acomodó nuevamente y marcó los primeros golpes.

Turupial se aclaró el pecho y los guitarristas comenzaron á templar los cuatros.

—Mira! le gritó úno al maraquero; tiempla las maracas que como que se te han desafinao de tanto rodá por el suelo....

—Qué hombre tan cochino; cuando rosnó el palo no se le vió ni el celaje....

—Por eso es que yo le digo que tiemple los capachos.

—Carecochi.... ino, dijo una voz afeminada.

—Su maa.... aadre, le contestó el General en el mismo tono.

—Vamos á vé, pues, si se canta ó no se canta. Saca pareja, José de las Mercedes, hombre!

—Cuélgate de esta estaca, Rosenda, decía otro ofreciendo su brazo á una india pechona élla y de pelo negro.

—Yo estoy comprometía con Carepalo.

—A vé como no. En tu salud lo hallarás.

—Entrale, Meregildo; ¿porque es hija de Don Casimiro le tienes miedo?

—Yo miedo?

—Guá! será vergüenza. Entrale, Meregildo, hombre; mira qué cobarde, no besa blanca ni negra que gasta lujo....

—Yo estoy comprometía.

—Ya usté está viendo? La fortuna es qué.... á vé cómo no!

—Canten, pues—dijo el General.

—Pancho, saca pareja.

—Nó; yo no bailo, Dotol. Yo estoy de luto.

—Pero, hombre; sal de ese rincón al menos.

—Ah! Don Pancho,—interrumpió un llanero—está dormío en la ponzoña como los arraclanes.

Pancho miró de medio lado al intruso y escupió.

Nuevamente se prendió el joropo.

El otro cantador, *Turupial,* decía:

A mal haya compañero,
como no voy á llorá;
si los grillos que me quitan
me los vuelven á pegá!

Y *Picoeplata* contestaba:

Del mesmo modo compae
como no quiere que llore
si al quitarme los de jierro
me arremachan los de Cobre....

Turupial, enardecido por la lucha, cambió de tono como los jugadores de esgrima hábiles, cambian de guardia:

—La mujer que tuvo amores
no sirve para casada,
pues de la gloria pasada
le quedan los borradores.

Picoeplata se puso en pie.

Desde aquel momento el duelo de estos maestros, que sin educación y sin cultura pueden darle diez cuerpos de ventaja á los buenos improvisadores de Caracas, comenzó:

—Cada vez que yo recuerdo
que tuve un amor ingrato
no sé cómo no me doy
contra un colchón y me mato.

—Si me preguntan de aquello
confesaré la verdá.
¿ Cómo quieres que lo niegue
estando tú como estás ?

—Ay te mando tu sortija,
Tus cartas y tu pañuelo :
y espérame en los chaparros
para llevarte tus besos.

—No te eleves tan realto,
prenda de tanto valor,
quial árbol que más se eleva
le tumba el viento la flor.

—Ayer pasé por tu casa
y hallé la casa sin gente,
las gallinas se espantaron
y el gallo arrugó la frente.

—Señores, tengan presente,
lo advierto sin condición,
ha de ser inteligente
el que me haga oposición....

—Supongo sea un portento
el cantador que ha cantado,
y por si acaso, le advierto,
que aquí me tiene á su lado.

—Te llaman gallo de espuela,
mas tu pluma no respeto,
que he mandado yo á la escuela
á gallos de más talento,

—He mandado yo á la escuela
á verdaderos cantores,
¿ qué no haré con este intruso
díganme ustedes, señores ?

—Díganme ustedes, señores
si no merece desprecio
quien funda sus pretensiones
solo en palabras de necio.

—Solo en palabras de necio
no fundéis tu fama, digo,
elige un tema de ciencia
si queréis cantar conmigo.

—Si queréis cantar conmigo
contéstame en un segumdo :
¿ qué poder es el más grande
después de Dios en el mundo ?

—Después de Dios en el mundo ?
El poder del confesor
cuando levanta la mano
y bendice al pecador.

—Es muy grande tu saber,
por lo que me has dicho infiero;
mas deseo que me adivines
cuántos pelos tiene un cuero ?

—Ay, Jesús, María y José !
que me has dejado confuso :
los pelos que tiene un cuero
fueron los que Dios le puso.

Una carcajada general acogió la última victoriosa respuesta de *Picoeplata.*

—A cantar otra cosa, señores. *Turupial*, cántale al Dotol tus versos.

—Mis décimas, General?

—Sí, aquellas muy tristísimas.

—Pero con una condición las canto: que crea que son mías.

—¿Cómo no los voy á creer tuyas *Turupial?*

—No, Dotol; es porque ustedes los caraqueños creen que lo bueno nace en Caracas namás. Y en cuanto nomás, salen diciendo que eso es de puallá.

—Cántalas hombre. Mira que ya es muy tarde.

Turupial cogió el cuatro, lo punteó, lo afinó, y mientras las parejas se sentaban, comenzó así:

CUANDO ESTOY À SOLAS LLORO
Y EN CONVERSACIÓN ME RÍO;
CON MI MARACA EN LA MANO
DIVIERTO LOS MALES MÍOS.

—

Ya la noche al sol enviste,
y mis tristezas cantando,
voy al paso recordando
los abrazos que me diste;
mira tú si estaré triste,
que coje sabana un toro,
le echo encima el rucio moro,
y al tumbarlo, diligente,
repite el eco doliente:
CUANDO ESTOY À SOLAS LLORO.

Vuela mi caballo al hato,
que se anubla el horizonte!
Pasa esa ceja de monte
y descansarás un rato,
yo me beberé el carato
que me guarda el dueño mío,
espanto penas y fríos
del hogar á los calores,
me como mi zamba á amores:
Y EN CONVERSACIÓN ME RÍO.

Y veré al salir la luna
si es que el aguacero escampa,
si del corral en la trampa
cayó la yegua zebruna:
silla y freno hay por fortuna,
monto á mi zamba y ufano
la llevo al baile cercano,
élla rompe un zapateo
y yo orgulloso la veo
CON MI MARACA EN LA MANO.

Vaya un joropo de rango!
Bailando á raja campana,
los claros de la mañana
nos sorprenden bajo un mango;
de mi zamba en el fandango,
los guapos sufren desvíos.
pues no hay quien tenga mis bríos;
yo espanto el «ánima sola,»
y al golpe de la bandola
DIVIERTO LOS MALES MÍOS.

Cuando *Turupial* hubo terminado ví que lloraba.

—Tus versos son verdaderamente preciosos: eres poeta: le dije.

—Gracias, Dotol.

—Y cuándo hiciste esas décimas?

—Ya ni me acuerdo. Yo las debo tené aquí en la cabeza dende que nací, porque siempre sentía yo una cosa mala que se me quitó cuando me vinieron y las canté debajo de un palo, solito, una noche en que la luna estaba como el día y yo tenía muchas ganas é llorá,

—Pero te las corrigió alguno?

—Sí, señor; el Coronel Potentini me le puso la..., holtografía y una pila de palabritas, y después las escrebió en el paper, y me abrazó.

—Tomás Ignacio Potentini?

—Sí, señor.

—Te felicito, pues.

Estreché la mano de *Turupial* y le dí un fuerte.

El joropo continuó.

Pero á poco dejó de tocar el arpista, los bailadores se pararon y lo miraron sorprendidos.

—Qué le pasa al arpista? Echenle manteca de caimán paque se le aflojen las muñecas, caracho!

El maestro, blanco como la cera, le dijo al vecino del lado, dándole el arpa:

—Téngame aquí un momento, compáe.

—Maestro Concho, como que tiene alguna novedá?

El maestro dió un pujido, y apretándose el estómago se lanzó al camino.

—Estará loco el arpista, caray!

—Pégate tú en el corte, José Manuel:

José Manuel que era también arpista, tomó el arpa, y el baile continuó.

Pero, de repente, una de las indias joroperas se detuvo y, sudando, con los labios morados y profundas ojeras, le dijo al pareja:

—Espérese, compáe; que voy allá juera un momentico.

—A qué, estaniña?

—A bebel agua.

—Déjame í á tráitela yo.

—No; yo voy más bien.

—Caramba! Tú sabes? A mí como que me está dando sé también. Dejame í á bebé una ñinguita de agua, por si acaso.

Y úno tras ótro salieron igualmente al camino.

A esta pareja siguió otra y otra, todas pretextando calor, sed ó cansancio.

El grupo de bailadores se reducía por momentos.

De pronto uno de los cantadores se sintió malo, y sin decir una palabra, salió corriendo.

—*Picoeplata*, espérame un momento que tengo que decite una cosa.

Y como Pico de Plata, Turupial cesó de cantar y se precipitó hacia la puerta de la pulpería.

El General Galea que se había quedado dormido se despertó de pronto jipato, escupiendo y haciendo pucheros.

De repente el arpista suplente, dijo:

—Lo que soy yo no toco más. A mí como que me vá á dar algo, caray! Que malo me siento el cuerpo.

—Usté vá pa juera? le preguntó entre rebortijones y calambres uno de los guitarristas.

—Sí hombre; por qué me lo preguntas?

—Porque yo estoy con un dolor de.... cabeza más juerte que el caracho.

—Ave María purísima! que cosa tan mala siento aquí.

Al guitarrista interpelado le preguntó el otro, dejando desconsoladamente el cuatro sobre el banco.

—Como que vás pal monte, camarucho?

—Sí, hombre; no gustas?

—Cómo que si gusto? Espérame ahí. Tú sabes? siento en el estómago una cosa así como si me juera tomao un purgante.

Entonces comprendí la venganza de Taritari y su advertencia de que no tomara carato.

—Taritari; tú le echaste algo á ese carato ¿no es verdad?

—Sí señor: un piñoncito; pero no mucho.

Pancho se nos agregó después.

—Dotol, aquí como que ha dao el cólera—murmuró.

Sin contestarle, le pregunté:

—Tú probaste el carato?

—Yo, Dotol? Dios me salve el lugar. Lo que soy yo cuando me invitan á una parte no pruebo ni lagua. Esa es una piedra que me dió un sabanero que tenía más concha que un caimán viejo. Y por qué me lo pregunta?

—Por nada; pero me parece que á ese carato le han echado....

—No lo dudo; déjeme ver.

Y Pancho tomó de un banco la camasa y miró el sedimento que había en el fondo.

—Ya lo creo Dotol, le echaron piñón.... unos piñoncitos, ¡como quien no dice nada! Virgen del Carmen, de la que se escapó el hijo de mi madre.

Afuera, en la oscuridad del camino, no se oía otra cosa que:

—Epa! quién está ahí?

—Soy yo; José María.

—Qué enfermo me siento!

—Santo Dios esto es lo mismo que el cólera.

—Pior, mastro Pancho! el cólera mata ligero.

—Como que es el General Galea?

—Sí, señor; poaquí me tiene.

—Cuidáo conmigo, General; apártese un poquito.

—El cuidáo es suyo compáe porque el camino es libre...

—Pero mi cuerpo es mío.

—Rosenda?

—Señor; es usté mamá?

—Sí hombre; cuidado no se vayan á esperdigá, porque de aquí nos vamos derechitas pá casa. A mí namás y que me güelban á cojé pá otro joropo.

—Carecochino!

El General rezongaba y se quejaba.

—Vaya una gente esta... ay!... hasta en los momentos.... ay! más conflictivos... ayayay! .. tienen alma pá mamá gallo... Su madre, socio! Ayayai, Dios mío!... á mi me va á da algo esta noche.

—Ojalá se muera el condenao que lo trae á uno á su casa pa tratalo asina.

—General; ai le va una tuza.

—Ahora á mí es que me echan la carga...... como si yo tuviera, ay.... la culpa..... ayayai, señor!

—Pedro Manuel; tú sabes lo que me está pareciendo.....? que á ese carato le han echao piñón ó alguna otra melesina brava......

—Hombre, sí; pero cállate la boca..... aguanta!

—Esta sí que es buena, ¿dónde consigo yo ahora manque sean unos camisones de mujé? porque mis calzones....

—Adios, señores! Quedan Uds. en su casa.

—Que te vaya bien, *Comebosta.*

—Espérame, Pica-pica.

—Dios me favorezca; una y nomás!

—Hasta mañana, pues.

Y uno á uno, aquellos enfermos graves se fueron yendo para su casa.

La sala del baile había quedado desierta.

Nepomucena muda, pero más irritada que nunca, recogía con rabia los instrumentos abandonados, los pañuelos bordados, los sacos de cobijas y los amontonaba en un rincón.

Pancho fumaba en un taburete, con las piernas cruzadas y de vez en cuando dejaba de mirar el humo de su tabaco, para clavar una mirada sombría en Taritari que no me abandonaba.

—Pancho, le dije, vamos á dormir. Basta de faena. Pide la cuenta ahora porque el General no se va á levantar de madrugada. Las bestias tienen yerba y maíz? Bebieron bien?

—Sí, señor; dijo Taritari.

—Cuélgueme el chinchorro, pues, amigo.

Y Taritari me colgó el chinchorro, y, mientras Pancho se tendía boca abajo en su cobija y apagaba la vela, me dijo Taritari:

—Ya usté vió, Dotol, cómo me la pagó el viejo?

—Efectivamente, Taritari; y con costas, como dicen los abogados.

A poco roncaba Pancho; y yo, que tenía un sueño de desainado, cerré en breve los ojos no sin sentir antes que una sombra pasaba cerca de mí; una sombra en quien reconocí luego á Taritari que se dirigía en puntillas de pies, quién sabe á donde....

—Cuidado con el chaparro de Nepomucena, le dije! y me rendí....

....

....

....

Las cuatro de la mañana eran en mi reloj cuando me desperté.

Pancho y Taritari dormían á pierna suelta, roncando un dúo.

—Alza arriba, que son las cuatro, les grité.

Los peones se me incorporaron, se restregaron los ojos y como sonámbulos, arrollaron de prisa sus cobijas.

—A ensillar, Taritari!

El muchacho salió tosiendo y con las manos entre las faltriqueras á obedecer mis órdenes.

Cuando me asomé á la puerta, miré á Nieves con la mejilla apoyada en una mano y de pies en el dintel de la cocina.

—Qué madrugadora estás Nieves! Se conoce que dormiste toda la noche.

—Sí, señor; toíta la santa noche.

Aquella respuesta ingenua, confirmada por el aire jovial de la muchacha y el brillo de sus ojos me extrañó....

—Qué le habrá pasado á Taritari? dije para mí, ¿Lo habrá tranquilizado el recuerdo del chaparro de Nepomucena?

—Ah malhaya un cafecito, Nieves, murmuré, bostezando de sueño y de frío.

—Ya se lo voy á pasá, Dotol. El guarapo está hirviendo hace rato.

Taritari regresó en breve, trayendo de diestro las bestias ensilladas, y las amarró por la falsa-rienda á una horqueta....

—Ese caballo como que tiene algo en el lomo?

—Sí, Dotol; está alunaíto.

—Mire, amigo, desensille ese caballo y cúrelo. Usté nada más puede ser bien sinvergüenza y bien descuidado. En vez de estar desde ayer temprano fastidiando esta gente, ha debido ocuparse un poco más de su obligación.

—Y yo, qué le pueo jasé á la luna, Dotol? Si yo hubiera podío tapala, manque juera sío con el sombrero lo juera hecho. Bastantes ganas tuve por cierto. Por culpa de élla me iba mordiendo la perra....

—Y por qué no amarró el caballo en otra parte? Por qué en vez de levantarse á media noche á zamurear por el cuarto de Nieves, no se fué usted á ver si el animal estaba bien y á cambiarlo?

—Si jué á eso á lo que yo me levanté, Dotol. Mi palabra!

—No seas tan.... zoquete, Taritari.

Furioso me volví al rancho.

—Qué varilla! ahora el caballo alunado. Maldito sea el muchacho del demonio!

—Dotol, me interrumpió Pancho, es que esa vaquera es matadora.

—Qué matadora ni qué matadora, Pancho! No vengas tú también á apadrinar á Taritari. Es que ese condenado no tiene vida ni piensa en más nada que en Nieves.

—Déjelo quieto, Dotol; déjelo quieto; que hombre que no busca mugé, alguna mala maña tiene. Y está bien pegaíto...... caray! Ya usté verá lo que vá á resultá de eso.

—Qué vá á resultar? Lo de siempre! un muchacho ó dos.

—No, Dotol; una boda: esos se casan ahorita; porque lo que es la muchacha es *apagosa*.... no se le afloja ni que el manco eche deos!

—Cómo *apagosa*, Pancho?

—Guá; que parece muy mansita; pero en cuanto llega al llegadero, chasea patrás que ni mula que güele tigre.

Taritari desensilló el caballo rúsio y lo curó de prisa como pudo.

Después siguió para la cocina, donde Nieves encendía otro fogón.

—Buenos días, mi amor.

—Buenos días, Juancito. Quieres ya tu café?

—No; qué café ni qué café; yo vine de un saltico á decite adiós, porque ya nos vamos.

Nieves no le contestó, y siguió soplando el fogón.

Cuando levantó la cabeza, lloraba.

—Como que estás llorando, mi vida? ¿tú crees entonces que yo no güelvo?

—Guá! yo sí creo que tú güelves; ¿cómo no? Pero mira, me parece que.... ¿tú te pones bravo si te digo lo que voy á decite.... ? que tú te casas puallá, en el

pueblo, con alguna muchacha fina y que yo.... ¡yo me voy á queda solita!

Sus ojos se enrojecieron más.

—Tonta! no llores por eso!

—Sí: que no llore! No vé que es muy bueño quedase sola...! si yo juera tú.

Luego, como avergonzada de sus lágrimas, y queriendo ocultar su cariño, agregó:

—Si yo ño lloro; si yo no estoy llorando. Es que la leña del fogón está mojá....

—Dormistes bien, Nieves?

—Sí, niño; desde que me acosté hasta que me levanté: un sólo sueño; y eso que teñía una picazón en too el cuerpo, como si le jueran echao guaritoto al catre, y aquella zañcudá.... muchacho!... Mira como me han puesto.

Y Nieves acercaba su rostro al de Taritari para enseñarle las picaduras.

—Allí na más te picaroñ esos jijos de su mae?

—No; espérate: aquí también.

Nieves se subió la manga, y acercándose al fogón, á la vacilante luz de la hoguera que chisporroteaba, le mostró el brazo, desnudo, rollizo, torneado....

—Ay! dijo Taritari, menos compadecido de lo que había sufrido Nieves, que gozoso de ver aquella desnudez tentadora.

Nieves por fin se desabrochó el corpiño.

—Y aquí también—agregó enseñándole la garganta. Tengo aquí un ronchero, ¿no es verdá? le preguntó con un gesto de inmeñsa y expontánea coquetería.

—Sí, hombre, sí; y más abajo está pior la cosa. Mira, Nieves, como tienes eso....

—Tañ fresco! murmuró Nieves poñiéndose colorada y cubriéndose el pecho.

—Ay, Nieves! quién juera zancudo!

—Mijito, por Dios; y ¿eso paqué?

—Pá besá tus cachetes hasta sacate sangre; pa morí entre tus brazos de un apurruñón, mi negrita.

—Y también pá ise volando cuando quiera, ¿no es verdá?

—Nieves, mira que me ofendes!

—Ah zoqueta que soy yo! se me había olvidao date el café.

Y añadió:

—Pero yo no tengo sino pichagüitos. El último lo quebró el burro. Ya lo sabe.

—Con tal que sea en tu pichagüe y bébamos los dos, sí; si no..... nó; porque yo en este viaje que hice á Caracas me pusé más delicao: ya yo no bebía sino en taza.

—¡Tan fresco y tan sinvergüenza que has venío! A tí como que te echaron á perdé los mozos de Caracas que dicen y que son.... ¡ya sabe!

—Y qué quieres tú? ¡Que yo beba sólo en un pichagüe tan grande!

—Niño; si mi pichagua no tiene nada de grande,—dijo candorosamente la muchacha.

—Taritari.... Tiritari óóó. Muchacho del demonio! tú como que te has propuesto quemarme la sangre hoy? Qué hace esa silla tirada en el suelo? Tú como que andas pidiendo de por Dios una unción de chaparro?

—Ya voy mi Dótol; que estoy buscando un poco de....

—Ensille, hombre, lijero, y deje esa pobre muchacha quieta.

—Pero, Dotol! si es élla la que no me deja á mí....

Nieves salió en ese momento con dos pichaguas rebosadas de un café olorosísimo, como no se bebe sino en el llano.

—Dios te lo pague, Nieves.

—Y ahora: vámonos. Apura, Taritari. ¿Dónde dejé yo las espuelas? Tú las has visto, Pancho? Y mi chaparro? Ah ¡jeringa! y mi revólver? y mi bolsa de seda? Dónde están mis corotos? Qué varilla; si el General las tiene y está durmiendo.

—Anda á buscarlos; vé de un saltico, Nieves, le dijo Pancho á la muchacha.

Nieves regresó á poco trayendo el revólver cogido con las puntas de los dedos y haciendo mil extremos como si fuera un animal peligroso.

—Aquí están las espuelas, Dotol, y el chaparro y todos los corotos.

Me equipé de un todo, y de un brinco caí en la silla.

Espoleé el caballo, que dió un corcobo poderoso.

—Alza, Taritari. Monta, Pancho.

—Adiós, Nieves, dije yo.

—Adiós, Nieves, dijo Taritari.

Los tres nos pusimos en marcha.

—Joseíto, Joseíto; ven acá

Joseíto se revolvió.

—Mira, mi amorcito. ¿cuándo vienes tú? le preguntó élla anhelante, mientras acariciaba las crines del potro sabanero.

—De jueves á viernes, Nieves.

—Ay!.... ¿seis días....?

—Te parece mucho?

—¿Cómo nó?

—Y qué quieres que te traiga del pueblo?

—Guá! que vá á sé? las cosas buenas.

—Un traje de novia como el de la mugé de Don Pepe?

—Sí: pero y también otra cosa....

—Qué, Nieves?

—Un novio y un frasco de aceitillo.

—¡Tan linda, caramba! Y descolgándose de la silla el apasionado sabanero, la apretó contra su corazón.

Comenzaba á llover.

CAPITULO IV

Por las veredas ondulantes como cintas blancas; entre los altos gamelotales espigados y las macollas de casupos y riquirriques, marchamos de prisa, sueltas las riendas, ansioso el corazón y llegamos á una *mata* frondosa y semivirgen, por cuyos claros miramos un instante—dolorosa visión que nos oprime el pecho! —en el fondo de lejanas arboledas grises, como una garza dormida en el nido, un montón confuso de techos de enea, dibujándose vigorosos sobre el fondo del cielo, un cielo funeral y lívido como el oriente de las perlas enfermas. De pronto, la vegetación se hace más tupida y lujuriante. Los albaricos y las palmas tristes nos cierran el paso. De las ramas exánimes, de los troncos secos, cubiertos de musgo y de parasitas y desplomados sobre los maizales, cuelgan como tapices de verdura, intrincados bejucales de vainilla, en cuyas guías se balancean cantando, los gonzalitos. Arriba, en los copos de los carutos alzan las guacharacas madrugadoras el himno ensordecedor de las mañanas, y una cuerda de monos caparros huye al vernos, de rama en rama y de árbol en árbol, hasta internarse en la montaña, lanzando gritos lastimeros y dejando olvidada en el comedero á una pobre monita friolenta, que emparamada por la lluvia no ha tenido fuerzas para huir. Pancho, compadecido, logra apre-

sarla, y en breve salimos á una explanada desde donde se divisaban la torre blanca y el techo rojo de la iglesia y donde un instante nos detenemos para aspirar á pulmón lleno el santo olor de la tierra que amamos: las puras emanaciones de los llanos: el aroma sano y bienhechor del pasto fresco y de la leche fermentada.

¡Santa Rosa!

Unas tres docenas de ranchos de paja seca, fabricadas á la orilla del río que corre entre dos hileras de sauces y vá á derramarse entre las hierbas de la sabana!.... Una sóla calle larga.... larga! limitada por empalizadas de cundiamores y cazabitos, y de la cual parten, como costillas de un espinazo, siete ú ocho callejones sinuosos, oscuros, encorvados hacia el río!.... Una capilla antigua que barren los muchachos las pocas veces que el cura de Lezama se detiene á decir la misa: una misa rezada que los tordos y las golondrinas van á oír saltando y volando sobre las cabezas de los fieles: una misa rústica, celebrada como las primeras misas del cristianismo, en un altar improvisado bajo un solio de hojas, entre columnas de palmeras entretegidas con lirios, con muchos lirios, con todos los lirios del valle! Y á ella asisten también las abejas de las colmenas atraídas por las flores y mezclan al místico murmullo de los rezos sus alegres zumbidos en un prolongado rumoreo de trabajo encarnizado y de ardiente fe; y las hay tan laboriosas que liban en las azucenas del misal, mientras el padre reza; y tan imprudentes, que se queman las alas en los cirios y caen moribundas en las corolas; y tan golosas, que hasta en el santo copón se precipitaban para beber. Ah! sobre todo, el día de mi primera comunión, hubo muchísimas, como nunca, tantas, que el sacerdote revestido de la casulla dorada y el alba blanca, parecía una gran flor cándida, un mismo capullo recién abierto, pleno de mieles y resplandeciente, entre las cintilaciones de la falsa pedrería y de las lentejuelas, en la polvareda de oro de un rayo de sol y el vuelo zumbón de las abejas que fingían las chispas de algún incendio de carbunclos y de esmeraldas. Y ese día, hubo entre todas, una abejita traviesa

que por poco pica al Padre y lo hace rabiar. Comenzó posándose en sus manos, revoloteando sobre el misal, trepando por los cirios, lanzándose de cabeza en los cálices, saliendo de ellos trabajosamente, con las patas pegajosas de miel y las alas llenas de polen; y después se atrevió á posarse en la tonsura del padre bondadoso que se sonreía dulcemente, sintiéndose dichoso de ser querido por los pobrecillos animalitos de Dios. Todos los muchachos seguíamos con ojos de extrañeza la marcha sacrílega de aquel bichito que no podía ser otro que el diablo; y cuando de repente el padre bendijo el cáliz, como si esperara la consagración del milagro, la abejita recorrió los bordes del copón y lanzando un zumbido de alegría se tiró dentro. Se ahogó! señor cura! tenía yo ganas de decir; se ahogó la abejita! sáquela! Pero el padre la vió, é introduciendo sus dedos flacos y largos, la pescó, y temeroso de que pudiera llevarse en las alas una partícula de la sangre del Señor, la depositó amorosamente en el purificador doblado en dos para que se enjugara; y allí la tuvo zumbando desesperadamente como apresada en una telaraña, mientras yo me reía apretándome la boca, y mi maestra, para aquietarme, me miraba con sus ojazos que daban miedo....

Olvidado caserío que ningún mapa señala, que ninguna función de armas recuerda y á cuya seguridad bastan un comisario nunca renovado que es á la vez procurador y farmaceuta, y seis chopos de piedras...! lo que tiene él de extraordinario no es que sea un pueblo muerto, una *plaza malasa !* como dicen los comerciantes de ganado, pesimistas; sino que habiendo obtenido cierto grado de progreso se ha resistido, como por acuerdo previo de sus habitantes, á continuar su evolución y á franquear, como los otros pueblos del llano, el dintel de eso que los hiperbólicos periodistas rurales califican ampulosamente de *civilización* y que apenas si consiste en tener un Concejo Municipal, un cepo de guayacán y hasta una escuela de primeras letras. Mi pueblo se durmió como los niños medrosos, mecido por el trueno de los cañones del 70, entre los adioses de sus úl-

timos reclutas y el bramido de sus reses degolladas, y en lo adelante nada ni nadie lo despertará jamás. Las revoluciones han arruinado sus dehesas; el río ha arrasado sus vegas y anegado su calle real; la peste ha diezmado muchas veces su población; pero los tiempos y la muerte nada han podido contra su alma! Es el mismo del 53 y del 54, de esos días genesiacos y tormentosos en que mis abuelos perseguidos clavaron las primeras estacas de sus ranchos y vinieron á pedir á la soledad de sus sabanas el aislamiento que era la seguridad y el olvido que era la paz. Ruina tenaz y revivicente se ha perpetuado gracias á la inviolabilidad de las tumbas; y es bello mi pueblo en su tristeza y poético en su melancolía, á pesar de cuanto tiene de inharmónico y de sepulcral ese su apego religioso y voluntario á un pasado sin anales ni grandezas....

Serios y graves, atrabiliarios y coléricos, sus habitantes son sinembargo, los compañeros de Palmarote, de esa pobre alma trágica que un espíritu selecto pero cruel, pero inhumano, arrancó á las sabanas para llevarla en doliente romería á Caracas y divertir con sus dolores y angustias á los enfermos y á los aburridos! Pobre Palmarote! Como sentimos tus paisanos las burlas que te irrogan y nos duelen tus candideces de las cuales nos alejamos para hacernos suspicaces é intratables y para vengarnos de lo necio y de lo inútil!

Sí; los habitantes de Santa Rosa conocieron todos á Palmarote y se acuerdan de él y también de Juancho Falcón, su amigo, el primer gran poeta nacional, muerto como deben morir los poetas, como mueren las cigarras: rimando su agonía en un largo corrido de amor! Son los mismos de entonces un poco borrosos y descoloridos ya, esos paisanos míos que discurren por la calle larga; que se detiene á la orilla de las lagunetas dormidas, que atraviesan presurosos el arenal y que en el ruinoso templo, cuya puerta abierta y cuyo altar iluminado á las seis de la mañana me regocijan, van, sombras del pasado que se obstinan

en vivir de sus recuerdos, á orar y á arrodillarse sobre el propio polvo de sus tumbas! Y cosa extraña! no me parecen anacrónicas, sino al contrario, tales como las deseaba mi corazón y los idealizaba mi fantasía, esas momias que andan, corren, se dan de puñadas, murmuran de las otras y de cuyas alarmas de bachaquero, pobres provinciales, creen ellos que pende la suerte de la patria y el equilibrio del planeta! Y no me río de la agitación que observo en el pueblo, de la fiebre que se ha apoderado de aquellos resucitados de la Venezuela batalladora y revolucionaria, de la época de los héroes y de los espantos, de los jugadores de garrote y del catón de San Casiano; porque lo que desentona en ese conjunto de un pueblo largo y triste y de unos pobladores, casi fantásticos, desprendidos para mis ojos de moderno, como del fondo de un pastel antiguo, en una vaga neblina de oscurantismo y de fé, soy yo, yo mismo!: es mi traje singular, es mi angustia, es el aire de extraño con que llego: son las preocupaciones que importo de una ciudad lejana y odiada.... son estas mis ideas.... que en el momento de la llegada juro sofocar en el cerebro como blasfemias impías y condenar al olvido como cosas impuras y sacrílegas....

Santa Rosa, mi pueblo, sombrilla japonesa abierta en la ardiente desolación de la sabana, es uno como ramillete de mil flores, hojoso y triunfal, surgido de la pampa. Primero, está la gran sabana verde, manchada de amarillo, del amarillo de las espigas y de los bajiales donde crecen los chaparros y pacen las vacadas. Luego, á la izquierda, los cañaverales, cuyo verdor comienza con la esmeralda de los pimpollos, para terminar en el matiz muriente de las cañas en sazón sobre las cuales ondulan como penachos las veradas y en los días de molienda pasan, retorciéndose, las bocanadas de humo de los trapiches. Y después, los malojales verdes también, y los maizales secos, en cuyas cañas quebradas para la cosecha se enredan los tapiramos; y los tablones recién arados, donde los cuadros de

cebollín naciente son como delicadas manchas de verdura caídas entre el florecimiento amarillo y rojo de los cariaquitos, bajo los orores cuyas semillas abiertas son como gotas de sangre, junto á las vegas, donde los repollos encapullados semejan rosas, grandes rosas verdes, ahileradas en los surcos húmedos y en la estrellada hojarasca áspera asoman sus vientres verrugosos las ahullamas, cuelgan del mazorcal de oro como andrajos de seda antigua las enredaderas marchitas y prenden de las vallas de alambre su bejucal menudo, los cundiamores amarillos de granos colorados.

La quebrada está después; se pierde atronadora y espumosa entre matorros de bambúes, bajo una bóveda de follage silbador; y reaparece entre los eneales serena, quieta, cristalina, murmurándoles cosas indecibles á los pájaros que desde las ramas de la orilla se asoman para mirarse en los remansos y á las flores desmayadas sobre las piedras del cauce. Sus márgenes son liriales siempre en flor y de entre las macetas cándidas, emergen los troncos rugosos de los sauces, altos, esbeltos, cabeceadores, donde el viento solloza, anidan las paraulatas y cantan las brisas la dolorosa canción de las hojas amarillas en las brumosas tardes del invierno....

Y tras las vegas feraces, comienza la zona de los grandes árboles centenarios, en cuyas cortezas, manos de enamorados esculpieron con iniciales toscas y fechas ó corazones enlazados, el recuerdo de alguna hora de suprema ternura, la historia llorosa de alguna vieja pasión olvidada, el aniversario del primer beso ó la fúnebre conmemoración del día fatal, en que los labios, unidos por el éxtasis se separaron para decirse adiós en la desesperación de lo irremediable.... Cementerio de amores, esas letras, esas fechas, esos signos turbadores están confiados á la eternidad por el cariño, y perduran en la corteza ennegrecidos y trágicos, rodeados de gotas de resina que parecen lágrimas, mientras que en las almas nada queda del divino anhelo, nada queda! Los

ceibos y los apamates llenan la selva de quejidos. Cantos de pájaros precoces remedan las hojas anchas de los palopanes agitadas; sobre los carrizales rumorosos extienden sus ramas protectoras los samanes cundidos de tiña; y en tanto que las palmas se columpian y crujen al paso del ventarrón que se lleva el polen de los racimos de flores, en los algodonales donde se desmadeja la nieve de los copos é irradian y zumban plenos de abejas y cigarrones los áureos cálices, se asoman las cayenas encarnadas y en la azul oscuridad de los follages, sobre el fondo purpúreo de los arreboles vesperales, se destacan los ramos floridos y sangrientos de las acacias estivales. Y abajo, en la penumbra, cubiertas con el dosel de hojas, ó á todo lo largo de los interminables callellones, reclinadas sobre los setos vivos y los linderos, brotan magníficas, silvestres, olorosísimas, en una como incitante lascivia del follage, en uno como expontáneo esfuerzo de tentación y de concupiscencia de la tierra, á millares, bastantes para alfombrar todas las calles del pueblo, las rosas blancas, las rosas encarnadas, las rosas alejandrinas, las rosas matizadas de carmín, las rosas estriadas de oro, las rosas orladas de fuego y surcadas de venas trasparentes: rosas enormes, rosas diminutas, rosas provocadoras, rosas impúdicas, rosas que embriagan como el champagne é irritan el deseo como las carnes desnudas....

Absorto en mis reflexiones tan en armonía con la hora y las circunstancias, me dejaba llevar de mi caballo. Pero ya en las primeras casas del pueblo, bajo los orores, noté un movimiento inusitado. Entonces pregunté á Pancho qué significaba aquello; y Pancho me contestó que Santa Rosa estaba como embrujada desde hacía días; que los principales del pueblo estaban desacordados sobre la manera de celebrar la próxima fiesta de la Candelaria que ya estaba encima, porque era nada menos que dentro de ocho días. Pues, en efecto, mientras unos querían que se levantara un teatrico para que los cómicos que andaban por Altagracia de Orituco vinieran á dar algunas comedias morales, eso sí; los otros chi-

vatos, acaudillados por el señor Martínez, un hombre muy religioso y muy caritativo y muy sumamente delicado en esas cuestiones de honestidad, pensaban y gritaban que el teatro era fuente de inmoralidad y de corrupción para las familias, y que así, lo mejor era poner unos palos ensebados, y para acabar de festejar á la patrona, confesarse y comulgar. El mismo comisario, persona muy atendida y escuchada como es de rúbrica, había tomado cartas en el asunto y tenía ya formada su opinión, solo que no la daba por política, según él mismo anunciaba, aclarándose el pecho y guiñando sus ojillos de pulga.... ¡A hombre bien chivato! me decía Pancho. ¡Qué Policarpo Espejo, ni qué Policarpo Espejo, el de Altagracia! Este sí que es una fiera y le puede poner la cartilla en la mano al mismo Carpito, con ser Carpito más sabío que el mismo Morín....

Otra cosa que alarmaba al lugarejo era mi venida.... era la llegada del Doctor..... del único Doctor que había producido la localidad, pues los otros que estudiaron en Calabozo, se habían quedado en Bachilleres y ni más se les había visto la cara. Cómo estaría de hueco el señor Pérez! Cómo se iba á poner de orgullosa Misia Elvira cuando les llegara el Doctor....! «Y de seguro que éste la venía echando de caraqueñito y no iba á saludar á nadie de puro inflado.» —«Apuesto á que no conocía á ninguno del pueblo.» —«Lo que sí debe llegar es bien corrompido, porque no hay como Caracas para pervertirle el corazón á los jóvenes....»—«Y tendrá bigotes ya?»—«De seguro, niño, porque un Doctor sin bigotes no puede ser.» —«Y traerá pumpá?»—«Y no usará liquilique, por supuesto!»—«Ni irá á la iglesia.»—«Ni se confesará; ni se la pasará hablando de otra cosa que de cuando hizo ésto ó aquéllo....!»

¡Santo Dios!

Pancho, que me había denunciado esa balumba de conjeturas, cabalgaba á mi lado orgullosamente, y para darse importancia entre los mirones, me decía al oído, con el ademán de las confidencias maliciosas, una

partida de necedades. El, tan serio de ordinario, ante la admiración muda conque se me recibía, se convertía en un tonto y pasaba al lado de sus compinches con la cara seria, y baja el ala del sombrero como fingiendo no conocerlos.

Taritari venía atrás con la monita en el hombro, y diciéndole adiós á todos los que miraba. El era el único alegre de los tres.

Al doblar una esquina, Pancho me enseñó á Don Pepe, que conversaba con el comisario y al señor Martínez, el santo del lugar, que se tomaba, seguramente por humildad un trago de café negro en la pulpería de los Machados.

Los tres se quitaron el sombrero y me saludaron como si estuvieran soplando un fogón. Yo los miré y proseguí impasible.

Las ventanas se abrían con estrépito; y de los ranchos salía la gente curiosa á ver si yo estaba grande ó flaco; pero en realidad para cerciorarse de cómo puede ser un Doctor que chiquito, se la pasaba cogiendo nidos en los sauces del río y arrojándole piedras á la gente mayor.

Y mientras me detuve á apretarle la mano á mi maestro de primeras letras, que se acercó, llorando de gozo á saludarme, oí estos y parecidos diálogos:

—Y que está muy compuesto Manuelito?

—Yo sé, pues! Debe estarlo.

—Pues mira, niña, que no lo parece. No ha cambiao naíta.

—Pues sí, señor! Misia Elvira dijo anoche en casa y que estaba muy adelantado y muy cambiado.

—Y que no vá á misa? Será verdad?

—Y que no le gustan los curas?

—Qué dirá el señor Martínez ahora? En cuanto no más le forma un trancaperros. Yo lo que deseo es que Manuelito le dê un revolcón por hipócrita. Viejo santurrón! ¿ No sabe usted, comadre, lo que hizo el señor Martínez, ahí donde usted lo vé con sus ojos de carnero degollado y su chivita de brocha? A que no lo adivina ni por pienso? Pues mire y

santígüese: se le metió trasantenoche en la casa á la pobrecita Eulogia, y que a..... ¡Usted sabe, comadre!

—Cómo no he de saber!

—Pero élla, que no por haberle pasado la desgracia que le pasó, es ninguna bagamunda, se salió de la casa y lo dejó solo. El sabe con quien lo hace. Lo que le digo es que si es conmigo el perol de agua caliente que le echo....

—Mujer por Dios! Qué vá á hacer eso un hombre tan santo y tan caritativo como el señor Martínez!

—Pues, como lo oyes. Acaso los santos no pecan ... y gordo, comadre? Contimás él que no es un santo sino un mismo demonio.

No oí más diálogos, porque mi señor Preceptor tuvo á bien dejarme acabar de llegar á mi casa.

—Usté escuchó lo que decían, Dotol?

—Sí, Pancho.

Pero en ese momento una pandilla de perros se nos echó encima.

—No les haga caso, Dotol. Perro que late no muerde!

Taritari les hacía morisquetas y les enseñaba la monita.

—Muchacho, no engrías á los perros, que peores se ponen.

Al frente de nosotros, en la otra acera, ó digo, en la otra empalizada, alcancé á ver una casa que no conocía. Era de tejas y reciénencalada, lo que significaba claramente que su dueño era hombre de posibles.

Un vasto jardín la rodeaba, y en la caballeriza se agitaban relinchando, seis preciosos caballos como nunca los había visto en los potreros de mi pueblo.

Los pavos lanzaban sus horribles lenguaradas y un gallo pataruco de cresta roja y plumas en las patas batía las alas y cantaba entre una turba de gallinas americanas.

En las empalizadas habían tendido ropas á secar, y el viento de la sabana, agitando las piezas, mezclaba el olor de la ropa recién lavada al fresco aroma

de los guayabos en flor y á los penetrantes efluvios de los pesebres.

—Pancho, iba á decir ya, ¿de quien es ésto?

Pero en ese momento desembocó de un callejón de naranjos una niña con los cabellos despeinados, y exparcidos sobre los ojos. Un sombrero de cogollo de grandes alas le caía sobre las espaldas. Con los brazos desnudos, con el traje desaliñado y las mejillas encendidas como si viniera de muy lejos, corría, espantando á su paso, entre carcajadas y gritos de alegría, á una pareja de pavo-reales que huían, arrastrando sobre la arena sus colas de mil ojos de esmeraldas, y sacudiendo los copetes que temblaban sobre sus cabezas como abanicos mágicos en cada una de cuyas varillas el sol naciente fingía una diadema de rubíes. Vestía un saco de indiana y un camisón de listas que modelaba sus caderas gráciles y las redondeces de su garganta de nieve. Una cinta encarnada anudada de cualquier modo le sujetaba los cabellos en lo alto de la cabeza; y en su juvenil alegría, en aquella su risa argentina y desbordada como una catarata de regocijos íntimos, con la cual dejaba ver sus dientes blancos como almendras; en su mirada fría que ninguna sombra empeñaba y en su divina y expontánea coquetería, tenía un déjo de niña, de mujer y de ídolo; algo que, antes de que mi conciencia pudiera definirlo, había hecho palpitar mi corazón en el anhelo de un hallazgo.

—Adiós! Adiós! gritaba élla agitando las ramas como una loca.

Pero cuando élla se acercó á la empalizada, cuando aquella desconocida, á quien sinembargo, recordaba yo haber visto alguna vez, hacía mucho tiempo; y en quien la voz de una inconsciente antipatia me estaba revelando una enemiga, me hubo mirado fijamente... ¡hizo un gesto de asombro!... de terror!... de pasmo, y desapareció....

—Pancho, ¿de quién es esta casa y qué muchacha es esa?

—Guá, Dotol! ¿No vió de quién es?

—Nó, no ví! Dime.

—Si me da permiso antes, porque usté me tiene prohibido que le miente el nombre de esa señora.... ó digo, de esa señorita.

Un balazo que me hubiera partido el pecho no me habría causado nunca el dolor brutal de aquella revelación....

Panchita.... Panchita.... ¡Aquella era!... ¡Panchita!

El vértigo se apoderó de mí.

Los oídos me zumbaron como si en mi cerebro se despeñara un río crecido.

Y una nube de sangre me pasó por los ojos.

Pero gracias á un inmenso esfuerzo de voluntad, esfuerzo que me hizo experimentar la sensación lánguida y dolorosa de un descoyuntamiento, pude reprimirme y contener el grito de angustia, de cólera y de amor traicionado que pugnaba por escapárseme de los labios....

Momentos después, caía, en medio de una lluvia de besos, de caricias y de agasajos delirantes en los brazos de mis padres y de mis hermanos que habían salido al camino á encontrarme.

Los peones de casa disparaban cohetes y gritaban:

—Aquí está ya.... Aquí está ya el Dotol.

—Mi hijo de mi corazón, gritaba mi madre apretándome contra su pecho....! Mi hijo de mi corazón. Gracias, Dios mío!, que me lo traes otra vez bueno y sano....

Entre sus brazos y los de mi papá enlazados sobre mis hombros; entre los gritos de los niños que se abrazaban á mis rodillas, y me pedían besos; y las impertinencias de los perros que me brincaban á la cara dando ladridos de contento, seguí después á la quesera.

—Y Mariquita, mamá? Qué se ha hecho? No se ha levantado todavía? le pregunté á mi madre.

—Adiós! me contestó élla: mírala donde viene ahogándose.

La pobre cargadora, sumamente vieja, corría con dificultad, tendiendo la mano hacia mí y saltando como una pelota entre las explosiones y la humareda de

un paquete de triqui-traques que Pancho había tirado prendido al suelo.

—Dame un abrazo, mi hijito.... aprieta más.... más duro! Cómo que no quieres ya á tu viejita?

En la quesera, los gritos y la algarabía aumentaban. Los peones disparaban más cohetes; la monita, atada por la cintura á un tranquero, lanzaba agudos chillidos de rabia; los perros del vecindario ladraban y las gallinas alborotadas huían hacia el monte cacareando.

—Aquí está el niño! Viva el Dotol.... Viva la Virgen de la Candelaria.

—Viva!

—Qué viva el niño!

—Viva.... ááá.

Mi vaca Lucero se había asomado á la puerta del rancho. Tenía engarzada en los cachos una pieza de ropa que parecía un túnico.

—Mamá! dijo uno de mis hermanos riéndose y señalándole la vaca: mire á Lucero lo que tiene por la cara.

Al verla, Mariquita corrió hacia ella vociferando:

—Mi fustán, caray! Ese es mi fustán. Dame mi fustán, animal! Mira como me lo ha agujerao toíto, parece un mandil. Ahora yo cómo me pondré eso?

Pero al reconocerlo, lanzó una carcajada.

—Ah, nó! ¡si no es el mío! Ese debe ser de alguna de las vecinas. ¿Donde jué que cojiste ese bicho, ladrona? Sal á devolverle ese coroto á su amo. Que dirá la gente cuando sepa que en esta casa hay ladrones!

—Después, cambiando el tono de su voz, y abrazando el robusto pescuezo de la vaca, y dándole besos en el húmedo hocico:

—Andá á recebí tu muchachito, Lucero.... ¿como que no lo quieres ya? Anda corriendo.... es ese Dotol que viene ahí. Anda y güelve lijero pá ordeñate. Lo menos que necesito son cinco botellas de leche pá el desayuno del niño. Ya lo sabes.

Mientras tanto, Taritari sacaba por la ventana una bandera tricolor que desplegó al viento y uno de los

peones se puso á soplar en un cacho, una cosa que se parecía al himno nacional.

Pero no pudo concluir, porque Mariquita le cayó encima y le arrebató furiosa el instrumento de las manos.

—Cállate, condenao: acaso son chicharrones....?

CAPITULO V

Mi madre, andando de puntillas se ha acercado á mi lecho, y creyendo que duermo, se queda en pie al lado mío, mirándome arrobada....

Con su mano blanca acaricia mi frente para arreglar el desorden de mis cabellos despeinados, y sus labios amorosos besan mis párpados, con la misma religiosa ternura y el mismo ardor inefable con que se posan todas las noches, trémulos aún por la última oración sobre el rostro exangüe del Cristo.

Después, mi madre se aleja como una sombra, llevándose un dedo á la boca en señal de silencio, y yo, confortado por aquella visión de los cielos, por aquel viático del amor.... me duermo dichoso....

*

Las tres de la tarde. Mi madre alarmada con mi largo sueño, ha vuelto á mi cuarto á despertarme, y esta vez me ofrece en una taza de porcelana que en grandes letras góticas tiene escrito su nombre: Elvira! un café oloroso y caliente, preparado por élla misma.

—Mi hijito! despiértate ya. Son las tres, mi amor. Has dormido mucho, Manuelito, y vas á pasar mala noche. Despiértate, mi hijito, despiértate.

Bostezando, estregándome los ojos que debo tener bien colorados, como dos postas de carne, sonrío á mi madre, y sentándome en la cama, vacio la taza de café que élla me tiende como apesarada de haberme despertado.

Mi madre se sienta á mi lado, sin apartar de mí sus ojos cariñosos que expían mi fisonomía en la vaga alarma de algún quebranto, de alguna enfermedad, de algún dolor oculto.

Y élla de pronto me dijo:

—¿Tú sabes que estoy muy triste y muy brava contigo?

—Tú, mamá? Y por qué?

—Porque Pancho me ha contado todas tus cosas, y tú has esperado que él me las dijera. ¿Por qué no me escribiste eso que te ha pasado?

—A mí, mamá? A mí no me ha sucedido nada que valga la pena de contártelo.

—No te ha sucedido nada, Manuelito? Tú tienes alma para mentirle así á tu madre?

—Nada, mamá! te lo juro, le dije riéndome.

—Me lo juras? Vamos á ver....

Mi madre se quedó pensativa un instante, con la vista fija en el techo; y después me preguntó lentamente:

—Vamos á ver: ¿á quien viste tú en el camino, poco antes de llegar, en una casa muy bonita y muy grande que está aquí á la izquierda.

—Qué á quién ví, mamá? Déjame recordar!..... ajá!, ya sé.... á aquella muchacha que venía antes aquí y con quien ustedes me embromaban diciendo que yo tenía amores..... ¿Cómo es que se llama....? estaa..... Panchita, sí, Panchita, eso es.... Mimí... Mimí....

—Bueno; y ¿qué te pasó cuando la viste?

—Nada, mamá! absolutamente nada, ¿qué me iba á pasar?

—¿Tú no me estás engañando, Manuelito?

—Nó, mamá, ¿por qué iba yo á hacer eso?

—Tú no te puedes figurar, añadió mi madre, lo contrariada que me tenían las cosas que me dijo Pancho. A creer lo que él me dice, tú te pusiste jipato cuando viste á esa señora, y después verde, y después amarillo....

—Me volví un camaleón entonces, mamá!

—Sí; así mismo me dijo, y más: que de casualidad no te caíste del caballo....

—Mamá, por Dios! Esas son cosas de Pancho! Tú le crees nada á él?

—No, porque tú me lo dices; pero no me engañas? De veras tú no tienes nada con esa mujer?

Al oírla tratar así, me puse en pie.

—Mamá, y eso por qué es? ¿Por qué la llamas «esa mujer?» Qué te ha hecho la pobre Mimí?

Mi madre lo adivinó todo en aquel movimiento de incontenible susceptibilidad mía.

—Ya tu ves como no era Pancho el que decía mentira, sino tú, Manuelito?

—Te repito que no te engaño, mamá; entre esa señora (y recalqué la palabra señora) y yo, no hay nada.

—No, hijo; no te disgustes por esa tontería. Si te lo pregunto es por tu bien; porque no quiero que ninguna otra mujer te quiera en la vida sino yo....

Tú no sabes, agregó, lo que pasa en esa casa. El señor y la señora, viven peleando todo el santo día. Tú no te puedes imaginar los escándalos que dan. No pasa hora sin que tengan un pleito y él le grite las cosas más indecentes en medio de la calle. El pobre Don Pepe es un mártir....

—Un mártir! y eso ¿por qué? le pregunté riéndome á carcajadas.

—Niño, porque sí....

—Y el verdugo es Panchita? A malhaya todos los verdugos fueran así, mamá. Te confieso que San Lorenzo no gozaría más en su parrilla que yo.

—No seas tan repugnante Manuel: que no sabes lo que estás diciendo.

—La purísima verdad, mamaíta!

—Mira Manuel, deja la broma y vamos á hablar seriamente; porque tu padre, desde que supo por Pancho lo que te pasó, no hizo sino almorzar y se encerró en su cuarto, furioso. Ya está pensando en que te vayas otra vez para Caracas....

—Mamá!

—Sí, contéstame; ¿es verdad eso de Pancho?

—Te digo que nó, mamá.

—Bueno, pues; ya sabes que me quedo creyendo lo que tú me dices. Pero cuidado si me engañas....

Y mi madre me abrazó y selló en mi boca aquel juramento falso con un beso.

—Nosotros te lo íbamos á escribir; pero tu padre se opuso, continuó mi madre haciendo un violento esfuerzo. La noche del matrimonio, Panchita y su esposo tuvieron el primer sofocón y hasta se llegó á creer que se separarían. Don Pepe, que es muy bueno, le deba excusas.... le pedía por su madre que no armara escándalos.... que todo se arreglaría.... y hasta se hincaba en el suelo y le pedía perdón.... El escándalo fué tan serio que el mismo señor cura tuvo que intervenir á esas horas y tranquilizar á Panchita que quería irse para su casa, porque á élla y que no le gustaban viejos mingones, ni se había casado para servirle de enfermera á nadie. Por una cocinera supe después que hasta tu nombre salió entonces á danzar en la colada.... Tú no sabes!

—Mi nombre, dices, mamá? Dices tú que mi nombre.....

—Sí, Manuel; porque Panchita le gritó en su cara á Don Pepe que le pesaba, como sus pecados, no haberse casado contigo que no eras....

—Y escucha más todavía. Como al mes de casados se apareció Panchita á la misa de un modo que.... á todo el mundo le llamó la atención....

—Cómo, mamá? le pregunté sorpendido.

—Muy gorda, niño, muy gorda.... quiero decir, como

si estuviera—á tí te lo puedo decir porque eres médico, ¿no es verdad?.... como si estuviera embarazada de meses.

—Mamá!

—Escucha, mi hijito; déjame hablar que después hablarás tú.

La gente entonces, se puso á preguntar qué era aquello y á echar cálculos, unos malos y otros buenos, y como sabían por qué había sido el primer pleito, no faltó quien, con su segunda intención, me viniera á preguntar que, desde cuando no venías tú á Santa Rosa, y que si tú no te habrías aparecido por aquí, sin que nadie lo supiera....

—Mamá, te juro por mi honor, que yo no he vuelto á este condenado pueblo desde la vacante del 93.

—No necesitas jurarme nada, niño. Espérate: ese mismo día se descubrió el pastel: Panchita salió á pasear á caballo en la tarde, y cuando todos creían que iba á reventar como una bomba, la vieron flaca y todo, lo mismo que élla ha sido siempre....

—Y qué era esa gordura, mamá? le pregunté asombrado por tal enflaquecimiento de horas.

—Nada, cosas de élla que es muy loca! Nada, niño, sino que es muy muchacha y muy tonta, y no sabe el daño que se hace con esas.... imprudencias.

—Pero, mamá! alguna causa debía reconocer esa gordura efímera.

—No te digo? Es que quería hacerle creer á la gente que estaba en.... estado interesante.

Tú sabes, Manuel? la ha cojido por ese lado. No piensa en otra cosa que en tener un hijo. A Don Pepe lo tiene loco y el pobre viejo no halla ya qué hacerse. Hasta en Caracas estuvo, y no sé quién dijo que pensaba ir á Lourdes.... De seguro que en cuanto no más, se te aparece aquí á pedirte que lo recetes. Te digo todas estas cosas para que andes prevenido y no vayas á cometer un descuido que mataría á tu padre, y labraría nuestra desgracia.

—Y, dime, mamá; ¿qué hace Panchita?

—Yo sé acaso? Supongo que sufrir mucho y desesperarse inútilmente.

Pero, mira, volviendo á su manía, ¿tú sabes lo que hace? Manda á cada rato á casa de las vecinas que tienen hijos chiquitos á que se los presten. Y cuando se los mandan, los lava, los asea, los viste con camisitas que élla misma se la pasa tejiendo, y se acuesta con éllos á dormirlos como si fuera su madre de verdad. Es una dulce manía, la manía de esa pobre niña, y es lástima que Dios no le dé un hijo para que no sufra tanto la infeliz....

Otras veces, compra unas muñecas preciosas á las cuales les pone nombres de gentes y cuida como á niñitas. Ella misma sale á comprarles teteros, gorros y maná en la botica, y vuelve loca á la cocinera diciéndole que le preparen el sulú de Carmencita ó el babero de Georgina, ó los escarpines de Rosita. La cocinera, como tú comprenderás, se echa á reír; pero élla se pone furiosa y le pregunta que, si lo que quiere es matar de hambre á unas pobres muchachitas que ningún mal le han hecho, y hasta ha despedido á una ó dos.

No te vayas á imaginar que élla vá á las tiendas á comprar nada para sí. En estas Pascuas ni un camisón se estrenó; parece mentira; y, sinembargo, la cuenta que le pasaron era como de cien pesos; ¿sabes de qué? De juguetes: de cochecitos, de maraquitas, de unas cajitas que uno las abre y salta para arriba un títere más feo! De soldaditos de plomo y de aros con cascabeles. Yo no sé que iría á hacer ella con todo ese perolaje.

Mi madre prosiguió con aire distraído:

—Lo mismo que, otras veces, la coje por tejer y llenar cajones, cajones! no creas que es mentira, de escarpines y de yaquecitos y de gorros que, después, cuando se cansa, regala al primero que pasa. A Pancho, figúrate! un día le regaló un bojote, y cuando el tunante de Pancho lo abrió, y se encontró con que eran escarpines, se los devolvió y le mandó á decir

en un papelito, con un muchacho, que él no usaba ya eso, sino alpargatas.

—Mamá! qué me cuentas? Si todo eso es cierto, en vez de despreciar á esa pobre niña, encadenada á un viejo, deben compadecerla, deben quererla. Su desgracia es espantosa.

—¿Y qué quieres tú? Yo al menos no la desprecio, no hablo mal de élla y la complazco en lo que puedo. Julio Alberto, tu hermanito, se la pasa allá.... Cuantas veces me lo manda á pedir, se lo mando.... Una vez me dijo que le apuntara unos nombres bonitos y yo le apunté los que me parecieron. Julito la quiere á élla más que á mí, hasta duerme en su cama. ¿Que más puedo yo hacer?

Tú no creas que yo soy de esas mujeres malas; yo sé lo que debe ser una mujer que no tiene hijos....! Pero ¿quién tiene la culpa de su desgracia? ¿Quién la mandó á casarse con ese señor que á nadie engañaba? ¿Los reales? pues que aguante.... sí, que aguante.... la culpable es ella!

—Mamá; no aparentes ser tan cruel que tú no lo eres. Me atrevería, ahora que me dices eso, á jurarte por tí misma, que eres mi vida, que eres mi madre!, que Panchita no se casó con Don Pepe por los reales. Nó; esa es una calumnia y un pretexto de estos hipócritas de aquí. Una mujer que tiene ese corazón tan grande, tan grande como tú me lo has revelado! Una mujer en quien las ansias de la maternidad se presentan con todos los caracteres de una pasión mórbida.... de una locura.... de una obsesión delirante de todas las horas, de todos los momentos. Una mujer que sacrifica su lujo para comprarle juguetes á un niño, á un niño imposible.... no es una ambiciosa vulgar, una culpable como tú y yo mismo hemos creído, no es una infame! Es sí, todo lo contrario: es una inocente: es una santa ante cuyos pies hay que caer de rodillas, porque sus angustias han purificado sus carnes; porque la ha transfigurado el anhelo del más grande de los martirios. Es una víctima de la impaciencia que la

arrojó en los brazos de su ilusión; y su nombre, lejos de ser execrado, lejos de ser sinónimo de locura ó de corrupción, merece que se inscriba como lema de una bandera de combate en las futuras reivindicaciones de la humanidad! El divorcio....

Mi madre no me permitió seguir.

Mi madre se precipitó hacia mí y me cubrió la boca con las manos. Y sus manos olían á rosas.

—Cállate, mi hijito, por Dios; me dijo aterrada. Tú no ves que si te oye tu padre es capaz de salirse para la calle ó de pelear contigo. ¿Qué diría el señor Martínez, que asegura que tú eres un impío, si te escuchara esas palabrotas que estás diciendo?

—Y ese señor Martínez se ha ocupado de mí, mamá?

—Sí, Manuel; pero no te vayas á dar por entendido; ya sabes?

—¿Y quién es ese hombre que yo no lo conozco?

—Niño; un santo, un señor muy bueno y muy caritativo, que es la providencia de los pobres y nada menos que el Presidente de la Sociedad de Benefactores Católicos de la Humanidad Doliente.

—Santo Dios! Qué título tan largo!

Apuesto á que esa sociedad tiene más adjetivos que socios y más socios que buenas obras. Pero hombre, francamente: estoy viendo que aquí también tenemos reputacioncitas usurpadas, como dice Manuel Vicente. Y le hacen caridad.... hasta á los pobres. Dime mamá, ¿ya está concluido el santo hospital de los Robres de por aquí?

—Manuel!

—Mamá! si es una pregunta....

—Mira que me pongo brava contigo.

—Nó, mi vida! le dije abrazándola para contentarla.

—No señor, no me abrace; que Ud. ha venido de Caracas muy echado á perder, hablando mal de la gente de creencias, y diciendo unas palabrotas muy feas.

—Nó, mamá, nó! pierde cuidado: que no me ocuparé más nunca de esos hipócritas que dan uno, ó mejor, reintegran uno, y publican ciento....

—Y sigues con tus cosas niño?

—Que tienen fama de santos y su santidad es nefanda....

—Cállate, Manuel!

—Que andan con la vista baja y por ello los creen humildes, cuando en realidad lo que sus ojos buscan es sitio para una estatua....

—Manuel! Cállese Ud.! le he dicho.

Al ver á mi madre enojada, me arrepentí de aquel desahogo casi irrespetuoso.

—Dispénsame mamá. Es que yo no puedo contenerme: es que todas esas injusticias me sublevan.

—Pero niño; si á tí no te va ni te viene nada con eso. Deja que cada cual ande por su lado. Tú no eres redentor.

—Si es verdad, mamá, le contesté tristemente; si es verdad.

—Bueno, Manuelito, *¿ sí ?*... ó *¿ nó ?*

—Sí ó nó? ¡qué! mamá,

—Lo que te voy á rogar: un favor que he venido á pedirte, Manuel!

—Favor!, le dije enternecido por aquella santa bondad.... ¿hacerte yo favores á tí.... madre.... á quien pertenezco todo entero! Nó, manda! que yo te obedeceré. ¿Qué puedes tú pedirme que yo no te deba? Reclámame la vida y.... te la devolveré con un mundo de bendiciones en pago.

—Sí, Manuel, continuó ella con voz insegura. Yo sé que tú me quieres mucho y por eso es que.... he venido á suplicarte dos cosas. Una: que no veas á Panchita ó.... al menos.... porque yo sé lo que son los muchachos, que no la busques tú...! La otra es, que te dejes de esas ideas malas que tienes ó.... cuando menos que no las digas en público... ¿ya sabes? Mira que yo le he dicho á tu padre que no te mandara para Caracas porque tú te ibas á portar muy bien y porque esos eran embustes de Pancho y de los papeles de Caracas.

—De qué papeles hablas, mamá?

—Tú no sabes? unos papeles impresos que le mandó

no se sabe quien, á tu padre, en que decían que tú eras ateo, quiero decir: que tú no creías en los curas.

—De veras, mamá? Pues sabes?: te prometo no buscar á Mimí ni hablar de religión nunca más!

—Me lo juras por lo que me quieres?

—Sí, por tu amor.

Mamá palmoteaba de alegría y ya se iba á participar á mi padre aquel triunfo de la adorable diplomacia materna, cuando un niño de tres años, Julio Alberto, el último de mis hermanitos, penetró llorando en la habitación.

—Qué tienes mi vida? le preguntó mi madre; ¿qué te han hecho, mi cielo? Fue que te pegó la muchacha, corazoncito?

—No señora, misia Elvira; era que él no quería venirse por nada de la casa agena y yo me lo traje porque ya era hora de comida, replicó la cargadora.

El niño lloraba desconsoladamente llamando á Mimí.... ¡á Mimí!

—Ya ves, Manuel, si es verdad lo que te contaba? Ya no me quiere á mí.

—Y qué oloroso estás, Julito. Quién te perfumó?

—Mimí!

Y me enseñaba un camisón nuevo y unos zapaticos de charol preciosos.

—Y eso quien te lo dió, negrito?

—Mimi.

—Y tú quieres más á Panchita que á mamá?

—Sí.

Yo no pude contener un suspiro.

Y mientras mi madre se alejaba dándole ruidosos besos al niño para consolarlo, la sirvienta, azorada y mirando á todas partes, se sacó del seno un manojo de claveles rojos, y me los dió, diciéndome:

—Ahí tiene que le mandan....

CAPITULO VI

Don Pepe y el señor Martínez han venido á hacerme una visita.

Al entrar pronuncian, á guisa de saludo, un *¡alabado sea!*, al cual mi madre contesta con un religioso.... *¡por siempre!*....

—Pase adelante, Don Pepe. Entre, señor Martínez, siéntese que voy corriendo á avisarle á Pérez y á Manuelito que están por allá dentro.

Y mi madre, emocionada, casi estoy por decir orgullosa, por aquella visita que á mí me crispa los nervios, éntra á mi cuarto con tal violencia, que por tris no tengo tiempo de esconder el ramo de claveles que besaba.

—Niño! Manuel! Anda lijero! Vístete que ahí están esos señores!

—Qué señores, mamá?

—Don Pepe.... El señor Martínez.

—El marido de Mimí?.... ¿El que dijo que yo era un impío?

—Niño, que te escuchan! Anda lijero que son capaces de ponerse bravos.

—Qué fastidio. Yo tengo mucho sueño, mamá. Diles que vuelvan mañana.

—Manuel, por Dios! Cómo vas á hacer eso. Unos señores que son los más respetables de aquí y que te

hacen el honor de venir á darte la bienvenida? Anda, vístete lijero. Toma la corbata.... aquí está el saco.... corre.

Por complacer á mi madre me pongo un paltó-levita de color y entro á la sala torciéndome los bigotes, de la manera más impertinente del mundo.

Papá, acabándose de abotonar la blusa, nos presentó:

—Manuelito, ó digo: el Doctor. Mi hijo que estaba estudiando en Caracas; el señor Martínez, la providencia de este pueblo; un hombre que, no porque esté presente, pero es un santo.

—Déjese de esas cosas, señor Pérez. Que no hay santo más que Dios. Yo no soy sino un miserable pecador.

—Si es verdad, dije yo.

El viejo me lanzó una mirada.

—Digo: que si es verdad que usted es un santo, señor Martínez. Lo sé por mi mamá.... y, por Eulogia, iba á decirle, pero me contuve.

—Muchas gracias, Doctor. Y élla cómo está.

—Bien! por allá afuera en sus quehaceres.

—Niño, que se me olvidaba; no te he presentado á Don Pepe. Mire que yo tengo unas cosas. No sé ya ni dónde tengo la cabeza.

—Don Pepe: el Doctor Manuelito...: válgame Dios. Ahora yo y que el Doctor Manuelito. La poca costumbre.... el Doctor Manuel Pérez, mi hijo mío. Manuel! Don Pepe Avellaneda.... el amo de todo esto.

—Papá, si yo lo conozco desde que estaba chiquito. No te acuerdas?

—Desde que estaba chiquito.... ¿quién, ¿él?

—Nó, papá, yo.

—Sí es verdad.... sí es verdad, hombre.

Don Pepe era un viejito muy limpio y muy cuidadoso de su ropa. Siempre estaba vestido de blanco, por lo que parecía una misma paloma, según el decir de los peones de mi pueblo. Era lo que se llama un viejo bonito, y contaban que en su tiempo había

sido un terrible seductor, tanto más peligroso cuanto que era sumamente rico. Mujer á quien él le ponía la vista ó, como dicen, le tiraba la caballería encima.... era cosa hecha. Pero ahora de sus buenos días no le quedaba sino lo que le queda á los músicos viejos: es decir, la afición y el compás; de manera que las muchachas lo miraban como gallina que mira sal, y ni por ahí te pudras, le decían. Como había hecho su fortuna era cosa que nadie sabía á ciencia cierta. Unos juraban que la había acumulado con los centavos robados á la gente zoqueta de los campos, vendiéndoles quincalla y rosarios; y otros que, antiguo Ministro de no sé qué situación, se había fugado llevándose hasta las arcas del Tesoro. Murmuraciones.... ganas de hablar.... envidia.... sea éllo lo que fuere, lo cierto es que Don Pepe debió ser travieso y entrador allá en sus mocedades, y que tenía un capital muy bien afincado y la morocota hereje, en pilas que no las saltaba un venado en la velocidad de su carrera.

Don Pepe tenía el cutis blanco y rosado como una misma muchacha, y su rostro, afeitado completamente, le daba cierto aire de torero retirado ó de abogado francés, que lo confieso, me fue simpático. Y esa simpatía aumentó hasta convertirse en una mezcla de respeto y de lástima, cuando observé su timidez, aquella su timidez ruborosa de colegiala que se levanta del confesionario. Modestamente buscó para sentarse la silla de cuero más humilde; y azorado, sufriendo, debió de sentirse tranquilo, cuando al fin se arrellanó en una punta de la silla, junto á la mesa de la lámpara. Compadecido, le ofrecí mi mecedor.... Don Pepe se ruborizó, y se excusó.... me dijo que no me molestara.... que allí estaba bien, y.... dándome las gracias, concluyó por aceptar.

—Y qué hay, Doctor? Cómo lo ha recibido el pueblo? ¿Cómo encuentra ésto? muy variado? Le gusta?

—Sí, señor, mucho. Santa Rosa ha progresado de una manera asombrosa.

—Me alegro.... me alegro que lo reconozca. Y, va-

mos á otra cosa: ya que usted es Doctor y todo, cuando es que nos complace haciendo unos juegos de manos?

El señor Martínez que hasta entonces permanecía con los brazos cruzados y los ojos fijos en el suelo como si fuera incapaz de quebrar un plato, intervino para decir:

—Mire, Doctor: juegos de manos.... morales, eso sí Doctor; sí, hombre! para animar las fiestas.... anímese: haga algo por su pueblo....

—Juegos de manos, yo? Quién les ha dicho á ustedes que yo sé hacer juegos de manos?

—Guá! no venga con eso! dijeron los dos viejos en coro. Usted no y que es Doctor? Apues, si es Doctor debe saber eso....

—Sí es verdad; pero yo no soy abogado; yo soy médico....

—Sí, confirmó mi padre: él es Doctor pero de esos que rajan muertos y cortan canillas; y mi padre hizo con la mano el gesto del que tira un machetazo.

El señor Martínez comprendió que los dos habían hecho una tontería y se apresuró á corregirla.

—Pues mire usted, Doctor. Nosotros habíamos entendido eso. Ni sé quién fue quién nos dijo que eso se estudiaba en la Universidad.

—Nó, señor Martínez.... ó digo, sí; sí se estudia; lo que tiene es que, quienes estudian eso no son los alumnos sino algunos maestros.

—A ganas, amigo, que tengo yo de ver un maestro jugador de manos de esos, agregó el tal Martínez. Deben ser una novedad, por lo que me cuentan de éllos.

—Sí, una novedad son, señor Martínez. Mire: las Rentas Universitarias entran por un lado y ahí mismito, pum...! desaparecen y nadie sabe por donde....

—Santo Dios! qué agilidad!, exclamaron mis visitantes, tapándose los ojos.

—Y, aunque es diferente, Doctor; ¿qué hay de nuevo por Caracas? Y que cayó el Gobierno?

—No sé, señor Martínez. No he sabido.

—Por aquí se dijo asina.

—Pero sí y que hay elecciones, Doctor. Se lo digo porque el comisario de aquí, ayer estaba limpiando los chopos....

—Es posible.... en fin, no sé.

—Ojalá que venga un Gobierno; pero un Gobierno de orden y de moralidad que arregle ésto. Cuando los godos mandaban no sucedía lo que sucede ahora!

—Es cierto, Don Pepe; no sucedía eso sino peor.

—No diga eso, Doctor; que usted es muy niño y no sabe de esas cosas!

—Sí, agregó el otro ; eso es verdad. Entonces había más religión que ahora.

—Ah! ya lo creo, ¿cómo nó? si se creía en la sayona y en el Hermano Penitente.

—Ave María Purísima, dijo el señor Martínez santiguándose.

Mis hermanitos, agrupados al rededor de papá, se echaron á reír.

—La sayona sale, Manuelito? me preguntó uno de éllos.

—Sí, mi hijito; ¿cómo nó? pregúntale al señor y verás lo que te dice.

—Sí sale..... sí sale! dijo el hipócrita muy seriamente.

—Y cómo yo no la he visto? dijo el otro abriendo admirado sus grandes ojos negros.

—Niños, vénganse para acá.... dejen la visita tranquila,—les gritó mi madre.

Mi padre sacó un puñado de tabacos y los ofreció á Don Pepe y al señor Martínez.

Mientras que éste despicaba el suyo con los dientes y prendía un fósforo, murmuró:

—Lo que yo digo es que Venezuela es un país perdido.

—Sí, es cierto; dijo Don Pepe.

Y mi padre concluyó:

—Ya vé? Ahora si dió usted en el clavo, señor Martínez, porque esa es la verdad.... perdido.

—Perdido por qué? pregunté yo.

—Por todo, por todo.

—Pero, ¿qué es por todo?

—Guá! por todo. ¿Usted cree, Doctor, que ahora estemos mejores que en tiempo de los españoles? Entonces había qué comer de verdad: un papelón costaba medio; una res valía cinco pesos, y así sucesivamente. Mientras que ahora: todos esos artículos de primera necesidad están por las nubes.

—Y ustedes por las nebulosas; porque esos datos en vez de probarles que nos arruinamos, les indican lo contrario; les revelan que progresamos: que el agricultor gana más; que el criador gana más y que el trabajo se paga; es decir, que el obrero se redime y su cansada frente, chorrea oro. Díganme si no, ¿cuál era el jornal de un peón, entonces?....

—Cuatro reales por semana y mantenido, si no era esclavo.

—Y ahora?

—Ahora? Si usted no les pinta pajaritos y no les dice que los vá á casar con sus hijas, no le trabajan.

—Ya ustedes ven, pues, que el trabajo se paga mejor: lo que les dice á ustedes que hay más industrias; que hay necesidad de brazos, que el esfuerzo humano se estima, y que, en vez de hundirnos, como se cree, y echar de menos esos tiempos luctuosos, prosperamos y debemos avergonzarnos de ellos.

—Sí, Doctor; pero hay mucho zángano, mucho ocioso, mucho hombre que no quiere vivir sino de la política.

—¿Y cuándo no ha sido eso? En tiempo de los españoles? me dirá usted señor Martínez, ¿no es verdad? Pues mire, entonces había tantos zánganos y tantos ociosos, y tantos políticos como ahora. Lo que tiene es que esos zánganos y esos ociosos y esas sanguijuelas, no eran venezolanos sino españoles. Nosotros los pobres indios trabajabamos como burros para éllos. Y cuando nos emancipamos, cuando se creyó que mejoraríamos, los zánganos, los ociosos y los chupones, vinieron á ser: los nobles, los mantuanos, unos cuantos que vivían y se holgaban á expensas del sudor sangriento de su rebaño de esclavos.

—Sí, hijo; pero tú no puedes negar que retrocedemos, que decaemos.

—Qué retrocedemos? Y cuándo hemos avanzado nosotros? ¿Qué decaemos? ¿Y cuándo hemos subido más alto? Adiós! si ahora es que comenzamos á andar! Si somos una nación de setenta años de vida independiente.

¡Setenta años! ¡Gran cosa! A esa edad hasta los viejos decrépitos hacen locuras y disparates. ¿Cómo no quieres tú que las haga un pueblo fuerte, brioso, joven? ¿Cómo no quieres tú que el potro salvaje, al sentirse libre, corra, corra y deje los pelos del pesebre, que son la librea de su esclavitud, entre las espinas de los cachales, y se revuelque á sus anchas, y quiera borrarse, aunque sea con cieno, aunque sea con sangre, el hierro de propiedad, el estigma que le plantaron en un muslo. ¿Cómo no quieres que relinche y gaste sus fuerzas en inútiles corcobos, si está excitado, si se ha embriagado, sin quererlo, con las auras violentas de la sabana....

Un grito estentóreo, seguido de un coro de aplausos resonó en la puerta de la sala, y me cortó el hilo del discurso :

—Pica, gallito! Eso es....! Si yo lo decía! En los tiros de aire.... lo largo de abanico. Ah! Manuelito. Si no podía menos. Ese lo cargué yo!... A que el señor viejo se calla la boca? Pica, gallito!... ¡ Al partir doy!

Y Pancho, pues no era otro el desordenado, se reía á carcajadas, se quitaba el sombrero, se tiraba al suelo y aplaudía:

—Acábalo de matar, gallito!, gritaba.

Hasta la cocinera que desplumaba un pollo, se había venido á la sala atraída por los aplausos.

Muchos vecinos entraron á casa alarmados por la gritería, preguntando si se había muerto alguno.

Los viejos se habían puesto jipatos, y sólo mi padre estaba rojo de vanidad.

Parecía un pavo:

—Sí, así es.... quiero decir, como dice Manuelito; ó digo, el Doctor. Esa es la purísima verdad. Con-

véngase, señor Martínez, dele la razón á quien la tiene: eso nada le cuesta. Guá! un potro! la comparación no puede ser mejor.... ¡un potro! que necesita de quien lo amanse. Eso es esta tierra; ó nó.... ya está manso; pero.... cuando lo quieren ensillar, pum....! pum....! al suelo, y móntese otro hasta que lo saque también. Ah! muchachos para tener cosas, estos muchachos del día. Si saben más que la gente mayor. Yo por eso mismo estoy siempre del lado de éllos. A Manuelito, dime una cosa: ¿tú aprendiste eso en la Geografía de Rojas hermanos? ¿no es verdad? Ah libro bueno, señor Martínez! Cómprelo usted, señor Martínez!

—Adiós, si yo lo tengo y lo leo siempre, Don Toribio; y por cierto, que ahí está eso; más bonito, por supuesto.... ¡qué! no hay comparación! ¡Qué diferiencia!

Estimulado por los aplausos y las voces de Pancho, el diablito oratorio que todos los venezolanos tenemos en la cabeza, se despertó; y entonces, sin hacer caso de las sandeces que hablaban mi padre y el señor Martínez, proseguí torciéndome los bigotes, y consultando mi reloj como si tuviera mucho qué hacer:

—De puerilidad adolecemos y no de senilidad como ustedes creen. Carecemos de energías. Las palabras enérgicas, las ideas enérgicas, los hombres enérgicos nos dan miedo. Somos latinos hasta la medula. La actividad perseverante nos horroriza, y el esfuerzo individual, el espíritu de empresa, todo trabajo en que éntre una parte de riesgo y de aventura, nos causa desaliento. La medianía y la comodidad son nuestros ideales. Somos religiosos, no por elevación de alma sino porque es más cómodo creer que no creer. Somos librepensadores, porque la religiosidad impone ciertas prácticas enojosas. El dinero no lo tenemos en el concepto de agente utilizable en grandes cosas, sino como medio para lucir y causar envidias. La ciencia se ama por los títulos universitarios. Ser Doctor, es el sueño de todos los chicos desparpajados y de todos los padres de familia. El noventa por

ciento de nuestros hijos se dedica á las profesiones liberales, de lo que resulta la depreciación de las carreras, la concurrencia feroz de cien Doctores para cada trabajo científico, y á poco andar el disgusto de la profesión elegida, el desencanto dolorosísimo de la ciencia y la vuelta tardía al trabajo manual ó la verdadera vocación abandonada. ¿ Quieren ustedes saber de qué gremios se compone la población de Venezuela ? Pues de cuatro: de Generales, Bachilleres, empleados públicos y curas. Difícilmente se encuentra un ciudadano en esta balumba de aspiraciones agresivas, patentadas. La política absorve todas las aptitudes; y la razón estriba en que, para tener clientela, éxitos, proventos en cualquier oficio, se necesita cierto talento, instrucción profesional, aplicación, trabajo constante, honradez; mientras que, para triunfar en política, basta la confianza en sí mismo, un poco de charlatanería, tupé y mucho cinismo para comenzar recibiendo puntapiés del superior y acabar dándoselos á los inferiores que empiezan su iniciación en los empleos públicos. El oficio de funcionario nos encanta porque satisface nuestra pereza y nuestro odio á todo esfuerzo y á todo trabajo rudo; y así ven ustedes á una porción de jóvenes robustos y sanos dándose de cabezadas por un mendrugo. En resumen, somos un pueblo de zánganos que aguarda una voluntad superior, un *Carácter*, una *Energía*, que nos aplique á viva fuerza á la labor. ¿ Cuándo vendrá el esperado Caporal ?

Nos matamos por fantasmas, y por fantasmas derramamos mares de sangre con la ferocidad de los tigres enfermos y la voluptuosa desesperación de los suicidas. Por un trapo amarillo ó rojo, hacemos periódicamente una hecatombe de hermanos, y mientras tanto: nuestras empresas están por nacer, nuestros idales políticos se reducen á ver en los Ministerios á estos hombres y no á aquéllos, y á disfrutar de un sueldo ó de una pensión. Nuestra agricultura se reduce á unos conuquitos enmontados y á unas cuantas plantaciones de café explotadas todavía, todavía! con los procedimientos rudimentarios que introdujo

el Padre Mohedano. Y somos tan cándidos, tan niños, que no ciframos nuestras esperanzas de salud, sino en las candidaturas ó en las tenebrosas combinaciones de los gabinetes, ó en la virginidad cacareada de éste ó aquel Ministro surgido de la nada por obra de componendas, y derribado para elevar otro tan inepto ó peor que él, y así dar pasto á nuevas esperanzas, serenar descontentos y urdir en paz nuevas engañiflas, y consumar nuevas expoliaciones.

La flojera, ah! ese es nuestro mal, mal irremediable, porque para curarlo necesitamos realizar un imposible, á saber: cambiar nuestra alma, cambiar nuestro temperamento, nuestro suelo y nuestra historia, y nuestra posición geográfica, y fuera de una inmigración que nos infundiera de repente la salud y la energía que nos faltan, no hay para nosotros esperanza. Aun en el caso de operar milagros legislativos, las reformas no bastarían, porque no hay opinión que las exija, ni opinión que las sostenga. La opinión de los venezolanos es siempre la del último periodista que leemos, y así, para formarnos criterio aun de las cuestiones más triviales aguardamos que hablen los diaristas preferidos. El arte de los diaristas! Una turba de suizos pagados para mentir, para hacernos creer que vivimos en el mejor de los mundos posibles! Mercenarios de la pluma. Canallas que asaltan todas las alturas y escalan todas las tribunas. Charlatanes encargados de distraer á los pueblos con su verbigeración deshonesta, mientras los compadres hacen el juego. Y que suban los hombres honrados á decir la verdad áspera á pueblos y á gobiernos, y ya veréis que se les llama godos, como si el liberalismo, aquí en mi tierra, presupusiera silencio, tolerancia y complicidad.

Caramba! Si será necesario, si será inevitable que continuemos entre las férreas manos de los caudillos y los planazos de los sargentones, el rudo aprendizaje de la libertad y del derecho! Porque estoy viendo que la Instrucción Primaria ha hecho bancarrota en Venezuela y que la enseñanza oficial es casi nula. Tenemos muchos Doctores, muchos Doctores. La masa del pue-

blo es tan supersticiosa é ignorante como en los orígenes de la República. Todavía confía en los Gobiernos paternales y pide sustento al cielo, muy creída de que las nubes de maná no cayeron todas enteras en el desierto de la Conceja, y como si no fuera mejor pedir á la tierra generosa, á nuestros campos en barbechos, las cosechas que se piden con promesas y con velas á los santos!

Hoy por hoy un agricultor es algo menos que un empleado público y un Doctor imbécil.

Todas nuestras actividades intelectuales, todas nuestras energías convergen hacia las Universidades y hacia las oficinas públicas. Y mientras tanto, nuestros campos están incultos, las hierbas malas invaden las labranzas; el orín toma los arados y los rozadores; la sarna y el grito arruinan los potreros y los corrales; los artesanos vegetan en la inopia y el desdén; y como si todos estos males no fueran suficientes, los de arriba, los amos, provocan revoluciones y más revoluciones, y sacrifican, á sus ambiciones y á sus caprichos, los últimos anémicos retoños de las generaciones, las últimas gotas de sangre que nos quedan, los brazos fuertes que talan las selvas y siembran los conucos, los corazones buenos y sanos de los trabajadores del campo.

Pero este malestar, señores, no puede perdurar. Yo no sé, yo no soy profeta; pero en el seno de esta sociedad presiento la lenta incubación de las catástrofes que removerán los suelos, y que los harán fecundos para la siembra de la buena simiente que rebosa en las alforjas de los trabajadores del Ideal. Sí, esto no puede seguir así. En Venezuela, como en la Dinamarca de Hamlet, hay algo podrido. Fó.... ¡hiede! Yo oigo ruidos extraños, voces airadas, truenos lejanos, conmociones amenazantes, desmoronamientos silenciosos; yo veo puños airados levantándose al cielo y fantasmas lívidos que abandonan sus tumbas para venir á plantearnos cuestiones pavorosas é impetrar justicia ¡justicia! Vivimos bajo la amenaza de la explosión de una mina. Con el extremo de sus alas negras

han rozado más de una vez la frente de los pueblos dormidos, los escuadrones réprobos. Lázaro, levántate! Cartujo, abandona tu huesa y mira al cielo. Canalla, alumbra! Los signos del tiempo son fatales; los augurios son adversos. En las entrañas de la patria se advierte un indicio de preñez: hay un feto. ¿Bolívar ó Tamerlán? El redentor ó el monstruo? el civilizador ó el capataz? ¿Estaremos condenados á la esclavitud? Vendrá el Juez que nos haga purgar nuestros crímenes pasados ó el Caudillo que haga brotar de la peña del desierto el agua viva que calme nuestra sed de virtud? ¿Quién de nosotros será el esperado, el precursor? ¿En qué maleza acechará el Tirano esta doliente romería de un pueblo? Qué General audaz vendrá á aleccionarnos á poder de negaciones, á poder de restricciones, á poder de ultrajes, en la práctica de la verdad? ¿A quién de nosotros habrá ungido la Fatalidad con el óleo de lo *providencial?*

—Pero, hijo; eso es lo mismo que nosotros decimos!

—Sí, papá; desgraciadamente es lo mismo; sólo que ustedes se desesperan y se cruzan de brazos, mientras que yo protesto y creo; sí, creo en las virtualidades y en las energías latentes de una juventud á quien de intento han apartado ustedes los viejos. No se engañen! hay una juventud para quien la vida es un oficio duro: sofocada, aherrojada, marchita en flor pero que resucitará. En el alborear de la adolescencia, al abrir los ojos, no hallamos sino ruinas, y he aquí que nos encontramos con el espectáculo de toda una nacionalidad que reconstruir. Y la reconstruiremos, sí, con la pluma y con la espada: con regueros de tinta y con mares de sangre.... si fuere necesario. ¡Convénzase y..! de rodillas! Ustedes, los viejos, nos han dejado este coroto muy echado á perder y para servirnos de él, necesitamos volverlo al revés, como las ropas usadas, y fregarlo con cepillo, con jabón, sobre todo con jabón, con mucho jabón....

Mientras ustedes se desesperan y suspiran por el pasado, es decir, por la barbarie, mis compañeros

y yo, afirmamos nuestra fe y suspiramos por el porvenir, es decir, por la civilización. Silva Gandolphi... ¡esa esperanza... ! Los Urbanejas, los Díaz Rodríguez, César Zumeta, Luis R. Guzmán, Blanco Fombona, Picón Febres, Paz Guerra, David Lobo, Gabrielito Muñoz, los Maldonados, Fortoul Hurtado, Simón Soublette, el ilustre Doctor Bustamante y los López Baralt; los Borjas: Armínio, ese poeta que lleva á cuestas un jurisconsulto; Eliseo, que parece un mago asirio y es un sabio; León Ponte; Coll, que predica el Evangelio á la manera de Tolstoi y se ríe de los hombres; Luna y Luna; Marcano Rodríguez el Gutiérrez Nájera de Venezuela; Angel César Rivas, Antonio R. Alvarez, Panchito y José Ramón Betancourt y Romero García... el Gran Rebelde! y con éllos todos los grandes talentos y todos los grandes caracteres que se preparan y meditan en el silencio de los pueblos, ignorados pero luminosos como los diamantes en el seno de las gemmas, todas esas almas viriles, digo, no pueden pasar por la vida sin dejar tras sí ó un surco cárdeno en la frente de los amos fulminados por el Verbo, ó un surco luminoso en las marañas del absurdo.

Y mientras llega el General joven, sí, el Caudillo de treinta años que esperamos para vencer, no interrumpimos la obra comenzada, la zapa lenta de lo viejo; y pescadores de voluntades, rehacemos cien veces nuestras mallas rotas, y arqueros, apuntaremos por la milésima vez el blanco errado, y, como la perla en el seno de la ostra, así proseguirán nuestros espíritus en las sombras, en las sombras trágicas, su adorable trabajo de luz y de amor. Y después vendrán otros, nuestros herederos, seguramente, á beneficiarse de la sombra y del follage que hoy plantamos sin esperanza de verlo brotar jamás, y á su favor verán ustedes como nuestra propaganda triunfa y nuestras ideas florecen siquiera sea sobre nuestras tumbas.

—Y qué propaganda es esa que ustedes hacen, qué ideas son esas que ustedes siembran?

—Y ustedes lo ignoran. Pues la propaganda de la

ciencia y de las ideas del siglo. Nosotros decimos á los que nos oyen y á los que nos huyen, que la salud de la patria no está en el cerebro de los políticos ni en la cartera de los Ministros advenedizos, sino en la tierra en barbecho y en las callosas manos de los artesanos; nosotros queremos que los pueblos americanos pierdan su estúpida fe en el Dios de las naciones, esa providencia de los perezosos, para ganar la fe en el esfuerzo perseverante del labrador y del obrero; nosotros pedimos que se reformen los planteles educacionistas del día, en el sentido de que el niño cifre su felicidad y su porvenir, menos en las profesiones y en los empleos que en el trabajo manual; y queremos la exaltación del artesano y del agricultor; y aspiramos á que nuestras pocas energías se apliquen al cultivo de la tierra, al fomento de las industrias á la conquista lenta y opima del suelo y á la dignificación del productor. Cuando hayamos logrado eso seguiremos predicando otra cosa. Por de pronto lo que interesa, es acabar con los eruditos de enciclopedia, con los sábelotodos, y guardar nuestra admiración y nuestras consideraciones para el agricultor y para el criador y fundar y amparar los gremios productores, á fin de que no se dé el escándalo de constituir consejos agrícolas con generales cuyos interminables discursos no hicieron crecer ni una sóla pulgada los plantíos, ni morir siquiera media docena de pulgones, y cuyo gran reclamo consistía en exhibir patillas y melones en una ventana de la casa de sesiones y ametralladoras y cañones en los patios de lo que ellos llamaban muy tarasconesa y pleonásticamente, por cierto: *Exposición Agrícola é Industrial.* Qué han de saber nuestros generales de rudimentos de economía política, ni de cruzamientos de razas, ni de los mejores sistemas del cultivo! Los pobres! Gracias á Dios que sepan embargar bestias y arrasar las cosechas, so pretexto de racionar esas sus hordas de rateros que llaman Ejércitos....

Un coro de gallos que cantaban á la vez, se dejó oír en ese momento en el zaguán de mi casa.

Pancho que hasta entonces permanecía con la boca

abierta oyéndome, se precipitó en la sala diciendo de prisa:

—Dotol, ¡los gallos!, ¡ya llegaron los gallos!, ¡ya está aquí el palo de gallos! Qué gallos tan buenos, señor Pérez! Ande pa que los vea, Don Pepe, usté que le gusta esa diversión.

¡Los gallos!

Ante esa mágica palabra, perdí el hilo del discurso y salí corriendo hacia afuera á recibir el peón, en el momento en que el señor Martínez me preguntaba cuáles eran los mejores sistemas de cultivo; y recuerdo que le contesté, creyendo que me preguntaba cuáles eran los mejores gallos de los que me habían llegado, como hubiera podido contestarle cualquier general agrícola:

—El pinto y el zambo, el tres y el seis, y el marañón, sobre todos el marañón; ah! gallo bueno, el marañón caray!

CAPITULO VII

En la puerta de la gallera, un corral de ranchería, flameaba una bandera blanca cuya asta remataba en un ramo de flores, y en cuyo trapo un aficionado rural, había pintado con negro humo, y copiándolos del *Libro Primario*, dos gallos, peleando sobre un charco de almagre, que fingía sangre.

Cuando entré, Pancho con un gallo ensacado y la blusa desabrochada y sudando á chorros, discutía:

—Nó; ni de casualidad, Don Pepe. Si no me dan de á doce, no se los juego. Este gallo es un bicho maluco que no se gana á nadie. No pasa de sé una media cuchara que el Dotolcito trajo por no desairá al General Alayón, el Comandante de Armas de Maracay, que se empeñó en salí de ese culeco viejo. Es un mal peleador; le gusta meter la cabeza; da un puntazo cada año por la cuaresma y hasta lo creo huyilón.

—Qué gallo es ese? Pancho.

—Uno de los sinvergüenzas míos, Dotol, que lo traje pa meteselo al de Don Pepe.

—Pero esa es una temeridad tuya, Pancho.—Por qué no traes á *Mis amores* más bien? No es ese el casado?

—Sí, Dotol; pero *Mis amores* se embuchó. Yo me he cansado de dale orines y pimienta brava y ni con eso.

—Ah caramba, Pancho. Entonces me voy.

—No hombre; venga acá, Dotol. Oigame una palabrita al oído. Mire: este es su gallo *Mis amores:* lo que tiene es que....

Pancho bajó la voz:

—Yo lo disfracé pá ponele un alza-pié á estos chivatos.

—Pagó doce! grité yo entusiasmado, y voy á mi gallo!

—Cien cuentas, Doctor!

—Van!

—Pago doce: volví á gritar.

Don Pepe se me acercó.

—Una apuestica, Doctor.

—La que usted guste, Don Pepe.

—Le doy cien cuentas de á doce.

—No, de á catorce le tomo á usted, Don Pepe; su gallo es un zorro y el mío, no pasa de ser un topador cualquiera que meto por divertir la fiesta.

—Bueno: de á catorce le doy doscientas cuentas, Doctor.

—Vamos á que sean trescientas, Don Pepe.

—Bueno. Van!

—Pancho, ¿cuánto me llevas tú en la pelea?

—Veinticinco pesos, Dotol.

—Nada más? Y con cuánto lo casaste?

—Con trescientas cuentas de á doce.

—Vea la lista. Con trescientas cuentas de á doce.

Taritari tenía mi gallo marañón, mientras Pancho le hacía las espuelas. Me costó trabajo conocerle. A fuerza de piedra infernal el astuto llanero lo había disfrazado de gallino guacharaco.

—Pago catorce en la sabana, volví á decir.

Un llanero gordo se desabrochó el cinturón, y cogiendo un puñado de onzas, gritó, enseñándoselas á Pancho:

—Don Pancho, voy lo que haya aquí á *Rey de la Sabana*.

— Pago, contestó Pancho indicándolo con el dedo y sin verlo.

Y volviéndose á mí, agregó con una candidez admirable, con una candidez antigua:

—Dotol, su gallo dará con las espuelas?

—No, hombre ¿qué va á dar? lo que hace es tirar cañazos; pero cada cañazo es un muerto.

Pues á palos nos ganamos al Rey ese y á todos los reyes.

—No es tan manso, le gritó úno. Ya van á sabé en qué palo se rascó el berraco.

—Cien pesos voy á mi gallo, le grité con ademán de provocación al opinante.

—Van, Dotol!

—Lléveme cincuenta pesos en su apuesta, me dijo un individuo á quien yo no conocía.

Con mucho gusto se los llevo, General.

Pancho había acabado de amolar y rociaba el gallo.

—No lo mojes mucho que está enfermo.

—Hombre! deveras! se me olvidaba, dijo riéndose. Este gallo acaba de pasá virgüelas y está muy delicaíto.

Entonces pidió el careador para menearlo.

Al acercárselo, *Mis amores* le soltó las patas y le sacó un ojo de cueva.

—Pelo á pelo voy á mi gallo, Don Pepe. Doscientos pesos voy al guacharaco....

—Van cien, Doctor....

—Van!

Desde aquel momento mis fondos todos estaban comprometidos é iba á tener que jugar cují.

El Juez tocó la campanilla; cien voces gritaron «patio,» «patio.» Los llaneros se acomodaron presurosos; y mientras Pancho, emocionado le limpiaba el pico á *Mis amores* y lo empujaba hacia el contrario.

—A *Mis amores* voy! dijo

Los dos gallos se acometieron, y al encontrarse, se levantaron como una vara del suelo.

Cuando cayeron nuevamente en guardia, noté que *Mis amores* tenía plumitas en una espuela.

—Ya lo conseguimos, Pancho; ya lo conseguimos con los ácidos.

Pero al barajar, *Rey de la Sabana*, le dió un golpe de zorro á *Mis amores*, y *Mis amores*, lanzando un grito,

Los partidarios del *Rey* prorrumpieron en aplausos y víctores frenéticos.

—A mi gallo voy, dije á vcz en cuello.

—Diez pesos.

—Van!

—Cinco.

—Están pagos!

—Una onza voy al javado, Doctor.

—Está paga, amigo; ya sabe que yo voy al mío.

—Don Pepe, de á catorce le pago bastante!

—Cincuenta cuentas, Doctor.

—Están pagas!

Cuando anoté en mi cartera las últimas apuestas, Pancho, de cuclillas en el redondel, dijo:

—Caray! lo que es mi gallo no gana ni que Dios quiera.

—No digas eso, hombre, le interrumpió Taritari.

—Cállate, muchacho, que yo lo digo para que Dios se proponga por lo mismo.

Una carcajada general acogió la salida del entusiasta gallero.

—Repuesto del golpe, golpe que *Rey de la Sabana* no había sabido aprovechar, *Mis amores* se levantó furioso, con los ojos encendidos, y picó de frente á su contrario....

—Doy doce, gritó esta vez Pancho: doy catorce y voy á mi gallo! Al partir doy! ¿Quién quiere fuertes á pesetas?

Rey de la Sabana estaba tuerto.

Entonces comenzó á salir.

Pero cuando todos creían que mi gallo lo perseguiría, éste se quedó parado en el medio del redondel indiferente al juego artero de su contrario, y batió las alas para cantar.

Antes de que acabara su canto, el gallo tuerto corrió disparado hacia él, le soltó desprevenido un trabucazo, y siguió jugando con las alas caídas y clocando como si ya fuera á despegarse.

Los contrarios victoreaban á Don Pepe y al gallo.

Mis Amores volvió á cantar.

Pero esta vez, al ser atacado, se abrazó con su adversario, lo picó de frente por la corbata, y lo engarzó.

Rey de la Sabana, cogido en el gancho por el pescuezo, se sacudió, y al soltarse, bañado en sangre, viendo que *Mis amores* continuaba comiendo palitos de fósforos y escarbando al suelo, no pudiendo lograr su juego de cansarlo, resolvió bregar.

Entonces comenzó el pescueceo.

Dos culebras en lucha parecían las cabezas airadas de los diestros animales.

Pancho se había quitado el sombrero, y siempre de cuclillas se rascaba la cabeza.

—Anda gallo.... anda mijito, le decía suplicante.... acuérdate de Alayón..... Ahí es..... Caramba, lo pelaste. Por el omblillo, gallo..... eso es..... á punta de soga..... ¡Así!.... Vámonos..... ¡revienta!.... *Mis amores*..... sácale el otro ojito, gallo..... dale un bichazo duro por los ojos....! yo no quiero más sino que le des por la landra un puntacito....

La fatiga de aquel combate azaroso era ya insostenible.

Los dos gallos se enjabonaban, se desmadejaban. Eran dos contrarios maestros, y el combate se decidiría por el primero que picara.

Pancho se agachó como para ver algo y, de repente, saltó agitando las manos, vociferando como un loco:

—¡A mi gallo voy! Cien pesos voy! Al partir doy! Cincuenta pesos á veinte ¿quién los quiere?

—Yo se los tomo, Pancho, le dijo un hermano del señor Martínez.

—Van, General.

—Yo no soy General; yo soy Coronel.

—Así será usté de sinvergüenza, amigo, cuando no ha podío llegá á General en esta tierra! ¿Quién quiere más del partir? Pica, *Mis amores*. Quítate de encima esa fiera; mátalo, gallito; mátalo!

—Al guacharaco voy...!

—Al javado voy...!

—Pago al partir...!

—Doce doy...!
—Revienta, gallo...!
—Pica, *Mis amores!*
—Ese es mucho gallo. A que lo mata voy!
—A que no lo ma....
—Quién quiere doce? Así es, gallo!
—Anda, animal.
—Yo doy catorce. Pica, mijito.
—Cuántas cuentas?.... ¡Caramba! por ahí!
—Su boca es un canasto.
—Cinco pesos al gallino.
—Amonós, gallo.
—Ya lo vá á matá.
—Van los cinco pesos.
—Van!
—Yo voy al gallino!
—Y yo al javado!
—Adiós, coroto....
—Jala, gallo. Revienta!

Pancho hasta entonces en silencio, salió corriendo hacia donde estaba yo.

—Mírele la morcillera al javado; parece un pavo, Dotol! Ah gallo bueno! Y ahí lo golvimos á trompezá. A que lo mata voy? Quién quiere libras á morisquetas?

Pancho enmudeció.

Sus últimas palabras se perdieron en la vociferación delirante de los contrarios que tiraban los sombreros al redondel.

Mi gallo estaba tuerto también, y la pelea comenzaba á igualarse....

—A mi gallo voy, Doctor.
—Que vá, Don Pepe?
—Una onza...!
—Dos...!
—¡Van!

Rey de la Sabana no podía con el yare: se ahogaba! La cabeza se le hinchaba á la posta: la morcillera llenaba de prisa, y dos ó tres veces hizo movimiento de colgar.

Pero en cambio, *Mis Amores*, tenía un conato de pasadera.

Los dos animales estaban ensangrentados, informes, cegatos, con las alas entierradas y destrozadas á espuelas.

—Ya le va pasando....

Pero seguían enyugados tenaceando al aire y soltando las patas al rozarse con un encarnizamiento de hombres.

—A tabla voy, dijo Don Pepe, entonces.

—¿Cuántos minutos faltan, señor Juez ?

—Diez minutos, Doctor.

Pancho al ver que *Mis Amores* volvía á picar, gritaba:

—Ya le pasó.... ahora.... ¡tome lo que le mandaron de su casa!

Pero era tal el juego del otro, que no podía tropezarlo con los machetes.

—A tablas voy, bulbuceó Don Pepe ahogándose, lívido....

—A que no es tabla? apuesto, Don Pepe...!

—Veinte pesos á que se decide....

—Veinticinco, Doctor!

Hubo un momento de silencio.

Los gallos no hacían movimiento de picarse El reloj marcaba nueve.... ocho.... siete minutos, cuando por una especie de perversidad, de odio, de maldad que yo no podía razonar....

—Treinta pesos más, Don Pepe, le dije enseñándolo con la mano izquierda y sin dejar de ver los gallos.

Don Pepe me miró entre admirado y suplicante.

—Treinta y cinco, Doctor.

Y su voz temblaba como miedosa.

—Cuarenta! continué yo con voz encolerizada, como de provocación.

—Cuarenta y cinco, Doctor!

—¡Cincuenta!....

—¡Sesenta!....

—¡Setenta!....

Rey de la Sabana bajaba la cabeza, pero acto continuo la erguía y tenaceaba. Estaba ciego. *Mis Amores*

temblaba como un friolento, pero siempre estaba encima de su peligroso adversario, picándolo, pero sin poder afianzar la mordida en la cabeza desollada y sangrienta de su enemigo.

De pronto, *Rey de la Sabana* abandonó la picada.

El reloj marcaba las tres y treinta y cinco: faltaban, pues, seis minutos.

—Vamos á que sean ochenta pesos, Don Pepe!

—Ochenta y cinco, Doctor!

—Noventa...!

Todos los espectadores estaban demudados. No se oía sino el cloqueo del *Rey* que comenzaba á rendirse á la fatiga.

—Noventa y cinco, Doctor!

La voz de Don Pepe parecía voz de niño.... lejana.... suplicante!...

—Cien, Don Pepe!...

—¡Ciento cincuenta!....

—¡Doscientos!....

Mis apuestas caían como ultrajes: ásperas, insolentes, mientras que las del pobre viejo apenas se escuchaban.

—Doscientos cincuenta!

—Trescientos....!

—Cuatrocientos!...

El infeliz Don Pepe miraba á su gallo tenazmente como si quisiera magnetizarlo, insuflarle un poco de su desesperación. A poco ví que dos lágrimas rodaban por sus mejillas, dos lágrimas que se le escaparon sin sentirlas...!

—¿Cuántos minutos faltan, señor Juez?

—Cuatro, Doctor....

Entonces me encarnicé.

Acababa de observar que *Rey de la Sabana* hacía movimientos de fatiga.

—Quinientos pesos van, grité dando un sombrerazo en la barrera.

—Quinientos cincuenta!

De pronto, Don Pepe se quedó inmóvil, frío, sin hacer un gesto. Parecía una estatua. Después, su cabeza se desplomó sobre el espaldar de la silla.

Era que *Mis Amores* había picado atravezado á su enemigo, y tras un aletazo seco, *Rey de la Sabana* caía muerto....

A Don Pepe le dió seguramente un vahido.

Un muchacho le ofreció un vaso de agua.

Cuando se recobró....

—Es que—dijo.... yo no sabía.... yo no creía que usted jugara tan duro..... no traje tanta plata..... ¿cuánto es, Doctor, me preguntó fingiéndose el despreocupado y sonriendo..... ¿cuánto es, Doctor.....? para mandar.... corriendo.... á casa.... por éllos.... dígame.... ¿cuánto es?....

Ay! Después me ha pesado; pero en aquel momento el triunfo de mi gallo, de *Mis Amores*, me bastaba, y tuve compasión de la espantosa angustia del anciano avaro.

—Ah! Doctor.... ¿no me dice cuánto es?.... dígame qué le debo....!

Yo recogí mi pobre gallo del suelo, y al mamarle las heridas....

—Nada, hombre! No me debe nada; le contesté secamente, y seguí ocupándome solamente del moribundo *Mis Amores*.

Al oírme, Don Pepe se puso morado como si toda la sangre se le hubiera subido al cerebro para ahogarlo.

A tener unos años menos, cierto estoy de que me hubiera abofeteado.

Pero no pasó de eso.

Don Pepe se serenó en breve y no insistió en preguntarme cuánto me debía.... ¡no insistió!

Y Pancho que lo miraba con el rabo del ojo, al observar aquella siniestra tranquilidad del viejo, me dijo al oído:

—Dotol, ande ahora con mucho cuidado, porque esa clase de hombres son muy peligrosos.

—Y qué puede hacerme, Pancho?

—Yo no sé, Dotol; pero, güeno! lo que le digo es que.... se cuide: mire que no hay enemigo pequeño.

Mientras hablábamos, Don Pepe llamó á un hombre

desconocido, probablemente su espaldero, y salió á la calle.

A poco salí yo también.

—No se vaya, Dotol; espéreme pá irnos juntos, agregó Pancho que desconfiaba de todo.

—Bueno; en la puerta te espero; pero anda lijero, eso sí, porque si no, me voy.

Y mientras le mamaba la cabeza al gallo y le abría las alas para mirarle las heridas, volvió á decirme:

—Dotol, ande ojo de garza; porque usté está pisando una concha de mango con ese viejo.... vaya, pues.... Dios quiera que yo me engañe!

CAPITULO VIII

Pista de circo, por lo plana y por lo limpia, parecía la calle oscura y larga, el callejón de mi pueblo aquella tarde de fiesta.

Los vecinos habían desyerbado, barrido y hasta regado los frentes de sus solares. Un peón se encargó de emparejar los árboles de los valles y de los cercados á fin de que no sobresaliera una rama de piñón ni una macolla de plátanos, ni fuera cosa que, un bejuco de cundiamores ó un gajo de florecidas clavellinas amarillas, fuera á sacarle un ojo á algún coleador desprevenido; y el mismo comisario, entusiasmado, se ofreció para rellenar personalmente los prolijos hoyos y los charcos cenagosos de la carrera.

Porque en su condición de autoridad habríase creído él culpable, si por mengua de diligencia ó sobra de delicadeza, hubiera dejado á otro menos competente la grave tarea de remendar la vía, y así hubiera resultado el día de la fiesta que se caía un ginete ó se planeaba un caballo, ó á muy bien salir, se quedaba atascado en velocidad de carrera un toro, uno de aquellos famosos toros palacieros; éllo sin decir que las niñas no podrían asomarse á las empalizadas sin exponerse á recibir un salpicón de agua sucia, de pantano y podredumbres:

—Qué mano! La autoridad es para eso: para evitar que á un cristiano se le quiebre una canilla y á una muchacha bonita se le ensucie el camisón!

—Y para nada más, General?

—Guá! y le parece poco eso? ¿Usté sabe la partida de cosas que se necesitan para evitar que á los ciudadanos se les quiebren las canillas? Ay, Dotol! Ay, Dotolcito; mire: desde el aseo de las calles pá que no haiga conchas de plátano, hasta la güena administración, pá que no haiga guerra! Qué le parece? Y pá lo otro? El señor me salve el lugar, porque eso sí que es resgoso que ni la ipecacuana. ¿Cuidá una mugé? Manito! si la honradez de una mugé es una sabana sin cerco ni alambrao. ¿Cómo la cuida usté? En cuanto no más jalla un claro, es que se le vá! ¡Qué si se le va! Pú.... y no hay manga ni tranquero que la ataje; porque esa es la verdad, ¡no hay! Usté me vé aquí? Pues aqui donde usté me vé..... una mugé..... ¡ya yo ni quisiera acordame....! una mugé á quien yo quería más que á las niñas de mis ojos....

La voz del comisario se hizo lúgubre, y no terminó su narración.

—La autoridá, agregó, es también pá llevá al tigrito á los borrachos; y ya sabe que no faltarán, porque estas fiestas de por aquí son lo mismito que la Salve: empiezan con vida y dulzura y acaban gimiendo y llorando. Lo que soy yo, por corta providencia, ya mandé á limpiá el cepo....

Y el comisario se reía grotezcamente, enseñando sus dientes ennegrecidos, y la lengua, menesterosa de un purgante, por donde le chorreaba el jugo de la comida de chimó.

—Ya vió los toros, Dotolcito? me dijo de pronto, poniéndome la manaza aquella en el hombro, mientras yo ensacaba mi gallo *Basilisco* y le decía al gallero cómo debía curarlo.

—Nó, General, no los he visto.

—Ande paque los vea, porque de esos no se miran toos los días.

Y el comisario me cogió familiarmente del brazo y haciéndome observar, mientras caminábamos, lo bien tapados que por él quedaron los hoyos y las zanjas, y eso, sin haber empleado ninguno de los bichos de anteojos que usan los Doctores, nos dirijimos al corral.

Eran las cuatro de la tarde.

Nubes plomizas oscurecían el cielo, anunciando las primeras lluvias del ansiado invierno.

Los sauceles cantaban en los cañadotes, y bajo aquel cielo encapotado, pasaron hacia las represas, dos chillonas bandadas de cotaras y de gallinetas.

—Vá á llover....

El oriente está aún límpido y magnífico, porque entre las franjas pizarrosas que en él comienzan á diseñarse, perduran las amapolas y no se ha desleído todavía el nácar de la última alborada; pero hacia el ocaso, donde ayer no más el sol se moría como los dioses bárbaros, entre una orgía de colores, entre erupciones de pedrería, dejando tras de sí, en el desmayo de su púrpura, una como estela mística de sangre luminosa, una chorrera de rubíes en fusión, lanzada sobre la palidez de lirio de los cielos, se derrumbaban ahora, lentas, pesadas, informes, como miembros de monstruos mutilados en alguna titanomaquia suprema, las rumazones cárdenas de orlas lívidas y dorsos de cetáceos; las amoratadas con franjas negras, como mantos funerales descogidos en el espacio; y redondas, abultadas, superpuestas en uno como amontonamiento de vientres preñados por el huracán, en una cópula de gigante ebrio, y que en breve reventarían, como burbujas al soplo de la tormenta, desgarrándose en mil pedazos, arañados, cribados, fulminados, incendiados por el rayo en la explosión magnífica del trueno.....

—Vá á llover!

El canto de las chicharras bajo los mústios cujizales y á la sombra de los samanes y de los florecidos quiebrahachos, era más vibrante que nunca y en la sinfonía de contraltos de cocas, se alzaba soste-

nida y cantante, la nota sobreaguda y ensordecedora de los gurrufilines, borrachos de savia y repletos de viento....

En las lagunas del río, los sapos comenzaron la melancólica plegaria de las lluvias, y las garzas y las gaviotas comenzaron á volotear inquietas entre los sauces del río, mientras allá bajo, en los chiribitales, cantaban gozosas las guacharacas.

—¿Usté como que dice que vá á llové, Dotol? No lo crea. Ese palo de agua no cairá hasta mañana, y eso en la cabecera del «Quebraón.» Mañana lo verá usté jinchao de monte á monte.

A proporción que nos acercábamos al coso la animación crecía.

Las brisas de la tarde, agitaban los hilos de flecos de papel tendidos de pared á pared, produciendo un jocundo y dilatado rumoreo. Ondulaban las banderas clavadas en las empalizadas, en los copos de los árboles, á todo lo largo de la vía, en las ventanas y en los techos, y en las puertas de la pulpería, en las cuales se agrupaban los llaneros, vestidos de limpio, gozosos y reídos, á oír, con la boca abierta y los brazos cruzados en las espaldas, las improvisaciones de los cantadores, al compás de los bien templados y armoniosos cuatros y de las rítmicas maracas bulliciosas....

Todas las muchachas de los pueblos vecinos habían ido á la fiesta de Santa Rosa.

En las ventanas de palo, sobre las vallas de tablas, por entre el ramaje de los piñones y guasduas, asomaban sus rostros iluminados por la fiebre de la emoción y demudados de ansiedad.

Los cabellos entretejidos con flores silvestres; sobre el prominente seno ramas enormes de clavellinas purpúreas; los ojos negros y luminosos, y entre los labios rojos, como claveles asoleados, el nácar húmedo de sus dientes fuertes y anchos.... oh! que estaban preciosas mis paisanas, las puras y soñadoras hijas de la pampa: las cándidas prometidas del Ideal!

Al verlas tan agraciadas, tan picarezcas y tan castas, sí, tan castas, un deseo neroniano me acometió con el ímpetu de una punzada: y yo ansié, ansié que todas éllas tuvieran una sóla boca, para besársela con un beso infinito en que evaporaría mi alma.

En todas las esquinas los muchachos saltaban sobre los paquetes de triquitraques, entre el humo de los cohetes, dando alegres gritos y apagando los encendidos con las plantas de los pies. Frecuentemente la mecha ardía y el triquitraque estallaba inesperadamente en las manos de alguno, que se alejaba chillando y mirándose la quemadura negra, entre las burlas y los silbidos de los otros.

La calle estaba llena de músicas y de gritos; y al tumultuoso vocerío de la multitud, se mezclaba el sordo bramido de los remotos truenos y las explosiones de los cohetes que reventaban en los techos.

—Adiós, señor comisario, y lo felicito.

Al oír aquella voz me detuve.

Era la voz de Mimí...!

Mi novia, mi Amor, mi Bien perdido, estaba sentada en la ventana con otras de sus amigas, y en la penumbra de la sala alcancé á ver á mi madre, que dormía, cantándolo, á Julio Alberto.

—Adiós, pues, misia Panchita. Y dígame: ¿por qué me felicita?

Y así diciendo, el comisario, llevándome siempre del brazo, se acercó á la ventana.

—Qué por qué? Por lo bien que ha salido su trabajo: la calle está de lo mejor. No se puede exigir más. Parece una misma calle de Caracas....

—No venga con eso! Mire que misia Panchita....

—No, señor; sí es verdad! ¿No te parece, Elvira, que el General ha quedado de lo más lucido con la composición de la calle?

Mi madre pronunció entredientes, un sí y me miró.

Nuestras miradas se encontraron.

Yo traté de llevarme al comisario. No podía resistir la presencia de Mimí.

El General quitándose el sombrero, la interrumpió:

—Adiós, misia Elvira. Vaya, pues, mi señora, hasta la vista.

Pero Mimí, sin darle tiempo para separarse, le preguntó:

—Y por qué tan pronto? Quién lo ha corrido, General?

—Guá! naide, misia Panchita, naide. Es que voy á enseñale al Dotol los toros antes de que se empiece la coliá.

Vuelto de espaldas á la ventana, la mano izquierda en el bolsillo del pantalón y mirando los espirales del humo de mi cigarro, aguardé:

—Y usted no jugó gallos hoy, General? Mire que gustarle á ustedes los hombres un juego como ese, tan bárbaro!

—Bárbaro? Si es lo más sabroso, misia Panchita, le contestó riendo el General, con su abominable risa.

—Apuesto á que mi marido perdió! Porque ese es uno que tiene una suerte... ¡tan mala...! Mire, General, no es mentira. Materialmente es una cosa que..... todo le sale al revés. Yo no sé por qué es eso. De seguro que sus famosos gallos le salieron huyilones, ¿no es verdad?

—Casi, casi: mire, aquí está el amo de los gallos que se ganaron á los de Don Pepe. Ustedes no se conocen?

—Nosotros? dije yo; sí..... Nó, no señor; no nos conocemos.

Pero élla palideciendo un poco, y sin hacer caso de mi respuesta, me preguntó:

—Y ganaron sus gallos, Pérez?

Al oírme nombrar me estremecí.

—Sí, señora; mis gallos ganaron. Tengo una fortuna loca en el juego.

—Y en el amor? Es usted desgraciado?

—¡Señora....!

—Le preguntaba que si usted era desgraciado en el amor.

—En el amor? nó, señora. Soy perfectamente dichoso. Figúrese usted que no tengo corazón....

—Usted? y ¿cómo vive, Dios mío? me preguntó riéndose violentamente.

—Que cómo vivo?

—Sí.

—Yo no vivo, Panchita. Hace mucho tiempo, mucho tiempo que estoy muerto.

—Y cómo está aquí hablando, pues?

—Lo ignoro, señora..... lo ignoro. ¿Usted no ha oído decir que los muertos salen? ¡Quién podría decir nunca qué fuerza suprema los hace abandonar su tumba!

—Si es verdad; pero también dicen que no les salen sino á los que quieren ó á los que odian....

Un largo y embarazoso silencio siguió después.

Mimí había bajado la cabeza; y yo, sofocando la tempestad que me destrozaba el pecho y fingiendo una calma que estaba muy lejos de sentir, volví á seguir con la vista el humo azul de mi cigarrillo, arrebatado por el viento en convulsivos espirales.

De pronto llegó á mis oídos el rumor de una lluvia de apasionados besos.

Era que, en un transpórte nervioso, en una reacción de ternuras maternales, Mimí, enloquecida, apretaba á mi hermano contra su corazón, lo levantaba en alto y lo besaba delirante.

Lo que sentí entonces, sólo Dios, podría comprenderlo.

Me hallaba al borde de un abismo, pero de un abismo de amor y de virtud excelsa. Y me decía que tanta desgracia no podía pesar impunemente sobre un débil corazón de mujer, de niña, y que tampoco un corazón de adolescente, podría resistir por más tiempo la enormidad de aquella carga de Sísifo, sin despeñarse por la pendiente áspera de la fatalidad. Aquello era un aplastamiento moral. Bajo la inmensidad del deber penosamente sobrellevado hasta aquel momento, *la mujer* había desaparecido por completo para ceder su puésto á un símbolo, á una abstracción: á la esposa! La esposa, sí; Mimí era eso; es decir, la mártir! Acaso aguardaba la liberación milagrosa,

esa última esperanza de los atormentados leyendarios, la redención por caso divino, la intervención sobrenatural, la voluntad siquiera para asir sus cadenas. Humillada, postrada, vencida, se había entregado al azar de su destino, y pobre náufraga cuya agonía nadie podía advertir, punto imperceptible en el océano de las indiferencias sociales, abandonada entre dos inmensidades igualmente inexorables: la de la Ley y la del Dogma, se dejaba mecer por las olas en uno como sueño suicida, en un amargo abandono de la fé y de la voluntad. Resucitarían alguna vez sus viejas rebeliones? ¿Podría mi presencia despertar en élla, junto con las muertas energías de su sexo, la alegría de vivir y el coraje necesario para romper las ataduras del Código que la constreñían á fidelidad, y las de la Religión que le prescribían no cometer adulterio, para marchar altiva, sorda al clamor de los duros de corazón, é indiferente al lodo de la calle, y á la saliva de los malos, al encuentro de su ideal? ó sacerdotisa sin creencias, obligada á velar por la dignidad del amor feliz de las otras y la regularidad de la institución, del engranaje despiadado que la había mutilado, ¿podría, convencida de la nobleza de su extravío, de la honradez de su culpa, de la santidad de su crimen, ir á prosternarse en la plenitud de su femineidad reconquistada, en el regocijo de sus entrañas y en la integridad de su sér, ante las aras de la maternidad culpable, de la maternidad réproba, de la maternidad que la Ley abomina; pero que la Humanidad, en sus horas de calma, en el olvido de sus ferocidades legales y de sus crueles ficciones jurídicas, bendice, como á todas las maternidades, como á todos los merecimientos, por cuanto ella también significa dolor, renuncia y sacrificios?

Pero entonces, ¿quién la tendería mano generosa y sería bastante honesto, bastante discreto, bastante leal, para no ver en su caída otra cosa que el equilibrio de la naturaleza doblegada, vindicando sus derechos desconocidos, y el error generoso de un corazón insaciado? Canallas! canallas! más canallas! era todo cuanto podía encontrar en su vía dolorosa. Seductores torpes

que gustarían sonreídos el amargo cáliz del adulterio, y que, tras el espasmo animal, no tendrían para aquella víctima inmolada por la tiranía de las leyes á su brutalidad de machos, sino el recuerdo escandaloso de las tertulias de taberna, y las obscuras nostalgias del pecado.... y que en aquella caída de una virtud verían el triunfo de sus atractivos personales, y no la gravitación fatal, inevitable, de unas entrañas de mujer hacia la cuna, hacia el nido, hacia la criaturita temblorosa y frágil que confina con el ángel, con el fruto y con la flor. Ay, nó! Yo sabría defenderla contra todos, aun contra mí mismo! Necesitada de amparo, de protección, de justicia, sobre todo, de justicia, ella tendría en mí el brazo fuerte y el espíritu libre y misericordioso que la escudaría contra sus propios desfallecimientos y las complicidades de lo fortuito; y que, un dia ú otro, vindicaría para sus hermanas de infortunio la libertad del sentimiento y la omnipotencia del instinto que la misma religión ha divinizado en advocaciones de infinita dulzura y de eterna consolación. Luego, mi amor, mi primer amor estaba ahí, dentro del pecho, vivaz, inmenso, diciéndome que era necesario adorarla por sobre todas las cosas, por sobre el rito y la solemnidad; por sobre la convención y el juramento; por sobre el Juez y el Sacerdote; por sobre todo lo que no tiene entrañas, ni ímpetus, ni ha conocido nunca las afinidades ineluctables de los espíritus, ni ha sentido jamás el golpe de una plétora de sangre en el cerebro ni la caricia dolorosamente sensual de un recuerdo dichoso en el alma. Pero ¿y sus primeros rubores? ¿y mis ternuras de niño? ¿y las amarguras de mi pasado de estudiante? ¿y sus cartas olorosas á néctar de verbenas y á fragancias de alelíes? ¿y sus esperanzas? ¿y mi culto, aquel culto lloroso y entrañable, redoblado por la ausencia, que yo le profesaba? ¿y mis promesas? ¿y la dignidad de mi cariño? ¿Qué sería de todo eso que yo amaba, en una idolatría refinada de mis propias sensaciones, en una auto-adoración de mis recuerdos, tanto como podía amarla á ella misma? Pisotearía todo eso para llegar hasta élla? ¿Podría renegar de mí mismo; de aquella encarnación

idealista de Mimí; de la abstracción soñadora en que, la soledad y mis pensamientos me habían ofrecido una como transustanciación del cuerpo y del alma de mi novia y á la que mi imaginación enfermiza había dado una apariencia de vida, independiente de ella misma, y que bastaba al incurable platonismo de mi pasión? ¿Y si me alejaba, si huía, como era mi primer deseo, y por conservar la pureza de mis sentimientos y la integridad de mi quimera de niño romántico, dejaba á otros menos escrupulosos, menos espirituales, menos artistas, la abominable victoria ¿qué sería de élla, ¿qué sería de mis recuerdos? Ah! Yo me sentía capaz de renunciar á todo; de abdicar de mis fueros de primer amante ante las imposiciones del deber; yo era capaz de enmudecer ante los dictados de la razón y la excelsitud de la fidelidad aceptada como martirio y torcedor. Honrada, yo quemaría ante el zócalo de sus aras, el incienso y la mirra; pero si se escapaba á sus guardianes; si salvaba el obstáculo; si entre dos leyes, igualmente imperiosas, ella se decidía por la obediencia de la interna, de la *humana*..... Sí! ¡Estaba escrito! Sería mía, mía á la vista del mundo; á la vista del cielo; y en mis brazos, al menos, reintegraría la imprescrita deuda de un amor puro que todo lo merecía! Y culpables ante la regla, pero absueltos ante la conciencia, después de tantas humillaciones, nos arrancaríamos los vendajes del silencio, y exhibiríamos en la altivez de nuestra desesperación las mil heridas de nuestros corazones, y en nombre de nuestro sentimiento y del sentimiento desconocido de todos los que lloran y suspiran bajo la losa del deber sancionado en los Códigos, pero ignorado en las almas, nos erguiríamos, para gritarles á los hombres: ¡Monstruos! hé aquí la ley civil derogada por la gran ley original! A la Fatalidad: Celestina infame! he aquí tu obra!; y al cielo azul y vacío, vacío como un sepulcro del cual hasta la esperanza ha huido! ¡Dios mío..... ¡Dios mío!..... Qué injusticia....!

Una hora? Un segundo? Cuánto tiempo duró mi ensimismamiento? Yo no lo sé. Lo cierto es que la voz de Mimí me devolvió á la realidad:

—Dígale, mi hijito, á su hermano el Doctor, que no piense tanto, y que le dé un beso.

Desde los brazos de Mimí que acercó á la ventana al niño, mi hermano me sonreía con la sonrisa de su boca sin dientes.

—No embromen al Dotol, hombre. Déjenlo quieto que piense en las muchachas de Caracas, dijo entonces el comisario.

—Y usted cree que es mentira? Sí, es verdad, agregó Mimí. ¿Quién sabe cuántas novias dejó por allá, y eso es lo que lo tiene tan pensativo.

—Panchita, iba á decirle, no seas cruel; tú sabes bien que no he querido, que no quiero á ninguna otra sino á tí, y que, en el mundo, tú sóla, tú sóla, amor de mi vida, tienes la devoción de mi inteligencia y el culto de mi espíritu. Pero me contuve y, reprimiendo aquella declaración apasionada é imprudente, le contesté secamente:

—Para qué ocultárselo? Es cierto. Pensaba en una muchacha de quien aguardo carta hoy.

—Chico, escoje muy bien; ya lo sabes; murmuró mi madre riéndose; porque yo no quiero una yerna fea.

—Mamá ; si mi novia es muy preciosa; la vieras tú!

—Vamos á ver; ¿cómo tiene los cabellos, negros, ó rubios?

—Ni negros ni rubios; rojos, rojos como el color del cobre en fusión.

—Jesús, niño: esa muchacha parecerá un..... yo no sé qué: un mismo pichón de cigarrón. Ay! qué fea!

—Bueno. Pero así me gusta á mí.

—Y es trigueña ó catira?

—Negra!

—Y cómo tiene los ojos?

—Azules, azulitos como las flores del alelí.

—Y es joven ó vieja?

—No tiene catorce años.

—¡Dios mío! Si está de criarla! Qué fundamento, dígame usted, podrá tener una criaturita de esa edad?

—Manuelito, prosiguió mi madre tomando en serio mi broma; ¿cómo no me habías dicho nada de eso?

—Mamá, porque esperaba hoy contestación de la carta en qué la pedí.

—Tan serio así está eso? replicó Mimí.

—Como usted lo oye, señora; y espero que usted sea testigo de mi matrimonio.

—Con mucho gusto, Doctor.

El comisario riéndose, arguyó:

—Ya vé? Ya vé, como se descubrió el pastel? A mí se me ponía, porque, con toda seguridá, cuando un hombre se pone triste es, porque está enamorao ó debe un platal.

—No, señora, eso es falso; no lo crea usted. Yo no estoy enamorado. Ese amor vulgar que empieza con una presentación suplicada, y acaba con un matrimonio y muchos hijos, no me cuenta entre sus adeptos. Mi ideal de amor sería ¿usted sabe cuál? Uno muy extraño: yo me enamoraría con todo el corazón, de una viajera, de una niña enferma que buscando aire y luz arribara á nuestras playas. La amaría al verla descender del vapor.... seguiría amándola cuando llegara á su hotel; y mi pasión subiría hasta el delirio cuando alguien me dijera que Ella se ausentaría al día siguiente para un país ignorado y brumoso, del otro lado del mar, muy lejos, para no volver nunca, para siempre.... Un amor así, señora, cruelísimo, desesperado y efímero....

—Entonces ¿usted no se casará joven, por lo que se vé?

—Yo, señora? Nó. El matrimonio de un joven lo creo cobardía. Cuando yo veo por la calle á un muchacho pobre, de brazo con su esposa y rodeado de hijos, me dan ganas de gritarle no sé qué cosas brutales en la cara. Se me antoja eso un robo de energías hecho á la comunidad, una multiplicación de debilidades y de pobrezas en generaciones imperfectas. Casarse joven, es sustraerse á la patria, al sacrificio, al deber: abandonar el todo por la unidad, declararse vencido, abdicar. Yo creo que debía dictarse una ley por la cual se prohibiera á los jóvenes casarse, mientras no hubieran tumbado un Gobierno malo, por lo menos.

—Y qué hay por fin, Dotol; vamos á ver los toros ó no vamos?

—Sí, General; vámonos.—Adiós, señora!

—Hasta luego, mamá!

Mimí no contestó mi adiós.

Roja de alegría, ensordecida por sus propios besos al chiquitín, seguramente no me oyó.

Mi madre me recomendó mucho cuidado, pórque los toros eran bravazos y podía sucederme un trastorno.

El comisario y yo, cojidos del brazo, como dos amigos viejos, seguimos hacia el corral.

Entonces observé que una pandilla de muchachos nos acompañaba.

Un huésped en Santa Rosa es, como en todos los pueblos de Venezuela, un elefante blanco, un pianito callejero, siempre un motivo de alarma y de comentários.

—Y esa muchachada, General, ¿qué significa? Creerán que yo he bautizado?

—Náa, Dotol; muchachos curiosos que no parece sino que no han visto gente nunca, los condenaos!

Ah hijos de....!

—¿Y como que me siguen, General? Tanto así les llamaré la atención?

—Hombre, sí! ¿pero qué se vá á jacé? Si úno los regaña, piores se ponen. No les haga caso.

—Canalla novelera que aquí, como en todas partes, comienza con la admiración impertinente y acaba con el ultraje soez!

—Pero, hablemos con franqueza, General; yo tengo algún rabo?

—Yo sé, pues. Qué más rabo quiere usté que esa ropa suya?

Una voz fingida gritó entonces:

—El de la camarita...!

Me volví y no pude descubrir quién había sido.

—El de la camarita...!

De haber estado armado en aquel momento, les hubiera hecho unos tiros; lo confieso.

Después reflexioné.

Cuando la canalla enseña las garras, es imprudente desafiarla. La victoria, aun siendo del osado, es menguada é insípida, y los espíritus excelsos no la aman!

Para la canalla, sea ella como sea, dorada ó andrajosa, el único tratamiento posible es el del perol.

Retarla es engreírla.

El ultraje devuelto, la honra; pero el silencio, la mata!

—*El de la camarita...!*

Me armé de paciencia, y seguí.

—Métase aquí, Dotol, ó quítese esa ropa y esa camarita, porque esa es la causal de todo.

Entonces comenzaron los silbidos.

Mis paisanos no me perdonaban la relativa originalidad de mi traje.

Distinguirse en los pueblos es arriesgarse siempre.

Los pueblos son intransigentes en materia de indumentaria.

No llevar el traje que llevan los demás, vestir á la última moda.... ¡otros tantos delitos que castigan á falta de más rigurosa sanción, con hablillas y silbidos!

El hábito entre nosotros hace al fraile y al compinche.

La igualdad no se concibe sin el uniforme.

¡Suprimidlo en los cuarteles y tendréis la insubordinación; suprimidlo en la política y tendréis la guerra; suprimidlo en las inteligencias y tendréis el caos, es decir, el odio, la alarma, los gansos capitolinos que graznan á rebato....

Toda distinción supone gerarquía, y toda gerarquía, inferiores y superiores.

Los inferiores protestarán hasta ser violentamente sometidos: porque la lucha es inevitable, y el éxito sólo dá derecho y es sanción.

Tras el grito cobarde, la silba infame; luego, el puñado de lodo; después, la pedrada y, por último, la crucifixión.

Un madero, una calle pública, un periódico timorato; tanto monta!

Los pueblos son las sociedades, son las democracias.

La nivelación comienza en el traje y acaba en el espíritu.

Hay un patrón para todo! Y cuando el molde intelectual viene estrecho y ajustado á un cerebro, y se rasga en más de una parte, como se rasgan las bragas entre las piernas de los chicos crecidos, ellas, en vez de alargar la manea escolástica cercenan á quien las lleva.

Las sociedades son como las cluecas primerizas que han empollado huevos de patos.

Al mirarlos brotar del cascarón.,.. ¡qué alarma!

Al verlos arrojarse al agua y señorearse del primer charco, y abandonar para siempre la orilla fértil... ¡qué angustia!

Al clocarlos amorosamente y no ser atendida.... ¡qué desdén!

Un desdén sólo comparable al de la zorra por los racimos altos.

—Dotol, ¿ usté como que se está haciendo el sordo? Métase aquí paque se acabe el tumulto.

—No, General; vamos á seguir.

—Seguirá usté solo, amigo; lo que soy yo, no lo acompaño ni de... broma. La gente puee figurase que el fregao soy yo, y no es güeno exponé así el prencipio de autoridá.

—Quédese, General, si tiene miedo. Yo iré solo, le dije con marcado menosprecio.

Más erguido, más soberbio que nunca, proseguí mi camino.

Las mujeres se asomaban á las ventanas, y los pulperos y los bailadores interrumpían sus atenciones y sus placeres para salirse á la puerta. Los perros corrían ladrando por los solares.

Cuando el comisario me abandonó, la silba se hizo ensordecedora.

Dos ó tres interjecciones irritadas se dejaron oír.

Yo proseguí indiferente.

Entonces sentí una carrera á mis espaldas.

Me volví sorprendido. Y un llanero sucio y desarrapado, armado con una tercerola sin guardamonte, me ordenó: alto!

—Qué quiere usted?

—Yo soy la autoridá!

—Por el traje ya lo había adivinado. Lo que le pregunto es ¿qué quiere usted?

—En nombre del Gobierno, que usté se quite esa camarita ó que troche pal pulguero.

—Y, dime, sucio, ¿por qué me he de quitar el sombrero?

—Es que yo soy la autoridá....

—Te he dicho que á eso hueles á leguas y que no necesitas repetirlo. Lo que te pregunto es ¿por qué causa habré de quitarme la camarita?

—Guá!... por alarmativa. ¿Usté no escucha la gente como está de furiosa?

—Salvaje! Dime, ¿quién te mandó?

—Ese que viene ahí: el Comisario General.

El Comisario de Santa Rosa venía con un araguaney:

—¡Ríndase, Dotol!

—Señor! qué ocurre aquí? En qué país vivimos?

—En Santa Rosa, Dotol: una tierra enemiga de desórdenes, donde la gente es pacífica; pero no se pára en pelos ni aguanta que la tiren por mampuesto ni insulten las costumbres, ni vengan á echala de cacaos los patiquines de otra parte.

—Pero, hombre! si yo soy de aquí.

—Usté? ¡Qué vá á sé usté de aquí! A la prueba me remito. Dónde hay aquí camaritas de esas?

—Es verdad: en ninguna parte. Pero, dígame, ¿qué es lo que quiere usted?

—Que se quite la camarita esa, porque por causa de ella vá á habé aquí un tutilimundi y se van á aguá las alegrías de estos suidadanos.

—Pero, ¿por qué? dígame: ¿por qué?

—Porque sí. Y no me ande con brinquitos; y callejones es un General; porque es un polecía el que habla, y el cepo está que ni.... pescuezo de novio. Póngase lo que se pone todo el mundo ó ahorita mismo vá pal tigrito.

Una carcajada fue mi respuesta.

—Vamos á vé ¿qué hay de gallo, pues?

—Lo que hay es que usted me llevará para el pulguero; pero la camarita no me la quito. Qué necesidad tengo yo de vestirme como los otros? Que los demás se adapten á mi manera, y viviremos en paz y se acabará el tumulto. Yo tengo más camaritas de esas, si éllos quieren.

—Dotol, complázcame hoy namás.... Mañana se la güelve á poné....

—Ni hoy, ni nunca!

—Sí, Dotol....

—Nó y nó....

—Entonces, á vé cómo nó! Yo no respondo de lo que le suceda.

—Y á usted qué?

—Es que yo soy la autoridá y estoy obligao á evitá los escándalos. Vaya, pues, Dotol; yo hablaré con su familia.

—Y mi familia le contestará á usted que no sea entrépito y.... no hablemos más.

Le volví la espalda con un gesto de cólera, y seguí al coso.

La vecindad de éste probablemente me salvó, porque al acercarse el tumulto á las empalizadas, los hombres y los muchachos me olvidaron para ver los toros.

Los toros eran siete, y sus pelajes sólo daban miedo. Encerados, barcinos como perros, y de manchas aligradas y bragados; todos tenían lámina fornida, muchas arrobas, pezuñas anchas, cerviguillos como jibas, temblorosos de puro altos; vientres cadilludos, ojos cristalinos, hocico baboso y sanguinolento; y lustrosa y potente cornamenta de puntas afiladas como estoques y de la color del ámbar. Con decir que eran alzados....

Los coleadores, á caballo, se agolpaban á la puerta del corral.

Sus pañuelos de seda roja flotaban al aire y era uno como mosáico viviente de mil colores aquel airoso escuadrón de centauros.

Pancho que acababa de salir de la gallera, se me reunió.

—Ganaron los gallos, Pancho?

—Todos, Dotol. Pero no hablemos de gallos ahora. Cuénteme ¿qué es lo que hay con usté?

—Nada, Pancho, absolutamente nada. Vulgaridades de nuestros paisanos.

—Vulgaridades? Vulgaridades? y por qué no le dió un bichazo duro á úno por el jocico?

—Para qué, Pancho? Por Dios!

—Qué estómago el suyo, Dotol; si lo sabe su taita se tibia.

—No tengas cuidado: papá no sabrá nada.

Rápido, lijero como el viento, y dejando atrás á los caballos, un toro saltó á la calle y desapareció.

Una cohetería estalló en los aires, y el clamor de «¡ahí viene el toro!» y las carreras de los circunstantes, llenaron la vía de agitación vertiginosa, de confusos voceríos y de anhelante pasmo.

Los ginetes formaban un sólo grupo, un montón palpitante disparado sobre el toro con la velocidad de la persecución rabiosa de las bestias y de la emulación de los coleadores.

Pero, apesar de los gritos de estímulo y de la chaparrada y de los violentos espolazos, la distancia no se estrechaba nunca, el grupo se mantenía compacto y el toro corría, corría, bebiéndose los aires, dando saltos y corcobos y ganándole espacio á sus perseguidores. Era el rayo perseguido por el huracán.

Dos cuadras más, y la empalizada lo haría devolverse y enfrentarse á sus adversarios indefensos.

Pero de pronto, del grupo, primero inadvertidamente, después visible, y por último claramente, observamos que un coleador ganaba ventaja á sus compañeros.

¿Quién era él?

La curva de la carrera, nos permitía seguir con la vista desde nuestro puésto, las peripepcias de aquella gimnasia salvaje: de aquella fantasía del desierto, coreada arriba por los truenos lejanos en uno como prolongado rugido de leones hambrientos que olfatearan sus presas, y abajo por aplausos entusiastas, por aclamaciones febriles, voces de aliento, silbidos, rumores

de árboles y ondulaciones de banderas sacudidas por el viento.

—Pancho, le dije asombrado, mira...!

—¿Usté no sabe quién es ese, Dotol? Ese es el mismo que yo le dije que en la pelea de Chaguaramas le había robao un kepi á un muerto. Verdá que es de á caballo! pero él vá á sabé ya cómo se colea por aquí. Una apuestica, Dotol: ¿á que no lo tumba? A que no lo tumba?

No había acabado de decirlo Pancho, cuando alegre vocería, verdadera tempestad de aclamaciones y de aplausos, semejante al rumor de un circo lejano en noche de fiesta, hendió los aires.

Pancho palideció.

Rodando como una bola negra sobre el hollado piso de la calle, levantando las patas al aire, el toro encerado acababa de caer, suspendido y lanzado á distancia por la mano férrea del diestro coleador, quien sofrenando al caballo con la mano izquierda, y sujetándose con la derecha el sombrero de cogoyo, dejó á sus espaldas la res quebrantada, sangrienta, molida por el porrazo formidable, bramando vencida y resuelta á combatir.

Golpeando las corazas de sus vaqueras; provocándolo con gritos hirientes, amenazándolo con las riendas, úno tras ótro iban desfilando los coleadores ante el toro, que, nuevamente lanzaba bramidos de cólera, seguía con la vista inyectada y roja, los ágiles movimientos de sus adversarios, como si quisiera elegir una víctima; lamíase el hocico como si paladeara su venganza, y escarbando rabiosamente el suelo, aparecía magnífico, entre el polvo, manchado con su sangre, el humo de los cohetes, las mil explosiones de los triquitraques y la ansiosa espectativa del populacho....

Allá, en la otra empalizada final, los aplausos se propagaban de grupo en grupo y de ventana en ventana al paso del rival de Pancho, quien acariciando su caballo, que no tenía ni siquiera un espolazo en los hijares, y que relinchaba impaciente, tascando el freno y pidiendo rienda, como si aquella desatentada carrera de doce cuadras, no pudiera ni acelerar su

respiración, acercábase sonreído á las ventanas para ofrecer á las muchachas el hombro y recibir en forma de anchas cintas polícromas, de ramas de flores silvestres y de coronas rústicas, el envidiable premio de la fuerza y del arrojo.

Y cuando tuvo los brazos llenos de cintas y de rosas, comenzó á adornar el pescuezo del caballo y á entretejer con tiras azules y rojas sus crines, atándo al sedoso moño las últimas flores, y en el pico de la vaquera y en las hebillas de los bolsones y de los tientos los lazos que las muchachas le ofrecían, junto con las miradas más lánguidas de sus ojos negros cargados de promesas, y las sonrisas deliciosas de sus labios rojos, donde se asomaba el nácar y anidaba el beso. Y entonces, cuando ya no tenía sitio libre para tanta ofrenda, una muchacha sacó por entre la empalizada su brazo rollizo y velludo, y tiró á las patas del caballo un ramo de claveles atados con hebras de sus cabellos.

Cuando el coleador victorioso vió á la muchacha, y á sus pies, el trofeo, azuzó el caballo, dióle en el pescuezo un chaparrazo, y al saltar el noble bruto soltó las riendas, se descolgó en la silla, y asido con la mano izquierda de las crines, recogió del suelo el ramo que, al incorporarse y recobrar los estribos, besó dos ó tres veces, y se lo prendió en el pecho, sobre el torax musculoso, del lado del corazón....

En tanto, el toro postrado, perdía la rabia con las fuerzas; y desangrándose por las patas descascadas como muñones, y por la boca en abundantísimas hemorragias, no tenía voluntad para acometer sino para huir. Sacáronle ensogado á la sabana; y entre vítores y alabanzas ingénuas, los coleadores, presididos del envidiado rival de Pancho, se devolvieron á buscar el segundo toro.

—Que le manda á decí su papá y Don Pepe que están ahí en la esquina, que aquí le mandan su caballo «Aguila Blanca» para que les tumbe un torito.

Y así diciendo, el peón puso en mis manos las riendas de cerda del más fino y corredor de los caballos rucios que han pisado las sabanas llaneras. Era de

la cría del General Fonsèca, y el simpático y popularísimo General—que entre paréntesis sea dicho, es el primer ginete de Venezuela—se lo había regalado á mi padre.

—De dónde habrá sacado papá este capricho? pensé yo. Yo no coleo hoy; estoy enfermo, y hace tanto tiempo que no monto á caballo que, francamente, tengo miedo.

—Esa es la verdá, dijo Taritari.

Y mientras Pancho, se rascaba la cabeza y manoseaba las ancas de mi caballo, agregó:

—Caray, Dotol; présteme el bicho, que me ha entrado comezón. Si lo que quiere su taita es ve cae un toro de bolita, no arrastrao como éste de aurita, eche acá pá dale el gusto.

—Si el que quiere que él colée no es su taita sino Don Pépe.

En aquel capricho injustificable del viejo marido de Mimí, presentí una mira rencorosa, un secreto instinto de reto y de humillación.

—El es el que quiere verme colear? Pues voy á complacerlo. Si colearé. Pancho, dame tu blusa.

Pancho se quedó en franela.

Entonces me quité el paltó-levita gris, me vestí con el liquilique primoroso del llanero, y ajustándome la camarita, la alarmativa camarita, de un salto, y sin tocar estribo, caí sentado sobre el caballo, que, al sentirme, se paró en dos patas, jugueteó un rato y partió....

Los coleadores y la chusma me aplaudieron, apesar de no haberme quitado la funesta cámara.

En menos de nada llegué á la casa donde acababa de hablar con Mimí.

—Manuel, ¿qué es eso? estás loco? me gritó mi madre aterrada.

Pérez, apea ese niño lijero; mira que es capaz de medio matarse.

Mi padre me llamó y me dijo:

—Manuel, apéese: que las madres son muy miedosas. Qué se vá á hacer? Madre es madre....

—No, hombre, misia Elvira; déjelo para que aprenda á guapo; agregó entonces Don Pepe.

—Sí, Elvira; dijo papá. Déjalo, déjalo que colée.

Mimí con el rostro apoyado en una mano, parecía extraña á todo.

Para decidir aquel conflicto esperaba yo que élla hablara, y Mimí no profirió palabra.

—Vamos á ver ahora si usted es hombre, Doctorcito; continuó Don Pepe subiéndose los calzones.

Fingí no oír la impertinencia del viejo ridículo, y antes de que mi madre me exigiese nuevamente desmontarme, piqué el caballo, hice que se parara en dos patas, sobre las cuales giró de flanco, y soltándole las riendas y enardeciéndole con un chasquido, partí á unirme con los otros coleadores.

No había llegado al coso, cuando Taritari, ahogándose, corrió hacia mí, gritando:

—Dotol! Don Pepe que corra allá lijero, que la señora Panchita se está muriendo.

Oírlo y volar en auxilio de la que amaba, fue todo uno.

Los curiosos se apiñaban á la puerta.

—¡Pobre señora, pobre señora! decían todos.

—¡Manuelito! ¡corre!, ¡corre mi hijito, que Mimí se muere!

—Doctor: por los Siete Dolores de la Virgen, salve á mi pobrecita mujer que se me muere.

Largué las riendas y penetré á la casa atropellando á todos los que encontraba, dando empujones á izquierda y á derecha, como loco.

—Qué tiene Mimí? ¿qué tiene?

Las mujeres en vez de contestarme, me abrazaron llorando.

Mudo, los brazos abiertos, la cabeza caída sobre los hombros, en la actitud de un Cristo, el viejo Don Pepe caminaba hacia mí.

Un momento más, y me habría abrazado.

Fingí no verlo, y entré á la sala.

—Qué tiene Panchita, mamá?

—Nada, niño! Es que esta gente se alarma por

cualquiera tontería. Seguro que se apretó mucho el corset.

—Y dónde está élla? le pregunté.

—Dónde? En ese cuarto; pasa para allá; ó nó: espérate.

Si la enferma hubiera sido mi pobre mamá, estoy seguro de que no me habría asustado tanto.

Precedido de mi madre, seguí luego al dormitorio.

Allí ví á Mimí tendida sobre un catre, debatiéndose furiosamente entre un grupo de hombres y mujeres desconocidos.

Al mirarla, diagnostiqué un vulgarísimo y pasajero acceso de histerismo.

Al aplicarle valeriana, Mimi abrió los ojos.

—Es necesario que se retire todo el mundo y me abran esa ventana para que éntre el aire puro, dije ásperamente.

Mamá, desabróchale el traje para que respire.

—Manuelito, ¿no sería bueno que llamaras antes á su esposo.... para que estuviera aquí.... acompañándola.... tú comprendes que....

—Sí, mamá; llámalo.

Entonces ví que Mimí hizo un gesto de disgusto, y volvió el rostro á la pared.

Pero apenas hubo salido mi madre y quedamos solos, solos los dos, en aquella claridad deslumbradora, en aquel cuarto vacío hasta donde penetraba, como un insulto al dolor humano, el aullido ronco del pueblo que se divertia, Mimí se incorporó, me miró fijamente y como si no me conociera, se restregó los ojos cual si dudara de la realidad, y señalándome con el dedo, me preguntó:

—Manuelito! Tú eres Manuel?

—Sí, Mimí. Yo soy.

—Dios mío! Gracias, Dios mío! Yo te creía muerto. Manuelito.... Manuelito de mi corazón.

—Yo, muerto, Panchita? Qué te dijeron? Eso por qué? ¿Qué pasa? Dime!

—Cállate, me contestó con voz ahogada; cállate! Ahí viene ese hombre.... No colees.... A tu caballo.... le hicieron algo..... un peón..... El..... yo no sé quién

fue.... la cincha.... Ese hombre quiere.... matarte.... Qué desgraciada soy, Dios mío! Qué desgraciada! Y Mimí rompió en un sollozo sofocado.

No colees, ya sabes, no colees, prosiguió. Te matarías.... No me preguntes nada. Yo no sé nada.... Eso es... mentira... Me parece. . No colees, Manuelito...

Y se desplomó nuevamente sobre el lecho.

Mamá y el viejo entraron á poco.

—Panchita, Mimí; dijo él entonces, con voz melosa, ¿te sientes mejor, hija?

La enferma se agitó molesta en la cama; pero no le contestó.

Entonces lo adiviné todo!

El viejo, derrotado y humillado por mí en los gallos ¿quería vengar su dinero perdido con otros? ó era que comprendía que Mimí ya no lo quería; que yo le estorbaba y trataba de suprimirme?

¿Eran sus reales ó su honra, lo que aspiraba á defender aquel despojo humano tan imbécil como inútil, matándome? Seguramente lo primero. Sí: lo otro no estaba, no podía estar á su alcance.

Tranquilo, porque había ya escapado á su criminal ardid, permanecí unos momentos más en el cuarto; y cuando el viejo salió, con la cabeza baja, como si algo enorme lo abrumara, lo seguí.

Me proponía, para acabar de desesperarlo, de humillar y de vencer, desensillar el caballo, y en su presencia, cambiar de cincha y arrojarle la picada al rostro.

Pero al salir á la puerta, no miré el caballo.

—Cómo la encuentra, Doctor?

—Bien, Don Pepe; no se preocupe; la señora está fuera de cuidado.

—Alabado sea el señor, respondió el viejo, ufano.

—Y «Aguila Blanca,» papá. ¿Dónde está? Quién lo tiene?

—Guá! por ahí se lo llevó ahorita Pancho, que está loco por tumba un toro....

—Y dime una cosa papá: ¿tú sabes si Pancho le compuso la cincha á ese caballo antes de montarlo?

Don Pepe y yo nos miramos.

—Está mala la cincha, Doctor? Está mala.....? Cómo vá á ser eso? Usted sintió algo? Le pareció á usted que.....?

Nada le contesté.

—Para dónde están los coleadores, papá?

—Para abajo, Manuelito; y el que lleva la cola es Pancho. Vá á colear á dos manos. Qué piazo de caballo, Manuel! Se llevó á todos los otros en la salida lo menos diez cuerpos. Figúrate: enseñado por Fonseca! por el mapa de los coleadores!

Entonces corrí hacia donde oía el tumulto para ver si llegaba á tiempo.

Presentía una desgracia.

Una desgracia de que yo sólo, después de todo, era responsable y merecedor.

El gentío se apartaba y me abría paso.

¿Se imaginaban éllos que yo iba en busca de algún remedio? ó era que mi rostro demudado les infundía respeto?

—Páso, señores! Una licencita.... Disimule usted, caballero.... fue sin culpa. Es que voy de prisa.... Es Pancho el que lleva la cola? Pancho; usted sabe, el llanero.... No era él? Déjeme pasar, pues.... Tengo que ir corriendo á una diligencia. ¡Quítese para allá! Lo empujo, porque puedo hacerlo.... canallas.... ya volveré y hablaremos! ¡ya volveremos á vernos las caras...Usted no vé que estoy de prisa? Deme paso, hombre....

Cuando al fin hube atravesado aquella mole humana, y apurruñado, con la camarita abollada, y la blusa rota, salí al claro, ví algo espantoso, inolvidable, horrible, que me pasmó.

Dos bultos: uno negro y otro blanco, cayeron allá lejos junto de la empalizada, bajo las patas de los caballos lanzados á escape.....

Un grito de horror se escapó de mi garganta, y un hondo calofrío estremeció la multitud.

—Lo mató! Lo mató!

Los hombres se tapaban el rostro con las manos ó corrían hacia el lugar del siniestro.

Las mujeres aterradas se preguntaban unas ó otras:

—Quién fue? Quién fue?

Un trueno más cercano ya, retumbó bajo el cielo lívido.

Yo corría, corría....

Una esperanza me animaba todavía. Inútil esperanza!

—Epa! Epa! cuidado con el toro. Ahí viene ya. Está parado! Corre!

Los hombres se devolvían acobardados á ponerse en seguridad.

Sólo yo corría desatentado hacia el lugar por donde venía el toro cojeando, deslomado y perseguido nuevamente por un sólo coleador: por el rival de Pancho!

Los otros se habían desmontado y rodeaban al caído.

Cuando me acerqué, ví el suelo manchado de sangre y atravesé el grupo de curiosos, me convencí de la espantosa verdad....

—Pancho.... Pancho.... mi segundo padre, el mejor de mis amigos, era la víctima.

Maldito sea!

A quién maldije yo entonces? A mi corazón? Al cielo? A mi destino?

La desgracia mía le había tocado en suerte á un inocente.

Era necesario que hubiera sangre para calmar la sed feroz de venganza de aquel viejo miserable.

Y la sangre había corrido.... pero sangre de justo.... sangre que clamaba expiación.

Maldito sea!

Entonces juré vengarme.

Honra por vida! pensé.

La suerte estaba echada. Los dados corrían sobre el tapete y.... que Dios decida.

Lo que no pudo el amor lo obtendría seguramente el odio.

El odio, ah! Bendito sea ese último derecho del vencido!

El odio! el odio es santo; pero ha de ser exclusivo y único.

Yo comprendo que se pueda amar á muchos; pero odiar.... á uno sólo!

Muchos amigos y un enemigo.

Cuando á éste se le haya exterminado, busquemos otro y exterminémoslo también.

—Él cura! El cura! traigan corriendo al cura, porque Pancho se muere: se está muriendo.

—Un cura, nó: un médico, y aquí estoy yo; grité abriéndome paso á golpes y á empujones.

Lo que entonces ví no he de olvidarlo nunca.

Sobre un charco de sangre, desfigurado, inmóvil, rígido, Pancho parecía muerto. Tenía las piernas y los brazos torcidos por las fracturas, y en el medio de la frente, una herida honda, por cuyos labios brotaba en cálidos borbotones purpúreos, toda la sangre de sus venas.

Su boca partida, en una mueca que la inflamación hacía más dolorosa, era un bulto de carne deforme y cárdeno.

Sus narices y sus ojos desaparecían entre los coágulos sangrientos, y del cuerpo airoso y fornido de aquella víctima de la maldad de un miserable, sólo quedaba sobre el suelo enrojecido un montón informe de huesos, de entrañas reventadas, de miembros partidos, amoratados, negros, pisoteados por los caballos, empolvados, monstruosos, horribles...!

Un silencio espantoso reinaba en torno suyo.

Taritari con la cabeza baja miraba á Pancho y tenía de la rienda al caballo, desensillado. Mi pobre «Aguila Blanca» parecía enfermo.

Mi primer movimiento fue el de auscultar á Pancho.

Un poco de agua fría! grité! Un poco de agua, lijero.

Un muchacho corrió á buscarla.

Entonces me acosté al lado del contuso, y sobre el pecho ensangrentado le apliqué el oído.

Nada oí al principio....

Loco, desesperado, le subí la franela y apliqué nuevamente el oído sobre la tetilla izquierda, en aquel despellejamiento trágico.

Pero cuando me parecía oír un ruido intermitente y vago, revelador de vida, una voz de niño, la voz de uno de mis hermanos, en el gran silencio de los circunstantes, anonadados, pendientes de mi examen:

—Juancito, ¿y fue el caballo de Manuel el que lo mató? dijo.

—Taritari interpelado, alzó la cabeza; miró al niño; y con los ojos chispeantes por la cólera y el rostro pálido por la ira:

—Nó; el caballo no jué. Jué esa maldita mugé. Esa cochinaza que está ahí. Maldita sea! Malditas sean todas éllas. Mírala, Pedrito, mírala bien; aquella... aquella....

Y con el índice estirado como un acusador implacable, el infeliz muchacho enseñaba fijamente á la ventana, donde, entre otras, una mujer vestida de indiana azul, se prendía en el seno un ramo de flores de samanes y de alelíes.

Atraído por la curiosidad, me incorporé.

Entonces ví á la india acusada.

Un peso se me quitó de encima.

Por un segundo llegué á creer que la culpable era Mimí.

—Taritari, ¿Quién es esa mujer?

—Quién había de sé? la Josefita! La que volteó á éste! Y que matase así por una mugé. Cuando toas las mujeres juntas no valen una puntá é cabeza!

Pancho vivía!

¡Lijero una hamaca! grité: Vive! Vive! y yo respondo de que lo salvo y.... lo vengo!

Momentos después, una hamaca encobijada de rojo y seguida por el pueblo, atravesaba la calle silenciosa, sobre la cual se cernía una sombra de tristeza y de remordimiento.

El toro estaba tendido en el suelo y una pandilla de muchachos le daba con los pies y le quebraba el rabo para hacerlo levantar.

Al pasar nosotros, estiró las patas en una convulsión final; abrió la boca, y, al cerrarla, mordióse la lengua, cayó exánime, se le blanquearon los ojos y tras un sacudimiento agónico, se murió....

CAPITULO IX

Llueve desde anoche y en todo el día no ha escampado un sólo instante.

Las calles están desiertas!

Uno que otro peón encobijado atraviesa el pueblo chapaleando lodo y con el agua á los jarretes.

El viento frío, como viento de páramo, quebranta los cuerpos y da sueño....

De vez en cuando, una ráfaga furiosa corta las cañas tiernas, hace crugir tristemente los aguacates y los mangos que caen, desgajados, llenando el montarral de quejidos y de tumbos, y encrespa las ondas de la quebrada que comienza á enturbiarse y á arrastrar basuras y palitos podridos.

Los perros duermen enroscados como gusanos, al calor del fogón; y las gallinas empapadas, con las colas bajas y chorreando agua, persiguen en el suelo las recien nacidas viejitas y los comejenes alados.

En el patio, la lluvia resbala lentamente por las hojas agitadas, y una gotera escurridiza, al caer sobre una cantimplora vieja, produce extraña cadencia, semejante al tantán de los indios que crispa los nervios y predispone á la tristeza.

Ha habido anoche uno como milagroso reverdecimiento en los árboles.

Las hojas grises de ayer son ahora transparentes y parecen de esmeraldas.

Por los troncos fangosos, empolvados, resbalan chorreras de agua limpia, y bajo las oscuras cortezas rugosas, lavadas por la lluvia, circula la savia fecundante en plétoras que reventarán mañana en forma de retoños apretados, de cogollos tiernos, de botones y de flores aromosas, donde vendrán á emborrocharse las abejas y los tucusos cuando el sol caliente y echen alas los primeros tordos....

Ya las sabanas verdeguean á lo lejos entre las nieblas que se alzan de las cañadas y de los matorros; brotan á lo largo de los surcos los pimpollos de los primeros conucos; sobre los troncos quemados de la última roza, se posan los gavilanes; las perdices y las potocas corren presurosas en parvadas por el suelo bien-oliente, buscando granos para sus hijos y pajas para sus nidos; y entre los tunales y los quiebrahachas, sobre los techos y las empalizadas, se requiebran de amor las mansas tortolitas que luego se irán á anidar en lo más oscuro y reservado de los paraparos en flor.

En breve, crecerá el granadillo vivaz. Unos días más, y le dará por las tetas á las vacas y ocultará los retozos de los becerritos juguetones y las primeras citas de amor de las muchachas del pueblo....

Sobre sus espigas balanceadas por la brisa vendrán á posarse hasta doblarlas, las bandadas alegres de chirulíes, y en sus macollas hisopadas de leche, de la leche caída expontáneamente de las repletas ubres, se agazaparán gozosos los conejos.

Luego, los samanes, los caros y los guásimos se cubrirán de nuevas hojas; y, bajo el follaje fresco y verde, relincharán de amor los caballos padres y las yeguas en celo. Los toros matreros lanzarán sus agudos gritos de guerra y se batirán como espadachines, esquivando las rápidas cornadas que salpican de sangre al suelo y á la hierba,—y que, cuando no penetran en la carne, marcan las pieles erizadas llenando el aire de olor de cacho quemado,—avanzando, retrocediendo; ganando terreno ó perdiéndolo; empujándose por los testuces y bramando, mientras que la hembra, alguna novilla virgen, rumiará tranquila,

mirando el campo con sus grandes ojos cándidos y aguardando junto con el desenlace de aquel duelo á muerte, el salto frenético que la dejara madre.

A la orilla de la laguna, entre las hierbas anegadas, sobre las hojas flotantes, se posarán los yaguazos y anidarán los chillones gallitos de laguna y las gaviotas tristes. Las babas escarbarán en el cieno para desovarse. En los huecos de los troncos viejos horadados por los carpinteros de copetes azules y alas javadas, asomarán sus cabecitas verdes los pericos; los colgantes nidos de los arrendajos y de los turupiales se agitarán removidos por la cría nueva; y los lagartijos y las culebras, se retorceran entrelazados sobre la arena ardiente ó en las ramas de los árboles, llenos de azulejos, de paraulatas clamorosas y de toches, regocijados todos y enardecidos por los primeros aromas de vida y la embriaguez sexual de la primavera que ya enciende las corolas y la sangre, hace brotar el arrullo de los buches, la pluma nueva en el ala rota, pimpollos en los surcos, esperanzas en las almas enfermas, sonrojos en las mejillas candorosas, capullos de rosa en los nacientes pechos de las niñas, como si labios invisibles se los besaran; arreboles de oro en los ocasos, cintas de púrpura y de gualda en el oriente, y en la tierra y en todo.... Amor!

Sí; tras las lluvias melancólicas, la naturaleza se ataviará para las nupcias universales de los seres y de las cosas y se mostrara opulenta, tentadora, impúdica, en la desnudez de sus carnes aguijoneadas por el deseo, de sus flores abiertas para la fecundación, de sus frutos, redondos como pechos inviolados, y de sus ramas, entrelazadas á manera de brazos en el frenesí de un espasmo lujuriante y formidable!

Y hombres y plantas, y savias y sangre, y frutas y flores, y vegetales y almas, prorrumpirán en el himno grande de la vida; y acojerán delirantes, transportados, convulsos, el advenimiento de Amor, última religión de las almas y de las cosas que no la tienen; de Amor, espíritu ignoto que empuja los sexos y enciende las mejillas de las niñas; de Amor, que humedece los labios de las novias y reseca los labios

del Tribuno; y perfuma en los incensarios del altar, y es fuego fecundo en las entrañas de la tierra y en las entrañas de los seres, rugido en el león, bramido en el toro salvaje, irisación en las delumbrantes alas, esencia en las flores, torrente lírico y fúlgida erupción de estrofas en el poeta, luz en el cocuyo y canto loco en la garganta de los pájaros De Amor, hermano de la muerte por el éxtasis y padre de la vida por ministerio del polen y del beso. De Amor, la ley suprema que virtualmente deroga todas las otras, injustas, de los hombres. De Amor que arde en la bujía del pensador y en los corazones dilectos. De Amor que niveló los hombres, emancipó al esclavo, confortó al mártir, exaltó las inteligencias, igualó al rey y al obrero, al noble y al plebeyo. De Amor, señor único, ante el cual se descubren los amos y los siervos, el autócrata y el súbdito, el carcelero y el preso, los oprimidos y los opresores. De Amor, que sacude los tronos y hace temblar á los expoliadores y que en su marcha triunfal, suprimirá las fronteras de los pueblos y de los corazones, las restricciones del odio, las maneas de la filosofía, los despotismos de las leyes y de la multitud: la razón de Estado, el presidio, el pauperismo, los vínculos indisolubles, el tirano y el verdugo, la horca y el monopolio, la aristocracia y la canalla; y que después de haber destrozado la última cadena y derribado al último ídolo y libertado á la última víctima, conducirá á las nacionalidades y á las almas, reunidas en confederaciones de intereses y de ideales y en conformidad de simpatías y de anhelos, á los últimos funerales del odio; á la apoteosis de la humanidad victoriosa al fin.... ¡A la libertad!... ¡á la igualdad!

De codos, en la ventana de su dormitorio, Mimí, que, desde la caída de Pancho, se había encerrado sin querer ver á nadie, oía, melancólica y abatida, gotear la lluvia en los árboles frondosos del jardín....

En aquel momento se encontraba más sola que nunca y se juzgaba desgraciada hasta la lástima. Sus veinte años, su juventud lozana y fuerte y su belleza, condenados á la reclusión del convento y á

los tedios del abandono, de aquel abandono de todos sus anhelos de mujer en que vivía, le parecían indignos y de buenas ganas los habría trocado por una fealdad ajada por el tiempo pero dichosa y meritoria.

Ave encerrada en jaula primorosa, rodeada de todas las comodidades con que un viejo imbécil quería hacerla olvidar el nido y los campos verdes, ¿qué placeres, que regocijo podía ofrecerles la vida? La dicha no era seguramente aquel lujo insolente, aquella prodigalidad de obsequios y de joyas. Nó; la dicha es otra cosa: ¡es el hogar poblado de alegrías y de gritos infantiles!, es el esposo siempre enamorado y siempre satisfecho!; es el pan saboreado, como quiere la Escritura, junto con el que se ha amado una vez..... Y élla, no tenía eso!, no podía tenerlo nunca!.... jamás!

Las rosas, las rosas blancas y tristes, brotaban bajo su ventana y escarchadas de gotas de lluvia temblaban sacudidas por las brisas. Y eran las rosas-tes, semejantes á mejillas de niñas muertas en la pubertad sin haber conocido los rubores de la culpa; y eran rosas de nieve, rosas de pétalos gruesos, semejantes á los pétalos de las rosas de porcelana que ofrendan á los muertos sobre las tumbas y que no se marchitan nunca! Y eran rosas pálidas, como frentes de rubias agonizantes; y rosas amarillentas por el tiempo, casi lívidas; rosas funerales, verdaderas rosas de sepulcros; incoloras, lánguidas, enfermas como élla, por falta de sol y de ardores y de cielo.

Ante sus ojos desfilaban ahora las escenas de su primero y dichoso amor de adolescente. Volvía á verse, cogida del brazo con el joven que había amado en el florecer de su nubilidad, bajo los bucares encendidos de gallitos, despojados de sus hojas, á la caída de las tardes. El la decía frases de amor ardiente; pero lo que élla prefería sabre todo, eran sus silencios; cuando él callaba y arrobados, mudos, estáticos, los dos se miraban y sentían que sus almas se penetraban por los ojos, en la ansiedad de lo desconocido....

Desde el fondo del jardín, se levantaba y ascendía ahora hasta élla un olor lánguido: el fresco olor de las rosas purpurinas! Sí, las conocía bien; porque muchas veces había permanecido horas enteras ante ellas, expiando el desgarramiento de algún capullo ó sorprendiendo el lento descogimiento de los pétalos; y luego eran de todas ellas, las preferidas.

Y recordaba que, en el suelo, bajo los naranjos y al pie de los guayabos, las había pequeñitas y rojas, como gotas de sangre fresca; y más claras, casi linfáticas, siempre desmayadas, como bellas durmientes que aguardaran el beso de un novio para enrojecerse y vivir. Y las había matizadas de rosado como las alas de taras, ó de blanco, como los caracoles de la quebrada; y también las había grandes, las verdaderas rosas de cien hojas, encendidas como ascuas; y las de pétalos renegridos, como tostados en el propio fuego de sus corolas; y todavía más oscuras, más bellas, más trágicas, las rosas de Jericó que conservan en sus cálices encrespados, en sus corolas caprichosas, las quemaduras del desierto y el matiz sanguíneo del corazón del árabe degollado por el sultán caprichoso en los días de la leyenda para revivir los capullos muertos....

Aquel joven, aquel pobre joven la hubiera hecho feliz. A su lado, es cierto, no tendría riquezas; pero para qué necesitaba ella de aquel oro impuro mojado en lágrimas, en muchas lágrimas, con todas las lágrimas de la miseria despojada! Para qué? Si apesar de eso era casi una mendiga, tanto, que, muchas veces se acostaba sin comer; sin querer probar un bocado del pan amargo que la daban en cambio de humillaciones increíbles y de complacencias deshonrosas é inútiles, siempre inútiles, tras las cuales quedaba extenuada, rendida, mientras que la repugnancia del macho y de su sexo le subía como un vómito asqueroso á la boca, en el deseo de una purificación rigurosa. Con él habría tenido amor; habría tenido quién la quisiera, quién la adorara, quién la besara religiosa y castamente, como se besa á las mujeres honradas; sin que el fetor de lo deshonesto viniera

á ensuciar el ala del ángel ni á mezclarse con el perfume de las carnes ungidas por la bendición de la fecundidad....

Sobre el hedor de podre de las flores de los totumos vecinos que crecían á la orilla del río, triunfaba ahora el aroma de las acacias blancas, de las acacias rojas y de las acacias azules, símbolo de la fecundidad casta, y puro emblema del amor santificado por la fructificación sana y próspera, de la multiplicación ordenada por Dios. Y olía también á hierbas del campo y á azahares deshojados, muertos, dispersos á todos los vientos, mientras que, en la rama prolífica, cuajaban los frutos de oro; y también á flores de manzanos desprendidas como pañales cándidas al asomar la poma generosa; y á flores de café volando en una lluvia de copos de nieve al despuntar el grano, primero, verde como la esmeralda, y rojo después como el coral....

La repugnancia por él, sí, la repugnancia indomable, y el odio, el desprecio de sí misma; eso era cuanto le quedaba de las caricias de sus noches, desde hacía más de un año en que pedía á Dios un hijo, una criatura que la purificara de tantas abominaciones, un ángel que la enseñara el camino del cielo. Ay! pero Dios no la oía y sus vanas, sus infundadas esperanzas, no llegarían á realizarse nunca. Todo lo había intentado y hasta la salud estuvo á pique de perder con una droga diabólica. Se creía ella, en su inocencia del misterio de la vida, la estigmatizada de esterilidad; y fué necesario la declaración de integridad de un sabio médico de Caracas, tan profundo filósofo como diagnosticador incomparable, para reconciliarla consigo misma. Pero entonces no sucedió sino lo lógico. Comenzó á desdeñar á su esposo, al infeliz anciano que un día le confesó todo de rodillas....

Ah! con que no era ella la culpable, sino él? Y por qué no se lo dijo en tiempo oportuno? por qué continuaba al lado de ella y no se iba muy lejos, y la dejaba en paz, estéril pero honrada y pura, sin enlodar su virginidad, aquella virginidad contra la

cual sólo el beso de un hombre en una hora de enervamiento había conspirado? y que habría de llevarse al sepulcro como un trofeo, pero también como una corona de espinas, como cilicio mortificante y cruel....?

Entonces, exhalaron sus aromas febriles los claveles blancos y los matizados y los encarnados y también los rojos, como la sangre del toro; y los negros, aterciopelados, de capullos largos que, al romper el broche simulan un desbordamiento de tinta perfumada. Y aquellas esencias febriles la turbaban hasta el delirio y la traían de los ignorados sensaciones desconocidas, calores rápidos como de bocas que pasaran dando besos en la noche, visiones turbadoras, desprendidas de la penumbra de un recuerdo adorable, tanto más doloroso y punzante cuanto que él era como el preludio de lo imposible....

Dios! el Dios de los cielos no la había oído, no había atendido sus ruegos llorosos. Ay! estará muerto el Dios bueno que hizo fecundo el vientre de Sara y habrá cedido su trono al Dios feroz que prefiere á las Jephtes? ¿No eran bastantes, Señor, sus penitencias? aquellas largas penitencias que la hacían guardar cama y que la martirizaban hasta caer en el delirio, en la locura, en el vacío, en el anonadamiento del éxtasis?

Sus noches de oración, aquellas noches pasadas en vela, de rodillas sobre el suelo frío, humillada en las tinieblas que tanto la aterraban, que la hacían llorar de miedo, en espera del signo, del anuncio que indudablemente precedería al milagro, eran pavorosas.

Una fe profunda la exaltaba.

Dios seguramente oiría sus ruegos doloridos, y cada vez pensaba que el soplo creador del caos, haría también fructificar sus entrañas impotentes.

Sí, Dios es la vida, es el amor, es la madre! Dios tiene necesidad de los niños para la perpetuidad de su fe y para su glorificación. ¿No son éllos los que de rodillas en los lechos tibios, las manos juntas, el éxtasis en las pupilas y la sonrisa en las incontaminadas bocas adoran su nombre? y muertos, después

que los han colocado en sus urnitas blancas, los ojos cerrados, las manos atadas y entre ellas un ramo de níveos azahares; ¿no son éllos también los que convertidos en ángeles por la prolongación del cariño, cantan sus alabanzas en el místico jardín de la cristiana ilusión? Ay! si al menos le fuera dado úno.... tan sólo úno, por un momento siquiera, por lo que dura un beso, por el espacio de una noche, como esas flores tímidas que huyen á la luz y que se marchitan con los primeros indecisos fulgores de la aurora, ay! Dios mío! ay, buena Virgen! cómo bendeciría después las obras del cielo; cómo adoraría sin descanso tu santo nombre; cómo se consolaría de la anterior tristeza y se juzgaría protegida de la Divinidad en lo porvenir....

Pero Dios no quiso oír los ruegos de su devota, y el ansiado milagro no se realizó....

La lluvia había cesado, y ahora, de la tierra, de la tierra húmeda, subía un vapor caliente de germinación y de retoños. Olía á savia, á simientes fermentadas, á granos fecundos, abriendo trabajosamente sus cortezas protectoras para dar paso al pimpollo tierno y débil. Y era, en los árboles y en los nidos una sorda ebullición de vida, de píos delicados, de aleteos rápidos, de estallidos imperceptibles disimulados en la sombra, en las tinieblas, que fingían cabezas trágicas de los árboles, y fantasmas envueltos en sudarios blancos de los azahares florecidos, sobre los cuales se dormía un triste claro de luna nueva.

Y como si las flores del jardín, aguardasen solamente aquel primer rayo de luna, que rompiendo las nieblas y las sombras, caía como una irrisión sobre la naturaleza desolada y sobre aquella frente de mujer donde rugía la tempestad, para prodigar todas sus esencias, la orgía de aromas nocturnos comenzó.

Era como la fiesta de la primavera. Y las flores, doncellas de honor del cortejo, vaciaban á los pies de la reina todas las fragancias de sus corolas henchidas. Primero pasaron las rosas, esparciendo en el aire, al desabrocharse el corpiño, como niñas locas, sus olores de carnes vírgenes, recién salidas del baño;

y tras éllas, como si las persiguiesen, los claveles efebos precoces, que derramaban todo el néctar de sus ánforas. Las violetas recatadas venían después, seguidas de los alelíes azules, cavilosos y pensativos; pero exhalando, como los viejos libertinos, sus perfumes de vértigo y de seducción; y los lirios, y las amapolas, y los geranios, y las peonías, y las resedás, y las madreselvas voluptuosas, y las pálidas florescencia de los samanes y de los apamates y las enervadoras de los naranjos y hasta los pobres capullos de las tunas, volcaban al paso de la diosa que venía, abriendo botones y reviviendo gérmenes, toda la esencia de sus pétalos y todo el néctar de sus cálices, en un frenesí de aromas, en una loca alegría de cortesanas ebrias.

Pues que nadie se compadecía de su dolor; pues que nada en el mundo ni más allá podría devolverle la integridad de su sér; pues que la ley le imponía fidelidad á aquel hombre y de esa sumisión á la ley emanaba esta infracción de la naturaleza que se llama la infecundidad voluntaria; pues que la sociedad la condenaba á élla para poner á salvo un principio, y Dios no acudía en su auxilio como en los idílicos remotos tiempos de Abraham y de Jacob. .. ¡élla se sublevaría contra ese cielo inclemente, contra ese ceñidor de hierro que la mutilaba, contra esa tiranía de los más que la torturaba, contra ese Dios tornadizo que primero había dicho: «Creced y multiplicáos,» y que luego, por boca de sus santos y de sus Doctores, proclamaba la eternidad del vínculo, del vínculo estéril. Sí, en nombre del corazón, en nombre de su sexo inmolado, en nombre de sus anhelos de mujer, echaría lejos de sí el estorbo y.... ¡se haría madre! Cómo? Ella misma no lo sabía. Algo clamaba en su seno; algo adorable se estaba día y noche palpitando, como una idea confusa, como una frase que no se acierta, en las fuentes de la vida. Y cuántas veces sus manos se extendían hacia aquello desconocido que vivía con forma indescriptible pero amable; cuantas veces sus labios se recogían para el beso de la primera maternidad, una valla de ritos y ceremo-

nias, una comparsa de jueces, alguaciles y abogados, se interponía como valla infranqueable, y entonces sus brazos caían exánimes, sus manos enjugaban en vez de un cuerpecito tibio y deliciosamente suave un puñado de lágrimas candentes, y sus labios, en vez del «*hijo de mi amor*,» que pugnaba por escaparse, murmuraban: «gran Dios; pero estaré yo loca?»

Loca, sí; estaba loca de amor maternal; y era necesario satisfacer el instinto sofocado en élla, ó morir.

Sus labios pronunciaron entonces un nombre: el mío!

Fué como un suspiro....

Después de todo, ¿qué importaba? ¿no nos habíamos amado una vez? ¿no nos amábamos todavía, sin que élla y yo nos atreviéramos á confesarnos recíprocamente nuestra culpa?

Aquellos claveles! Ah! las flores de voluptuosidad, las flores de deleite, continuaban siempre exhalando sus aromas turbadores y febriles en una reiterada excitación de ternuras y de confidencias íntimas; y como si todavía fuera débil aquella invitación, aquella muda plegaria de los cálices que, en el trastorno de la alucinación, se figuraba acariciándole la espalda y el pecho, brotándole de todas partes, como si élla misma fuera una planta de poderosa florescencia: de los labios y de los ojos, del seno y á lo largo de los brazos, de las orejas y de los pies, subiéndole, subiéndole siempre y vistiendo su cuerpo de corolas y de hojas hasta quedar prisionera de los claveles victoriosos, las rosas y los azahares reiteraron sus llamamientos de complicidad y de provocaciones diciéndole al abrazarse á sus carnes, al trepar por sus caderas, al surgir triunfales y lascivos de su túnica viviente de claveles y del alabastro de su seno; que era necesario amar, amar, hasta caer postrada por la dicha, con los ojos llenos de fulgores; como aman venturosos los pájaros; como aman éllas las flores en un anhelo de vida y de reproducción incansable y milagrosa.

Entonces no pudo más, y se entregó sollozando á la obsesión de las flores; y como en un diorama desfilaron

ante su vista de febricitante, todas las escenas de maternidad que conocía.

En el desdoblamiento de su espíritu, ella se veía y se sentía madre, mientras sus caderas se deformaban en la expansión de la vida; mientras su seno se hinchaba; y creía encontrarse, sentada penosamente sobre el lecho, aderezando la canastilla del *esperado*, marcando las suaves camisitas de batista con cifras enlazadas; y más tarde, adolorida, quebrantada, pálida por el alumbramiento; pero radiosa, dulcemente sonreída, estrechando contra el rebosado seno el pedazo idolatrado de su carne, el recién nacido, mientras que el médico, muy serio, muy formal, preparaba el lavatorio purificador y las fajas de hilo que habían de evitar la salida del ombliguito y los horribles tétanos....

Y luego, veía á su hijo, sonrosado y gordo como un ángel de cromo, mordiéndole el seno en vez de mamar; alargando sus bracitos regordetes, en los cuales tenía una menudita pulsera de coral de la que pendía un diente de caimán montado en oro, para evitar el mal de ojos. No porque ella fuera supersticiosa ni creyera en brujerías, sino porque esas cosas nunca estaban de más y luego, son tan ingenuas y tan bellas!

Y lo veía después, crecer en gracias y en infantil travesura; correr descalzo tras los gatos; hacer rabiar los perros, arrancar las flores del jardín y golpear las cargadoras; y entonces, cuando se sentía cansado, cuando tenía como claveles las mejillas y fatigoso el aliento, y las manitas, las manitas blancas como la leche, llenas del polvillo de oro de las mariposas mutiladas, entonces venía á tender su cabecita rubia en el regazo de ella, que le preguntaría fingiéndose enojada, por qué había matado los animalitos de Dios; y le haría prometerle que no volvería á hacerlo y.... lo besaría....! y lo besaría....!

Pero, de pronto, se encontraba en una sala amplia llena de flores y de banderas y de señores, muy serios y muy sabios, vestidos de negro, frente á una mesa en que había muchos libros viejos y un tintero; junto

al banco, donde su hijo vestido de blanco y ansioso de lucirse, contestaba las preguntas del primer examen en la escuela del pueblo. Y lo veía responder con desembarazo, prontamente, como si tuviera combinadas las respuestas, con la frente y los ojos iluminados por el fuego del talento, entre los aplausos y la admiración de los circunstantes, que reconocerían á su hijo en aquel niño talentoso, y que la envidiarían y la felicitarían cuando lo vieran salir de la prueba, victorioso, premiado, llorando de alegría, con una banda azul cruzada por el pecho en que se leería *Premio* y muchos libros bajo el brazo, muchos libros de cantos dorados, en cuyas primeras páginas escribirían los señores sabios sendas frases lisonjeras que serían la consagración de su maternidad,

Y el niño seguía creciendo; pero ahora lo observaba taciturno y melancólico; quejándose de dolores en la garganta, tan fuertes que, casi no podía respirar y ardiendo en fiebre. El médico al verlo diagnosticaba el *croup*, el terrible enemigo de las madres que iba á arrebatarle su tesoro. Cómo lo salvaría? La operación cruel seguía después; pero en la operación sucedía que se quedaba muerto, blanco, blanco, exánime, sobre la camita ensangrentada. Y entonces se veía ella corriendo al cementerio, llevando una urnita blanca apretada contra el pecho y cubierta de lirios, mientras que los niños huían á su paso y el sacerdote, sólo el sacerdote la acompañaba bajo aquella lluvia fina que lavaba las tumbas y hacía cabecear los cipreses, en busca de la fosa que debía tragarse á su hijo.... ¡á su hijo....!

Mas en la lógica de los delirios, resultaba que su amor se había salvado y que el niño convalescia rápidamente y tanto que, en breve, sus cachetes parecían amapolas y sus ojos lucían más azules que antes y podía volver á la escuela, donde los amiguitos le contarían que creyeron verlo muerto y el maestro le pondría para el día siguiente una buena lección de geografía, que él aprendería ahí mismo, porque era tan estudioso que, en su misma reclusión de convalesciente, en vez de juguetes, había

pedido libros con muñecos. Y sabría en breve tanto como el maestro, tanto que, un día, iría éste á hacerla una visita para decirla entre avergonzado y satisfecho que ya nada más tenía que enseñar á su hijo y que sería bueno enviarlo á un colegio de Caracas, porque era lástima que un niño de tanta disposición, se perdiera sin estudiar. Bien sabía ella que eso causaría muchas envidias, y que, un día ú otro, no faltaría un infame que le echara en cara la ilegalidad de su nacimiento y lo afligiera enrostrándole su bastardía y desafiándolo «á que fuese á preguntarle á su madre, de quien era hijo él.»

Y lo veía humillado, triste, sin atreverse á hacerle la cruel pregunta, y cayendo en sus brazos sollozando de ira, de vergüenza y de piedad; hasta que, ella, adivinando la profunda gravedad de la herida y sin querer decirle la espantosa verdad por temor de matarlo, lo sentaría sobre sus rodillas, le diría que cruzara los brazos, los cruzaría ella misma; y en la amargura de su remordimiento y en el perdón de la ofensa, rezaría el *padre nuestro* en voz baja para que él lo repitiera y el divino bálsamo de la oración calmara los resquemores de la úlcera que corroería sus ilusiones y ennegrecería su porvenir....

Padre nuestro que estás en los cielos.... Venga á nos el tu reino.... y perdónanos nuestras deudas como nosotros perdonamos á.... nuestros deudores.

Mimí no pudo más!

Los sollozos la sacudían rabiosamente y encendían su rostro.

Me quieres? dijo después en voz alta, al recaer en el vértigo de la alucinación ¿me amas mi hijito? me quieres después de todo....?

Y como nadie le respondiera, un calofrío de horror pasó por la noche y en el gran silencio su propia voz la despertó. Entonces, sorprendida de encontrarse á aquella hora en la ventana, frente al cielo negro, sus dos manos se extendieron hacia las tinieblas despiadadas, en un gesto de protesta y de desafío; y enloquecida por las fragancias de las rosas, de los

claveles y de los lirios húmedos; oyendo siempre el grito de las cosas que decían sin cesar: *Amor!* resuelta, convencida, soberbia, corrió desalada á la mesa, donde, entre un manojo de rosas, siempre de rosas! había una manilla de esquelas cifradas, escribió en un sóbre mi nombre, y guardó dentro de él, presurosa y convulsa, un pliego que contenía esta sóla palabra: Ven!

CAPITULO X

A la cabecera del lecho de mi amigo enfermo, velaba yo esa misma noche, y leía un libro de Taine, cuando sentí llamar violentamente á la puerta.

Alguno que me solicita, pensé;

Y sin quererlo, recité mentalmente un verso de «El Cuervo,» de Pöe.

Taritari sobresaltado corrió á abrir.

—Quién es? preguntó desde el cuarto.

Los golpes siguieron más violentos que antes.

—Qué quién es?

—Gente de paz....

—Adelante...!

Taritari abrió con recelo la puerta, y una mujer entró ahogándose y sin saludar á nadie:

—Que manda á decir la señora que cómo sigue el enfermo, y que por qué no ha vuelto Julito?

Mi sirviente se abalanzó á la muchacha para abrazarla en la oscuridad.

—Estate quieto, Taritari; estate quieto; le decía la muchacha debatiéndose; mira que se lo digo á la señora para que no seas tan atrevido. ¡ Aquí, misia Elvira!

Esta amenaza de queja serenó á Taritari.

—Acaba de decir, pues, ¿qué es lo que vienes á buscar aquí á estas horas, mujer?

Mi madre, que desde su cuarto oía la discusión, le contestó:

—Dígale á la señora, que el enfermo está mejor, y que muchas gracias por sus cuidados; y que Julito está muy lidioso y por eso no se lo he mandado.

Pero la sirvienta no hizo movimiento de marcharse, y con voz melosa y queda, le preguntó á Taritari:

—Taritari, mira, hombre, dime una cosa: ¿el Dotol está pallá dentro con Pancho?

—Sí, ¿por qué?

—Porque yo quisiera vé al enfermo.

—Y paqué quieres tú velo? Pa tené que conversá después? Acaso ese es algún santo? Yo te lo dejo vé con una condición, eso sí.

—Dila, pues! Cuál?

—Si me abrazas.

Desde mi cuarto, que lindaba con el zaguán, escuchaba yo impaciente el murmullo de sus voces.

—Quién es, Taritari? grité irritado.

—Naide, Dotol. La sirvienta de misia Panchita que ha venío á preguntá cómo está Pancho, y ahora quiere metese pallá dentro, pal cuarto suyo. Qué le parece? La dejo entrá?

—Pues, déjala que pase y anda á buscarle una silla.

Taritari siguió á la sala; y antes de que regresara con un taburete cojo, elegido intencionalmente, la muchacha sirvienta, que venía con el traje descompuesto y desgreñado el pelo, me dió una carta; y recogiéndose las faldas, se alejó, esparciendo en el cuarto un fuerte olor de cocina y de verduras.

—Dotol, la contesta la llevará usté mismo, agregó élla, porque ya el río vá á crecé, y lo que soy yo me voy antes que me coja la creciente del lao acá.

En el sobrescrito reconocí la letra de Mimí; y al rasgar nerviosamente la cubierta y abrir ansioso el pliego, leí esta sóla extraña palabra: VEN!

Nadie firmaba esa esquela!

—Guá! tú no y que querías ve á Pancho? ¿por qué te vas ahora que te traigo el mecedor y ya te iba á llamá la señora paque te recebiera la visita?

—¡No seas tan requeterepugnante, Taritari! Tú siempre estás con cosas coñ las mujeres, porque sabes que no te pueden dá un porrazo duro. Pero, aque no se lo jaces á un hombre? Aistá!

La muchacha siguió á su casa, y á poco entró mi madre al cuarto.

—Manuel, ¿á qué vino esa mujer?

Yo guardé la carta entre el libro, y, al cerrarlo, le contesté:

—A preguntar por Pancho, mamá. No quieres sentarte?

—No, hijo; ya me voy; era que yo creía....

—No seas tan maliciosa, mamá. Qué te figurabas tú? le dije sonriéndome.

—Nada, hijo, nada. ¿Sabes lo que me figuraba? que había algún enfermo casa de Panchita, y te mandaban á llamar....

—No, mamá; ¿qué enfermo van á tener allá? es que élla se interesa por Pancho.... Tú sabes bien la causa....

Yo no sé si mi madre quedó convencida.

Antes de irse, se acercó al enfermo y le tomó el pulso.

—Manuel, me dijo gozosa, ya Pancho no tiene fiebre; tócalo para que veas!

—Sí, mamá; ya está fuera de peligro. Ya verás como dentro de poco andará otra vez corriendo por la sabana y coleando toros.

—No, niño; cuidado con eso! porque puede volver para atrás, y entonces si que....

Bueno, hijo; que pases buenas noches. Si algo se te ofrece, no dejes de llamarme.

—Pierde cuidado. La bendición, mamá.

Mi madre me bendijo, y al dejarme sólo, volví á leer la inquietante carta: *Ven!* ¿Qué significaba aquel llamamiento anónimo? Era un ardid del viejo? Era que Mimí estaba enferma? Era que....? Dios mío! Imposible!

Resuelto á salir de mi incertidumbre, me puse una blusa limpia y me armé, pero al tomar el sombrero,

se me ocurrió una dificultad. La puerta de la calle estaría seguramente cerrada, y al sentir abrirla, mi madre se afirmaría en sus dudas y todo se echaría á perder.

Resolví entonces esperar que todos se durmieran y seguir leyendo.

Pero en vano. No podía leer.

Las letras del texto se desconcertaban, se barajaban, se revolvían, y de la mágica confusión surgía esta frase mil veces repetida en cada párrafo con caracteres fulgurantes trazados por la mano de Mimí: ¡VEN!.... ¡VEN!.....

A las once de la noche reinaba en la casa el más perfecto silencio.

Mi padre roncaba en su hamaca, como un tiburón barado, y Taritari, recostado á la pared, se cabeceaba.

—Muchacho! Mira.... Taritari! ¿me estás oyendo? ¡despiértate! soy yo!.... ¡escucha!.... ¡despiérte, hombre!.... ¡qué muchacho tan dormilón éste!.... oyes? Tengo un enfermo; tengo que salir.. .. no digas á nadie nada; y si á las seis no he vuelto, me buscas del otro lado.

—Está bien, Dotol. No quiere que lo acompañe?

—No! Duerme.

Temblando de frío, atormentado por la indecisión, con la carta apretada en una mano, conteniendo la respiración, y en puntillas de pie, llegué á la puerta.

Una alegría loca me sobrecogió.

La puerta de la calle estaba abierta y el viento jugaba con sus batientes.

Me lancé resuelto á la oscuridad, y en breve corría por el callejón de poma-rosas que conduce á la quebrada.

La noche estaba negra, y en las copas de los árboles lanzaban sus espeluznantes chirridos las lechuzas.

Pasé el tranquero, deslizándome por entre las varas; y al caer del otro lado, por primera vez en mi vida sentí miedo.

Sí, miedo....

La noche estaba negra, negra como la tinta; los

perros aullaban lastimosamente en los ranchos; y uno como tumulto rugiente de vecina catarata, llegaba amenazador hasta mí.

La lluvia había borrado todas los senderos; y, sin saber cuando, me perdí en la tiniebla espesa, bajo los matorrales, frente al río hinchado por la lluvia, que todo lo invadía, y que en las vegas y en los recodos golpeaba contra árboles y piedras el cenagoso caudal de sus aguas.

¡Qué espantosa creciente!

Si Don Pepe deseaba matarme, nada le era más fácil que ejecutarlo en aquellos momentos de sombrío estupor.

No sabía ya adonde dirigirme.

El río había invadido la arboleda, y al caminar por entre el cañamargal, hundíame á cada paso hasta las rodillas en el lodo tibio y fétido.

La creciente había arrasado las riberas; y ante mi vista no aparecía sino una masa siniestra y viscosa como el alquitrán, que rodaba hacia lo desconocido; y sobre la cual vagaba el reflejo de los cocuyos, y asomaban y desaparecían, cosas informes, bultos indescriptibles, sombras medrosas.....

Un relámpago me orientó....

A su cárdeno fulgor pude observar que la creciente se había llevado el puente: aquella viga amarrada con soga á un estacón.

Al comprender que estaba incomunicado, pensé regresarme á mi casa, y al día siguiente disculparme con cualquiera que fuese el autor de aquella carta, pretestando la gravedad de mi enfermo y mi ineludible deber profesional.

Pero, Dios mío!.... ¿Y si era que Mimí estaba enferma?

Mentalmente volvía á leer la carta aquella; y veía su letra menudita, un tanto caída y temblorosa. Mis ojos entonces se clavaron en la opuesta orilla con las ansias del deseo: en la opuesta orilla, donde divisaba algo blanco, la casa recién pintada, donde mi enemigo, ó mi novia tal vez, me esperaba.

Ah! qué lejos estaba en aquel momento!

Un largo suspiro se escapó de mi pecho y me recosté, casi llorando á un árbol.

En la fijeza de mi mirada, en la hipnotización de lo negro, en la alucinación de mi deseo, sobre las olas turbias y rugientes, entre la cintilación errante de las luciérnagas, me pareció ver que las tinieblas se condensaban en un sólo punto que crecía poco á poco y se iluminaba en una serie sucesiva de colores tiernos; ondulaba, se retorcía, adquiría reflejos serpentinos y temblorosos como las luces de los coches en los pavimentos mojados, reflejos que luego se reducían al centro, en un foco que lentamente tomaba forma humana, la forma inquietante de una estatua circundada de fosforescencias rojas, amarillas y verdes que brillaban un momento y se desprendían luego como silenciosas gotas de llanto, como lágrimas de oro de alguna fantasía pirotécnica....

En el peinador blanco de la estatua, en los brazaletes, en las sortijas, en el gesto de hastío y de fiebre; en los ojos de algas marinas, sobre todo en los ojos, melancólicos y perversos, mágicos y tiernos, dormidos é imperiosos; en sus ojos que recordaban las aguas frescas y glaucas, las aguas que calman la sed, las aguas que dan las fiebres y las que tienen calofríos deliciosos, reflejos de oro y enturbiamientos repentinos; en sus ojos, por los cuales atravesaban los pensamientos como fúlgida procesión de pececillos rojos; en sus ojos que brillaban como dos turquesas, y hacia los cuales volaban mis anhelos y mis besos, como mariposas ebrias, en sus ojos únicos, que ninguna otra mujer ha poseído, y en su carnación inmaculada de azucena, reconocí la expresión fantástica del Ideal y del Dolor.

Turba apiñada é inquieta la rodeaba. Y en aquella confusión zumbona de quimeras, veía cabezas de viejas misteriosas y de viejos iracundos.

Uno como bosque de garras y de puños enflaquecidos se alzaban hasta élla....

Y la imagen crecía....!

A su espalda brotaron las estrellas, y divisé una

luciente fulguración fantástica, una decoración de telón teatral.

¡Y la imagen crecía más....

Las ondas de la creciente se iluminaron entonces. Me pareció que comenzaba la alborada, que un fulgor sonrosado bañaba sus cabellos; que las flores engañadas por aquella aurora mágica se enderezaban en sus tal os y se abrían á las plantas de Ella, de Ella erguida entre todas como un lirio cándido...

Y la imagen crecía!, crecía siempre! hasta tocar con la frente el sol de las divinas claridades.

Y entonces la sentí cerca de mí, tan cerca que oía el fluír de su sangre en las arterias; tan cerca que me embriagaba el sobrehumano aroma de sus carnes; tan cerca que besaba el mar de sus ojos; tan cerca que mi corazón se consumía como grano de incienso en el incendio de sus labios; tan cerca que me tomó de la mano y..

Avancé entonces, despierto ya, confortadas mis debilidades, vencido mi cobarde instinto de bestia, por aquella encarnación demoniaca del amor.

En breve el agua de la creciente me dió por las rodillas.

A mi derredor no veía sino una sabana de agua oscura, mal oliente, que se retorcía en vertiginosos remolinos, escupía espuma, silbaba, rugía, y.... corría á perderse en las tinieblas, en la lobreguez insondable y espantosa.

Cerca de mí pasaban, hendiéndose, crugiendo, asomando sus dorsos rugosos, los troncos de los árboles arrancados de cuajo, los carameros de basura, las ramasones desgajadas; todos los despojos del campo, desolado por la creciente....

Un buey, arrebatado por el turbión, pasó también cerca de mí, bramando dolorosamente y pataleando en la angustia de la asfixia.

Y cuando ya el agua me daba al cinto y con los ojos cerrados y tanteando en las tinieblas, buscaba un mástil de plátano siquiera; el miedo me acometió nuevamente, y ensordecido por el trueno de la mole de agua al romperse contra las piedras retrocedí....

Pero de pronto me faltó el piso; ví que algo horrible, algo negro, algo monstruoso, avanzaba hacia mí con la velocidad de un tren expreso; y antes de de que pudiera huir, una masa formidable de cañas amargas se enredó á mi cuerpo; sentí como si los mil tentáculos de un pulpo me oprimieran; algo suave y frío que me dió asco, porque me pareció que era un cerdo ahogado, me rozó el pecho; y antes de que pudiera prepararme para nadar, la masa negra me arrolló entre sus patas convulsas y me sumergió....

Entonces cerré los ojos é invoqué á mi madre.

La violencia de la corriente y los rugidos del remolino me indicaron que estaba bien cerca del cantil.

Un instante más y cogido como estaba, prisionero como era de una malla de raíces adheridas á mi cuerpo, iba á ser tragado, engullido, como el cerdo muerto, por aquellas fauces que se abrían y se cerraban, lanzando ronquidos de fieras irritadas, destrozado y arrojado á la orilla, vuelto un haz de miembros despellejados, reblandecidos, deshechos, que irían á podrirse, confundidas con la basura, entre las hierbas de las playas....

La visión de mi madre, vestida de luto, llorando en la orilla al hijo muerto, me fortaleció; y haciendo un esfuerzo supremo, rompiendo aquí una raiz, que luego, como si estuviera viva, se retorcía nuevamente á mis brazos ó á mis piernas; debatiéndome, apartando basuras, sumergiéndome para dejar pasar sobre mi cabeza los trozos de madera: partiendo ramos y retorciéndome como un condenado, libertando aquí una pierna y creyéndome libre para sentirme nuevamente enredado, logré al fin subirme á un árbol y abrazándome á él flotar.

Luego, de gajo en gajo, tambaleando sobre mi improvisada balza, aterrado por la furia de la corriente, mortificado por una picazón desesperante, desollado febricitante, abandonando una rama para saltar á otra y un instante quedar suspendido en el vacío, sobre el abismo hirviente, como un péndulo siniestro, mientras mis piernas oscilaban en solicitud de nuevo apo-

yo, y el árbol que se había varado comenzaba nuevamente su marcha hacia el cantil, pude alejarme lo bastante del remolino para lanzarme otra vez al río; y ya en el remanso, fuera del radio de la corriente nadar libremente hacia la playa.

Y cuando pude agarrar las primeras ramas de una mata de sauce, adherida todavía al talud desmoronado y cuya copa flotaba en la corriente, respiré á pulmón lleno.

Caray! por tris me ahogo!

Y no sé porqué; pero me dieron ganas de rezar, de rezar mucho tiempo; sin saber á quién; pero de rezar sin embargo!

Estaba en salvo y no lo creía.

Los ladridos de los perros me revelaron junto con la noción de las circunstancias, la vecindad de la casa de Mimí.

¡Dígame si Don Pepe se hubiera aparecido por allí...!

Antes de los ladridos, me creía en un país lejano; y me imaginaba, nuevo Robinson, que, de un momento á otro, iban á venir los indios teñidos de onoto y castañeteando los dientes agudos, manchados con la sangre del último festín, al son de una chicha semejante á la que ya había visto bailar, en unión de Marcial López Baralt en Maracaibo, á los indios de Santa Rosa.

Tiritando, sujetándome á los árboles para no caer, descansando aquí, dando traspiés más allá, adolorido pero dichoso; en la alegría de una resurrección, enaltecido por la esperanza del triunfo y la satisfacción de decirle, moribunda ó viva como la encontrara:

—Aquí estoy yo!, me dirigí á su casa.

La noche había aclarado y las estrellas comenzaban á brotar. Mi ropa estaba despedazada y la hincada de una espina de naranjo me avisó que había perdido un zapato.

—No me importa, me dije: mejor! con eso sabe ella que me iba ahogando de verdad y me admirará....

Los perros estaban sueltos y bien temía yo que cualquiera de ellos al sentirme, me devoraría en

un *zas-tras*. Sin embargo, avancé resueltamente hacia un grupo de naranjos tupidos bajo los cuales sabía yo que había un banco, con la intención de sentarme allí á aguardar lo desconocido....

La casa estaba silenciosa. Mimí no estaba enferma.... No se estaba muriendo, puesto que, en este caso, habría movimiento en los corredores y luz siquiera en las rendijas de las puertas.

Una alegría loca me sobrecogió; y tuve ganas de palmotear como los niños.

Entonces....

Ah! Desde que consigno en estas cuartillas, sin orden, sin fechas, sin preocupaciones literarias; tales como vienen á mi memoria los recuerdos, las angustias, los regocijos efímeros y los dolores prolongados del primero y más grande de los amores de mi vida.... tengo miedo de continuar, porque en más de una ocasión, he podido comprobar el poder casi mágico del deseo, del pensamiento clavado en el cerebro con la obstinación de las ideas fijas, retorciéndose en las fronteras de las locuras y asumiendo las formas de un principio de materialización externa; y gracias á la energía de su expresión, ofrecer al enfermo todos los caracteres de la realidad.

Si yo no puedo decir todavía á conciencia, si lo que entonces ví, bajo los árboles, fue una aparición de la noche; la reproducción tenaz de la quimera que se me había revelado antes de arrastrarme el río ya en forma menos visionaria; ó á la verdadera Mimí la imposible y llorada novia de mis sueños de estudiante, que me esperaba allí, en el banco, debajo de los naranjos; y que, al divisarme, tambaleante como un ebrio, se incorporó dolorosamente y vestida de blanco, aérea, rozando apenas la arena del piso con la orla de su blanco peinador y un dedo en los labios como indicándome silencio, se dirigió á mi encuentro....

A través de las nieblas del delirio, vi un cuerpo airoso y serpentino, un seno prominente y la nieve intocada de unas carnes muy blancas....

En el rostro de la aparición—ó de mi verdadera novia—había una doliente palidez de muerta; pero sus ojos crueles, enigmáticos, revelaban una decisión enérgica, y el movimiento de sus labios, aquel gesto nervioso é instintivo que me era tan conocido, denotaba claramente la intensidad del desdén.

Me pareció oir que Mimí lloraba....

Me pareció que clavaba en mí sus ojos de pedrería. Sentí en mis manos la presión febril de una mano muy fría; y en los labios la presión deliciosa de unos labios muy ardientes que me besaban; y.... ¡no recuerdo más! porque entonces perdí absolutamente la conciencia y me abandoné á merced de mi pasión, de mi amor, de mi delirio, para no despertar á la vida sino en mi casa, á donde me llevaron los míos, y en mi lecho de enfermo, después de muchos días de una fiebre que creyeron me matara y entre las lágrimas de mi madre que al verme resucitado, estampó en mi frente un beso de infinita dulzura y de perdón....

CAPITULO XI

Y después?.... Bah!.... *después*.... ¡qué espantosa palabra! muy ridículo y muy vulgar fue todo.

Sí; muy vulgar! No quiero calificar de otra manera el desenlace inevitable de las cosas del alma. No quiero dramatizar la situación de dos amantes hastiados, cada uno de los cuales provoca las quejas, los reproches, la ira del otro á fin de justificar el propio odio y quedar en paz....

El triunfo del Hastío!... Las abominaciones de lo Poseído....! La negra soledad de las entrevistas que preceden á los rompimientos del Tedio....! El desencanto del preso que ha recorrido cien veces su calabozo y contado cien veces los barrotes de su reja y mirado las cuatro paredes en que se asfixia!.... Dios mío! ¿A qué embellecer aquí la espantosa agonía de los corazones fatigados de amar?

El obstáculo cedió! Colmado fué el abismo! La ola de nuestras ternuras sofocadas arrasó el dique carcomido; y tras la caída honda y la hirviente mugidora catarata, vino el llano, la sabana monótona, la represa silenciosa, el estancamiento..... ¡el charco! ¡Oh, Dios! ¿Por qué no nos rendimos ante el muro de la ciudadela ruinosa, como asaltantes rechazados? Por qué se hendieron las murallas y se desplomó la for-

taleza? Por qué fue mayor el ímpetu que la resistencia? Por qué no nos morimos más bien en pleno ensueño y, sobre nuestros espíritus enamorados, no vino á posar sus alas negras el ángel de lo Imposible, ese lúgubre oficiante de las nupcias trágicas......?

¡Arranque poderoso é instantáneo de calderas que estallan!..... ¡desquebrajamiento de catástrofes!..... ¡sobreexcitación pasajera! ¡evocación de deseos antiguos resucitados de improviso por la magia de lo prohibido, para sumarse á los deseos presentes! irritación de salvaje á quien se hurta el fruto que primero divisara entre la hojarasca!.... Amor? Odio? Venganza? Fatalidad?.... Qué fue? Quién lo sabe? Quién lo sabrá nunca? Quién me lo dirá jamás?

En esta fuga de todos mis ensueños; en esta postración de todos mis anhelos; en este aislamiento de toda mi juventud, el recuerdo de mi caída me consuela; y á pesar de todo, aún de mi propia desesperación final, bendigo mi culpa; sí, la bendigo!

Prodigué mis alegrías; á manos llenas derroché el limitado caudal de mis sensaciones; deshojé en la copa del deleite todas las rosas de mi corona.... y ahora, después del vértigo, en esta lucidez cruel de mis delirios desvanecidos, en esta pálida alborada de orgía, en el enervamiento de mi conciencia humillada y traicionada; en la miseria espiritual de mi desilusión presente, deshago el camino recorrido.... ¡y los recuerdos se levantan á mi paso, de las marañas de la memoria, como aves asustadas; y me inclino una y otra vez para recoger de la hollada vía las sobras de mis muertos regocijos, las espigas olvidadas á la vera del sendero!.... y, lacayo de mi propio libertino corazón, mi espíritu bebe frenético en las copas desechadas la impura hez de mis antiguas libaciones!

Ay! eso basta. No más! No más!

Esta cosecha horrible; este florecimiento satánico de las carnes podridas en los brazos de la Tentadora Victoriosa; esta fructificación paradoxal de las simientes enterradas en los laberintos del alma por las primeras

ternuras maternales y los últimos besos de la fe, ¿serán indicios de resurrección, anuncios de esperanza, albores de redención? Quién sabe!

En tanto, que los impecables arrojen la primera piedra y tengan voluntad para lanzar la última mortal que aplaste dos reos. ¿Qué vale el género de muerte? Tierra ó piedra.... lo mismo da! Lo que importa es que haya una tumba y descansar al fin.

Sí; yo les concedo ese derecho que el pálido y dulce Cristo les negara.

Proclamen antes que es envidia y no justicia lo que arma el brazo torturador.

Y ahora, virtuosos.... ¡salud!

Desde la proscripción de mi rebeldía,—*salud!* os grito, predestinados! Y aunque vuestras almas inmaculadas se enrojezcan de pudor y la santa ira de los vengadores bárbaros os acometa ante el eterno, ante el réprobo beso de sus labios, piedad os pido para los Pablos y las Franciscas de este moderno infierno social por cuyas desoladas gemonías no ha pasado todavía un Dante formidable y visionario!

A qué el ultraje? os digo. A qué el recuerdo de artículos penales y de expiaciones eternas?

Si no existiera el Hastío!....

Si no existiera el Hastío, vuestras amenazas, vuestras lapidaciones, vuestras torturas, serían necesarias. Pero existe, sí; yo lo digo; yo lo proclamo, y es, horrible!

Dos amantes que no pueden ya quererse; que sentados frente á frente, asisten como extraños á la agonía de su pasión; que curados de la divina locura, piensan ya en el porvenir, en lo que dirán los otros y en el arrepentimiento; y que en vez de besarse.... ¡bostezan! Gran Dios! qué inmensa desventura! Poeta, Justiciero! Vengador! por qué olvidaste ese castigo en tu Ciudad Doliente?

La dicha no dura lo que duran las rosas. Es falso. Un instante que durara, sería la eternidad y valdría bien las angustias que la siguen. La dicha es el olvido, el anonadamiento, la insensibilidad, la nega-

ción de la conciencia, un idiotismo súbito, la parálisis momentánea. La fiebre viene después, y el recuerdo es su delirio. En las copas rebosadas acecha el sedimento amargo y frío. Lo Irremediable, el Enervamiento, el Tedio, hijos de la muerte, triñidad sombría, gusanos conquistadores son, que siguen al deseo y matan la esperanza; y el beso impuesto, el beso reflexivo, el beso por deber, por complacencia, el que no se escapa enrojecido y expontáneo como chispa que vá á llevar á otra alma, el incendio que devora á la que besa, es castigo, castigo pavoroso.

Será al fin necesario renunciar á *Ella ?*

Callar y mentirla ? Decirle todo, y partir ? Qué hacer ? Qué haré para libertarme de la duda, del envilecimiento, de la tristeza,—de esta incurable tristeza en que mi espíritu ha caído y muere...?

Mañana veré á Mimí.

Le diré que no la quiero.... Le diré que estoy de viaje.... de viaje á un país de donde no se vuelve nunca, al país de la melancolía....

Es necesario que acabe ya esta comedia tan larga, tan larga! representada para una mujer ciega y sorda por un payaso ebrio: ¡por mi corazón!

Mañana.... adiós!.... Mimí....

Mimí.... Casi tiemblo ahora al escribir su nombre, y más de una vez lo han borrado en estas cuartillas las lágrimas de mis ojos....

La tinta es roja; y diluida en mi llanto, fingen las letras, al disolverse, pozos de sangre....! las huellas de un corazón que se arrastra, desangrándose como tigre herido, entre la maleza de mis negros pensamientos....

Y lloro como los niños; como un pobrecito niño tonto á quien se ha dado al fin el juguete de que se le tenía privado, el juguete de sus sueños; y que, al romperlo, y ver lo que tiene dentro, desea otro.... otro.... un nuevo juguete desconocido que nadie puede darle, y que ya desea, porque no lo tendrá nunca; y que ya ama, porque todavía no sabe como es....

Lo Ignoto! El Misterio! Lo Imposible! Ah! vosotros ayudáis á vivir como la sangre de las venas, como el aire, como el sol...

....

....

....

Y bien! Todo ha concluido entre nosotros!

Las rosas se deshojan! Las rosas se deshojan!

Mimí no me ama! No me ha amado nunca!

Esa carta suya.... aquella frase: *perdóname!* escrita cinco veces, como una letanía lúgubre....! Su resolución de contarle todo á su esposo.... y de revelarle su estado, y de huir á ocultar las culpables alegrías de su corazón....! su arrepentimiento.... la convicción de que, después de todo, ha cumplido su deber.... Qué martirio! Pobre alma idolatrada!

Sí, porque desde que me ha dicho que no me quiere, que no me ha querido nunca, la idolatro. Porque ahora es cuando penetro toda la incomparable santidad de su error; porque es una víctima, y las víctimas son augustas! porque la desgracia es la suprema belleza de la mujer; porque esta carta suya me ha descubierto el secreto, todo el adorable secreto de su corazón de niña!

....

....

Las rosas se deshojan. Las rosas se deshojan.

La acacia llanera tiene esterado el suelo de flores rojas y de hojas amarillas.

El pampero iracundo doblega las ramas, y se vá á llorar dolores misteriosos, cosas tristes, en los palmares.

La luna comienza á levantarse al ras del horizonte.

Parece una perla, una perla inmensa, una perla enferma, perdida entre las hierbas.

Huele á lirios. Huele á monte.

Los perros ahullan tras el cercado; y la quebrada rumorea y alborota bajo los sauces.

En el medroso silencio de la noche, se oye á lo lejos la canción de los llaneros: la canción entonada al calor de la lumbre, al vaivén de los chinchorros: la canción nostálgica de los llanos libres!

—Mimí....

—Manuel....

Sobre el fondo negro del caney, élla semejaba una aparición:

—Alma, perdón. Perdóname, mi cielo!

Pálida y doliente, reclinó la cabeza sobre mis hombros, y al oído, con voz de reproche, de queja, me dijo:

—Perdóname tú más bien. Yo he podido amarte en silencio, y no lo quise; pero el día en que te besé, dejé de quererte. No ha sido á tu amor al que sacrifiqué mi fidelidad de esposa. El afecto de aquel anciano, afecto de padre, era grande. No me he ofrendado á un recuerdo, á un amor, á un hombre, sino á un culto, á una fatalidad, á mi destino de mujer. Perdóname.....

—Es decir que....

Sin terminar mi pregunta, Mimí se ruborizó y me dijo:

—Sí; perdóname.

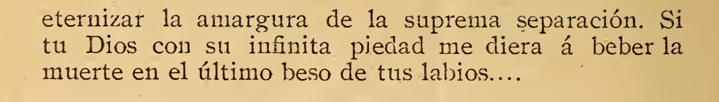
El soplo ardiente y perfumado de la pampa nos envolvía en una atmósfera de voluptuosidad y de opresora melancolía.

La yerba estaba salpicada de olorosas margaritas rústicas.

Contra el pecho la apreté convulso y después besé lentamente, silenciosamente, sus ojos azules, humedecidos por el llanto.

—Mimí! Cuánto te quiero! Y pensar que me has olvidado. Y pensar que, dentro de una hora, dentro de un segundo, quedará roto el infinito encanto en esta cita final; y en lo adelante, nada me será dado exigir al cielo. Ay! si al menos nos fuera concedido

eternizar la amargura de la suprema separación. Si tu Dios con su infinita piedad me diera á beber la muerte en el último beso de tus labios....



Las rosas se deshojan! Las rosas se deshojan!

—Mimí, deja el libro. Oyeme! Te hablo yo. ¿Qué libro es ese que así te apasiona?

Y, obedeciéndome, con un movimiento de contrariedad, Mimí dejó sobre la mesa, abierto, el libro en que meditaba.

A la luz de la bugía, leí aterrado al márgen de una de sus páginas, la siguiente sentencia escrita con lápiz y que heló la sangre en mis venas y azotó mis deseos como una disciplina de hierro:

La carne es heno y las glorias de la carne son flores de heno también....

—Mimí, ¿y ese libro?

—*La Imitación de Cristo*, me contestó lentamente, clavando los ojos en el lejano azul del Cielo. Y mientras dos lágrimas rodaban por sus mejillas, se absorvió en su lectura, como si allí, junto á élla, no hubiera nadie....

Y, sinembargo, allí estaba mi pobre corazón enfermo.

—Mimí te adoro....! Soy Manuel.... soy yo! Antés de marcharme para siempre, dí, una vez siquiera, que me perdonas.

—Manuel! Y tú no has leído mi carta? Vete.... Yo me moriré muy pronto. Vete....

—No hables de muerte ahora, amor mío; ahora que la vida se desborda en nuestros corazones; ahora que la Esperanza irradia como una exudación luminosa sobre tu frente augusta. Mimí, de nuestra muerte hablaremos después.... más tarde.... cuando el olvido y la traición nos hagan desearla; y sea élla la única victoria que podamos obtener sobre nuestra desesperación....

En las ramas de un samán, cantó entonces la pavita. Mimí se extremeció.

—Oyes?, me dijo; la pavita ha cantado. Alguno se vá á morir. Dios mío! permite que sea yo....

—¡Tú? Nó!.... ¡yo, más bién!.... ¡Tú eres tan bella...

—Sí, yo....

—Yo; está dicho, Mimí: yo!

—Entonces nos moriremos los dos! Quieres?

—Sí,.... ¡los dos! Qué dicha. Bendita seas. Mimí, por la última vez, bésame! Bésame, amor mío.

—Para qué Manuel? Recemos más bien. No te acuerdas ya? *Padre nuestro*.... dí.... *Padre nuestro*....

Lúgubre, siniestro, funeral, el canto del ave maldita resonó nuevamente en la soledad, crispándonos los nervios y helando en nuestros labios la plegaria.

Mimí, aterrada, lanzó un grito y se apretó contra mí.

Oh! pájaro! pájaro fatídico, pájaro agorero! Bien lo sabías. Alguien debía morir aquella noche pavorosa, alguien murió; pero.... ¡ni Ella ni yo! No lo quiso el Cielo: fue mi pobre corazón....

Oh! Muerto. Oh Mártir, descansa en paz........

....

....

Las rosas se deshojan! Las rosas se deshojan!

—Pero me amas, Mimí? Me has amado antes de ahora? Me amarás mañana?

Su silencio me revela que todo ha concluido entre nosotros. Irremediablemente. Eternamente.

Conjunción de astros errantes en las tinieblas del dolor humano, nuestras almas se juntaron un instante; se abrasaron en el esplendor ignescente de sus rayos; se besaron con un beso de luz crepuscular, y, después, obedeciendo cada úna á la tiranía, á la fatalidad de sus remotas órbitas seculares, se separaron y se interpuso entre las dos el vacío de lo infinito, la Eternidad del Tedio y la nostalgia de lo Imposible....

—Señora, adiós!

Ni un gesto de amargura, ni ademán de detenerme hizo.

Al ver su rostro sereno, casi beatífico, iluminado no sé por qué angélica placidez espiritual, me convencí de lo que ya sospechaba: de que Ella había sido siempre y sería para mí eternamente, *la desconocida, la extranjera !*

Y Mimí cerró el libro del Inmortal Taciturno; y me tendió la mano que, al besar yo, retiró con viveza, como si mis labios la hubieran quemado....

—Vete para siempre! me dijo.

....

Las rosas se deshojan! Las rosas se deshojan!

Ay! Desde que ella pronunció la frase cruel de la ruptura que siembra la enemistad y el rencor en los corazones que se amaron, me parece que una mano me ha despeñado desde la cima fulgurante de mis sueños; me parece que he caído, que caigo lentamente, en lo profundo; que reboto de piedra en piedra; que el viento de las profundidades me azota el rostro; que las zarzas y los guijarros á que me apego en mi desesperación ruedan conmigo, y que me precipito en el abismo, en el duelo, en la noche.... Siento que el aire me falta; que la asfixia comienza; que para mí no hay salvación; que las alas de mi ideal destrozadas, como las alas de los cisnes, por la espantosa tempestad pasional que me sorprendió al salir de la adolescencia, no pueden sostenerme, y sinembargo, experimento una horrible paz y me entrego á lo inexorable de mi caída, y nò padezco porque en mi desesperación de precito, de condenado, mi propia espantosa muerte es signo ya de clemencia, de perdón y de salud.

Ay! cuando pienso que si hubiéramos cosechado en flor nuestros amores; antes de que la atrición de la culpa hubiera venido á azorar nuestros éxtasis y á irritar nuestros besos con el sabor del pecado y del delito, habríamos podido ser dichosos como los otros que se aman y se poseen, sin remordimientos, según *la ley*....

....

Las rosas se deshojan. Las rosas se deshojan.

Dios mío pero son tan bellas! sí, tan bellas!

¿ Por qué no cortarlas en capullo entonces?

Por qué no amarlas eternamente apesar de su fragilidad?

Y para qué curar nuestras almas de la invencible debilidad, de la celestial locura que nos hace jurar amor perpetuo á esas vírgenes efímeras que languidecen con los ardores del sol y que se mueren de enfermedades extrañas, misteriosas, perfumadas....?

—Adiós señora.

—Adiós, Doctor. Me promete usted por su honor no volver á esta casa nunca?

—Sí, señora; y se lo juro por algo más grande, más santo que mi honor: por mi dolor; por el dolor de perder la última ilusión de mi vida.... ¡por el dolor de perderte, Mimí!

—Me odia Ud?

—Nunca! Yo no odio á los ángeles, señora. Los adoro de rodillas.

—Adiós....

Y eso fue todo; porque con esa frase fatídica, roto quedó el divino vínculo de Amor y se calmó el delirio. Porque al oirla de sus labios, silbante, acerada, inexorable; y ver que Mimí se absorbía nuevamente en la lectura del libro de las tristezas, del libro de los perdones, me alejé de su casa llorando y no he vuelto á verla nunca más....

....

....

Las rosas se deshojan...! Las rosas se deshojan...!

Qué doloroso es el invierno de los corazones....

En el medio del cielo la luna parece una perla enferma de incurable neurastenia.

La acacia llanera tiene esterado el suelo de flores rojas como si llorara sangre.

Y las alas del pampero hacen gemir los sausales del río....

....

....

LIBRO III

¡MADRE!

Meses después.... En pascua!

Han dado ya *segundo* para la misa de gallos.

La gente no cabe en las calles.

Los ranchos están llenos de músicas y la luna que se levanta, platea el yerbal y riela en la quebrada.

Es la fiesta adorable. La apoteosis de la redención por la maternidad. El triunfo de la Esperanza!

Don Pepe acababa de llegar de una visita. Venía ahora á vestirse para ir á la cena del boticario: cena rumbosa de hallacas y dulce de cabellos de ángeles, carato, vino oporto y hasta brandy.

Iría á esa parranda? ¿No era mejor acompañar esa noche á su esposa todavía delicada, por el parto, y á su hijo, á su único hijo reciennacido?

Se acostó á medio vestir en la cama y se estiró con la satisfacción y la sensación de bienestar del hombre que mira concluida la labor de su vida y tiene asegurada la dicha del hogar y el porvenir del hijo que es hoy su orgullo de hombre y será mañana su báculo de anciano.

Había trabajado mucho en sesenta años que con-

taba. Huérfano, obligado á trabajos humildísimos para comer, peón de una quesera; á poder de miserias y de ahorros, había reunido un capitalito para abrirse por su cuenta y trabajar para sí. Después había sido carretero, quincallero, pulpero, hasta el día en que, sin quererlo, se encontró rico. Cómo? ni él mismo lo sabía. Hasta entonces nada existía para él en el mundo fuera de sus bestias y de sus carros. El universo suyo terminaba en el filo de su mostrador. Pero cuando tuvo oro, mucho oro, pensó en casarse. Casi no se enamoró. Cuanto él necesitaba era una mujer. Con tal que la tuviese todas le eran indiferentes. Su vieja cocinera se había muerto. De parientes no sabía. Estaba solo!

Y tras dos ó tres entrevistas con los padres de Mimí, ésta había convenido en casarse con él. No en quererlo. Desengañada, víctima ella también de esa dolorosa desesperación de las niñas que se miran abandonadas del primer hombre á quien quisieron, segura como estaba de que en lo adelante á nadie podría amar, todos los hombres se le antojaban iguales; y pues no había logrado el primer anhelo de su corazón, buscaría en un matrimonio ventajoso, la revancha de sus tristezas de novia olvidada y la emancipación de su alma en el seno de un hogar honrado; sin amor pero sin remordimientos; sin felicidad pero sin angustias: y acaso esa renuncia á su porvenir la acercaría al grande, al único, al desesperado ideal de su organización de mujer.

Sí; Don Pepe sabía bien que ella no lo quería, no lo había querido jamás. Otro hombre, como el ladrón del símbolo, se había robado *el tesoro y la casa:* el corazón y el amor de aquella niña; para dejarle á él un cuerpo inerte, una apariencia de esposa, una sombra: la sombra de un espíritu ausente por siempre jamás de la tierra, en pos de una quimera azul.

Y el matrimonio se había celebrado al fin. Volvía á verse en la iglesia, cogido del brazo, con la esquiva niña, rebosante de vanidad, en la plenitud de

su ambición, envidiado, poseyendo él, el peón antiguo, el barriga vacía de otros tiempos, la primera fortuna del llano y la muchacha más bella, más extraña y más querida del pueblo.

Después, la gran enemistad se había ahondado entre los dos. Para unir á aquellos espíritus que se odiaban en silencio, era necesario algo que estaba fuera de su alcance: un niño: un ángel, y el cielo estaba tan alto! Pero, al fin, Dios compadecido había obrado el milagro; y ahora, el querubín pacificador, el signo de la alianza, dormía en una cuna, junto á él, en el otro cuarto, tan cerca que todas las noches lo despertaba el llanto de la frágil criatura y soñaba que venía á besarlo y á decirle entre besos: *papá! papá!*

Papá! Esa palabra no la había oído nunca y era su ventura, su regocijo, el himno amoroso de su existencia completada al fin; al fin de negras cavilaciones, de las noches en vela, de las separaciones bruscas que enfriaban su lecho conyugal y lo hacían maldecir aquel su maldito y obstinado deseo de amor.

Y ahora, que tenía la dicha en casa, ¿iba á dejarla sola para irse á una vulgar comida de viejos imbéciles? ¿No era eso un delito? ¿Acaso los padres de familia pueden trasnocharse como los vagabundos, como los solteros licenciosos? ¿Qué iba á salir él cuando le faltaba tiempo para ver á su hijo, para verlo nada más porque muchas veces, Mimí, pretextando que dormía ó que no estaba aseado, lo cubría con el pabellón de la cuna y no se lo dejaba cargar, besar, morder, que era lo que él había deseado, y lo obligaba á salirse andando para atrás, de puntillas, conteniendo el aliento, para no turbar el sueño dichoso del ángel de bendición?

Y Don Pepe, resuelto ya á no salir llamó á la sirvienta:

—Luisa, ven acá: quítame estos zapatos y guarda esa ropa. Estoy enfermo: no voy á ninguna parte.

—Ni á la misa, Don Pepe? Jesús con usté! oiga qué alegre está eso.... Escuche y anímese, hombre!

Y dueño y sirvienta se quedaron allí como estaban, silenciosos, inmóviles, atentos al rumor de canciones que venían hasta ellos en las alas de la noche mezclados al fragante olor nocturno de los conucos....

Á Belén pastores
Vamos á Belén
Que ha nacido un niño
Para nuestro bien!

—Es decí que no vá, Don Pepe? volvió á decir la cargadora cuando la canción se hubo alejado.

—No, hija, nó. Puede ofrecérsele cualquiera cosa al niñito y como todo el servicio está de parranda, yo me quedo. Quítame los zapatos. ¿Cómo está el niñito, Luisa? ¿Está tranquilo?

La sirvienta descalzó á Don Pepe, y al tirar los botines en el suelo le dijo con desparpajo:

—Las cosas suyas, Don Pepe. Que si está tranquilo? válgame Dios!, y mamando como un becerro. Ah muchacho tragón, mi hijito. Y tan requeteparecío á usté. Jesús! si es el retrato, Don Pepe....

—Guá! por algo había de ser hijo mío. Pero máma bastante, Luisa? No está desganado? Tú lo viste ahorita?

—Sí, señó; aurita.

—Gracias á Dios muchacha, porque dicen que cuando los niños están enfermos y que no maman.

—Cuando están enfermos nada más nó, Don Pepe. Cuando están jartos tampoco....

—Es que á los niños no se debe dejar que se harten como los peones, porque entonces se ahitan.

—Adiós, ¿y si tienen jambre? Qué se jace, pues?

—Es verdad, Luisa. Es verdad. Pero yo tengo miedo con Mimí que nunca ha tenido hijos y....

—Pá lo que eso importa, pues! Usté quiere que le diga una cosa? Las mujeres lo mismo crían á su primer hijo que al octavo. No vé que eso es de nación; quiero decir, de naturaleza.... que está en la sangre.

—Luisa! gritó una voz de adentro.
—Ahí tocan, muchacha. Anda á ver quién es.
—Apuesto á que es el cartero, vamos á vé. Pá eso estuvo too el día con la boca abierta mirando á la jedionda de mugé que tiene: pá vení con esos escándalos á estas horas. Ya yo vengo pacá, Don Pepe. Espriocúpese. Qué caray! El niño máma y está gordiflón que ni pintáo y duro, duro, Don Pepe; mire, usté le atoca aquellos brazotes y los tiene templaos que ni volatín. Quién es? Ya va.
Cuando Luisa volvió, volvió con un puñado de cartas y periódicos:
—Aistá eso: deme pa pagale al muchacho.
Don Pepe cogió las cartas y poniéndose en pié se registró el pantalón y sacó una locha:
—Toma, dale á ese pobre para que se divierta esta noche.
—Con una locha? Ave María, ni para trancarse con aguardiente le alcanza.
—Y para qué más, hombre. Una locha? Un cuartillo? Dos centavos y medio? En mi tiempo era necesario ponerse los piés como obleas para conseguir una señita; contimás cinco. Llévasela. Tu verás lo contento que se va á poner.
La mujer salió.
Don Pepe cogió una silla de cuero, puso sobre ella la vela, y se sentó en el espigón del catre á abrir las cartas recienllegadas. Leía los rubros solamente y las iba apartando una á una....
Márquez & Ca., ¿qué querrán estos conmigo? Si serán propuestas del fulano saladero; nó, no leo eso ahora! Yo no tengo real para entrar en quitrifes....
Genaro Maica, Criador. Tampoco: yo tengo los potreros llenos. No compro, no compro, ni leo cartas largas ahora tampoco. Apuesto que me habla de mejorar las crías. Mejorar ¿para qué? ¿Para que coman más sabroso los revolucionarios? Ni de casualidad! El y Calzadillita Valdez me tienen ya locos con sus proyetos. ..
Quintana y Madrid. Consignación de ganados. Caracas. Nó, no les mando tampoco y á doce reales

pintón, mucho menos. Ni les leo su pastoral. Qué caray!

Santana & Ca. Dios me salve el lugar!

Franco López: Importador. Jesús me asista!

Uzlar & Ca.; El Señor me coja confesado.

Y Don Pepe tomó una nueva carta con orla de luto.

—Adiós, murmuró.—*Urgente!* Qué será esto? La letra se me parece á la del señor Martínez. Si será que se ha muerto ese condenado viejo. Ojalá sea eso.

Y Don Pepe abrió la carta con una navaja, y al sacar la esquela volvió apresuradamente el primer pliego para ver la firma:

¡X....!

—X? y ese apellido tan raro? Ese X no es de por aquí. Algún jurungo. En fin, vamos á ver.

Pero apenas había comenzado á leer cuando dió un grito ahogado y se puso en pie como si lo hubiera insultado alguien. Su rostro sonrosado se tornó blanco como la cera, y apretando entre sus dedos trémulos el papel que temblaba, lo acercó á la luz:

—Embuste, dijo.... Embuste. Eso es embuste....

Y sin terminar la última frase se tiró en la cama llorando, llorando como un niño y siempre con la carta cogida, apretada entre sus manos, arrugada, cual si alguien se la disputase.

Después, en un arranqne de valor, se volvió á sentar en la orilla de la cama y se restregó los ojos:

—Dios mío, esto es horroroso. Esto es horroroso.—Pero, no lo creo, no lo creo. Infames. Así les hiciera yo á todos ellos....

Y el viejo hizo una pelota de la carta: y con las manos y con los dientes, la redujo á pedacitos y los tiró al suelo....

Siguió revisando la correspondencia.

Pero ahora ni fuerzas tenía para leer los rubros.

Entonces tomó al azar un periódico. Lo abrió. Era *El Tiempo* y traía en primera página una larga é interesante correspondencia de *Marcelo* sobre la po-

lítica del Vaticano. *El Cardenal Rampolla:—El Santo Padre.—Crispi y su política.—El probable sucesor....*

—Nó, nada de eso le interesaba ahora. No podía leerlo aunque hubiera querido. Matar, matar, era el ímpetu que sentía en el cuerpo. Matar, arrancando á pedazos la carne del malvado, escupiéndolo, arañándolo, bebiéndole la sangre.... ¡Infame!

El Pregonero!—Resumen de hoy.—La mujer que se comió á su marido. Un millonario muerto. El crimen de la Pastora. El empréstito de Bruzual. El contrabando de cobijas. La sentencia de la Alta Corte.

Tampoco! y eso que le interesaba la cuestión de los millones de marcos y el resultado del contrabando que tanto había escandalizado. Ay! pero lo leería mañana.... después, cuando tuviera tiempo.

Y nuevas cartas y nuevos periódicos pasaron por sus manos, sin merecerle una ojeada; y, cuando en la silla, al lado de la palmatoria no quedó uno sólo, y el suelo y la cama estuvieron esterados de cuadros blancos y de fajas rotas, dejó caer los brazos sobre las piernas y se quedó pensativo, sombrío, mirando á la pared, inmovilizado, silencioso....

—Nó, no era posible! Aquello era embuste: era una calumnia, era la envidia! no podía ser.... no podía ser....

En ese momento, las campanas rompieron en un alegre repique y en la calle nuevamente comenzaron los aguinaldos entonados por voces de mujeres y de niños al compás de las guitarras, al son de los furrucos.

Sobre los cuartetos improvisados, sobre el ritmo alegre del *solo* que invitaba á celebrar la Redención, volvía obstinadamente, como una provocación á su angustia, como un ultraje á su pesar, el coro dichoso:

A Belén pastores
Vamos á Belén
Que ha nacido un niño
Para nuestro bien.

Aquellas voces lo atormentaban. Tenía ansias ya de respirar aire libre, de salir á la calle para cojer fresco; para serenarse; para convencerse de que todo aquello era mentira, embuste.... embuste....!

Pero ahí, junto á un zapato, arrugada, estaba la revelación, la gran infamia. Deseaba ahora volver á leerla. ¿Era posible tanta canallada? ¿No habría él leído mal? ¿Era en efecto aquella carta para él? ¿Acaso él había visto escrito su nombre allí?

Y confortado por la tenaz esperanza, casi creído de que ese anónimo no hablaba con él, sino con otro, con que le decían lo contrario de lo que él pensaba, recogió del suelo el papel tentador....

Lo desarrugó cuidadosamente; y ya lo acercaba nuevamente á la luz, cuando observó que era un pedazo, sólo un pedazo de la carta infame....

Deseaba volver á leerla toda entera. Una parte no era bastante. Su salvación, la confirmación de su anhelo, de su nueva conjetura, ¡su esperanza! acaso no estaba ahí sino en los otros.... ¡en los pedazos que le faltaban!

Un nuevo pedazo mordido y húmedo de saliva estaba junto á un cajón; y se agachó para recogerlo.

Conoció que no era el complemento del primer fragmento y que había otros, muchos otros, que era necesario encontrar.

Entonces comenzó la odisea lúgubre de un anciano tembloroso en pos de unos miserables restos de papel.

Un hondo calofrío lo sobrecogió de pronto.

¿Y si el viento se los había llevado por la ventana? Si aquellos papeles habían caído en manos de algún trasnochador curioso?

—Uno.... otro.... ¡aquí está el otro! falta todavía otro, un pedacito, uno sólo, Dios mío! Dios mío! Repárame ese papelito. Has que lo encuentre ahorita!

De pronto se agachó.

Acababa de ver el esperado fragmento, blanqueando en el suelo.... debajo el catre....

Vacilante todavía, le acercó la luz. Sí, él era.... él era!

Y encogiéndose, conteniendo la respiración, extendió hacia él la mano, la mano, trémula poco á poco, temiendo que se le volara, que se le fuera por la ventana á la calle; palpitante, angustiado, temeroso de hacer bulla, como un niño que fuera á cojer un pájaro dormido....

—Aquí está! Lo cojí! Lo cojí!

Y sus dedos arañaban el suelo, sin poder asirlo, sin atraparlo nunca.

Después, victorioso al fin, y contento con su hallazgo, extendió los pedazos encontrados sobre el lecho; y los fue colocando uno á uno, ensayando sus bordes, cotejando el rasgo de las letras; y cuando el pliego estuvo completo, clavó nuevamente en él los ojos, los ojos que se le salían de las órbitas, mojados en lágrimas y leyó, deletreando las palabras con dificultad, con voz ahogada, como queriendo oírse, como temiendo un nuevo engaño de su vista:

«*Santa Rosa: diciembre 23 de 18...*

Señor Don José Avellaneda.

Presente.

Estimado amigo:

Tomo la pluma en la mano para desirle, que usted, si sabe lo que pasa en su casa, es muy sinverjüenza. En efecto, ese niño que ha tenido su mujer, no es hijo sullo.

Averigüe la verdad de las cosas y no se deje engañal tan miserablemente. Acuérdese de con quién tubo élla unos amorsitos ahora tiempos. Abíspese, que todo el mundo dise que usted y que es un.... zoquete.

Su amigo,

X....»

—Embuste.... ! Embuste! Que no es hijo mío? No vé que yo soy algún viejo gastado como éllos? El de eso es el señor Martínez. Pero si yo lo cojo; si yo lo cojo!

Y tan rápidamente como sus piernas vacilantes se lo permitían, se precipitó, tumbando en su angustia la silla y la bujía, hacia el cuarto de su mujer.

La puerta se abrió con estrépito.

.... Mimí dormía.

Sobre la blanca almohada del lecho, se destacaba la inefable palidez de su semblante.

—Mimí, dijo el viejo ahogándose, Mimí....

Nadie le contestó.

Don Pepe, avanzó andando de puntillas y se acercó á la cama.

Tanta placidez, tanta dulzura, lo conmovieron, y, como una nube que pasa, así se desvaneció su cólera.

—Mimí! Tan linda! Tan buena! Y esos miserables... ¡Canallas! Lo que dicen. ¡Si yo los trajera aquí y les dijera: miren á la culpable; miren á la traidora, ¿qué harían?.... ¿qué harían? Ya quisiera verlos yo. *Dios te salve Reina y Madre!.....*

Un movimiento de secreta adoración lo poseyó, y quiso besar aquella frente poblada de rizos, en los cuales, la mortecina luz de la lámpara de aceite fingía un nimbo de oro.

—Tan bella....!

É introdujo la mano izquierda por debajo de las almohadas para levantarlas y besar sin molestarla aquella santa cabeza de ángel dormido.

Entre los brazos de Mimí vió que *algo* bullía, y escuchó el leve vagido del niño, de su niño.... del niño del otro.....

—Infames!, volvió á decir. Infames! Es mío!

Pero su mano había rozado con un papel.

Esta vez tuvo miedo. Qué significaba aquel papel? Debería leerlo? No era eso una indiscreción?

Sin saber cuándo, se encontró leyéndolo al indeciso fulgor de la lámpara.

Y cuando terminó la lectura de aquella carta en que un hombre, en que *otro hombre*, el sospechado, llamaba á Mimí *Amor de mi vida!* y le hablaba de su hijo, de aquel hijo que en vez de unirlos los había separado; el pobre viejo no pudo más, y cayó en tierra fulminado.....

Después, se incorporó en la sombra; y se quedó postrado de rodillas gimoteando, con la cabeza hundida en el colchón y los brazos estirados....

Aquel su llanto, despertó á Mimi.

—Quién es? Quién llora ahí? ¿ Qué tiene usted, Don Pepe?

—Yo, Mimí, yo? Nada!.... Nada! que estaba aquí mirándote. No puedo dormir. Tengo un dolor tan grande, tan grande.... No es verdad que es mentira....? ¿ qué son embustes....?

—Qué, Don Pepe?

—Todo eso; mira; pero, eso sí, no te vayas á poner brava. Yo recibí esa carta, y después me encontré ésta aquí en tu cama.... ó digo.... nó: en el suelo....

Mimí cogió las cartas.

Yo quiero que seas franca conmigo, que no me engañes. Ese niñito, ¿ de quién es? ¿ No es verdad que es mío?

Al oír: *ese niñito;* al comprender Mimí de lo que se trataba, se sentó en el lecho, se arregló, pudorosa, su tocado de noche, recogióse los despeinados cabellos en un sólo bucle y, tomando al niño con los dos brazos y mil extremos, como si fuera algo aéreo que pudiera deshacerse entre sus manos, lo depositó en la cuna, y al incorporarse y con voz enronquecida por la cólera, le gritó esta sóla palabra:

—Mío!

—Tuyo? Tuyo no más, Mimí?

—Sí, mío nada más.

—Pero, ¿ y su padre? ¿ Quién es? No es verdad que yo soy.... ¿ que yo soy su padre?

—Cobarde! Para qué me lo preguntas ahora, si yo te lo iba á decir en breve! Tú no ves que estoy enferma? Tú no ves que inspiro lástima y que un disgusto podría matar á ese inocente? Pero tú lo has querido, y oye. Ese, no es hijo tuyo; no es, ¿ ya lo sabes? Es mío nada más; sí, hijo de mi corazón.... mío.... hasta la eternidad!.... Me lo dió la naturaleza, la única misericordiosa, la única santa, la única que oyó mi clamor y tuvo piedad de mi soledad y de

mi martirio. Pero nó, nó! Miento....! Es tuyo también! La Ley te asigna no sé qué parte de él! Los abogados dicen... dicen! ¿qué es lo que dicen? Tú no recuerdas? Que es tuyo también! ¡que tú debes ser su padre! pero yo no quiero que lo seas! ¡no quiero! Nosotros nos vamos de tu casa. Mañana, mañana.... Mío! Mío! ¿no es verdad, corazón, que tú eres mío, mío solito? continuó, hablando con el niño, como si éste pudiera oírla, inclinándose sobre su cabecita, y estampando un beso enloquecido sobre las calientes sábanas de la cuna.

Don Pepe aterrado por aquella explosión de pasiones comprimidas, retrocedió, y apoyándose en la pared, se cruzó de brazos.

—Luego, si ese niño no es mi hijo, ¿tú te crees una mujer honrada, Mimí?

—Que si me creo una mujer honrada, como que preguntas? Que si me creo una mujer honrada? Ja!... ja!..., ja!..... Imbécil! Ja!.... ja!.... ja!.... Tan honrada como tu madre, y.... más tal vez! Te lo digo para que me pegues; para que me mates. Tan honrada como.... ¡nó, no dígo! Y que no lo fuera, vamos á ver! Qué me importa? Y ¿tú no estás viendo que sí lo soy? Esa carta que me has robado mientras dormía, no te lo está diciendo? Yo necesitaba ser madre, y para éllo no tenía necesidad de ser deshonesta. Mis carnes no han sido mancilladas; y el único pecado de mi cuerpo llevaba en sí también la más grande de todas las purificaciones: la de la maternidad!....

—Honrada tú? Honrada? Mentira! Eres una...

Pero, antes de que el ultraje cayera de la boca del anciano, que por momentos se encolerizaba, Mimí saltó del lecho, y magnífica en el desorden de sus cabellos y de su tocado....

—Cállate, viejo cobarde! le dijo. Cállate. ¿Qué obligación tenía yo de someter mis ansias de mujer á tus debilidades de libertino? No te lo supliqué mil veces de rodillas? ¿Tú oíste mis sollozos? ¿Tú te apiadaste de mi desesperación? No te decía que, mientras la esposa sumisa y resignada te hacía la limosna

de sus renuncias y hasta de su cuerpo, esto sacrosanto, esto divino, esto omnipotente que llevamos las mujeres aquí, en las entrañas, se erguía terrible para despreciarte y para acusarme? No presientes que la excepción de hoy, el crimen de hoy, será la regla de mañana, será la virtud de mañana, y que, un día ú otro, la mujer infecunda y el cielo condenado, taladrarán la bóveda de acero en que se asfixian, y ahogarán con bendiciones de madres y gritos de niños, las voces irritadas del leguleyo estulto y del marido inepto?

—Mimí! Mimí! Tú eres una....

—Concluye, viejo cobarde..... una madre, ¿no es verdad? Una madre á quien se negaba un hijo y que lo ha encontrado por encima de todo!

—Nó, una adúltera. Y te condenarás, sí, porque tu pecado no tiene perdón de los hombres ni de Dios.....

Y esta vez Mimí, en vez de contestarle, tomó de la cuna al niño que dormía; le dió un beso en la frente, otro en cada uno de los cerrados párpados, y lo besó también en las orejas sonrosadas como dos pétalos, en la boca y en los menudos piesecitos....

Y cuando hubo concluido aquella santa extramaunción de la maternidad, ya más tranquila, y mientras lo abrigaba cuidadosamente con la mantilla, prosiguió, como hablando consigo misma:

—No me importa! No me importa! Si pierdo el cielo, gano un hijo. Una criminal, sí; pero también una madre! Dios inexorable! los hombres impíos....! lo creo; pero mira: este hijo me consuela; este hijo nadie me lo arrancará jamás! Todo lo demás no me importa, no me importa! Mañana me iré de tu casa. Pediré, si es necesario, una limosna, y me la nieguen. Bendito sea una y mil veces este niño que me reconcilía con la humanidad y con mi sexo, aunque me aleje de Dios y de tí.

Y la madre rebelde se desabrochó el saco, y á poco, no se oía en el cuarto de la enferma sino el glú-glú del niño que mamaba y sonreía....

En la vecina iglesia comenzó el repique de *Gloria...!*

Al oírlo, el anciano se extremeció.

Cristo nacía. La hora de la redención y del perdón se acercaba.

Su gran dolor se resolvió entonces en una crisis de conmiseración infinita. Era el aniversario de la Piedad Suprema; y él, el pecador, no tenía el derecho de condenar mientras Dios, el Dios de los cielos, desde lo alto de su trono remitía la gran pena y enviaba su Redentor á conquistar el mundo con la dulzura y á ganarse las almas entristecidas y abatidas bajo el peso de las concupiscencias, con la humildad, con el sacrificio y con el perdón.

Frente á él estaba el cielo profundo en que las estrellas del Sur brillaban más límpidas que nunca. El viento de la noche, colándose por las rendijas, le traía el rumor de las vecinas alegrías, ecos de canciones, fragmentos de himnos que pasaban por sus sienes refrescando sus heridas como un bálsamo de angelical virtud, y esparciendo en la alcoba uno como perfume de lejanos altares rústicos, florecidos y luminosos en el esplendor de la esperanza, afirmada al fin, tras la noche larga de la Humanidad abandonada al gran duelo secular. Cielos y tierra proclamaban la salud de los mortales. Ahora, la trémula polvareda de oro de los mundos remotos, los millones de estrellas, alumbrarían la dicha eterna de la raza predestinada, y surcos y montañas, flores y rocas, presenciarían el grande abrazo de los hombres reconciliados en el seno de la caridad. La naturaleza recobraría al fin su imperio y se sublevaría contra las piedras y los cilicios con que la aplastan y la mutilan; palpitante en lo hondo de su sepulcro, clamorosa por las mil bocas de sus llagas, desgarrando el sudario en que la amortajaron y la dieron por muerta; renaciendo entre las miriadas de cadáveres que amontonaron sobre sus restos germinadores; y elevando hasta el cielo, compadecido, benigno, clemente, al fin, sus manos cargadas de generaciones incesantes, con el grito sordo, jamás ahogado, inexpresable, infinito, siempre santo del amor fecundo y libertador....

Lo que sucedió entonces?

Don Pepe se acercó otra vez al lecho, donde Mimí impasible, austera, daba de mamar al niño:

—¡Mimí....

Al oírse nombrar, la pobre madre volvió de su arrobo; y cuando vió que Don Pepe estaba allí, junto á élla, tan cerca que su respiración de bestia herida le rozaba la frente!.... tan cerca, que le bastaba extender la mano para arrancarle á su hijo de los brazos, hizo un movimiento de fuga.

—Qué quiere usted? gritó aterrada.

Y el anciano, con voz de insinuante dulzura, le contestó, llevándose el pañuelo á los ojos:

—Que no le des de mamar ahora! Tú no comprendes que estás muy irritada y que esa leche mala podría enfermar al niño.... ?



